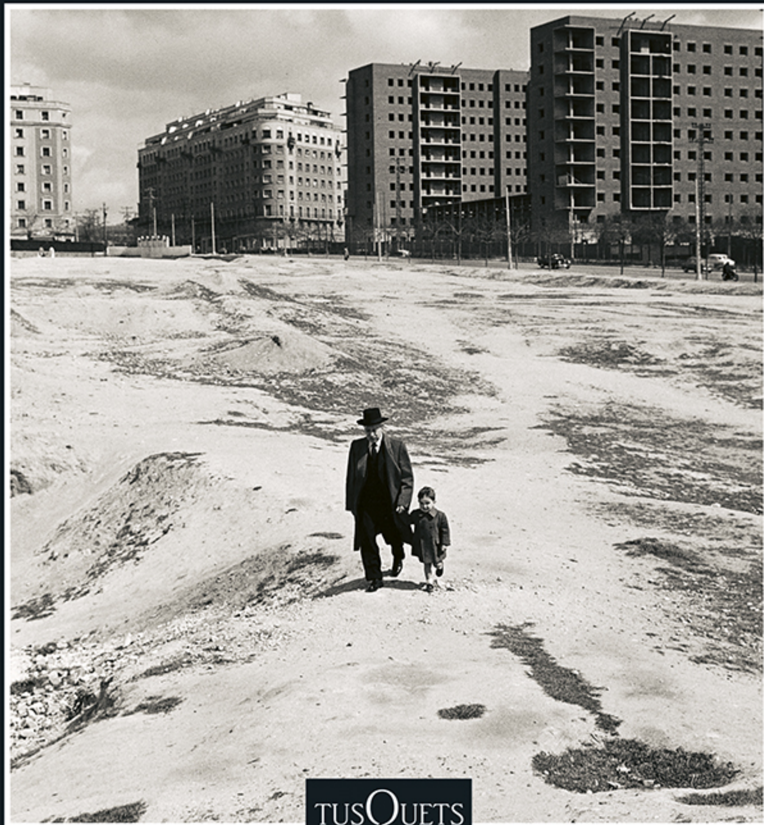
Manuel Calderón

DESCAMPADOS

colección andanzas



TUSQUETS
EDITORES

Índice

Sinopsis

El descampado es una tierra sin memoria, sin pasado o sin futuro. Es el presente rotundo de las personas que lo habitaron en todo su esplendor. Como las ruinas de un tiempo pretérito, no se acaba de destruir del todo y permanece eterno en su decrepitud. Es un lugar fuera del tiempo, abandonado, libre, como un paraíso perdido. Descampados es un relato sobre los confines de la ciudad: son las afueras de Argel donde Camus jugaba al fútbol de niño; el lugar donde apareció muerto Pasolini; es la imborrable cicatriz abierta por el Muro de Berlín o el extrarradio de nuestro desarrollismo que poblaron seres anónimos. Pero, sobretodo, es una crónica sobre la construcción de un territorio moral.

Descampados

Manuel Calderón

TUSQUETS
EDITORES

A Ana Tudela y Carlos Fabregat, in memoriam

Esta es una tierra sin memoria, aunque esconda senderos que el tiempo hará aparecer, tal vez la lectura. Me siento tan libre como en aquellos eriales de mi infancia. Un descampado es una ruina: no se acaba de destruir del todo, permanece eterno en su decrepitud y no se puede reconstruir. Siempre estará ahí, sin poder esconder su devastación. Es un lugar fuera del tiempo, suspendido como el polvo en la caída del sol, dorada sensación de que el cielo está en la tierra. En esa tierra solo pervivirá el olvido de algo que ha dejado de ser. «Memoria de una piedra sepultada entre ortigas», escribió Luis Cernuda. Puedo escribir de lo que quiera y que todo sea aceptado en esta tierra baldía. Son los restos que no pueden juntarse, que no pueden reconstruir un pasado vivido. Es un refugio para las palabras que no encuentran una historia en la que existir. Son palabras perdidas en busca de una tierra en la que descansar. Palabras errantes.

Escribió Adam Zagajewski: «Una de las propiedades más insólitas de la lengua es su capacidad de enunciar —aunque solo de manera aproximada, alusiva— que el mundo está edificado al borde de un precipicio, que no es sólido y seguro, que no tiene fondo ni base».

1
Desierto afectivo

> Vivíamos en el paraíso. Huíamos con nuestras bicicletas a tendernos en los campos de ranúnculos, junto a los puentes del ferrocarril, cerca de los canales, en las tierras baldías que esperaban la urbanización. El nuestro era ya un campo suburbano, pero para nosotros era tan hermoso e importante como el Edén.
>
> IRIS MURDOCH, *El mar, el mar*

MI PRIMER RECUERDO de Barcelona no fue la estación de Francia, adonde llegamos mi madre, mis hermanos y yo una mañana de principios de septiembre de 1970. Viajamos durante toda la noche y apenas pudimos dormir, más por la emoción ante una nueva vida que por temor a lo desconocido. Mi padre llevaba un tiempo solo en la ciudad preparándonos el camino, como solía hacerse. Buscó trabajo, una casa y un instituto para que estudiásemos el Bachillerato. Allí nos estaría esperando, alzando la cabeza en el andén, pero aunque de eso no me acuerdo con exactitud, así tuvo que ser.

Mi primer recuerdo de Barcelona fue la Vía Layetana montado en un taxi, era la primera vez que me montaba en taxi, y lo interpreté como un signo de nuestra futura prosperidad. Mi padre iba delante, junto al conductor, y nosotros cuatro, detrás. Esa es otra suposición. Llegar a Barcelona una mañana, somnolientos, después de un viaje nocturno, aunque en un vagón de primera, pues así lo quiso mi padre, solo podía ser un buen designio. Recuerdo su tapicería de gruesa pana verde —puede que de terciopelo—, y un niño enfermo que viajaba en nuestro compartimento acompañado por su madre para ser tratado por un prestigioso médico, algo que se venía a hacer a esta ciudad con fe taumatúrgica.

Recuerdo verme entre edificios antiguos de solidez impenetrable y gente ajetreada que no tenía tiempo ni para apoyarse en el quicio de la puerta o dedicarse a ver pasar las nubes, personas que solo miraban la punta de sus zapatos en los semáforos. Me sentí alguien afortunado, aunque esa palabra, como tantas otras, no existía en nuestro vocabulario.

La imagen que tengo grabada son los edificios oscuros, con

sus aristas y cornisas tiznadas, dibujadas por el tiempo y el humo. El *esfumato* que todo lo oculta o alivia, que hace que las cosas sean irreales, como más elegantes, intocables, y los contornos se pierdan en el aire como estampas o visiones soñadas. Los edificios prevalecían sobre las personas. Ese es mi recuerdo y así perdura. En eso, Barcelona no ha cambiado.

Esa oscuridad fue para mí la luz de la modernidad —otra palabra que no existía—, como si el sol fuese cosa de pobres. Luego oí decir, cuando llegamos a casa de mi tía Francisca, hermana de mi madre, que el humo de las fábricas daba la luz a la ciudad y que muchas veces dejaba una leve capa de hollín en la ropa tendida en las azoteas, depende de cómo soplara el viento. Mi madre me pedía que le ayudara a tender la ropa en el terrado (yo solo tenía que darle las pinzas), desde donde se veía la ciudad, el Tibidabo, Montjuich, el teleférico del puerto, incluso la línea del mar en la Zona Franca, y todavía lo hago ahora algunas veces cuando voy a visitarla, aunque ya no tiene mucha ropa que tender. Desde esa azotea, Barcelona tampoco ha cambiado.

Si tuviera que ponerle una banda sonora a aquellos días sería una canción de los Carpenters, que siempre sonaba en la radio, pero con las ventanillas del coche bajadas, sintiendo el aire en la cara.

Mi tía vivía en Collblanch, un barrio de Hospitalet (denominaré los lugares como se llamaban en el momento en que los conocí, por lo que no emplearé las nuevas nomenclaturas, excepto las que sufrieron un cambio de nombre de políticos y personajes históricos, lo que podría malinterpretarse —aunque no será por ganas—, así que evitaré en el caso de Hospitalet añadirle la L con el apóstrofo, que resultó ser una operación de *marketing* localista, aunque todavía inocente, de cuando a los coches se les ponían pegatinas para distinguirse los unos de los otros, no sea que alguien creyese que era un forastero, o para exhibir con orgullo su origen; creo que no ofenderá a nadie que mantenga los nombres de entonces), pues Collblanch sigue siendo un barrio fronterizo con Barcelona, una

línea imaginaria, que sería también mi barrio y que sigo sintiendo como mío.

En realidad, Collblanch era solo una parte porque se le añadía La Torrassa, con un guion, como un pariente pobre. El primero era más comercial y menestral; comprábamos la ropa, los zapatos, los electrodomésticos e íbamos al cine, al Continental, al Conti, en mi caso. Al segundo se lo conocía como la «pequeña Murcia», era más ruidoso, con oficios más humildes, con aquellos pasajes donde vivían familias completas —abuelos, tíos y huéspedes sin parentesco sanguíneo— en viviendas ínfimas, y negocios oscuros, pero decentes. Era más canalla, aunque nuestra pequeña hampa actuaba a cara descubierta y, la verdad sea dicha, nos servía de protección. Era nuestra hampa y ese era su territorio.

Un día salió del portal de nuestra casa un hombre —no llegaba a los veinticinco años, aunque la gente entonces era más madura, o menos infantil que la edad que le correspondía— con una toalla envolviéndole la cabeza. Me lo contó mi madre: estaban jugando —apostando en realidad— a la ruleta rusa y acabó pegándose un tiro por arriesgar demasiado. Sus amigos lo metieron en un coche y nunca más se supo de él. Todavía no se había estrenado *El cazador,* así que desconocía esa manera de jugarse la vida. Ni se había compuesto una de las bandas sonoras más hermosas que yo haya oído, la cavatina de *El cazador,* una música juvenil, inocente, sencilla, terriblemente hermosa. Una deliciosa banda sonora triste, ejecutada con guitarra y un solo dedo.

En la calle olía a café y, cada cierto tiempo, se oía el irisado ruido de una cascada de cristales. Se trataba de una fábrica de torrefacción de café y otra de vidrio, las Frasquerías Pedret, que estaban al lado de la casa de mi tía y no muy lejos de la nuestra. Ni he olvidado ese olor ni ese ruido. La gente que trabajaba en el vidrio era muy joven, condición para tener todavía unos pulmones sanos y poder soplar con fuerza, y eso se notaba luego, cuando alegraban la vida de la calle en la puerta de los bares y billares. Yo solía ir con mi hermano los sábados por la mañana a los billares de

Sánchez a ver jugar a hombres hechos y derechos que guardaban el taco con candado y el tabaco en la manga de la camisa arremangada.

El primer teléfono que hubo en mi familia fue el de mi tía, me lo aprendí de memoria y, aunque hace años que no la llamo —ni ella podría contestar—, no lo he olvidado: 2406355. No sé por qué perviven esos recuerdos: puede que decir ese número fuese como una canción cuya melodía nos acompañará siempre, imposible de olvidar. Como aquellos versos que cualquiera podía recitar, el «Romance de las tres cautivas», «Volverán las oscuras golondrinas», «La canción del pirata», «Coplas a la muerte de su padre». De memoria, sin pararnos a comprender qué querían decir aquellas palabras certeras, pero deseando oír su música inmortal. Y cuando se oía decir «nuestras vidas son los ríos que van a dar a la mar que es el morir», su belleza nos asustaba tanto como su certeza.

Cuando nuestra vida doméstica empezó a asentarse, las rutinas familiares y los objetos de toda la vida volvieron a ocupar su lugar, como si fuesen ellos los que tuviesen conciencia y no se pudieran separar de nosotros. El azucarero, el molinillo de café, las herramientas de mi padre, un pañito encima de la mesa, unas tijeras, un florero, los retratos. Comprendimos, cada uno a su manera, que una parte de nuestra vida seguía igual y que deberíamos adaptarnos a la nueva ciudad como cada uno pudiese. No había una guía, ni normas; fuimos arrojados a la ciudad, como el que se tira al mar y debe aprender a nadar. De estos problemas de adaptación —tampoco existía esa palabra de remembranza psiquiátrica— no se hablaba, simplemente se vivía y no había motivos para quejarse. Ni en nuestro lenguaje, ni en el lenguaje de la calle, existían palabras como «integración», «adaptación», y mucho menos «soledad». La gente vivía sola o vivía al margen del mundo y olvidada, o se sentaba en un banco a ver pasar la gente y nadie le molestaba. A la gente se la respetaba, aunque estuviera

sola o loca.

Mis padres se adaptaron menos porque a determinada edad uno arrastra un pasado que es difícil —o imposible— dejar atrás y hacerlo encajar en la nueva vida, aunque nunca protestaron o demostraron incomodidad o inadaptación, porque, en el fondo, uno se siente cómodo con ese pasado imperecedero, como si fuera tu cama, con su olor y crujido, y acaba simulando estar a gusto y conforme con el presente que te ha tocado vivir. Nunca se elige. Lo comprendí cuando los observaba en sus momentos más sombríos y silenciosos, perdidos en sus pensamientos mirando por la ventana hacia un horizonte indeterminado, que en nuestro caso siempre estaba delimitado por el Tibidabo. Sí, porque ellos también pensaban, incluso entraban en trances melancólicos. La tristeza era un privilegio que no nos podíamos permitir.

Siempre confundo emigrante con inmigrante (me suele ocurrir también al hablar de exportación e importación), aunque, a diferencia de las mercancías, el que deja un lugar para ir a otro siempre tiene esa doble condición, y puede que con el tiempo pierda ambas, o sería deseable que así fuese. Incluso pueden tenerse tres o más identidades (por cierto, una palabra que hasta hace muy poco solo aparecía en el DNI, por imperativo legal, como debe ser, en los papeles). De ahí que hablar de «integración» como remedio para ser aceptado en la nueva tierra de promisión sea un método psiquiátrico. Más de uno de los nativos, siempre remisos a que los forasteros hagan más ruido del deseable, se preguntaban qué motivos tendrían esas gentes llegadas de otros lugares para estar alegres, habiendo dejado su tierra. Su tierra...

Que esta nueva vida no iba a consistir en pasarte el día paseando en taxi por la ciudad lo comprendí nada más bajarme de él. Pero fue el invierno, poco tiempo después, y la oscuridad de las tardes, lo que nos reencontró con nosotros mismos y nos ayudó a volver a la rutina y a las carencias, que aceptábamos como algo natural, en silencio. Tampoco existía la palabra «carecer» porque no tener algo, o que faltase algo —excepto la salud—, era una condición natural, por la sencilla razón de que no se puede tener todo. Ese principio, de un conformismo que rompe la rama dorada

por la que transitan los vencedores, es un desprecio al progreso, aunque no a la felicidad. Te puede faltar perejil —y mandarte tu madre a pedírselo a la vecina—, pero no puedes tener una piedra por corazón.

He dicho Carpenters, pero sobre todo escuché *Abbey Road* de los Beatles, Simon & Garfunkel y José Feliciano, porque esos eran los únicos discos que tenía mi prima, más algunos de Machín y otros combos, que eran de mi tío, trompetista que andaba navegando por todos los mares en la orquesta de primera de un trasatlántico, el *Cabo San Roque,* de la compañía Ybarra. Y entre aquellos discos estaba *Mediterráneo*. Serrat me lo sabía de memoria, canción a canción, para no sentirme solo y para hacer más llevaderos los rigores de la vida material, siempre escasos, aunque no era consciente de ello, por culto a la modestia y por un determinismo limpio de resentimiento y culpa. Me ayudó a agarrarme a otros mundos de sentimientos, amores furtivos de juventud y de belleza. Llegamos a Barcelona en el mejor momento, en el justo momento, cuando mi prima se compró un tocadiscos y nos pasábamos los días enteros, antes de empezar las clases en el instituto, escuchando música y mirando fijamente cómo giraba el disco, un ejercicio hipnótico con el que creíamos succionar la música hasta meterla en nuestras cabezas.

Jimi Hendrix murió el 18 de septiembre de 1970. Hacía un par de semanas que habíamos llegado a Barcelona. Un día, quizá el mismo día de su muerte o tal vez el siguiente, un compañero del Instituto Torras i Bages de varios cursos superiores al mío entró en nuestra clase y pegó un cartel, una fotografía de Hendrix. No dijo nada, ni siquiera nos miró. Él mismo tenía el pelo rizado y se había puesto un pañuelo en la frente.

En el álbum de fotografías que guarda mi madre aparezco en una

de ellas vestido con americana, corbata y gabardina. No creo que tuviese ni quince años, tal vez catorce. Estoy en la puerta de mi casa, en la calle Oriente, número 45, donde todavía vive mi madre, y debería ser un domingo, dispuesto para ir al cine, al Continental. Sesión doble o triple. Vestía como un hombre, nada teatral, a lo sumo con algún parecido con los personajes de las películas que solía ver. Qué extraño me resulta verme ahora con esa indumentaria, como si llevara un revólver guardado, pero sobre todo forjándome como el agente secreto, como el personaje dispuesto a hacerse un lugar en esta película que todavía continúa. No es difícil, ni es un logro, ni una consecuencia. Es un aprendizaje. Tal vez no haya más que explicar: me gustaba ir con gabardina, solo, como esos personajes de película que se fundían con la niebla.

Por entonces, en mi casa había un casete con las bandas sonoras de *Los paraguas de Cherburgo, Doctor Zhivago, Un hombre y una mujer, Dos hombres y un destino* y puede que *Love Story*. Oía esta música constantemente, así que no sería de extrañar que vistiera al estilo de las películas de entonces y que los primeros meses en Barcelona se fueran haciendo soportables con canciones más bien tristes o de amores imposibles. Ese fue mi primer privilegio.

LAMENTO NO RECORDAR las conversaciones que mis padres tenían con nuestros parientes, una pequeña comunidad siempre en proceso de integración unida por el linaje de unos nombres que yo había oído de niño sin saber quiénes eran, pero sí lo que significaban, sus voces y el perfume de sus adioses prolongados, y las circunstancias que los habían llevado a vivir en la misma ciudad y haber dejado el mismo pueblo, algo que siempre entendí como un logro y no como una derrota. Creo que ellos también. Tampoco hice nada por no olvidarlas, cumpliendo la única ley que se repite generación tras generación. Nunca imaginé que pasados más de cuarenta años yo

anduviese rascando en esa veta para recuperar un detalle que hubiese acabado perdido en la oscuridad de la gruta donde nunca nadie volverá a poner los pies. Pero la vida se basa en la aceptación de ese olvido, de ese innombrable tiempo anterior, como el iceberg que solo muestra la luminosa roca que emerge mientras mantiene oculta una masa silenciosa, tantas veces vengativa.

Era joven y no prestaba atención a lo que decían, incluso mi único deseo era huir de ese mundo familiar. Leo un poema de Pasolini, hoy que he encontrado este verso que sabía que había escrito y andaba perdido en un libro, como aquella gruta:

> ¡Oh, generación desafortunada!,
> que en el invierno del 70 usaste abrigos y chales fantasiosos
> y fuiste corrompida
> por quien te enseñó a no sentirte inferior.

Es un poema dedicado a la tradición traicionada. No me exculpo, traidor.

Pero era comprensible que quisiera separarme del mundo familiar y todo lo que él arrastraba, de nuestros humildes ritos. Iba a decir inofensivos ritos, pero no sé si conservar el recuerdo de los muertos no es la forma más civilizada de violencia. ¿Inofensivos? Gente que al llegar a casa me besuqueaba y admiraban que llevara tan bien los estudios —¡va a estudiar Filosofía!— o que escribiese en revistas, como mis padres les advertían —y sacaban algún recorte de un jarrón decorativo—, y que estuviese en cosas políticas, dicho con orgullo y cómplice discreción, porque todavía el hijodelagranputa, como mi padre llamaba a Franco, por abreviar, vivía, y aun siendo de confianza, con la cautela de no alzar una copa y brindar por su muerte. No puede haber escena más triste, ni mayor rendición: brindar por un muerto.

Antes, en muchos cementerios había una parte con tumbas en la tierra, apenas un túmulo, como si fueran los restos de una obra

pública, donde se enterraba a los que habían incumplido algún dogma católico, entre otros, el suicidio. En una ocasión, vi en el de Hospitalet un grupo de gitanos vestidos de negro, con unos atuendos y una distinción que nada tenían que ver con la miseria de los que solíamos encontrarnos en el extrarradio, que bebían y regaban con vino la tumba. Cuando murió Franco, en mi casa no se brindó. Mi madre lloró, pero lloró por el dolor causado, por una infancia triste. Lloró por motivos que desconozco.

Con un protocolo que se cumplía estrictamente, aunque no estuviese escrito, mi madre ponía un aperitivo con productos del pueblo a los paisanos que acudían a verlos, previa visita concertada: morcilla, aceitunas y vino, que en los primeros años mi padre conservaba en una cubilla de roble, y que iba a buscar determinados días a un bar del barrio de La Florida que se utilizaba de estación de autobuses que venían de Córdoba, otras partes de Andalucía y Extremadura. Autocares ilegales, dirían ahora, pero es que en esos años entre lo legal y lo ilegal solo mediaba la buena voluntad de la autoridad. Al fin y al cabo, todo era ilegal. Así que mi padre iba a ese bar casi clandestinamente, como avergonzado, puede que consciente de que agarrarse a esa tradición era una carga que no se podía permitir. Tampoco nos podíamos permitir mucha Historia a las espaldas. Un día dejó de hacerlo, sin decir nada a nadie, sin darle mayor consideración y, ni mucho menos, como primer paso para la adaptación exigida. Muchas cosas se fueron quedando atrás como si fueran muebles viejos.

Perduran, si no las conversaciones, por lo menos el olor de los embriagadores perfumes, la solidez de los vestidos enfajados, trajes que se utilizarían en bodas, bautizos y entierros, incluso por el mismo muerto, y abanicos que golpeaban los pechos maternales de aquellas mujeres que, tiempo atrás, me habrían cogido en brazos y acunado. Se despedían con sonoros abrazos, golpeando con fuerza la espalda, y, de nuevo, besos muy sentidos, uno en cada mejilla, como si fuera un niño, porque tal vez para ellos seguía siendo un niño, y doy gracias por seguir siéndolo todavía.

ANTES DE LLEGAR a Barcelona recalamos seis años en Alicante procedentes de nuestro pueblo originario: Peñarroya-Pueblonuevo del Terrible, Córdoba, lugar de nombre heroico y tan lejano que resulta indestructible, sólidamente enclavado sobre vetas de carbón. Es el pueblo que en mis tres novelas, *Bach para pobres, El hombre inacabado* y *El músico del Gulag,* se denomina Esperanza, pero solo por evitar la autoficción.

Por qué hicimos esa escala previa es uno de los grandes misterios que mi padre se guardó para él. Pero quedémonos con lo mejor, con el pueblo minero de heladas mañanas que fosilizaban las camisetas de felpa en el tendedero del patio, blanqueado, lleno de macetas, un melocotonero, rosales, la carbonera al fondo —recuerdo que mi abuela Emilia contaba con miguitas de pan cuando pasaban los hombres con las espuertas de esparto llenas— y un pozo profundo y oscuro en el que nunca llegué a verme reflejado.

De ahí pasamos a la playa, a las huertas, a los almendros, a los tomates que los niños comíamos a los pies de las cintas transportadoras en las fábricas de envasado, a los bocadillos de atún con habas, a los calamares en el puerto, a la mojama que, aunque no podíamos permitirnos, veíamos cómo caían sus virutitas a los pies de la máquina cortadora de manivela y que tan displicente yo recogía como una hormiguita. Y los descampados. Nuestra casa estaba justo en el límite del norte de la ciudad, fronterizo con bancales asediados por nuevas construcciones como la nuestra, por lo que nos daba el sol, el viento y la lluvia sin contemplación. «Visibles y lejanas permanecen intactas las afueras», escribió Gil de Biedma (son los últimos versos de «Las afueras»). Eternas e imborrables para quien las haya vivido, pisado, expurgada esa tierra humilde.

Debería de ser sobre 1967, o en todo caso cuando yo tenía unos

diez años. Cenábamos viendo la televisión, pero todavía lo hacíamos sentados a la mesa, con orden; nada de bandejas en el sofá, un pequeño tresillo que todavía no ocupaba el lugar central, ni *self-service,* ni sándwiches, ni pizzas, ni menú individualizado, y en concreto, decía, cenábamos —dos platos, postre y servilletas de paño— juntos y a la hora convenida, a las nueve y media, no más tarde, viendo los bombardeos norteamericanos con napalm en Vietnam. No puedo olvidar el chorro de fuego horizontal, su recto caudal, su mansa densidad, deslizándose por la selva como un río de fuego devastador cuya cualidad era la de no poder apagarse, nunca, ni aunque cayese en la piel de los niños, o tal vez por eso. Hasta que el cuerpo no se consumía, el napalm no dejaba de brillar.

Conocía el nombre de algunas de las batallas más importantes: la ofensiva del Tet, la batalla de la Colina de la Hamburguesa, la batalla de Hué y la operación Rolling Thunder, cuyos bombardeos, con aquellas ristras interminables de proyectiles lanzados como una escalera al infierno, eran lo que nosotros veíamos cenando. O el nombre de My Lai, que siendo tan bello escondiese tanto horror.

No me gustaban los pacifistas americanos. A mí me gustaba la guerra, porque yo era un lector compulsivo de tebeos, de Hazañas Bélicas, si es que a un niño se le puede calificar por obsesiones tan sencillas de complacer. Mis libros de textos, de Literatura Española, de Historia, de Formación del Espíritu Nacional, estaban llenos de dibujos de soldados, aviones, tanques y la onomatopeya de una inofensiva ametralladora, como si las palabras hiciesen daño o matasen: ra-ta-ta-ta-ta-ta. A mi padre tampoco le gustaban los pacifistas, aunque no dijese nada cuando salían en la televisión haciendo el signo de la victoria mientras se los llevaban cogidos por los brazos y las piernas, como si los policías fueran sus sirvientes, excepto Cassius Clay, Muhammad Ali, al que admiraba por haberse negado a ir a Vietnam. Dejó de ser el campeón, pero se convirtió en un mito. El pacifismo era cosa de ricos, como tomar té, jugar al tenis, esquiar, hacer yoga o ser hippy. A los trabajadores les gustaba la guerra, maldecir, insultar, ser pobres

pero honrados. Morir con honor. En nuestro lenguaje no existía la palabra «pacifismo». Mi padre iba con el Vietcong, en el que veía una inteligencia y resistencia superior, el arte ancestral de la guerra, el silencio, la voluntad, el sacrificio. Los americanos estaban carcomidos por el placer y el dinero y no podían soportar más muertos. Esa fue su derrota.

MI PADRE HUBIESE sido pacifista, pero en la Guerra Civil, la nuestra, cuando tuvo que dejar el pueblo con su familia y buscar refugio en Puertollano, provincia de Ciudad Real, donde los recogieron unos parientes. Puertollano forma parte de mi geografía. Allí también se fue mi madre, antes de conocer a mi padre, siendo ella una niña de diez años, con sus dos hermanos, Francisca y Rafael, y mi abuela, Emilia. Allí murió mi abuelo, maquinista de aquellos trenes de la noche. Los recogieron una familia a la que mi madre siempre estuvo muy agradecida y le gustaría volver a verlos para darles las gracias por lo que hicieron por ellos. No recuerda su nombre. De esos desencuentros está hecha la Historia. Desconfío de la memoria.

Pero a primeros de agosto de 2022 pasé una semana con mi madre y un día, dando nuestro paseo matinal para refugiarnos pronto del calor, de repente recordó aquella historia, nombres, calles, trenes y detalles que creía desaparecidos para siempre. Aquella confesión de que le gustaría agradecer a la familia que los acogió se la oí en abril de 2014, camino de Sevilla, cuando el AVE se detuvo en la estación de Puertollano (de familia ferroviaria, todavía utilizaba palabras como «enganche» para justificar esas paradas silenciosas en las que los pasajeros abren sin ganas los ojos). Ocho años más tarde, sin saber cómo ni por qué, todo volvió a su cabeza y, sin el mayor esfuerzo, recordó aquellos días.

Empezaré por el principio y seguiré con el final porque creo que ahí está todo lo que debería quedar inmortalizado. Partieron, como miles de refugiados, en tren y la primera noche la pasaron

debajo de unas mimosas, con su flor amarilla, porque los bombardeos habían afectado a las vías. Al terminar la guerra, regresaron al pueblo de nuevo en tren, en vagones descubiertos que se utilizan para el transporte de carbón. Llegaron tiznados de negro.

Primero vivieron en una habitación que les dejó esa familia a la que tanto está agradecida: él se llamaba Juan Francisco y su mujer Tomasa. Con ellos también viajaba el abuelo de mi madre, que estaba enfermo y tuvieron que subirle al tren sentado en su sillón: murió a los seis meses. Más tarde, consiguieron una casa en la calle Calveros. Era una primera planta y las ventanas daban a la parte trasera, donde había una fábrica de aceite. Mi madre veía entrar carros y camiones llenos de aceitunas. Es imposible borrar el olor del orujo, y mi madre se toca la punta de la nariz. La dueña de la casa se llamaba Miguela y tenía un hijo factor en la estación de Córdoba, del que se sentía muy orgullosa (mi madre, de familia ferroviaria, la entiende). Su hija se llamaba Maximiliana (es una casualidad que la gorra de un factor fuese como la de un oficial del Imperio austrohúngaro) y estaba casada con un maestro de escuela que era de Valladolid. Con su hijo, todavía un niño, fue a visitar a su familia, cuando estalló la guerra, por lo que tuvieron que pasarla allí, aunque él fue movilizado —qué importa en qué bando — y estuvo destinado en el frente de Madrid. También tenían una niña que se llamaba Marisol, una niña preciosa, recuerda, y otro hijo, Pepe Luis, al que su madre pegaba y maltrataba con métodos terribles: lo ataba con una soga por la cintura y lo metía en el pozo. Debajo de la casa de mi madre vivía otra familia: él era minero y se llamaba Regino —los mineros en Puertollano no fueron movilizados porque tenían que sacar carbón para mantener la guerra—, y su mujer, Encarna.

A aquel éxodo de unas 30.000 personas —Peñarroya-Pueblonuevo había acogido a miles que habían llegado de otras zonas ya conquistadas por el ejército de África: la sierra de Sevilla, la campiña cordobesa, pueblos de Extremadura de la comarca de la Serena y Fuente Obejuna— se le ha denominado la «Huida de Octubre». Es el nombre que le dan los historiadores, porque mi

madre nunca llamó a aquello de ninguna manera, ni mi padre. Hay muchos nombres de batallas, pero se desconoce el de los muertos. La mayor salida de refugiados tuvo lugar entre los días 12 y 13 de octubre de 1936. Fue una gran operación ferroviaria con trenes especiales tanto por la línea de Belmez a Almorchón como por la de Peñarroya-Pueblonuevo a Puertollano, que es por la que viajó mi familia. Mi abuelo fue uno de esos maquinistas. Está enterrado en Puertollano.

Pero esa no es mi historia, es la de mi madre, y prefiero retener esas mimosas que les dieron cobijo aquella primera noche y el regreso al pueblo en unos vagones sin techo dándoles el aire oscuro y un putrefacto olor a flores muertas, a yo tenerlo que escribir. Ella tiene memoria, yo simplemente rememoro. Es un viejo tema porque la letra impresa es débil al paso del tiempo, en contra de la palabra dicha. Escribió Platón en el *Fedro:* «Depositando su confianza en la escritura rememorarán las cosas desde fuera gracias a tales huellas extrañas, y no desde dentro y gracias a sí mismo (que sería la verdadera memoria). No has descubierto, por lo tanto, un remedio para la memoria, sino para la rememoración». Así le dijo Sócrates a Fedro.

En una ocasión, la agente literaria Carmen Balcells nos invitó a cenar en su casa, que era también su oficina, en la Diagonal, a unos cuantos periodistas. Entre los invitados estaba Manuel Vázquez Montalbán. No sé por qué, en un momento de la noche, alguien recordó la muerte de Franco —tuvo que ser cuando los licores— y las conocidas anécdotas de que la gente descorchaba botellas de champán. Se me ocurrió decir que en mi casa no había habido ninguna celebración y que mi madre, cuya infancia quedó marcada por Franco y su sangrienta guerra, lloró. En recuerdo de sus padres, de su hermano internado en un hospicio, de la miseria y el dolor. Puede que Vázquez Montalbán, tan hierático, no entendiese lo que intentaba contar, o tal vez se sintió ofendido por atreverme a disentir, aunque fuese un milímetro, de su preciso análisis sobre la caída del franquismo. No me volvió a dirigir la palabra en toda la noche —en realidad, no lo había hecho en ningún momento—, lo que para él no debió de suponer ningún

esfuerzo.

YO JUGABA EN los descampados que había enfrente de mi casa durante largas jornadas, como si fuese un soldado americano o un guerrillero del Vietcong —en eso no tenía problemas porque lo que yo quería era aguantar en mi posición durante horas: quién hubiese podido hacerlo durante días y noches enteras—, sobre todo en verano o cuando venía el buen tiempo. Cogía una botella de plástico, le metía un palo, le prendía fuego y, cuando empezaba a arder y a derretirse, caían solemnes gotas de fuego, lágrimas sagradas con su pequeño penacho de humo negro, que yo lanzaba como bombas incendiarias en las laboriosas columnas de hormigas y en la boca misma de los hormigueros como si fuesen soldados de un minúsculo ejército sin rostro, como todos. Nunca piso una hormiga, todavía hoy. Ni una flor.

Ese era mi napalm, y el descampado mi campo de batalla.

Detesto el napalm con banda sonora (insisten en poner «Hey Joe», de Hendrix, aun siendo la historia de un hombre que mata a su mujer por serle infiel), como detesto la poesía con música o el periodismo entre arpegios y adagios para enfatizar el dolor, reblandecer el cerebro o hacerlo digerible. Papilla histórica.

Vivíamos en el segundo piso de un edificio de cuatro plantas, dos viviendas por rellano, blanco, con un gotelé hecho con grandes pegotes, como un rancho mexicano en los desiertos fronterizos imitado por algunos bares de carretera que, además, decoran con aperos de labranza. Más allá no había nada. Estaba el descampado, que finalmente llegaba a juntarse con el campo, si es que hay un diferencia, y este con lejanas montañas, aunque más cercanas de lo que imaginaba por sus terribles tormentas en las oscuras tardes de finales del verano. Era la comunión entre lo orgánico, lo que la naturaleza había creado, y lo que el hombre ha administrado con sabiduría —y desprecio a lo sagrado—, y un lugar que había dejado de dar frutos y servía para arrojar escombros a la espera de

tener otra función. El descampado se resiste a morir, aunque quiera seguir siendo campo. Se resiste a ser un solar, luminosa expresión del castellano viejo que indica suelo, tierra y casa de labor y ahora se ofrece para promociones inmobiliarias.

Cuenta Guillermo Cabrera Infante en las primeras páginas de *La Habana para un infante difunto* que cuando llegó con sus padres y su hermano a la capital procedente de Gibara no solo accedió a una «institución de La Habana pobre, el solar (palabra que oí ahí por primera vez, que aprendería como tendría que aprender tantas otras: la ciudad hablaba otra lengua, la pobreza tenía otro lenguaje y bien podía haber entrado a otro país: tiempo después, cuando llegaron las etimologías, aprendí que solar era una mera degradación de casa solariega, la palabra cortada, el edificio transformado en falansterio), sino que supe que había comenzado lo que sería para mí una educación». Luego descubrió otra forma de solar: la accesoria. Una variante en la degradación de la palabra, pues en vez de definir las viviendas que se distribuían a lo largo de un estrecho pasaje que iba de calle a calle, eran habitaciones. En una de ellas vivió con su familia, interior además, pero cuya ventana daba a lo que él llamaba un «cajón de aire», y a este también daba el cine Esmeralda, por lo que se tuvo que conformar con las voces y músicas de las películas que subían por la ventilación, y todo aquel mundo que tan libre lo hizo.

ALLÍ TUVE UNO de los aprendizajes más extraños que se le pueden dar a conocer a una persona. Siendo joven, muy joven, apenas un niño, un adolescente con pantalones cortos, no me pasó desapercibido. Lo he comprendido pasado el tiempo —como casi todo lo escrito en estas páginas— y estoy seguro de que aquí se esconde el motivo por el que mi padre decidió volver a hacer las maletas e instalarnos definitivamente en Barcelona. Lo sucedido, además, provocó mi animadversión a las terrazas de los bares, un «trauma de clase», o algo peor. No me atrevo a ir muy lejos, pero

las cosas fueron más o menos de esta manera: recuerdo que mi padre no solía sentarse en esos veladores, como se les llamaba entonces, no sé por qué, aunque me lo imagino. La gente consumía las horas mirándose los calcetines, ellos, y ellas musitando en silencio y dándole vueltas a un café con leche que ya solo dejaba las huellas de la espuma de los mejores años de la vida que ya no era lo que fue. La escena configuraba un homenaje a las apariencias, un retrato de una vida inocua y educada, por lo que cabría definirla de pequeñoburguesa, aunque en el contexto político de la España de mediados de los años sesenta sería calificarlo con demasiados altos vuelos.

Recuerdo que un día, en una de esas terrazas, digamos que en la de más postín, y que solía frecuentar el hermano de mi padre, él no estaba sentado, sino de pie en un segundo círculo, como si su consideración social no mereciese ocupar un asiento en alguna novela rusa del siglo XIX y le obligase a conformarse con una posición enhiesta y servil, papel que, claro está, él no estaba dispuesto a ocupar. Ni ese, ni otro de mayor graduación. La sensación fue extraña y, más que por extravagante —pues nadie de los allí concurrentes sabía dónde estaba Borodino y si dio nombre a una batalla en Rusia que Napoleón ni ganó ni perdió—, por mostrar a la perfección que es mejor no estar donde a uno ni le corresponde ni le han invitado.

Por lo tanto, tengo para mí que de aquel suceso, seguro que insustancial, pero que a los ojos de un niño vino a ser como un pequeño trauma —espero que salvable, aunque también deseo que no en lo fundamental como para merecer estas líneas—, se desprendió una lección que no hace falta que repita ahora. Pero es rara la vez que no paso por unos de esos veladores, sobre todo si las sillas llevan confortables cojines con esas manchas o pérdidas de horchata, que no me venga a la memoria aquella escena.

Sin embargo, nunca fui tan libre como en aquel terregal. Eso lo he entendido pasado el tiempo. Era nuestra tierra. Nadie la vigilaba, nadie la cuidaba, era tierra baldía. Cada uno hacía en ella lo que quería, con cuidado y amor algunos viejos que miraban las plantas con curiosidad para darles nombre; con desprecio los que

arrojaban muebles viejos y el más impúdico de todos, un colchón, el lecho de sueños y pesares, mapa sin fronteras, huella del cuerpo herido. Recuerdo el poema de Claudio Rodríguez que abre *El vuelo de la celebración:*

Y mi cama fue nido
y ahora es alimaña;
ya su madera sin barniz, oscura,
sin amparo.
No volveré a dormir en este daño, en esta
ruina,
arropado entre escombros, sin embozo,
sin amor ni familia,
entre la escoria viva.
Y al mismo tiempo quiero calentarme
en ella, ver
cómo amanece, cómo
la luz me da en mi cara, aquí, en mi cama.

Es la cama de sus padres, donde nació él, donde nunca podrá ya descansar Mari Carmen, su hermana asesinada —dejar Zamora para morir en La Elipa, qué absurdo—, la balsa en la que se salvó y cruzó el oscuro mar de tantas noches y pequeñas muertes. Sí, no hay nada más pegado al cuerpo, al sueño y al miedo, al placer y al dolor; tanto, que verlo arrojado en uno de esos eriales en promoción da pudor, como un motorista caído en la carretera, siempre dejando descalzos sus pies.

Yo nací en la cama de mis padres. Quién pudiera retroceder en el tiempo y viajar a aquellas tardes febriles de la infancia.

Aquellos descampados tenían una orografía extraña, caótica, pero habitable. Por un lado, estaban los restos de los bancales y de la azada, los surcos del arado, la supervivencia de árboles frutales, sobre todo de almendros y naranjos, y alguna palmera que indicaba que en ese lugar había habido una casa, un pozo y un patio, vida y civilización, y que resistía exótica en medio de las grúas, cuando empezó a construirse, acosada por el progreso, que

en España se denominaba desarrollismo, que era como imprimir velocidad a un pesimismo cultivado por siglos, de manera que, sin dejar el pasado humilde, entrábamos en el Futuro, que ya no era pasado, lugar donde nos encontrábamos como en casa, con nuestros viejos fantasmas de siempre.

Se extendían los montículos creados por los escombros, con abruptos terraplenes por los que nos lanzábamos montados en peculiares objetos, como la tapa del váter —toda una leyenda—, cartones u otros utensilios reciclados —tampoco existía esta expresión— que nuestra madre naturaleza nos ofrecía generosa. La madre naturaleza, para entonces, había asimilado los residuos de los estercoleros y empezaba a convertirse en un barbecho urbano en el que podían crecer la mala hierba, margaritas, espigas, ortigas y amapolas, débiles y perecederas flores de temporada y otras de inalterable dureza que resistían nuestros golpes de sable entre trozos de ladrillo, baldosas —el desarrollismo lo alicató todo— y restos de las obras que hacíamos nuestras como ruinas prematuras antes de nacer, porque esa es su esencia, o cualquier desperdicio doméstico: muebles, colchones, sillones despanzurrados, la carcasa oxidada de una moto, que la gente arrojaba como si ese terruño fuera el patio de su casa. Nuestro querido descampado era un jardín comunitario.

Había almendros, estaban vivos, florecían y caían los frutos cubiertos por su piel de terciopelo verde. Mi impaciencia provocaba que los abriese y comiese su carne lechosa y amarga. En uno de aquellos árboles monté lo que podría haber sido mi primera casa. Con un amigo, subimos unos tablones —sustraídos de las obras cercanas, utilizados para andamio— e hicimos un suelo fuerte y estable, apoyado en las ramas, donde pasamos las horas enteras durante el verano. Nos tumbábamos y así me fumé mi primer cigarrillo: un Bisonte. Era un hogar natural, salvaje, la idealización máxima de la vida: sentir que ese árbol te pertenecía y debías defenderlo de cualquier enemigo. Soñé con no bajarme de él y vivir toda mi vida allí; llegué a creer que subsistir sería fácil, que cada persona podía buscarse su propio árbol. Creí que la vida iba a suceder siempre ahí arriba, como luego leí en *El barón rampante* de

Italo Calvino.

Pasados los años, muchos años, cuando vi la película *El nadador,* con Burt Lancaster, basada en la novela de John Cheever, aquel hombre que fue de piscina en piscina hasta acabar bajo la tormenta, solo con su bañador, clamando que le abriesen la puerta de su casa mientras la lluvia arreciaba. La intemperie. No tener un lugar donde refugiarte y vagar casi desnudo, aterido de frío. ¿Quién no ha tenido ese sueño?

Llegó el invierno, el frío, la lluvia y el colegio, y abandoné mi casa, mi primera casa, mi árbol fiel. ¿Qué habrá sido de él? Miro Google Maps y solo veo edificios. El árbol habrá sido talado, puede que convertido en ceniza, o en un mueble funcional. Pero la casa permanecerá enterrada en la memoria de ese terregal que sigue siendo. El sedimento del recuerdo.

EN ESA TIERRA jugaban los niños a guerras interminables, paseaban los viejos —pero ¿dónde estaban los caminos y los senderos?, ¿dónde el principio y el final?— auscultando con sus bastones la tierra castigada, y se llevaban a cabo las tareas más domésticas o privadas inconfesables: matar a un conejo y, tras desangrarlo, comérselo en una paella; enterrar a un perro, hacer el amor en el coche. Inyectarse heroína. También brotaba la primavera con una exuberancia clandestina, no al alcance de todos, pues hay que amar la lejanía. Las manos recogidas en la espalda mirando cómo llegan las nubes, el viento, la lluvia. Veo parejas de viejos que han soltado sus manos y ellas el bolso, lo que les da un aire libre y atlético, y que han recuperado una individualidad austera, adquiriendo ellas un aire masculino y ellos el de un fiel amigo, incluso enviudados de ellas mismas. Hace muchos años dejaron atrás el pueblo y con él arrastraron la sequedad de la mirada y pasean disciplinados para hacer tiempo por estos terregales como antes lo hacían por carreteras comarcales o caminos de tierra dirigiéndose enigmáticamente hacia un cielo negro y tormentoso, y

cuando descubren una planta se paran, la observan, dicen su nombre y veo de nuevo cómo se alejan dejando en el horizonte su rotunda presencia humana.

Campos de plantas oportunistas, espontáneas y malas hierbas. Flores de escombreras. La retama, las amarillas cerrajas o el jaramago, las malvas vezas, más violentamente azules, como las murajes o la lengua de buey; las amapolas tan jóvenes y tan viejas, tan débiles; las espiguillas y aquellas plantas que incluso dieron de comer: ortigas, achicoria, hinojo, borrajas, cardos. Y brotan algunas tan hermosas como el alfeñique, también llamado milamores, la viniebla, o la cicuta, blanca y tentadora, y sin embargo venenosa.

Algo tan humilde como la zanja que se abre a ambos lados de una carretera o de un camino «para recibir las aguas llovedizas» *(Drae)* tiene un significado más allá de su función. Una cuneta, en España, es lo que constituye nuestro pasado. Es como el roble de Goethe junto a Buchenwald. La cuneta es la sepultura para esos animales que han sido atropellados, gatos, perros, liebres, ciervos, corzos, pequeñas ardillas asustadas, cegados en la noche; es la escombrera de lo que se arroja con desprecio, lo que arrastra el viento hasta caer en esa trinchera de despojos humanos. La cuneta es esa expresión dramática que en España sirve para enfatizar el dolor, el abandono y el olvido. Incluso puede ser una razón moral que uno se puede otorgar sin demostración alguna.

Cuando alguien habla de cunetas, sabemos a lo que se refiere, es un código que solo nosotros entendemos. «Y ese perro muerto en la cuneta», cantaba Serrat, aunque no es la tierra donde nos acunan, sino donde nos matan, precisamente. Qué extraño es el viaje de las palabras desde que salen de la boca originariamente, exhaladas, no más que aliento, hasta que conforma ese cemento hosco de la memoria. Un niño nunca diría cuneta. Es una palabra vieja, cargada de odio, procedente del latín *lacunetta,* laguna, estanque, manso reposo del agua de lluvia, pero utilizado para redundar el drama español, un género que es pura pereza intelectual, una redundancia infinita.

España siempre es una obra pública, una casa a medio

construir. Cuando los jubilados miran su desarrollo y avance, España está en paz. La historia transcurre desde una fuente pura hasta un desagüe inmundo. Es una visión tremendista, lo sé. Evitaré dejarme arrastrar por ese caudal.

Quise hacer una recopilación de lo que se puede encontrar en una cuneta, así que, estando de vacaciones en Menorca cuando mis hijas eran pequeñas, una mañana salí a andar con un cuaderno —tengo que decir que mucho antes de que escribiese esto, aunque por motivos parecidos— y anoté: paquete de tabaco Ducados, Marlboro, Fortuna, papel de fumar vacío —Smoking y OCB—, lata de cerveza, botella de cristal, bolsa de plástico de supermercado, bolsa de patatas, envoltorio de chocolatina, una prenda de ropa —puede que interior—, una chancla, una zapatilla de deporte, un condón, una botella vacía de ron Barceló, otra —pasos más adelante— de vodka Poliakov, un bote de protección solar, un gato muerto, un pañal de bebé, una compresa, un tapón de plástico, innumerables botellas de todo tipo de bebidas —refrescos, energéticas—, hojas de papel de todos los tamaños, una muñeca sin cabeza y objetos que son arrojados por la ventanilla del coche o arrastrados por el viento y el agua. Lo único que encontré fue basura, ni siquiera basura histórica o emocional.

La Tierra también pudo ser en su origen un descampado formado por piedras, masas de gas, polvo; y luego la sal de los mares, la lava de los volcanes, el néctar de las flores. Hasta que el hombre hizo el desierto porque no soportaba el vacío.

CUANDO MIS HIJAS eran pequeñas, me preguntaban por qué no teníamos pueblo, habiendo yo nacido en uno lejano y de legendario nombre: Peñarroya-Pueblonuevo del Terrible. Nunca les he dicho que fue una decisión de su abuela, mi madre, cuando rompió con el pasado y nunca más quiso saber nada de un lugar que, aun dándole la vida, le quitó todo siendo muy niña: la guerra, la muerte de su padre, el hambre y las humillaciones. ¿Puede

olvidarse la tristeza en los ojos de una niña? Es el napalm que nunca se apaga.

Volver al pueblo de vacaciones no debería entenderse como un retroceso en nuestras posibilidades de consumo, sobre todo para quienes conservan el lugar en el que nacieron y al que pueden regresar. Es la fidelidad de la tierra, o al revés. Luego están los nacidos en las ciudades en pleno desarrollismo, una mezcla entre el campo y la ciudad en la que prevalecía lo no construido, que acabó siendo una forma de urbanismo en barbecho donde caía el sol sin dejar rastro de sombra, como en la película *Ladrón de bicicletas,* donde la ciudad termina en un solar inmenso de delito, sin autoridad, poder y olvido.

El pueblo, por el contrario, nos espera siempre con su perfil inmutable nada más sortear una curva de la carretera, con su presencia escéptica aunque comprensiva con quien busca un lugar en el que el tiempo no pasa, o no a la misma velocidad. Mejor dicho, no pasa en nuestra memoria. Nuestros padres y abuelos trabajaron desde muy jóvenes, incluso siendo niños ya muy endurecidos, pero no por ello dejaron de llevar una vida lenta, lo que se llama «filosofía *slow*». Cuando descansaban, buscaban la mejor sombra, la mecedora con más suave balanceo y, a lo sumo, como ejercicio tonificante, se daban un paseo al caer la tarde. Para mí, el símbolo de esa lentitud es la circularidad del ventilador —ya no digamos el aleteo del abanico en el pecho de las madres— frente al aire acondicionado que expande democráticamente el frío con el mismo silencio que el gas mostaza en los campos de Ypres. Algo tan simple es un lujo *«slow»,* pero ¿qué no es hoy un lujo?

Martin Conway, un investigador de los mecanismos neurológicos de la memoria, dice que los primeros recuerdos que se evocan son los que corresponden a los tres años y cuatro meses; mayo de 1960 exactamente, en mi caso. Conway sostiene que la verdadera función de la memoria no es recordar lo que nos ha pasado, porque también se puede recordar lo que no nos ha pasado, sencillamente porque solo lo hemos soñado, y los sueños cuentan, incluso son imborrables. Mi admirada Iris Murdoch decía que la vida se compone de lo realizado y de lo que no pudimos

conseguir pero ocupó un lugar en nuestra vida, a veces más grande que lo alcanzado.

No idealicemos ni el pueblo de nuestra infancia —quien lo tuvo—, ni los artilugios caseros que colgaban de las lámparas para matar moscas, porque muchas veces solo son inventos de la memoria. Recordar viene del latín *«recordis»,* es decir, volver a pasar por el corazón. Y sabemos que el corazón solo quiere lo que realmente ha amado y odiado. No nos servirá para redactar La Verdadera Historia del Mundo (España incluida), pero sí para contar historias a la hora del café.

Sin embargo, el descampado seguirá ahí defendiendo su lugar en los lindes de las autopistas, en las afueras de las ciudades, siempre invitando al delito (enseñar a conducir a los hijos, por ejemplo), manchado de huellas imborrables: botellas llenas de tierra, paquetes de tabaco vacíos, alguna prenda íntima e higiénica o profiláctica ya petrificada. Al final, el descampado ha sobrevivido, como el pueblo, a todas las crisis.

«Alguien tiró tras él un perro muerto en la barranca.» Es la última línea de *Bajo el volcán,* de Malcolm Lowry. Y, luego, ya terminado el libro, escrito en versales, hay una advertencia: «¿LE GUSTA ESTE JARDÍN QUE / ES SUYO? / ¡EVITE QUE SUS HIJOS LO DESTRUYAN!».

Esa es la cuestión: todo es la prolongación de un gran descampado.

No sé si un descampado puede desaparecer o seguirá siéndolo siempre, aunque sea transformado en una urbanización, en un polígono industrial, en un centro comercial, en un parque temático, en las veredas de las autovías acumulando una basura arrastrada por el viento, por las máquinas que cortan la maleza —y sus trabajadores enmascarados que no serán reconocidos por sus hijos—, esas dunas construidas con escombros y que el paso del tiempo va naturalizando. Es la Pentesilea de Italo Calvino, la ciudad que no tenía una puerta de entrada ni de salida y solo había que andar, no importaba la dirección, hasta encontrar «otros terrenos baldíos, después un oxidado suburbio de oficinas y depósitos, un cementerio, una feria de carruseles, un matadero, te alejas por una calle de tiendas macilentas que se pierden entre

manchones de campo pelado» *(Las ciudades invisibles)*. Y si preguntas dónde estás, por dónde se sale, te responderán: «Pentesilea es solo periferia de sí misma».

¿No es la naturaleza, las montañas, los ríos, los árboles, la arena del desierto, la tundra quemada, la hora eterna de los niños en la calle, un despojo de un pasado originario y perfecto? Así lo escribió Juan Rulfo en *Pedro Páramo:* «Era la hora en que los niños juegan en las calles de todos los pueblos, llenando con sus gritos la tarde. Cuando aún las paredes negras reflejan la luz amarilla del sol».

LA GENTE LAVABA el coche los domingos por la mañana en nuestro jardín comunitario. Lavaba el coche el padre, solo, con calma, incluso con la indulgencia y necesidad con la que lavaría a un animal de labranza, sin hacerle daño, con cuidado, brotando de un cubo la espuma a los pies de las ruedas, penetrando en sus zonas más sucias. Ponía la radio y escuchaba música y la melodía se expandía entre el sol y la maleza. El murmullo que no dice nada y en el que todo está dicho. A veces, le acompañaba la madre, que se sentaba en un sillón plegable de playa, de dominguero —ridículo calificativo a quien merecía el descanso—, supervisando la operación, con admiración y a la vez desgana, o se dedicaba a decorar el interior del vehículo con algún cojín o pañito, o se esforzaba en limpiar algún lugar recóndito donde las manos torpes de su marido no habían llegado. Luego, cuando el hijo se sacó el carné de conducir —después de haber hecho prácticas en el jardín comunitario—, también le ayudaba. Más tarde, después de un tiempo indeterminado en el que los que eran adolescentes pasaron a ser hombres responsables que habían encontrado trabajo, vi al hijo lavando el mismo coche junto a su novia, que algún día se sentará en el mismo sillón plegable de dominguera a verle sacar brillo, pero con otra música, el mismo aire y el mismo sol.

He visto lavar el coche en la orilla del río Llobregat, que no

era un río propiamente dicho, sino una cloaca industrial. También comían entre cañaverales con sus mesas y sillones plegables respetando un protocolo muy establecido y jerárquico: los abuelos ocupaban el mejor sitio y, si faltaba algún asiento, el novio de la hija se mantenía de pie en ese salón palermitano en el que no se podían colgar cuadros ni apoyar el codo en la repisa de la chimenea porque solo había viento y sol. Siempre el sol y el viento.

Cuando en el año 1995 dejé Barcelona para vivir en Madrid, observé un día que tenía una tendencia irrefrenable a irme hacia la periferia. Vivía a un lado del parque del Retiro, pero prefería hacer *footing* o dar largos caminatas en el extrarradio. Sin proponérmelo, salía corriendo hacia las afueras, hasta que llegaba a ese lado de la ciudad en el que las autovías, la M-30, la M-40, la M-50, se cosen a la tierra. Llegaba hasta mí, sobre todo en primavera, el olor de las espigas, el aroma del olvido, entre fúnebre y sexual, que había dejado en los descampados de mi infancia. Seguía brotando la leche de los tallos tronchados. Las mansas espigas mecidas por el viento. El arpa de hierba, hermoso título de Capote, que suena al soplar paciente el viento. Las espigas que clavábamos en los jerséis lanzadas como inocentes flechas. La madre de la harina y el pan.

Aun cuando dejé el descampado de verdad, volvía a él, incluso he mirado entre las grietas de los muros que cierran en mitad de la ciudad algunos de estos campos urbanos dispuestos para una operación especulativa, y he descubierto hombres durmiendo, ocultos en su chozas de cartón. Un día, viviendo todavía en Barcelona, acompañé a Joaquina cuando las excavadoras tiraron las últimas casas de Can Pi, un barrio de autoconstrucción, como se dice ahora, pero digno y sin llegar al barraquismo —o al barroquismo de la pobreza—, que lindaba con la Zona Franca, las vías del tren, la autovía de Castelldefels, desguaces de coches y los huertos que luchaban laboriosamente por mantenerse vivos. Joaquina fue a hacer fotografías en el momento de esa descomposición: te matan de la misma manera como has nacido. En este caso, con nocturnidad, levantando la casa al salir del trabajo, montando un taller de reparación de coches, una carpintería, una droguería, una cerrajería, un bar, una casa de

comidas, un colmado, un almacén de materiales de construcción, un lugar donde estar y vivir. Un refugio. Y luego unas excavadoras lo destruyen.

LO DIJO LOWRY, pero él adivinó desde muy joven cuál sería su destino porque eligió un camino de perdición y, sobre todo, que el hombre iba a perder su condición de buen samaritano y ayuda al prójimo, lo que, sin duda, podría salvarle. ¿Alguien sabe cuál es el verdadero impulso para ayudar al que lo necesita?

El capítulo VIII de *Bajo el volcán,* el primero que escribió de los doce que componen el libro —según le confiesa a su editor, Jonathan Cape, en una larga carta de 1946, un año antes de la publicación del libro—, incluso concebido como un cuento, está basado en un hecho real que vivió el propio Lowry, aunque en este caso transcurriese durante el viaje que el cónsul, Ivonne y Hugh realizan en autobús a Tomalín (Tomellín en realidad) para pasar allí la fiesta del Día de Muertos. A un lado de la carretera, en la vereda, hay un campesino malherido recostado en un árbol y, junto a él, su caballo, que, ajeno a todo, mordisquea tranquilo la hierba. Tiene el hombre —es un indio— una herida en la cabeza y no se sabe si cayó de la montura o fue asaltado por ladrones al regresar del mercado, mientras espera sin consuelo la muerte. Nadie le ayuda, y cuando Firmin, Ivonne y Hugh bajan del autobús para socorrerle, el resto de los viajeros los miran con escepticismo y resignación. ¿Qué podrían hacer ellos?, parecen preguntarse, mientras llegan dos palabras murmuradas, «una de consuelo, la otra de obsceno desprecio»: pobrecito y chingar. Al final, decide bajar del autobús un «pelado» (un «iletrado descalzo», entre las definiciones posibles), quien, mientras simula asistir al indio moribundo, le roba el dinero, precisamente con el que pagará su viaje. El viaje siguió.

Hugh, el militante obsesionado con la batalla del Ebro en la que cree que se estaba decidiendo el futuro del mundo, advierte

entonces la mirada de una vieja: «¡Ah, cuán sensatas eran estas ancianas que al menos sabían lo que las inquietaba y habían tomado la muda decisión colectiva de no tener nada que ver con cuanto había ocurrido! Aferradas inmóviles a sus canastos». «En sus rostros», prosigue, «no había dureza ni crueldad. Conocían la muerte mejor que la ley.» No sabe Hugh, no quiere saberlo, que en España ya estaba todo perdido y que persistir como hacían miles de voluntarios era prolongar una carnicería que solo sería útil a esos propios jóvenes que buscaban el sacrificio.

Esta parte de *Bajo el volcán* va «cuesta abajo» hacia el abismo, le dice Lowry en la misma carta a su editor, porque no es poco contradecir la raíz misma del cristianismo al negar la parábola de Buen Samaritano (Lucas 10, 25-37), la ayuda al prójimo sin pedir nada a cambio. Todos quieren salvar a todos: el cónsul a Ivonne cumpliendo esa frase de fray Luis de León que encontró pintada en una pared, «no se puede vivir sin amar»; ella, al cónsul sacándolo del infierno del alcohol —para Lowry, es la embriaguez en la que vivía el mundo, su afán autodestructivo—; y Hugh a España y, con ella, al mundo. Y todos se quieren salvar a sí mismos porque no soportan la vida, sus vidas. «¿Qué has hecho tú alguna vez por la humanidad, Hugh, con toda tu *oratio obliqua* sobre el sistema capitalista, sino hablar y medrar gracias a él hasta hacer que tu alma hieda?» Así lo dice el cónsul. Y así se lo dice también a ella: «¿Qué diablos has hecho por alguien que no seas tú misma?». Siempre se puede decir que Geoffrey Firmin estaba «completamente borracho» o «borracho hasta la sobriedad».

Firmin —y aquí puede extenderse su voz a Lowry— no sabe por qué los hombres deben ayudar a su prójimo, cuál es la razón que les empuja a tender la mano al caído o curar al herido, pero sí sabe que su propia culpa solo puede ser perdonada identificándose con la víctima. «No puedes tocarlo… lo prohíbe la ley», le diría el cónsul a Hugh ante el indio agonizante. «De hecho es una ley sensatísima. De otro modo podrías llegar a convertirte en cómplice después de cometido el crimen» (falsa idea, por otra parte, pues no es cierto que la ley mexicana lo prohibiese, como sostiene Juan Villoro en su ensayo sobre Lowry reunido en *De eso se trata)*. ¿La

razón política es suficiente para ayudar al herido? ¿Que sea, además, de tu mismo bando? ¿Ese es el único impulso para socorrer al necesitado?

UNA TARDE DE verano fui a buscar a Joaquina a una playa donde solía ir a bañarse con sus amigas, el lugar más tranquilo y de aguas cristalinas que pudiera existir para ella entonces, al que había que acceder pasando por una verja forzada (al hablar de Joaquina prefiero utilizar la segunda persona del singular). El delito al final. Era en la cementera de Vallcarca, en el Garraf, saliendo de la serpenteante carretera que cruza los acantilados hasta encontrar un camino de tierra que conducía a un antiguo puerto de carga, entonces cerrado. Allí, sobre el muelle, estabas tendida tomando el sol, en el último lugar donde podías ser acogida con absoluta libertad, aun siendo una tierra devastada. O tal vez por eso y por ser esa la condición, sin pronunciar palabra, porque es tu estilo, cuando yo, como siempre, decía una de más. Mientras unos se buscan, otros huyen, o se huyen.

Un domingo ventoso, para vencer la tristeza de la tarde, nos fuimos a hacer fotos a Can Tunis, un nudo ferroviario entre el puerto y la montaña de Montjuich. Contra un muro de ladrillo, construcción civil del Estado, te fotografié perdida, alejada de todo, sorprendida por el flash, acosada por la oscuridad, despertándote de un largo sueño. Tenía una Praktica que me compré en Tenerife durante el servicio militar. Nos gustaba el cine de Wim Wenders. *Alicia en las ciudades, El amigo americano, París, Texas,* quizá en esos días vimos *El cielo sobre Berlín*. Eran lugares perdidos, sin orden aparente, arrojados a la parte trasera de la ciudad, un puro vacío preludio de un nuevo apocalipsis con estética terminal. Por una vez, encontrábamos un mundo que nos pertenecía y donde nadie iría a pasear. Nos equivocamos.

Hay en algunas palabras, como noche, oscuridad, atardecer, amanecer, crepúsculo, relámpago, una necesidad de proclamar su

desgraciada connotación fúnebre, de la que solo es responsable el que las escribe. De ello se dio cuenta Borges y ejecutó tres palabras: inefable, misterio y azul. Citaba a san Agustín —«para fortalecer la opinión de quienes me juzgan agusanado de antiguallas»— cuando aconsejó que «habíamos de apreciar la verdad y no las palabras».

SI ALGUIEN ME preguntase qué me hubiera gustado hacer y no he podido, contestaría que jugar al fútbol en un campo de hierba. No lo he hecho nunca, ni siquiera de hierba artificial. Cuando era niño jugaba en bancales de dimensiones tales que, al atardecer, cuando se ponía el sol y una nube de polvo quedaba suspendida en la otra área, era imposible ver la jugada, o esta se prolongaba a cámara lenta —esa sensación estaba producida, estoy convencido, porque no llegaba ningún sonido, ni voces, ni gritos— hasta que la noche lo cubría todo y el partido, más que terminar, se desvanecía en la oscuridad —en este caso, sí—, al punto de que a veces te quedabas solo sin saber si había terminado. Nos retirábamos con las camisetas al hombro a la espera de comernos un bocadillo maternalmente preparado.

Ponerse el sol mientras juegas al fútbol en un campo sin límites. Podías perseguir la pelota o regatear entre escombros y árboles frutales, regatear a todos, uno a uno, chutar al infinito; pedir partido después de acabar uno de cuatro horas o alistarte en un equipo sin saber cómo te llamabas, desnudo el torso y con la camiseta al hombro. Sostienen algunos que la verticalidad del fútbol de Cruyff se basa en que él, niño de la calle —pero de la calle asfaltada de las afueras de Ámsterdam—, no tenía más remedio que mantenerse en pie si no quería dejarse la piel en el suelo. Cruyff no se podía caer porque debía ayudar a su madre, limpiadora en las instalaciones del Ajax. La tierra, sin embargo, no es una dimensión espacial, sino temporal: teníamos todo el tiempo a nuestros pies.

Pocas cosas me han quedado tan marcadas como cuando fui por primera vez al Camp Nou, en compañía de mi padre y de mi tío (entrábamos aprovechando su carné de ferroviario). Aquel manto de hierba fresca, brillante y silenciosa, en el que las carreras de los jugadores se oyen como un hondo palpitar subterráneo o una estampida de búfalos en la pradera. Lamento haber escrito sobre este recuerdo en un artículo a raíz de los sucesos desencadenados por una manifestación que tuvo lugar en Barcelona el 11 de septiembre de 2012 y que los adeptos entendieron como el principio de la independencia de Cataluña, también conocido como *procés*. Podría considerarse como el *anschluss* austriaco, tan feliz, el día que el Gobierno de Cataluña pidió a su pueblo que se dejase anexionar por ellos mismos. Lo lamento porque aquel recuerdo sigue siendo demasiado inocente para una causa política tan largamente cultivada y venenosa.

Todavía vivía Franco y jugaba el Barça contra la Juventus. Jugaba Anastasi, Pietro Anastasi, unos de los grandes futbolistas italianos de la época, y cuando tocaba la pelota, todo el mundo a nuestro alrededor —estábamos en lo más alto del campo— decía: ese es Anastasi. El Pelé Blanco, añadió mi padre. Así le llamaban. Reproduzco algunos pasajes de aquel artículo prostituido: «Estaba en la última gradería, en lo más alto, así que apenas podía distinguir a los jugadores. Daba lo mismo; bastaba con oír golpear el cuero en esos silencios milagrosos que se crean en mitad del denso murmullo de las masas. Porque eso era lo realmente llamativo, ¿cómo era posible que en medio de miles de personas pudiera oírse el golpe de la bota en el balón? La impresión que me causó ver aquel estadio lleno de gente humeante todavía no la he olvidado. En un estadio todos somos seres anónimos, soñamos con ser iguales, y ese es el encanto, porque nos libera de la pesada carga de ser uno mismo las veinticuatro horas del día, excepto los que se sientan en la tribuna, cada vez más confortables, anodinas, como si las élites avanzasen sobre los ciudadanos-aficionados para arrebatarles la pasión a cambio de negocios fatuos o quimeras políticas. Me llamó la atención cómo ese ejército se retira en unos minutos, que es, como es sabido, la operación militar más

arriesgada: en silencio, solos o en pareja, con amigos, vecinos o familiares, vacían el estadio y enfilan con la cabeza baja y moviéndola obstinadamente cuando pierde su equipo (no puede ser, no puede ser…), la senda de los elefantes, como se denominaba en la afición barcelonista ese camino hacia la oscuridad de la noche».

CAMUS JUGABA AL fútbol con su amigos de Bab el Ued, en las afueras de Argel. Fue portero, el más bajito de todos era el portero, y en algunas fotografías aparece con una gorrilla formando con su equipo en un paraje con un sol sin sombras (¿cuántas veces he repetido esta imagen?: un sol sin sombra), incluso lleva al cuello una bufanda (cosas de las madres). Fue pobre, huérfano, aprendiz, enfermizo, pero no proletarizó su escritura, es decir, no la hizo sumisa, sino pendenciera, demasiado brillante y afilada para un hombre solo, un rebelde, un chico de suburbio que llegó a París con la sombra de su madre, aquella mujer analfabeta y silenciosa, según nos relata él mismo, y motivo último de su credo político y moral: «Entre la justicia y mi madre, me quedo con mi madre».

Llegó a París diciéndoles a los intelectuales de la *rive gauche* que ellos conocían el hambre por los libros, mientras él sabía qué era ponerse el sol con el estómago vacío —no él: su tío tenía una carnicería— o ver a los niños de la Cabilia pelearse con los perros por un cubo de basura, así despuntara el día, así cayese la noche.

Me gusta Camus por un parecido familiar. Su fotografía con las solapas subidas, el cigarrillo en los labios, parece que recién salido de la barbería, desprendiendo el olor a licor dulzón de la loción Floïd, es como la de esos parientes que llegan de viaje una mañana oliendo a café y tabaco, con el frío de la escapada en el aliento, se sientan a la mesa del comedor, mientras tú estás todavía dormido en la cama, y empiezan a contar historias de gente cuyos nombres has oído muchas veces, nombres susurrados o innombrables, con pleitos y disputas que un niño no podría

entender —una casa, una herencia, una promesa o un juramento ante el padre agónico, una pena cumplida—, y luego, cuando se van, tu padre te dice que antes de vivir en Buenos Aires habían estado en un penal. Lo dice con admiración. Un penal no es una cárcel. Un penal es un centro penitenciario en mitad de un erial, un campo sin labrar. Espigas, amapolas, silencio, sol, y allí en medio, donde no hay nada, hay un penal. Es un patio y centenares de hombres rapados bajo el sol, uniformados, como niños con bata, el babi de rayas, y aunque son viejos y jóvenes, el tiempo los ha ido quemando hasta reducirlos a la edad común del olvido. Un penal no reinserta, un penal es el olvido.

Camus escribió un prefacio fechado en 1958, casi al final de su vida, para *El revés y el derecho,* un libro de juventud, su primer libro. En él, Camus hizo un alegato en defensa de la pobreza. Solo él se lo podía permitir. Pero no una defensa de las calamidades del hambre, sino de la libertad de no poseer nada: «Soy avaricioso de esa libertad que se esfuma en cuanto aparece el exceso de bienes. No ha dejado nunca de parecerme que el mayor de los lujos coincida con cierta indigencia».

La pobreza de la que habla Camus es la desesperanza que descubrió en los suburbios donde creció. Es la doble humillación, dice, de la miseria y la fealdad. La fealdad de las calles sin asfaltar, de los charcos, del barrizal, de los bloques de edificios en los que se asoman viejos para tomar aire y en los balcones se almacenan enseres que no caben dentro, jaulas de pájaros que alegran los días de sol, bombonas de butano, ropa tendida, gritos, discusiones, voces que no encuentran respuesta, música, sintonía de radios, llanto de niños. Pero eso no es la fealdad. La fealdad es la desesperanza: saber que de ahí no podrás salir, que cuando vayas a la ciudad alguien te cortará el paso y te verá la cara de pobre y la camisa y los pantalones horteras y el peinado de pobre que quiere esconder que no lo eres.

Una suciedad imborrable, conocida como mugre, está adherida al suelo y a las paredes, dibujada con carboncillo para realzar una vida en blanco y negro. «Nací pobre en un barrio obrero, pero, no obstante, no sabía lo que era la auténtica desdicha

hasta que conocí nuestros fríos arrabales», escribió. Y leerlo en los cafés de Saint-Germain-des-Prés, acabada la guerra o recién «liberados», que no sé qué le ofendería más, solo hizo que acrecentar su fama de tipo duro capaz de vérselas con Simone de Beauvoir de manera tan sutil que a ella le costó que brotase la sangre de la herida, sustancia, al fin y al cabo, que hay que tener coraje para mancharse las manos con ella. Eligió al protagonista de su novela *La caída* cuando se preguntó: «Usted sabe lo que es el encanto: una manera de oír que te responden sí, sin haber hecho una pregunta clara». Pues bien, Simone de Beauvoir se vio reflejada en esa persona que siempre respondía aunque siempre con la misma respuesta.

Pero Camus dejó el barrio, el suburbio de la doble humillación, y llegó a París. Le respetaban, le temían, le admiraban. Les ofendía que alguien con cara de pobre les dijese que se abstuvieran de compadecer a los muertos de hambre, a los mataos, que el calor que sentía en su barrio era hermoso. «Vivía con apuros, pero también con algo así como el deleite», escribió. ¿No fue Engels quien dijo que haría todo lo que estuviese en sus manos por ayudar a los trabajadores menos vivir con ellos?

SI LA VIDA en los salones tiene sus ritos y sus reglas de comportamiento que se transmiten de generación a generación, un conocimiento adquirido por una repetición de los gestos, maneras de saludar —con algo de indiferencia—, besar —sin que los labios dejen humedad en el rostro del besado—, también existen unas normas no escritas para saber comportarse en un descampado. Un respeto. No tiene más misterio que transitarlo como si fuera una estancia palaciega: sin prestar atención a dorados y ornamentos porque, de lo contrario, sería como admitir agradecimiento por haber sido agraciados con esa ruina.

El caos no se improvisa, requiere tiempo y, sobre todo, no tener miedo a pasear por las malas calles. Allí donde creemos que

las casas y las personas solo han sido arrastradas por el viento, sin voluntad alguna, y que no existe razón para que ocupen ese lugar y pisen exactamente ese mismo trozo de tierra, existe un motivo, un impulso, incluso un error. Alguien habrá arrojado esa flecha. El caos detesta el desorden, la improvisación, la mano del hombre poniendo un ramo de flores donde antes no había habido papel y lápiz, ni valentía para quitar los escombros. El caos busca lo imprevisible. El paso de los años está sedimentado en la tierra, en la que es posible descubrir el huerto y el escombro, pero no hay que convertirlo en el patrimonio de los desheredados, sino pisarlo y dejar que sople el viento.

Así se lo dije a mi hija Irene, aunque de una manera más simple, para que pudiera entenderlo y yo mismo evitar sentirme un hombre ridículo. Fue una mañana durante las navidades, que salimos a pasear desde la casa de mi madre, en Collblanch, hasta el Polígono Gornal, donde vive mi suegro. Cruzamos las vías férreas por subterráneos, cruzamos puentes de hierro, zonas industriales, calles que dejan a un lado fábricas cerradas que se caen a pedazos, rotos los cristales a pedradas, como si fuese una venganza, arquitecturas de ladrillo de principios del siglo XX, fábricas textiles y bóbilas con sus chimeneas exhaustas aunque todavía no vencidas. Al otro lado, ascendiendo hacia el talud sobre el que pasa el tren, hay huertos cercados por puertas y somieres oxidados, eso que los sociólogos y urbanistas denominan con gran corrección, tras regresar de su Erasmus, «huertos urbanos».

La interminable agonía de aquellas «perpetuas ruinas», que son las que encontró Piranesi en Roma, nada tienen que ver con estos restos de ladrillos, cemento y retorcidos encofrados, donde ni siquiera podrían contrastarse con la naturaleza, ni taparse o abrigarse de la intemperie por un manto de enredaderas o ser ennoblecidas por la hiedra, el zarcillo, las campanillas violetas, la madreselva, la dama de noche; ni tener el privilegio de carecer de historia y permanecer eternas. No, ahí estaban a la espera de un nuevo plan urbanístico, de la demolición de viviendas de ínfima construcción, de que se anunciase una transformación radical, casi un siglo después —cien años, día a día—, con la recreación digital

de una gran explanada con un mobiliario absurdo y personas a las que ya parece que se está diciendo cómo deben ser, vestir, comportarse, incluso si lanzar una pelota a su perro.

El urbanismo de suburbio abre caminos entre parterres de hierba, sinuosos circuitos para acortar el trecho hasta la boca del metro o la parada del autobús, cuando absurdamente el urbanista ha decidido que hay que dar la vuelta no se sabe por qué, tal vez por abuso del ornamento de un jardincito para ordenar el tráfico. Pero lo llamativo es que, aunque el sendero marca la ruta más cómoda y rápida, incluso segura, para el peatón, el urbanista —puede que el jefe de la brigada de obras— nunca rectifica, aunque el camino se acabe imponiendo y la tierra sobre el parterre, así pasen cincuenta años.

Nadie planificó ese caos urbano, como es lógico, nadie previó o imaginó cómo serían esos barrios pasados veinte, treinta, cuarenta, cincuenta años, que es cuando yo empecé a cruzarlos cantando para mí a Serrat, que me lo sabía de memoria, y a Moustaki, que nos lo había enseñado mi profesora de francés, y, sin embargo, han sobrevivido. Se lo digo a mi hija, que me pregunta por qué la he llevado por ese camino tan extraño cuando podíamos haber ido al Paseo de Gracia o al Barrio Gótico, y saboreando todo el histrionismo del que soy capaz, voy y le digo que el caos permite que un hombre esté sentado en el umbral de un almacén fumando tranquilamente sin que nadie le diga nada, sin molestar, aprovechando el sol de esa mañana, o dormido, como en un ágora de infieles expulsados de la ciudad, que lleguemos a oír cantar a los pájaros en los balcones, señal de que queda todavía algo de vida, de aquella vida humilde.

Mi hija mira con desconfianza a ese hombre adormilado que no reclama compasión. No es este un lugar para el buen samaritano. Quién sabe si algún día lo encontrará en un cuadro del Museo del Prado, en aquel pastor —*El sueño de Jacob,* de Ribera— que yace plácidamente en el suelo, dormido, apropiándose de esa tierra convertida en su hogar. No hay nadie a su alrededor, nadie le molesta, ni lo despertarán, tal vez lo desvele el murmullo de las hojas de un árbol junto a él. Tiene la mano derecha apoyada en la

tierra, para poder mantenerse en equilibrio al sujetar la cabeza con la izquierda, lo que es una muestra de que el sueño no podía ser prolongado, sino que Ribera lo captó en ese instante en el que cierra los ojos y se duerme, aunque fuese un instante. Lo que llamamos una cabezada.

INVITÉ A JOSÉ María Valverde, del que había sido alumno a su regreso a la Facultad de Filosofía en 1977, a presentar en el Aula de Cultura de Bellvitge *Nicaragua tan violentamente dulce,* de Julio Cortázar, junto con su editor, Mario Muchnik, y el poeta hondureño Rigoberto Paredes, que entonces vivía en Barcelona. A Paredes lo vi un día recitar en Els Quatre Gats a Roque Dalton, junto a José Agustín Goytisolo, subidos en una mesa, aunque sentados. Debía de ser sobre el año 1984 cuando invité a Valverde. Quedé con él una hora antes del inicio del acto; cuando fui a buscarle a la puerta, lo reconocí a lo lejos en la plaza del mercado, sobresaliendo por su noble estatura entre la gente. Paseaba con su mujer, Pilar Gefaell, cogidos de la mano, entre el bullicio de los niños que jugaban y correteaban a su alrededor, con la misma lentitud con la que recorría los pasillos de la facultad. Los vi felices, con entusiasmo juvenil, con sus cabelleras blancas despeinadas y las mejillas sonrosadas. Al acercarme a ellos, Valverde no esperó saludo alguno y me agradeció emocionado la invitación por permitirle ver tanta alegría y vida en la calle, mientras ellos, me vino a decir, tenían que conformarse con la tristeza de un ático en la zona alta de la calle Aribau, con sus silencios burgueses y la distancia cortesana de la privacidad. Lo dijo mirando aquellos bloques prefabricados que vistos desde la autovía de Castelldefels parecían cajas de cerillas —se les llamaba colmenas— habitadas por seres sin alma. Pero no era así. La vida es el milagro que brota allí donde hay una comunidad humana que necesita vivir, de la misma manera que una enredadera se agarra a la pared por necesidad, despreciando cualquier principio estético,

ascendiendo por el ladrillo, el cemento, la pared encalada, el muro disciplinario, si fuera posible.

Valverde había venido con tiempo para poder pasear por el barrio, del que tanto había oído hablar, me dijo, pero al que nunca había llegado. En la calle Aribau los niños no salían a jugar a la calle y no se podía oír el grito de una madre llamando a su hijo para darle la merienda. Tuve la sensación de que le había hecho un favor al invitarle a presentar un libro sobre su querida Nicaragua en un lugar que parecía tan lejano, pero tan cerca de su corazón.

Valverde era el autor del manifiesto más breve y consecuente que yo haya conocido: *«Nulla aesthetica sine ethica».* Renunció en 1965 a la cátedra de Estética en la Facultad de Filosofía de la Universidad Central de Barcelona en protesta por la expulsión de la docencia de Agustín García Calvo, Enrique Tierno Galván y José Luis Aranguren por no ser adeptos al régimen. ¿Protesta? No. No fue un símbolo, ni una queja, sino un acto, fue verdad. No bastó con decirlo de palabra, es decir, saber a la manera socrática dónde está el bien y dónde el mal, sino que actuó en consecuencia. En todo caso, fue una protesta en su sentido etimológico: testificar a favor de la inocencia del acusado.

Conservo el libro de texto de bachillerato escrito por Valverde, *Curso de Filosofía* (edición de 1970; la primera es de 1962), lo repaso y busco en esas palabras sepultadas tantos años un razonamiento para entender aquel gesto solitario y radical, quijotesco y extravagante, escrito en latín en una carta oficial. Me llama la atención la exigencia del texto estando este dirigido a unos alocados bachilleres y, en concreto, un apartado dedicado al hábito en la vida moral. Dice así: «Los hábitos dan forma de conjunto a los actos, constituyendo la base de la conducta, del carácter y de la personalidad moral». Habría que leerlo de pie en una clase desde la tarima ante aquellos jóvenes, pero es ahora cuando lo leo yo, tantos años después, llegado el momento indicado por un designio, cuando mi vida ha consistido en gran parte en un puro hábito, una costumbre, una manía, una monotonía para que no muera lo mejor que la vida me ha dado. Lo que Valverde nos dice en ese texto para jóvenes es que los hábitos

ya no son simples costumbres y repeticiones, sino que esconde una vida moral más profunda, la «fisonomía moral de una persona». Y por encima de esos hábitos están las «fuerzas del alma»: impulsos, sentimientos, emociones, pasiones.

Unos años después, creo que en 1990, le hice una larga y muy poco periodística entrevista para el diario *El Sol.* Su mujer, Pilar, nos dejó solos: se puso una gabardina y se fue a hacer un recado o a pasear. Estuve en su casa de la calle Aribau más de dos horas, puede que tres; me habló de filosofía, política, poesía —acababa de publicar sus *Poesías reunidas (1945-1990)* y por tal motivo le entrevisté—, de su compromiso cristiano y de Nicaragua, que había sido su última gran pasión. Mandé seis folios, creyendo que mi entrevista merecía una página entera o más. Cuando una semana después apareció publicada, me avergoncé de mi ingenuidad: apenas quedó en una columna.

Gracias a que Valverde abandonó la docencia en España, pudo traducir el *Ulises* de Joyce y la poesía de T.S. Eliot. A su muerte, en 1996, leí muchas necrológicas que recordaron aquel breve manifiesto: no podía haber estética sin ética. Entonces se recordó que habría que buscar este gesto de sacrificio en el origen profundamente cristiano de Valverde y no en su sobrevenida admiración marxista posterior y que tan generosamente ofreció a causas —como a su querida Nicaragua— que hoy le avergonzarían.

En el *Fedón* de Platón, les dice Sócrates a quienes asisten a su muerte que mientras sigamos manteniendo a este cuerpo del que «somos esclavos de sus cuidados», dándole de comer y cumpliendo sus deseos, guerras, revoluciones y luchas, y hasta que no nos liberemos de él, no podrá alcanzarse la verdad. Sin embargo, el dilema que plantea a sus discípulos no tiene salida: o la plena sabiduría de la muerte o renunciar al conocimiento, pero vivir, aunque contaminados. Sócrates le deja a Valverde la tarea del filósofo: desligar el cuerpo del alma.

Cuando lo vi en medio de aquella plaza llena de gente, de niños y madres, de viejos y jóvenes alegres, me pareció que las ínfimas tareas para consolar los deseos del cuerpo no iban con Valverde, que acudió sin pesar a su final, sin equipaje, muy

machadiano, pues lo era, puro y triste, cumpliendo lo que contaba Sócrates: sería ridículo que «un hombre que se ha preparado durante su vida a vivir en un estado lo más cercano posible al de la muerte, se irrite luego cuando esta le llega».

¿Quién, si no, viejo profesor, podía haber escrito una elegía de su propia muerte?: «Seguirá mi tristeza paseando / por rincones de sombra».

LA DEFINICIÓN MÁS exacta que he leído de «periferia» la ha dado el arquitecto Renzo Piano: desierto afectivo. Él nació en las afueras de Génova y sabe que es en ese lugar donde está la vida. Añade en una entrevista: «Estas zonas son fundamentales para las ciudades, porque es por donde se expanden y donde los ciudadanos hacen crecer sus deseos y aspiraciones».

¿Podrían, entonces, valorarse las ciudades no por su centro, sino por la calidad de su periferia? ¿Por el caos de su arrabal? ¿Por la reconstrucción de sus ruinas? ¿Por la alegría? ¿Será, acaso, por la manera amable de entrar en ellas sin que provoque una decepción sobre el lugar al que volvemos o llegamos por primera vez y la manera de salir, de huir? Luego está el desierto afectivo, la despanzurrada periferia, monumento a la fealdad, pero que en ese desorden es donde puede verse la sabiduría de sus habitantes.

No es la definición de «ruinas» en el *Diccionario de símbolos* de Juan Eduardo Cirlot: «Su sentido simbólico es obvio y literal; significan destrucciones, vida muerta. Son sentimientos, ideas, lazos vividos que ya no poseen calor vital, pero que todavía existen, desprovistos de utilidad y función, en orden a la existencia y el pensamiento, pero saturados de pasado y de realidad destruida por el paso del tiempo».

Un sonido que perfora el alma: una moto —de poca cilindrada—, una tarde, abriéndose paso en la nada quemada por el sol, prolongando su sonido hasta más allá de lo desconocido, donde tiembla el aire.

LA IMAGEN DE la desolación —exagerando— podría ser la de aquellas tardes en las que dejaba a mis padres con un fontanero —lampista era la denominación autóctona del oficio; plomero es en otros lugares y un ecuatoriano me dijo que se puede decir gasfitero—, haciendo el lampista, pues, una reparación. La casa llena de herramientas por el suelo, con el soplete de llama azul, incandescente, al punto de que pondrías el dedo, y un hombre contoneándose para meterse como un reptil debajo del fregadero, como si no hubiese más vida que ese codo por donde se escapaba el agua —que ni mi padre supo arreglar con ese apaño de esparto enrollado— y la maldición de una cañería mal instalada. Ese es el problema de España, se quejaba el fontanero, el lampista, el plomero, el gasfitero, que no se saben hacer las cosas bien, ni siquiera poner un codo. Yo me quería ir a mis asuntos con mis amigos, a la bohemia humilde en un bar en el que nos daba refugio un hombre silencioso, mudo —nunca le oímos hablar—, un gallego que solo atendía, además de a nuestra mesa pasándonos el paño para quitar obsesivamente la ceniza, a unos cuantos vecinos apoyados en la barra mirando sin mucho ánimo la televisión. Todo el mundo se respetaba.

Mientras estaba el lampista, la casa era un hospicio frío, corría por el pasillo una corriente desangelada, con la fregona por medio, la escoba, la costumbre de poner periódicos para no manchar, lo que acrecentaba el desorden y el desprecio a la letra impresa —y a esas lecturas ocasionales retorciendo el cuello— y mis padres allí en medio y yo queriéndome ir, pero sin saber cómo hacerlo. Era más que una huida, una deserción, una traición. Dejarlos solos en mitad del naufragio. Qué tristeza, cayendo además la tarde y yo perdiendo la posibilidad de conspirar contra la vida con mis amigos y sentir la libertad de soñar que algún día dejaría la casa de mis padres. Esos días con el lampista arreglando una tubería, o cuando mi madre decidía empapelar de nuevo la

casa sin posibilidad de escapatoria. Entonces sí que era imposible. Mi padre era un prisionero, sin saber qué hacer, un hombre derrotado sin saber hacer valer sus fuerzas ya debilitadas —no quiero contar sus años por no contar los míos—, aunque siempre queriendo demostrar oficio y maneras. Nada humillaba más a mi padre que le recriminaran que cualquier parte de su trabajo fuese una chapuza. En este caso, solo me quedaba la posibilidad de hacer dibujos y proclamas en las paredes antes de ser tapadas, por si algún día alguien las encontraba igual que se descubren pinturas en una cueva de la prehistoria. Esos días aciagos venían a decirme que no tenía escapatoria, que acabaría atrapado en el barrio, sin esperanza posible, quién sabe si con la cabeza envuelta en una toalla.

Mi madre siempre le ofrecía algo al lampista, un cafelito o una cervecita, con ese diminutivo cariñoso, depende de la hora, con una atención primorosa al trabajador y al trabajo bien hecho, pues esa era la demostración de que el mundo está construido de gestos educados, que no hay civilización decente que se precie en la que una buena palabra no anuncie un buen acto (lo sé: luego está lo de ni una mala palabra, ni una buena obra). El lampista lo agradecía al acabar y, una vez concluida la reparación con éxito, le gustaba recriminarle a su ayudante para recalcar su pericia y esfuerzo, un joven voluntarioso y atento, que eso pasa porque las cosas nunca están en su sitio cuando se necesitan, refiriéndose a una herramienta que le había pedido con la precisión de un cirujano y que no encontró a la primera, poniéndosela con todo su peso en la palma de la mano, y mis padres asentían, porque es cierto. Nada está, nunca, en su sitio.

Cuando se saca la radial, ya no hay vuelta atrás, oí decir hace unos días, pasados muchos años, aunque en circunstancias parecidas a las de mis padres, y aun soplando la misma corriente de aire, triste y espectral, como si la casa estuviese expuesta a la intemperie. Todo tiene arreglo, decía exhalando las palabras con cada gesto de fuerza un fontanero (aunque era gasfitero). Allí estaban mis libros,

mis ridículos libros, y yo empeñado en cubrirlos con una sábana para que no sufrieran, siendo testigo de que el problema, como siempre, es el ahorro. No se puede poner tuberías PPR, con una fecha de caducidad de no más de siete años, para el agua caliente, me dijo, decepcionado. Las cosas se hacen mal. Ese es el problema de España, se lamentaba mi fontanero. Cuarenta y seis años después.

EN UN DESCAMPADO romano, en Ostia, apareció el cuerpo sin vida de Pier Paolo Pasolini. Muere el 2 de noviembre de 1975, en una hora indeterminada de la madrugada. Un descampado es el lugar donde se dejan los muertos, se arroja la basura o nos desprendemos de algo sin que nadie pregunte. Nadie preguntará quién lo ha arrojado, por qué, quién es. Nadie preguntará quién nació en un colchón abandonado. Nadie querrá saber la identidad del muerto, sea perro o persona. En un descampado están todas las culpas, todas las injusticias.

Desde Roma se puede llegar a Ostia en menos de una hora y encontrar un lugar donde la hierba ha empezado a crecer con una cierta dignidad planificada y un urbanismo inestable, en el límite de la ciudad, con baldosas mal ajustadas y parterres absurdos, como el mismo monumento en homenaje a Pasolini, una construcción abstracta, que es el estilo elegido cuando no se sabe qué decir y no se dice nada. Nada. Podía haberse elegido una calle de Roma, o dar nombre a un colegio, pero se eligió el mismo descampado, posiblemente para que su muerte no hiera a los que tanto le odiaban. Había que enterrarlo en las afueras.

Viajé una mañana de invierno hasta un parque urbano en la periferia, aunque el límite estuviese marcado por el mar, y eso supusiera algún sentido. Pero ese parque requemado por el sol y la soledad de un día laborable, con sus bancos y papeleras —rebosantes de bolsas de patatas fritas, latas de bebida y cajetillas de tabaco— no fue el lugar en el que apareció el cuerpo de

Pasolini, destrozado y tan irreconocible que había que identificarlo enturbiando la vista. Fue allí al lado, junto al viejo Idroscalo, donde tiempo atrás permanecían, elegantes y vanguardistas, anclados los hidroaviones en las dársenas construidas en la Italia mussoliniana.

A las seis y media del domingo 2 de noviembre de 1975, una *«donna di borgata»* descubrió el cuerpo de un hombre ensangrentado, muerto. *«Donna di borgata»,* dicen los periódicos romanos. Una mujer de pueblo o de suburbio. De arrabal. Se llama Maria Teresa Lollobrigida, bello nombre, y regresaba a su barraca, nadie sabe de dónde, o no se especifica en ninguna de las crónicas. Decir que formaba parte del *sottoproletariato romano* —Italia siempre ha sido un laboratorio de ideas, pero sobre todo de conspiraciones y de dar nombre hasta a lo más innombrable— no le impedía venir de pasar la noche en Roma con su hijo y algunos otros familiares. Entonces ve un montón de basura y se queja de lo sucia que es la gente, se aproxima y llama a su hijo, gritando: es un muerto.

Hasta allí llegó Pasolini con su Alfa Romeo Giulia GT, que no era el lugar apropiado para pasearse a esas horas de la noche, y con él al volante Giuseppe Pelosi, de diecisiete años de edad, que lo arrolló una y otra vez, dijo que sin querer, puede que asustado en el interrogatorio policial, después de machacarle la cabeza. A Pelosi lo detuvieron horas después conduciendo en contra dirección el Alfa Romeo de Pasolini. Murió en julio de 2017, pero antes confesó en una entrevista en la televisión —Pasolini no dejó de ser un producto de consumo— que él no había actuado solo. ¿Cuántos italianos hubiesen deseado asesinar a Pasolini?

El cuerpo de Pasolini era un cuadro expresionista sangrante. Así se publicó en los periódicos y así es la foto que tengo ahora delante. Un policía muestra la camisa, blanca, ensangrentada. Y sobre todo las palabras con las que todos creían cerrar el caso, la identidad del asesino: *«ragazzo di vita»*. Una prueba de cómo era el asesino: Pelosi estaba obsesionado con recuperar su anillo perdido en el lugar del crimen. Tiene una inscripción: «United States Army». Lo confiesa. Todo le da igual.

Se suceden las visitas ante un bulto cubierto de sangre, con profundas incisiones en cabeza y cuerpo, los dedos de la mano izquierda fracturados. Hay un ensañamiento feroz. A las diez de la mañana llega su amigo el actor Ninetto Davoli para reconocerlo, y le cuesta. Así describe la escena: el cuerpo de Pasolini está en mitad de un campo de fútbol, hay unos palos con sangre y mechones de cabello. Y el anillo que buscaba Pelosi, con una perla roja, esa maldita inscripción de United States Army. ¿Se lo regaló algún soldado americano que se lo llevó a alguna pensión de la Piazza dei Cinquecento? ¿Se lo robó arrancándoselo en la huida? Los neumáticos han dejado la marca en la tierra, también en el pecho de Pasolini.

Pelosi, dice en su declaración, acepta la invitación de un *signore* a dar una vuelta, un *giro,* en coche, que le ha prometido que le hará un regalo. Cenan en una trattoria, Tevere Biondo, cerca de la basílica de San Paolo, en el barrio de Ostiense, extramuros. Luego van al campo de fútbol y sucede lo que es normal entre un *marchettaro* y un homosexual, según algunas crónicas. Pasa lo normal entre un chapero y un *frocio*. No acepta, dice, las peticiones sexuales de Pasolini. Se defendió. Reconoce haberlo matado.

El cuerpo estaba en un campo de fútbol de tierra, con las porterías sin red, maleza en las bandas, un campo de la periferia de una ciudad del sur. Parece abandonado, pero no lo está: en cualquier momento se levantará un griterío. A las nueve de la mañana, con el cuerpo todavía sin levantar, unos muchachos empiezan un partido de fútbol a unos metros del cadáver de Pasolini. Nadie sabía quién era, ni qué había pasado exactamente. Pasolini no merecía nada, y nadie veló para que nadie se acercara.

En su muerte se cruzaban todos los caminos. La buscó a manos de un joven que él había concebido en *Una vida violenta.* A Pino Pelosi no es que lo hubiese inventado como si fuera un ser inexistente, sin ni siquiera tener madre, como él tuvo a Susanna Colussi («Tú eres la única en el mundo que sabe, de mi corazón, / lo que ha sido siempre, antes de cualquier otro amor», escribe en un poema de 1962), o más que una madre, el ser que le acompañó hasta el final cuando todos le abandonaron, sino que le abrió la

puerta para que entrase y ocupase el papel que tenía predestinado: acabar con la vida de Pasolini.

Sobre por qué y cómo Pasolini fue en busca de su asesino se ha especulado mucho, pero todo apunta en la misma dirección: él se lo había buscado. El lenguaje popular, tan vengativo, acierta: lo buscó y encontró su merecido, como un regalo. No hay ninguna prueba fehaciente, aunque sí fue dejando a lo largo de su obra narrativa, poética y cinematográfica datos sobre su fijación por la violencia de los jóvenes de la calle. Los más desgraciados, esos a los que Jesús hubiera lavado los pies y perdonado desde la cruz.

En ese mismo poema dedicado a su madre confiesa que Susanna Colussi es insustituible: «Por eso condenada a la soledad estaba la vida que me diste». ¿Quién si no un hombre solo es capaz de citarse en un descampado de Ostia al anochecer? Tal vez ese hombre que confiesa: «Y no quiero estar solo. Tengo un hambre infinita / de amor de cuerpos sin alma».

Dijo Alberto Moravia que cuando visitó el lugar donde fue asesinado su amigo, ya lo había visto antes en *Accattone,* su primera película, y lo había leído en *Una vida violenta.* Escribió de los lugares donde vivía Tommasino: «El camino hacia Montesacro, con un asfalto que ya no era más que una que otra mancha sobre el polvo cubierto de gravilla, suciedad y residuos, seguía el curso del Aniene. El río corría bajo taludes malolientes, sobre todo donde desemboca la cloaca del Policlínico; en la orilla opuesta se elevaban otros taludes sobre los que podían verse casas y casuchas, alguna obra, otros barrios de tugurios...».

En el final de *Pajaritos y pajarracos* (1966), Ninetto Davoli, amigo, amante, padre, actor protegido —traidor como Judas después de acogerle y mantenerle a él y a su familia—, el *«ragazzo di vita»* que le ayudó a redimirse y establecer una comunión sincera con la *«borgata»* y máscara de la pobreza y la felicidad fácilmente reconocible por sus cabellos rizados y sus dientes abiertos, le pregunta a Totò mientras caminan hacia las afueras de la ciudad por una autopista en construcción, cómo se muere uno, cómo es posible que respirando en un momento se dé el último aliento. Totò solo le dice que el hombre más rico acabará siendo el más

rico del campo santo y que el pobre solo pasa de una muerte a otra. No es una visión materialista de un napolitano, no es la razón histórica, es la vida limitada, es el horizonte de la muerte, la paz y el descanso. Pero sobre todo es Totò, su fúnebre humor, la decisión con la que camina hacia la periferia de la ciudad, seguro de sus pasos, sabiendo hacia dónde se dirige, donde el campo sobrevive con la ciudad solo como un polvoriento espejismo, un desierto bíblico, mientras Davoli da la impresión de que quiere retroceder, asustado. No quiere llegar al final. Para, para, para, le pide. Es normal: es joven y ama la vida. No ha llegado su hora. Se preguntan dónde están y no lo saben. Están perdidos.

Dos hombres perdidos en una tierra que ya no es suya y, como si les hubiesen dejado ese lugar, ese no-lugar. Hasta que habla el cuervo que anda con ellos en este paseo terminal. A lo lejos, se oye el murmullo de las tripas de la ciudad y se siente su perfil de lejanía. El hombre es un ser de lejanías, dijo Heidegger. Sin embargo, yo descubro en ese no ser nada, o en ese ser inacabado, el futuro, el optimismo de lo que está por hacer. Lo que los pobres llaman esperanza, lo que nunca se debe perder.

Totò y Ninetto se acabaron comiendo al cuervo, que, para entendernos, venía a representar a un intelectual de la época, un marxista que dice saber hacia dónde se dirige la humanidad, alguien que habla pero que no se juega nada, porque no ha sufrido, porque no ha pasado ni hambre ni frío, porque solo sabe de las nostalgias del pasado y las quimeras del futuro, su capital más preciado. El cuervo del mañana.

ESTE ABURRIMIENTO PONGO por testigo de que hay un malestar incurable que solo se alivia cuando la vida está en peligro y, como resultado, provoca una satisfacción que, aunque no dure mucho, despeja la niebla que envuelve nuestra existencia. Cita Benjamin un libro extravagante, *El tedio* (1903), de Émile Tardieu, que sostiene que la historia de la humanidad es en el fondo un

compendio de maneras de sobreponerse al aburrimiento. Afortunados aquellos que pueden levantarse con el sol de la mañana, dice, incluso antes de que amanezca, porque otros verán su vida velada por una luz gris y lluviosa, esclavos de un clima que lo condiciona todo, de su tristeza decadente y cobarde.

Tedio, sí, pero nadie sabe decir o ponerle nombre a su contrario. ¿No será entretenimiento? ¿Ocio? ¿Pasar el rato? ¿Viajar? ¿Simular durante una semana ser otra persona? ¿Matar el tiempo? Nadie sabe decir nada del ocio, porque solo es un pasatiempo, literalmente, aunque parezca que es algo más que no hacer nada, como saber esperar a que las nubes pasen para que el sol brille. Saber estar solo en la gran ciudad es un gran hallazgo, inevitable para poder soportar cuán absurdo es el devenir humano, desde la cuna hasta el lecho final, el que fuese. Así que hay que buscar placeres mundanos, instantáneos y disolubles.

A mediados del siglo XIX París estaba invadida por una verdadera epidemia de tedio, y para explicar cuál era su devastadora dimensión, expandida a todos los rincones de la ciudad, excepto a esos pobres y menesterosos que bastante tenían con sobrevivir día a día, se ponía como ejemplo el caso del célebre cómico, mimo y saltimbanqui Jean-Gaspard Deburau, figura del Théâtre des Funambules del Boulevard du Crime, que acudió un día al psiquiatra para tratarse de su insoportable abulia, desgana y hastío vital. El médico, después de examinarlo siguiendo un protocolo muy establecido en estos casos y mostrarle tras concluir la exploración el lado positivo de una existencia material colmada, le recomienda descanso y hacer *algo* para distraerse. ¿Por qué no va a ver a Deburau?, le sugiere. El paciente respondió, decepcionado: «Deburau soy yo». Todos somos Deburau. Ese fue el estado de ánimo de una época y quién sabe si todavía no nos hemos repuesto, aun habiendo provocado grandes guerras para salir de la modorra y decadencia espiritual.

NO HAY NADA más alejado de la velitas perfumadas y de las lámparas íntimas de color hueso que la periferia, definida por el fluorescente y el ladrido de los perros. Las voces sin identificar, la confusa oscuridad de un barranco. En mi pueblo se le llamaba La Trinchera al lugar por donde pasaba el tren entre dos altos taludes de tierra por cuya parte superior caminaba la gente. En mi pueblo se tiró a la vía un vecino que se llamaba Basilio. Una noche —era de noche, eso sí lo recuerdo—, la gente bajaba por mi calle diciendo que Basilio se había tirado al tren. O el tren lo había matado en La Trinchera. Siento un pánico enfermizo a las grandes ruedas de las locomotoras. Nadie vio nada, pero todos sabían que, tarde o temprano, sucedería, que ese es el sino del vino y la soledad. Escribió Panero, Leopoldo María: «Es una muerte sin testigos, y con todo el planeta por testigo».

EL VACÍO SE oculta en lo sólido, y un descampado solo se oculta con una construcción de bloques, una carretera y, de manera más reciente, con un centro comercial, de ahí que estos sigan siendo solares asfaltados. Pero no puede ocultar su condición de no ser. A Wenders, para explicar en *París, Texas* que una escena iba a suceder en Los Ángeles le bastó con captar un carrito de la compra en un gigantesco *parking* de un centro comercial y un avión cruzando el cielo poco antes de aterrizar. Nada más. Puede que ese lenguaje mínimo sea la única manera de expresar el enorme vacío de un descampado asfaltado y señalizado con rayas amarillas para delimitar las plazas de cada coche. Cuando el asfalto se resquebraja y muestra la tierra original, o brota una planta en sus juntas, es una demostración de que el vacío perdura.

Es difícil que cambie nuestra mirada sobre la tierra originaria, por lo menos para mí, aunque sobre ella se haya levantado el más voluble de los mausoleos contemporáneos. El Reichstag en llamas permanecerá en el tiempo más que el edificio reconstruido por Foster y su cúpula de cristal. Las Torres Gemelas que cayeron como

un código de barras infinito perdurarán en nuestra memoria por encima del rascacielos levantado en su lugar por Libeskind, que ha pasado a denominarse, por una similitud geométrica a una taxonomía moral y política, Torre de la Libertad. Está prohibido mostrar imágenes del World Trade Center destruido, incluso se aplica un Photoshop pudoroso, pero todos saben que lo que existe detrás de esa imagen prohibida es un enorme vacío, unas ruinas que atestiguan que por encima de un progreso radiante solo quedará destrucción. Los edificios que consideramos eternos solo lo son porque en ellos están clavadas las miradas de los años, una y otra vez retenidas en una memoria que acabará siendo un museo de ángeles caídos, pura alegoría. Benjamin, de nuevo, lo escribió de esta manera en el *Libro de los Pasajes:* «La alegoría ve que la existencia se encuentra dispuesta bajo el signo de la destrucción y la ruina, y lo mismo sucede con el arte». En parte ese libro es una reconstrucción sin posibilidad de volver a ponerse en pie.

He paseado por la gran herida del World Trade Center, antes de la reconstrucción de Daniel Libeskind, cuando todavía crujían los escombros y parecía imposible que sobre esa ruina volviese a levantarse un nuevo edificio, que el vacío perduraría —pulcritud, igualdad y blancura— como el que fue levantado en 1973 y destruido en 2001, seccionados limpiamente por una navaja, vertiendo la yema lentamente, como el ojo de Buñuel. Me sorprendió ver que a unos cientos de metros se mantuviese polvorienta y en pie la Iglesia de la Trinidad, inmune, frente a la racionalidad implacable de dos paralelepípedos.

W.G. Sebald dice en *Austerlitz* que hay algunos edificios que ya tienen la huella de su destrucción antes de caer. «De algún modo sabíamos naturalmente que los edificios que crecen hasta lo desmesurado arrojan ya la sombra de su destrucción y han sido concebidos desde el principio con vistas a su existencia ulterior como ruinas...», dice Jacques Austerlitz, y puede que no exista otra construcción que represente mejor esa caída ya marcada en su piel que las Torres Gemelas. Aquellos dos rascacielos habían dejado de competir con el resto de los edificios, solo se miraban uno al otro desde una terrible soledad, como si la Historia hubiese terminado y

uniesen sus destinos en un todo o nada. Y ganó la nada.

Si observamos algunas casas que se han conservado en medio de la destrucción, incluso en la desolación de un bombardeo, o por el empecinamiento de un propietario que se ha negado a vender el terreno a una constructora. Si observamos esas casas, podemos descubrir que están protegidas por un áurea que las hace eternas, por más viejas y destartaladas que sean.

Viví durante un tiempo en una de ellas. Fue mi primera casa después de dejar la de mis padres. Estaba situada en la zona industrial de Hospitalet, en las afueras de Barcelona, entre el barrio de Bellvitge, campos y huertos —hoy descampados— y las vías del tren. Era una sola calle, de nombre Campoamor, en honor del poeta, de casas bajas con ornamentos modernistas, talleres, un par de bares, una vieja bodega y algún edificio de dos plantas, como el mío. Allí, en una vivienda de dos habitaciones, instalé «mi estudio». Mi *boudoir*. Primero fueron unas estanterías, pero el objetivo era tener una biblioteca, «mi biblioteca», mi única aspiración. Guardé uno a uno mis libros y me gustaba verla crecer poco a poco. Toda mi obsesión era llenar esos anaqueles. He clavado muchas estanterías y lo he hecho como si apuntalara mi propia vida a algo inamovible y sólido.

Con el tiempo acabé formando una biblioteca, que por definición es la expresión de un orden personal, el que sea, y ella me ha acompañado en todas las casas donde he vivido, abandonando algunos libros cada vez que me mudaba, como si ellos me dijeran, como en las películas: no quiero ser una carga para ti, estoy pasado de moda y cansado, quiero morir.

Mi casa de la calle Campoamor podía verse a unos dos kilómetros de distancia desde la otra punta de la zona industrial, de manera que cuando mis amigos vislumbraban las dos ventanas, como unos ojos encendidos en medio de la noche, sabían que podían visitarme sin necesidad de llegar hasta la casa. No tenía teléfono. Hice una colección de botellas vacías que coloqué en el suelo, unos guerreros de Xian a la espera de ser sepultados por los siglos. Yo pensaba que viviría ahí toda la vida porque ese me parecía el mejor lugar del mundo. Lo era, pero la vida puede

cambiar en una noche.

Pasé por allí el día que mi hija y yo fuimos desde Collblanch al Polígono Gornal, y aquella casa había desaparecido engullida en esa nada de nuevas construcciones en las que primero se pone una farola, más tarde las aceras, tal vez unos bancos —se planifica el espacio y se imagina una vida— y, por último, se levanta un edificio, en este caso con detalles decorativos sutiles, o directamente minimalistas —que busca borrar el pasado e imponer lo esencial, lo que definimos como contemporáneo y ascético—, como el de no poner macetas en los balcones. Todo en función de la discreción y el anonimato, que se ha convertido en un principio muy burgués, o antiburgués —o pequeñoburgués por lo minúsculo del formato—, de hacer desaparecer el pasado de nuestros padres.

¿Por qué ha triunfado ese estilo minimalista entre las llamadas clases emergentes? Creo que es una manera de borrar la casa paterna, de eliminar las huellas del pasado y poder reinventar una identidad urbana, cosmopolita, tan ecléctica como insustancial, es decir, sin sedimentos ni sentimientos, global. No es decoración como una acumulación de los tesoros que cada uno ha conseguido —más los artefactos para hacer funcionar una casa y propiciar el descanso—, el paso del tiempo que pone todo en su sitio, sino la demostración de que ya no se desea nada porque ya se tiene todo, o se puede tener todo. Todo tipo de objetos. El «menos es más» de Mies van der Rohe es un apotegma fácil de recordar meciendo una copa de vino en la mano, pero Venturi intuyó que después vendrían los malos imitadores y el mal vino servido en copas globo, incluso imitadores muy perfeccionistas, que son los peores, pues solo en la repetición nos parece que suceden las cosas, y acuñó el «menos es aburrido». Incluso nada.

¿Qué diferencia hay entre una casa perdida en un páramo y otra en un descampado? Es el campo semántico, dirán algunos. Es un campo minado, dirán otros. Sánchez Ferlosio dice —en *Vendrán más años malos y nos harán más ciegos*— que de la misma manera que no debería emplearse «siempreviva» para que la palabra no defina más que el propio paisaje, debemos saber que decir «en un pequeño chalet del extrarradio» solo adquiere su significado pleno

gracias «a tan tremendo nombre»: extrarradio. Descampado. Solar. Suburbio. Periferia. Afueras. No abusemos de ese descampado semántico. Yo, el primero.

TENGO DELANTE UNA fotografía del bar Trole en el Paseo Sant Joan de Barcelona, realizada por Manolo Laguillo en 1980. Entre la calle Trafalgar y la Ronda de Sant Pere se levantaba un conjunto de edificios de baja altura, de una o dos plantas, que acababan componiendo una estructura irregular, inestable, desequilibrada, cubista, dejando al descubierto las medianeras de dos edificios anclados entre estas dos vías, además de la galería interior de un típico edificio del Ensanche. Sobre el bar Trole, con dos grandes ventanales y una puerta de cristal de dos hojas, se alzaba un primer piso decorado con publicidad de Jabón Lagarto. A pie de calle está la marquesina de una parada de autobuses con gente esperando, un kiosco de la Once y una cabina de teléfono, que todavía funcionaban. Un cartel no esconde el futuro que le deparaba a esa esquina: adquirido por Núñez y Navarro, constructora que durante muchos años fue el gran arquitecto de ese Ensanche burgués convirtiendo los domingos por la tarde en un oscuro paseo para parejas, pisando las hojas de los plátanos al salir del cine. El bar Trole ya no existe.

Durante una época pasé muchas horas en el Trole, porque a una calle de allí estaba la redacción de la revista *In/dolencia,* una publicación que, para resumir, buscaba explicar cómo se podía vivir después de los grandes relatos liberadores. Muerto el comunismo, quiero decir. Éramos así, qué le vamos a hacer. Uso el lenguaje de entonces. En la portada del primer número, tres jóvenes indolentes, de clara estética punk, están apoyados en una pared en cualquier calle de Berlín. La pared, por supuesto, está grafiteada. El Muro todavía no había caído. Faltan unos años, pero nadie supo preverlo, ni siquiera nosotros. Nunca, nadie, pidió la caída del Muro, excepto los berlineses.

La última vez que estuve en el bar Trole fue la tarde del 23 de febrero de 1981. Es la fecha del fatídico intento de golpe de Estado que, tal y como lo estoy escribiendo ahora, produjo el efecto de dispersión generalizada, como si todavía no nos hubiésemos dado cuenta de que la movilización había terminado y tuviese que salir a escena un patético personaje de otro tiempo para darnos cuenta de que el sueño había terminado y que la nueva sociedad y el hombre nuevo no iban a ser posibles, por lo menos como nosotros los habíamos imaginado. Nos íbamos a conformar con una democracia normal, como las viejas, que no era poco, y defenderla, incluso con derecho al aburrimiento. Ahora lo es todo. El hombre nuevo era lo que cada uno de nosotros fuese capaz de hacer con su vida. Aquella tarde de febrero cada uno inició su propio camino. Yo emprendí el mío.

Me enteré del golpe de Estado en mitad de una clase del profesor Bermudo en la Facultad de Filosofía, donde estudiaba. Pero observemos antes un detalle premonitorio: junto a la mesa del profesor había un televisor en el que seguíamos el debate de investidura de Leopoldo Calvo-Sotelo tras la dimisión de Adolfo Suárez semanas antes, así que el asalto al Congreso lo pudimos ver al instante, aunque uno nunca es consciente de un golpe de Estado hasta que, pasados los días, alguien te lo cuenta o ves a tu padre ayudándote a romper papeles absurdos (ensayos sobre el poder y el obrero-masa) que la Guardia Civil se hubiera visto incapaz de descifrar. Mientras sucedía, todo era una secuencia de hechos a los que era difícil ponerle nombre. Se dio la clase por terminada cuando entendimos que algo estaba pasando («algo está pasando», en contra de otro momento en el que no pasaba nada: esa es la diferencia y esa fue, a la fuerza, nuestra ruptura democrática).

Yo me dirigí al Trole porque, no recuerdo cómo y de qué manera, allí nos íbamos a encontrar unos cuantos de la revista para decidir qué hacer. Gran pregunta. Una pregunta que, dependiendo de quién la formulase, podría ocupar un libro de centenares de páginas, incluso cambiar el curso de la Historia. La respuesta fue fácil: había que desaparecer. Una gota de aceite en un vaso de agua. Desaparecimos todos y, no sé cuándo exactamente, el propio

edificio del viejo Trole.

PASADOS UNOS AÑOS supe que Paul Auster conoció a Siri Hustvedt, la que sería su mujer, la mujer alta, rubia y de ojos hundidos, el mismo día en que en España se estaba dando el golpe de Estado del 23-F. Mientras leía *Diario de invierno* me asaltó una fecha y un párrafo y con él la distancia de una vida con otra, la imposibilidad de compartir la experiencia humana. O, como dijo Wilde en una de sus infinitas citas, qué vulgar es el drama de los otros. Un muy austeriano tema.

Escribe Paul Auster: «El 23 de febrero de 1981, veinte días después de tu trigésimo cuarto cumpleaños, justo a los cuatro días de su vigésimo sexto aniversario, llegaste a conocerla, te presentaron a la Única, a la mujer que ha estado contigo desde aquella noche de hace treinta años, tu esposa, el gran amor que te asaltó por sorpresa cuando menos lo esperabas…». Eso me encontré. Y recordé: esa tarde, entrada la noche, volvía a casa de mis padres. Las calles estaban vacías. Los comercios y bares habían cerrado. Me encontré a mi padre pegado al televisor y a mi madre inquieta, tapándose la boca con un pañuelo, retorciendo la punta de su rebeca, porque mi hermano estaba en Zaragoza, destinado como sargento de milicias en el Regimiento de Pontoneros de Monzalbarba, Zaragoza. Mi padre decía que era improbable que los ingenieros montaran esa noche el puente Bailey sobre el Ebro para que cruzaran las divisiones acorazadas.

Yo podría haberle dicho: tranquila, mamá, Paul Auster acaba de conocer a Siri Hustvedt, la que será su mujer, la Única, escritora como él, tan alta y aparentemente silenciosa que debe llevar zapatos planos. Tranquila, mamá, nada malo sucederá, porque así que pasen cuarenta años, por elegir el tiempo de una dictadura, ellos seguirán juntos, como así ha sucedido. Como prueba de ese amor, hubiese bastado decirle que se pasarán las primeras semanas de febrero en la cama —es un mes muy frío en Nueva York—, en el

153 de Carroll Street, Brooklyn, mientras nosotros despertábamos noqueados de aquel golpe, con nuestras caras de pobres cerrilmente atados a nuestra tradición más cruel. Dado que la gente se suele conocer por la tarde —aunque hay excepciones—, seguro que Paul y Siri pasaron la primera noche juntos, mientras nuestros guardias civiles huían por las ventanas del Congreso de los Diputados la mañana del día 24 y se daba por concluida la asonada —acepción decimonónica, muy nuestra—, así, de una manera tan rápida, como si se hubiesen quedado sin dinero para seguir rodando la película.

Con toda seguridad, Paul y Siri vivían al margen de lo que le sucedía a un país llamado España y sobre el que el secretario de Estado norteamericano, el general Alexander Haig, se limitó a decir con escrúpulo —mirando el mapamundi— que aquel pintoresco suceso era un asunto interno entre españoles. En eso, nada que objetar: siempre, todo, es entre españoles. Después de todo, todavía no se habían editado en España los libros de Auster y él andaba escribiendo la segunda parte de *La invención de la soledad,* así que poco hubiera hecho por nuestra causa, si alguien supiese cuál es. La causa de España. Nadie apuesta un duro por ella.

Se lo podría haber contado a mi madre para tranquilizarla, pero yo nada sabía del maravilloso encuentro entre Paul Auster y Siri Hustvedt como demostración de que nada malo podía salir de aquel 23 de febrero. Sobrevivimos, aunque fuese por casualidad, austerianamente.

HAY UN MISTERIO insondable: discernir la alegría de la tristeza cuando se producen al unísono, como espirar e inspirar. Los tanatorios son el teatro lírico donde mejor se representa esa función.

Creo, además, que esa es la esencia de la literatura misma. Lo comprobé una vez que presencié la muerte de un amigo, Pere: dejó de respirar mientras en el pasillo unas enfermeras empujaban un

carrito entre sonrisas cómplices y el tintineo de las herramientas hospitalarias, como si fuera un mueble-bar. Así lo escribió Schopenhauer: «Que todo cuanto sucede tiene lugar, sin excepción, bajo la más estricta necesidad, constituye una verdad que se puede comprender *a priori* y, por consiguiente, de modo irrefutable, a la que quiero llamar aquí "fatalismo demostrable"» *(Los designios del Destino)*.

Schopenhauer contará el caso de la muerte Mark Lane, según la recoge el *Times* del 2 de diciembre de 1852. Se trata de una investigación judicial instruida por el juez Mr. Lovegrove sobre el cadáver de un hombre, de nombre Markus Lane, que fue hallado ahogado en la esclusa de Oxenhall, una parroquia de Forest of Dean, en el condado de Gloucestershire. Fue su hermano —sigue relatando el *Times*— quien anticipó que Mark tuvo que morir ahogado porque él mismo había soñado hacía dos noches con este suceso, incluso había intentado sacar a su hermano de las aguas sin conseguirlo. La investigación judicial habla de que la noche anterior el hermano de Mark había soñado que junto a su cuerpo sin vida había una trucha. A la mañana siguiente, fue a la esclusa de Oxenhall y vio una trucha saltando en el agua, por lo que no dudó que el cuerpo sin vida de su hermano no debería de andar muy lejos, como así fue.

Esa coincidencia en el tiempo, en día y hora, entre un golpe de Estado en España y el hecho de que las vidas de Paul y Siri se cruzaran pudo haberse anticipado de seguir el método del «fatalismo trascendente» propuesto por Schopenhauer, pero era imposible porque a Auster todavía no se le leía en España y ningún mando golpista hubiese sido visto con uno de sus libros.

Como dijo Schopenhauer, «una vez que su hebra haya hilvanado un segmento significativo, e incluso, al examinar minuciosamente los pormenores de su propia vida, esta puede aparecérsele algunas veces como si todo en ella respondiese a una trama, y considerar meros actores a cuantas personas hayan pasado por el escenario». Digamos que ese es ahora el terreno de la literatura.

ME PARECE ABSURDO que alguien diga que «hay que conservar un paisaje». Un paisaje es un punto de vista. Es la elección del lugar desde donde se mira. Una vista. Una *veduta*. Desde donde se pisa. No se puede conservar «una mirada». Es como querer conservar el aire fresco y puro que una mañana alguien respiró hasta el estómago. Más difícil todavía: volver a poner el pie en la huella borrada en la arena. Incluso es involuntario, «es el hábito crónico del hombre civilizado de ver el mundo como si fuera un cuadro», dijo el psicólogo J.J. Gibson. Puede que la clave esté en ese *ser civilizado* y temeroso. Hay una obsesión conservacionista de dar más valor a las imágenes —sombrías si puede ser— que a lo que ven nuestros ojos, siempre más complejo. En el paisaje se encuentra reposo y eternidad.

Nunca pregunté a mis padres cuál era el paisaje que veían cada mañana al salir de casa. Es una pregunta que no se debe hacer —es pura retórica—, a no ser que nos pongamos a recordar mirando viejas fotografías y empezar a reconocer las casas, familiares, amigos, vecinos, objetos que estaban entre nosotros. En Peñarroya-Pueblonuevo, nuestro pueblo del sur, mi Esperanza, pudo ser el cielo inmenso que se abría al final de una calle estrecha en el barrio de El Cerro, que ascendía hasta acabar en la vía férrea, en una zona conocida como la Estrecha, y la estación del mismo nombre, aunque yo la viese como una avenida llena de peligros, sin asfaltar, por donde descendía un arroyo con agua y nubes de jabón, pero donde hacíamos navegar palos y barcos de papel.

Era la oscuridad de los días de tormenta, las chimeneas de las fábricas, las torres de los pozos de las minas, los estorninos pintando una nebulosa en un cielo infantil y nubes bíblicas, las campanas llamando a muertos mientras hacíamos los deberes en la cocina, el viento soltando latigazos en el tendido eléctrico. Así lo recuerdo. Pero desconozco cómo lo vieron mis padres. Solo sabemos que, además de los pozos de los que se extraía el carbón, había una fundición de plomo, una fábrica de cinc, de

superfosfatos, de ácido sulfúrico, de briquetas, de ladrillos, de papel, hornos de cok, talleres de metalurgia y calderería —donde trabajaba mi padre— y la Escuela del Trabajo y el colegio de las Monjas Francesas, traídas por los propietarios de las minas. La Société Minière et Métallurgique de Peñarroya tenía su dirección oficial en el 12 de Place de Vendôme, en París, donde están todas las joyerías de lujo de París.

Un día dejamos el pueblo y fuimos arrojados a un lugar del que desconocíamos todo, también el paisaje al abrir las ventanas. A partir de entonces, mi paisaje fue un descampado, un territorio salvaje, que, a diferencia del jardín idílico, del huerto o del campo que se pierde en el horizonte, es un lugar para la nada. Puede que de ahí la inquietud que produce, puede que su tristeza. Pero nada de lamentos: aquel fue el mejor de los mundos posibles.

Mi padre volvía a casa subiendo en bicicleta una pequeña cuesta al rato de oírse las sirenas de las fábricas que anunciaban a todo el pueblo que era la hora de comer. Una hora más tarde descendía la misma calle con los dos pies en el mismo pedal de vuelta al trabajo. A mí esa postura de recto equilibrio me llamaba siempre la atención. Cuando llegamos a Alicante, entre los enseres transportados en un camión —un Pegaso que conducía un primo de mi madre—, que era la casa entera, se encontraba la bicicleta de mi padre. Qué feliz conclusión le llevaría a pensar que podría conservar tan arcaico método de locomoción. Los frenos eran de varillas metálicas y tenía dos asientos suplementarios: uno, en la barra delantera para los niños, y otro, atrás, sobre el guardabarros niquelado. Su carcasa era como una armadura quijotesca. Un día le robaron la bicicleta, no mucho tiempo después de llegar a Alicante, que utilizaba sobre todo para ir al trabajo, un taller de calderería en el barrio de Benalúa, sin saber que ya no se podían dejar en la calle sin candado y que no bastaba con que los ciclistas llevasen corbata y los pantalones ceñidos con una arandela de metal para no pillárselos o manchárselos de grasa con la cadena.

Poco después se compró una moto, o motocicleta, una Derbi, lo que se dio por llamar Derbi «paleta» —el originario modelo Antorcha—, muy común en el ramo de la construcción y, aunque

no era el de mi padre, un día se debió de inclinar en exceso en una curva y acabó en el suelo y desollado el brazo, haciendo así honor al aire juvenil de aquel díptero de 49 cc, siempre muy estigmatizado por otros oficios y de escasa consideración social (espero que nadie la reivindique ahora como una antigualla *vintage)*. Recuerdo que llegó a casa con el brazo en cabestrillo y que estuvo unos días sin ir a trabajar, cosa extraña. Mi madre le quitó, con gran sentido común, la idea de volver a coger la Derbi. El progreso siempre nos quita, con dolor, algo.

Más tarde dio un salto cualitativo y se compró una Vespa, también de segunda mano, una máquina más urbana —aunque esta palabra no existía— y presumida, con la que nos paseó a mi hermano y a mí por las afueras de Alicante, llegando incluso a un pueblo —creo que era San Vicente del Raspeig— donde nos pilló una de aquellas terribles tormentas tan comunes en Levante, con relámpagos bíblicos y truenos que el eco de las montañas multiplicaban hasta el infinito. A nuestro regreso, y escampado el aguacero, la paz propia de ese momento no ayudó en nada a tranquilizar a mi madre, a la que recuerdo recriminándole a gritos cómo se había atrevido a llevarse a los niños tan lejos, e indicaba hacia unas montañas de un cielo tenebroso y realmente amenazador. A partir de ahí, mi imagen es confusa, pero sí estoy seguro de que cuando llegamos a Barcelona mi padre circulaba en metro y autobús, hasta que un día, pasados bastantes años, se compró un coche, un Renault 8, por el que toda la familia seguimos sintiendo un enorme cariño, admiración y agradecimiento.

Desde entonces, la numeración de los autobuses entró a formar parte de nuestra vida, como si lo supiésemos todo de ellos, de sus conductores, sus tics y manías, maneras de sentarse y de cambiar las marchas —operación que siempre me pareció compleja —, de su brusquedad en la conducción y de los pasajeros que coincidíamos a la misma hora, incluso respetando el asiento donde echar una cabezada: el 54, el 56, el 57. O aquellos transbordos del metro infernales, sobre todo en verano, y la disyuntiva sobre si coger la línea uno o la cinco.

SIN SABER POR qué, reparo en que la manera de tratarse de los miembros de esa familia de emigrantes venidos del pueblo, cada uno llegado en un momento, con edades diferentes, unos siendo ya abuelos, otros padres y madres, adolescentes, niños y jóvenes dispuestos a estudiar o hacerse un oficio, no se correspondía con el momento real, sino que remitía a un momento indeterminado del pasado que no era el de la edad que cada uno tenía. Mi padre trataba a hombres hechos y derechos como si fueran chavales con pantalón corto, y el uso del diminutivo en el nombre lo delataba, y él mismo siempre fue para algunas vecinas de la calle donde nació, que es donde yo también nací (calle Castelar; él y mi hermano en el 19; yo, en el 16), el joven aprendiz de calderería de entonces. Era un tiempo suspendido, eterno, proustiano a nuestra manera, claro (escribirlo era una tentación), involuntariamente ralentizando la velocidad del progreso para que no triture en sus dientes lo que fuimos y, aunque tal vez a nuestro pesar, seguimos siendo.

Fui tomando conciencia del paso de los años a medida que mis padres cambiaron esas «visitas», como siempre se llamaron a esas reuniones que luego debían ser correspondidas (recuerdo a mi padre viajando con mis tíos hasta Verdún, un barrio en la otra punta de Barcelona donde vivía gente de nuestro pueblo y donde la vida parecía un milagro, tan lejos, tan olvidada), por otras más solemnes a hospitales y cementerios. Y a tanatorios, experiencia que me permite formular un principio, o una pregunta: ¿quién no se ha perdido alguna vez buscando un tanatorio?

Nunca la vida ha sido tan anónima para tanta gente. A medida que iban muriendo, yo iba ocupando mi lugar en la ciudad. Duró poco el vínculo con el pasado familiar, con los parientes lejanos y aquellos amigos que cuando veían a mis padres hacían el recuento de los supervivientes.

Mi madre solo conserva unas cuantas fotos comiendo tortilla

de patatas y filetes empanados en Montjuich. Aparecen mi tía —mi tío seguía embarcado—, mis primas, mis padres y algún primo de mi madre y su mujer. Están sentados en una de las laderas cercanas a Miramar y al fondo se ve algo de la ciudad, que ya para entonces —debíamos de llevar un año viviendo en Barcelona— formaba parte de nuestras vidas como si hubiésemos estado predestinados a acabar en ella. La foto la hice yo porque no aparezco, aunque sé que estuve: todos miran, pero nadie muestra una especial alegría. Hay oscuridad en las miradas. Barcelona también era oscura entonces. Era Pascua y todavía se celebraba como si estuviésemos en el pueblo, aunque con la contención laica que requería la ciudad moderna. Un laicismo muy funcional, de fin de semana, puente y segunda residencia, pero que suponía abandonar liturgias alegres y felices, exaltaciones milagrosas. O más que laicismo es el abandono de un mundo sagrado. Nosotros seguíamos atados a nuestro pasado por pura necesidad, refugio y casa donde encontrar calor. Nada de ir a hacer dulces al horno de pan, perrunillas, rosquillas, mantecados o pestiños, como se solía hacer en mi pueblo: cada uno en su casa. Silencio.

Esas celebraciones fueron pasando y nunca más volví a ir a comer la tortilla con mis padres, ni siquiera ellos mismos volvieron a hacerlo, ni sintieron nostalgia alguna y, sobre todo, no hubieran aceptado formar parte del ejército de nostálgicos reunidos en Las Planas, aquellos merenderos en Collserola frecuentados por «domingueros», algo que siempre encontrará comprensión en esta tierra tan sentimental. Mis padres nunca tuvieron la ocurrencia de ir a la Feria de Abril, tristísimo acontecimiento que los políticos barceloneses adoraban aunque no les saliesen rozaduras en los zapatos, ni luego tuviesen que arrastrar al niño en brazos, dormido. Desprecio inconfesable a la fritanga y los ojos tumefactos cuando llega la noche y ellos se van satisfechos porque creen que han hecho una buena obra de antropología social. Pobres, ¿por qué son tan alegres?

El emigrante conquista la ciudad, sus calles y lugares simbólicos a medida que el nativo de toda la vida —el barcelonés *«de tota la vida»,* que no es cualquier cosa— la abandona para

refugiarse en su segunda residencia. Es como cuando el señor deja la casa y el servicio se apodera de ella, pero solo durante su ausencia, se viste con sus ropas, toma su coñac, se fuma sus puros, se mira en sus espejos. Cree ser el señor de la casa, pero sabe que no lo es. Soñar no cuesta nada, pero es peligroso. Solo algunos acaban atrapados en esa ficción y al final pronuncian la milagrosa palabra: estoy plenamente integrado. Extraña anomalía la del hombre que traspasa una frontera mental. La peor.

LA GENTE SE llamaba por el lugar de procedencia, por lo menos en Collblanch-La Torrassa, siempre como recurso para identificar a alguien. «Sí, hombre, esa familia que es de Granada», se decía. O, incluso, lo que ya era el colmo: «Sí, esa señora que es catalana».

Mis padres renunciaron a cualquier expresión pública de sus orígenes, porque no tenían ninguna necesidad y, además, lo habían dejado todo en el pueblo, primero, y luego en Alicante, pero, sobre todo, porque creo que para ellos no había nada más triste que ver a alguien añorando su tierra y retorciéndose mientras oyen las canciones de cuando eran jóvenes o cuando mi madre cantaba mientras lavaba y la galería de nuestra escalera era un escenario de músicas y olores de guisos. «Alguien está asando pimientos», se decía. «Alguien está cantando “Ojos verdes”, qué bien se entona.»

Pero cuidado con el folclore de los que no se han movido ni un metro de la casa donde nacieron ellos y todos sus antepasados y, encima, llevan con gran orgullo de su estirpe —lo de «toda la vida»— que allí nació su abuelo y su bisabuelo, pues la emigración también se divertía y era feliz y vivía con despreocupación y sin más responsabilidad que la de ir tirando. No tenía ninguna misión histórica que llevar a cabo. Coplas, pero también mambo, chachachá, boleros y, cómo no, pasodobles. Y luego dicen que son pobres... Pero de la misma manera que mi madre decidió un día que mi padre no iba a almorzar los domingos por la mañana sardinas asadas —con cebolla fresca picada y aceite crudo—

porque olía toda la casa y toda la escalera —como el pote de nuestros vecinos gallegos marcaba su propio territorio y el velo negro de sus venerables ancianas sentadas en fila en el pasillo—, se fueron dejando atrás viejas costumbres que solo servían para perdurar un pasado que nunca más regresaría.

Eso solo fue la suposición de un joven que empezaba a dar sus primeros pasos por la ciudad y que para hacerlo tenía que repudiar sus orígenes familiares. Ellos, mis padres, es posible que nunca abandonaran aquella pequeña patria, pero la guardaron en silencio. Siempre el silencio. Y, sobre todo, nada dijeron contra la tierra de adopción, ni cuando sintieron que esta se alejaba de ellos y que no les pertenecía. Mi padre no llegó a conocerlo porque murió antes y los síntomas de esa ruptura, si la llegó a presentir, se la guardó para él. Creo, creo ahora, que sabía que ese iba a ser el camino. Pero los muertos no hablan.

Sin embargo, pasado el tiempo, y perdiéndose poco a poco el encanto mutuo, he ido recordando los silencios de mi padre —pues había que callar doblemente, incluso más veces— y el papel subalterno que se le atribuía dada su condición de inmigrante (que no de emigrante, y a mucha honra). Es realmente difícil entender esta condición en un territorio tan pequeño: cambiar de ciudad e irse a otra, a no más de ochocientos kilómetros, para buscar trabajo es tan viejo como la vida misma. Cuando, además, se habla la misma lengua y existe la misma cultura, los mismos equipos de fútbol, la misma televisión —mientras duró—, mitos populares, y durante cuarenta años se compartió el mismo dictador —en Barcelona con su coquetería habitual, una feliz modernidad—, es extraño que se presente como un trauma insuperable que algún día habrá que vengar, al punto de que alguien ponga un charnego en la mesa por Navidad.

LA FAMILIA NOS encontrábamos cada año en el día de Todos los Santos alrededor de la tumba de mi abuela Emilia, madre de mi

madre. Fue el primer miembro de la familia que murió en Barcelona, en 1969, en la calle Vallparda de Hospitalet, al lado de la cascada de cristales de la que hablé. Está enterrada en el cementerio de la ciudad, señal de que echaríamos raíces, de que este era nuestro lugar. Su vida es el estandarte de todos los agravios, pero esa es una causa que no necesita bandera. Justificaría una revolución si lo comparamos con otras supuestas injusticias capaces de levantar del sillón a miles de indignados, incluso burgueses que no soportan ser humillados, ni aunque sea una sola vez en su vida, ni que sus derechos, que son como las cláusulas de un contrato de arrendamiento, sufran el menor incumplimiento. Yo no voy a contar la vida de mi abuela Emilia. Le dediqué mi libro *El hombre inacabado* con la esperanza de que algún día, alguien, se preguntase quién fue Emilia López Bueno.

Esos encuentros familiares eran divertidos porque empezábamos a comprender que había una vida que crece libremente atada a antiguos pleitos de honor y otra que sigue previsiblemente la moda de los tiempos, que era el caso de los jóvenes. De ahí que acabásemos casi siempre tomando fino y comiendo caracoles —calientes, en vaso y con hierbabuena— entre risas y algún caído en el camino, conscientes —o un poco inconscientes— de esas costumbres atávicas.

Yo sentía que me iba alejando de ese mundo y que mis padres y mis tíos observaban con satisfacción cómo prosperar suponía dejar algo del pasado, como nosotros, los hijos. Pero el pasado nunca se va del todo.

VEO EN *ladrón de bicicletas,* de Vittorio de Sica, que un descampado es igual en todos los lugares, no importa el año ni la ciudad, mientras se produzca esa transmutación de seres a la periferia, que es un concepto relativamente moderno y una manera de ir por la vida —

como cruzar un barrizal vestidos de domingo, o el paseo de los recién casados de blanco y negro impolutos acompañados de niños calzados con unas escuálidas alpargatas—, con el que se define el lugar en el que la ciudad da paso a lo desconocido, casi siempre como un desguace de enseres inservibles, o al delito. En las primeras líneas de *Si te dicen que caí,* de Juan Marsé, el narrador cree ver en los ojos abiertos del cadáver que desencadena la historia un «barrio de solares ruinosos y tronchados geranios». Aquello que Antonio López me definió un día desde el cerro Almodóvar, en la salida de la carretera de Madrid a Valencia, con una línea casi perfecta en la que el último edificio daba paso a la era. Él marcaba con el pincel esa línea con exactitud. Esa línea ha avanzado desde entonces, pero sigue definiendo la misma frontera.

Cuando salgo de la ciudad y veo las últimas casas en mitad de la nada —la nada nunca es nada del todo, aún nos queda la palabra: una ventana encendida—, siempre me pregunto cómo se produce el milagro de la vida. ¿Por qué la vida es posible, sea donde sea, frente a una autopista, sintiendo el temblor del paso del ferrocarril, entre las fábricas? Veo anocheciendo las luces de las ventanas y alguna persona que recoge la ropa tendida en el balcón, o el resplandor de una televisión, el palpitar de la vida en silencio, unos enseres almacenados, y pienso que la vida es posible a pesar de todo. Seres sin voluntad, como arrojados a la intemperie, pero seres. Esa es la pregunta que formuló Heidegger y que ahora resulta algo excesivo recordarla al hablar de los descampados: por qué hay vida y no nada. Incluso la nada nadea.

En *Ladrón de bicicletas* aparecen los solares entre edificios con una luz blanca y uniforme, limpia, cegadora. Los niños juegan en los terraplenes, que son como los que yo conocí: abruptos barrancos, más pequeños que como los veíamos entonces, por los que descendía el agua al llover, depositando unos sedimentos caprichosos o mostrándolos, cuando los charcos se secaban, unos objetos perdidos —unas canicas, un soldado de goma— que volverán de nuevo al ciclo de la vida para ser víctimas de una patada inocente y caer en un torrente podrido que nunca desaparecerá del todo. Y así ir de un lado para otro. En el

descampado todo se transforma, nada muere.

Los edificios en el barrio de Ricci no proyectan ninguna sombra, han sido abandonados como piedras lunares —algo hay de esa luz lunar de las grandes plazas de De Chirico por donde nadie cruza y ventanas semicirculares con ropa tendida—, puras y, a pesar del ruido del vecindario, silenciosas al llegar la noche, agotada ya la luz y los sueños. Duermen los niños, solo hay silencio, paz. Si la sombra es la zona oscura del alma, en *Ladrón de bicicletas* la imagen es limpia y esperanzadora. Incluso franciscana. Italo Calvino escribió que gracias a Rossellini, a De Sica, a Zavattini, se produjo el momento «menos contaminado y más prometedor del cine». «El cine empezaba su creación del mundo: aquí tenemos un árbol, aquí un anciano, una casa, un hombre comiendo, un hombre durmiendo, un hombre llorando», escribió. Todo sucedía, todo podía suceder: los recién casados que saltan juntos un charco cogidos de la mano, rozando el vestido blanco ese espejo de agua oscura; el viejo que descubre en un matorral una flor de su tierra y juventud; y los niños, siempre los niños, que son los dueños de ese paraíso, como Bruno. Todo sucedía de espaldas al mundo, como si nadie se acordara de ellos, pero no ha sido así.

Tengo la fotografía de mis padres el día que se casaron. La he mirado muchas veces, porque es normal que cuando voy a ver a mi madre vuelva a mirarla. Están en el barrio de la Estación, cuando él fue a buscarla. Visten como si fueran actores de Hollywood y a su alrededor hay un montón de niños y vecinas siguiendo el cortejo. Son pobres y ríen.

UN MUNDO SE viene abajo y lo hace sin conciencia de lo que supone. Nunca, nadie, tiene conciencia del desastre. Primero se anuncia, poco a poco, dejando algunas pruebas a las que no se suele prestar atención por su irrelevancia y, sobre todo, porque los sucesos históricos son tan imprevisibles como los actos humanos; luego, todo se acelera vertiginosamente sin poder detenerse. El día que

asesinaron en Sarajevo al archiduque Francisco Fernando, el 28 de junio de 1914, André Gide anotaba en su diario: «Esta noche, antes de cenar, he liberado a mi estornino. Por la mañana lo había sacado al jardín del invernadero, pero se quedó posado sobre la rama de un ciruelo; he pensado que sería una presa demasiado fácil para mi gato, y lo he devuelto a su jaula...». Además, había pasado a limpio sus traducciones de Whitman. Es cierto que no había internet y, sobre todo, el tiempo transcurría a otra velocidad.

El 19 de julio, escribe: «Esta mañana los gatos han destrozado a mi pobre estornino. Se han abalanzado sobre esa cosita sin miedo y sin defensa; yo estaba al piano, pero de repente he reconocido su llamada...». De repente, el 5 de agosto, todo está decidido: «Ayer, invasión de Bélgica. Schoen se ha ido». Y, poco a poco, esa misma tarde, empieza a utilizar un lenguaje bélico: «De momento todos los esfuerzos se vuelcan hacia el Este, y el abastecimiento de París queda un poco desatendido». Poco queda de su estornino.

La distancia de Gil de Biedma respecto a la España de 1962 queda plasmada cuando en su diario utiliza la expresión *«hangover»* para referirse a la «resaca» sufrida tras una fiesta de exceso alcohólico. Es abril y queda poco para que se inicie la huelga de los mineros de Asturias, a la que le dedica aquel poema de los «grises años gastados», momento en el que él y sus amigos son zarandeados por la imagen de las «vagonetas en las bocaminas y de grúas inmóviles». Sin embargo, afortunadamente, ninguno de los poetas de la llamada poesía de la «experiencia», ni nada que se le parezca, se han referido a sus dolorosos momentos de baja mar como *«hangover»*.

EN LA ÚLTIMA entrevista a Pasolini, un día antes de su muerte, nada hacía presagiar que su final era inminente, que le quedaban horas, minutos, segundos, una cena, su última cena. A excepción del título, que él mismo puso: «Estamos todos en peligro». Pero no se refería al riesgo que corría él, sino a la caída de un mundo, a no ser

que sospechara o sintiera que sus horas estaban contadas, que él citara a la muerte y la acompañara hasta la propia tumba en un descampado en Ostia —es la idea más atractiva, aunque indemostrable.

Burgués o proletario, tenía el límite de la procedencia de cada uno, saber las deudas y las culpas. Saber hasta cuánto tiene de crédito la palabra, es decir, que realmente esté avalada con el oro de la vida y tenga valor. La palabra es una moneda. Llamaba a las puertas un mundo en el que los burgueses querían ser como trabajadores y los trabajadores querían ser como burgueses, procreando una nueva clase. Querían intercambiar los papeles. A eso tenía miedo Pasolini. Ante la pérdida de la humildad —tan católica como comunista, pero, sobre todo, de una cultura popular superviviente— y ante la perspectiva de convertirnos todos en portadores de un progreso rutilante, vacío, patéticamente berlusconiano, solo cabía aquel *compromiso histórico,* con dos palabras cada cual de su propio acervo. La compasión por el otro y los dientes implacables de la historia. De esa manera se conquistó lo máximo que se puede alcanzar: ser todos iguales. Iguales en la mentira.

La última entrevista de Pasolini fue la de Furio Colombo para *Tuttolibri,* un día antes de que apareciese su cuerpo en Ostia. Una vez muerto, fue portada y anunciaba el mismo semanario la tirada: 500.000 lectores. El mundo se había vuelto grande, extraño, las palabras empezaban a perder sentido, ya no valían nada. Le pregunta el periodista:

—Es como decir que sientes nostalgia de aquel mundo.

—¡No! Tengo nostalgia de la gente pobre y auténtica que luchaba por echar abajo al amo sin convertirse en aquel amo.

Su poema en favor de la policía, aquellos hijos de pobres que golpeaban con furia a los estudiantes, hijos de papás asustadizos, sigue siendo su declaración más misteriosa y provocadora. Para mí —no lo puedo evitar— tiene un atractivo, aunque un día un policía antidisturbios con el que durante unos años mantuve un parentesco casual me contó algo que ahora me permite creer que entiendo algo a ese Pasolini que se pone al lado de la policía y no de los

estudiantes. Un trabajador que lucha por mantener a toda costa su puesto de trabajo es un igual para el antidisturbios; los dos están en el mismo lado y es difícil —me dijo— aguantarles la mirada porque te está preguntando ¿tú qué harías si dejaras de llevar el sueldo a tu casa? Les dimos de lo lindo —siguió contándome—, pero ellos no se quejaban, aguantaban los porrazos y se defendían con valor, sin doblarse, sin una queja, sin buscar el consuelo y la compasión de nadie. No eran unas víctimas, sino una causa justa. Las víctimas éramos nosotros. Ellos también nos daban a puñetazo limpio, con barras de hierro, nos lanzaban tornillos y tuercas y mientras lo hacían nos susurraban al oído como un boxeador contra las cuerdas. ¿Sabes cuál era el combustible que nos ayudaba a levantar la porra y pegarles con todas nuestras fuerzas?, me preguntó. Cuando nos susurraban «¿No os da vergüenza?». Entonces pegas y pegas para borrar esas palabras, y así pegarle también al que está sentado en un despacho sin dar la cara, ni por el trabajador ni por el policía.

La confesión de aquel antidisturbios mientras tomábamos unas copas me dio una clave fácil de entender, emocional y humana, aunque no creo que fuese suficiente para comprender a Pasolini. ¿Podría haber algo de sofisticada provocación? ¿Una búsqueda del martirio? ¿Algo de sacrificio cristiano?

Pasolini estaba rodando *Teorema* en una mansión en la campiña de Lodi, al sur de Milán, razón por la que no conoció en directo el duro enfrentamiento que, el 1 de marzo de 1968, tuvo lugar en Roma entre policías antidisturbios, los Celere, y estudiantes. Tampoco conoció de manera inmediata el efecto provocado, pero que a él solo le ayudaría a reactivar su pugna contra esa «civilización burguesa» que ha abandonado el sentido de lo sagrado transmitido por los campesinos del sur o por los que despojados de su tierra sobreviven en los suburbios de las ciudades.

He visto el vídeo de la llamada «batalla de Valle Giulia», en la Facultad de Arquitectura, desde el drama del blanco y negro y la lentitud del cine mudo. Peleas cuerpo a cuerpo, cargas a caballo. Me llama la atención un momento en el que la policía también tira

piedras, como hacían los estudiantes, lo que imprime a todo un aire de reyerta, de pelea callejera, hasta que llegan los Celere, con sus cascos musolinianos, de una severidad que ayudaba a un preciso reparto de papeles. Los estudiantes detenidos y esposados son conducidos a los furgones, pero avanzan con soberbia tranquilidad, con sus gafas de pasta —de la época, no de ahora—, barbas a lo Lincoln, algunos fumando, y ellas, esbeltas y elegantes, también con botas altas, con el resplandor en la sonrisa de una mañana de fiesta después de horas de música, vino —puede que whisky— y tabaco, mujeres con una gestualidad que nada tenía que ver con aquellas madres con rebeca y delantal que recogían los brazos para ocultar su cuerpo y mostrar a cambio su indomable voluntad de no rendirse. Está claro quién servía a quién. Quién era el amo y quién el esclavo en esa dialéctica en la que se descubre que el siervo es también hombre, pero hombre en cuanto que tiene miedo, nos dice Hegel. El miedo es el amo absoluto.

Los de Valle Giulia eran los hombres y mujeres del futuro. La batalla fue filmada, incluso en los detalles más simbólicos, como el del policía que no consigue quitarle las esposas a un detenido, paciente maniobra en la que los dos ponen toda su buena voluntad, como si fueran padre e hijo, mientras el estudiante saca los brazos por la ventanilla de un autobús enjaulado y el agente, por debajo de él, evidencia su torpeza y sumisión. Sin embargo, de esas imágenes temblorosas hubiese querido ver lo que no se ve, el resto de Roma aquel día soleado. Alejar el plano hasta ver las pintadas de exaltación a Mao, algo que visto ahora resulta una extravagancia, un insulto a la inteligencia de los policías, pues presuponía conocer los efectos devastadores de la Revolución Cultural china, que vivía esos días su esplendor, o, sin ir tan lejos, despreciar la riqueza cultural de Italia, incluso política, la Roma imperial, papas, Maquiavelo, los Medici, Garibaldi, o el futurismo y el fascismo como invento nacional, el neorrealismo, también la canción melódica y su adaptación al amigo americano con esa amarga despreocupación que solo Italia es capaz de conseguir. Precisamente los policías que, junto a los militares, eran «los únicos que visiblemente conservan aún cierta gracia italiana

antigua», según escribió el propio Pasolini.

También se exhiben carteles del Che Guevara, otro desconocido para los Celere, un producto de consumo político muy elitista entonces. Solo hacía cinco meses que lo habían asesinado en la sierra boliviana, momento en el que la célebre fotografía de Korda se hizo universal gracias al editor italiano Giangiacomo Feltrinelli, que publicó el primer póster a doble página junto a *El diario del Che en Bolivia*. Por lo tanto, debió de ser de los primeros lugares del mundo donde ese icono pop se enarboló ante la cara de la policía, que es muy posible que no supiera quién era ese hombre de incipiente barba, pelo largo y tocado con una boina. ¿Ese era el motivo por el que debían pegar? ¿Por Mao? ¿Por el Che Guevara?

Pero la policía estaba en Valle Giulia para pegar, no para debatir sobre la guerra insurgente del Che o la Revolución Cultural de Mao. El siervo debía pegar a sus señores, que se habían permitido unos caprichos ideológicos realmente sofisticados.

Confieso que no acabo de entender la reacción de Pasolini y solo me atrevo a decir que en algo le reconfortaba la violencia y que creyó entender la soberbia del poder, pero no la de esos policías venidos del sur llamados a hacer el trabajo sucio, sino la de las élites del futuro. Ellos seguirían siendo policías, sus hijos puede que también, pero los estudiantes estaban predestinados a gobernar. «Poder estudiantil» era la consigna. Miro de nuevo las imágenes de las cargas y los periodistas y fotógrafos dando testimonio de lo que estaba pasando, lo que quedará recogido al día siguiente en la prensa y noticiarios. No hay duda sobre quién ganó la batalla.

Cuando Pasolini publica el 16 de junio su célebre poema «El PCI a los jóvenes» a raíz de los sucesos de Valle Giulia, acababa de terminar el rodaje de *Teorema*. Este hecho podría suponer que todavía estuviese imbuido por una historia digamos que místico-religiosa y los efectos de la pérdida de lo sagrado. El guion, procedente de una novela homónima —aunque ambos se realizaron al unísono y separándose posteriormente—, parece literalmente caído del cielo. Un atractivo joven aparece en un familia modélicamente burguesa, seduce a todos sus miembros,

padre, madre, hija y sirvienta —que es quien transmite la herencia campesina—, y mantiene relaciones sexuales con todos ellos. En una entrevista con Jean Duflot, Pasolini dice que el sentimiento de lo sagrado ha sido sustituido por «la ideología del bienestar y del poder».

El poema, que debía editarse en *Nuovi Argomenti,* una publicación fundada por Alberto Moravia, aparece el 16 de junio en *L'Espresso.* Dice así:

> [...]
> Ahora los periodistas de todo el mundo (incluidos
> los de las televisiones)
> os lamen (como aún se dice en lenguaje goliárdico) el culo. Yo
> no,
> queridos.
> Tenéis cara de niños de papá.
> Os odio como odio a vuestros papás.
>
> Buena raza no miente.
> Tenéis la misma mirada hostil.
> Sois asustadizos, inseguros, desesperados
> (¡estupendo!) pero también sabéis ser
> prepotentes, chantajistas, seguros y descarados:
> prerrogativas pequeñoburguesas, queridos.
> Cuando ayer en Valle Giulia os liasteis a golpes
> con los policías,
> yo simpatizaba con los policías.
> Porque los policías son hijos de los pobres.
> Vienen de periferias, ya sean campesinas o urbanas.
> [...]
> En Valle Giulia, ayer, se produjo un episodio
> de lucha de clases: y vosotros, queridos (si bien estabais de la
> parte
> de la razón), erais los ricos.

El 7 de agosto de 1975, cuatro meses antes de su muerte,

publicaba Pasolini un artículo en *Il Mondo* —recogido en *Cartas luteranas*— que bien podría haber acabado en un guion si hubiese llegado a tiempo. Se trataba del suicidio del policía Vincenzo Rizzi, un muchacho «obediente», dice, algo que le resulta «altamente original en un mundo de desobediencia». A ese hombre de «inocencia natural», originario del sur, le dieron a custodiar a un delincuente, de nombre Pietro Merletti, que, abusando de la confianza que le había dado el policía, se dio a la fuga. Se rompió así una norma respetada por la cultura popular: el honor, la palabra dada y un viejo compromiso masculino.

Pasolini reconstruye esa relación a través del joven Cosimo Marra, un policía amigo de Vincenzo Rizzi que tenía conciencia de sus aspiraciones pequeñoburguesas y consumistas —según los términos que P.P.P. utiliza obsesivamente en esos momentos—, dando entrevistas en periódicos populares solo interesados en los sucesos, los crímenes y la sangre. Pero en su incontenible locuacidad acaba relatándole una «modesta cena» que Rizzi tuvo con Merletti en una fonda del barrio de Centocelle. Ahí aparece en escena un nuevo personaje, una mujer, Calicchia, que no es *una* mujer, nos advierte, sino *la* mujer. Tiene una explicación, o dos. La primera es que Pasolini no tiene una fotografía de ella, a diferencia de su amigo Merletti o Marra, y la ha de *imaginar*. Corre el riesgo de utilizar un modelo de mujer, y él lo tiene. La segunda, que ella es también un reflejo de ese detestable mundo del consumo que cambió la fidelidad entre hombres por la relación de pareja. «La sociedad preconsumista necesitaba hombres fuertes y por tanto castos. La sociedad consumista necesita, en cambio, hombres débiles, y por tanto lujuriosos», escribió en ese mismo texto.

Es la obsesión pasoliniana. ¿No es lógico que nos recuerde ese encuentro en Centocelle, con espagueti y vino, entre el policía Rizzi y Merletti la última cena de Pasolini con su asesino, el joven Pelosi, si es que realmente se celebró?

RECUERDO LA ATENCIÓN que mis padres —sobre todo mi madre— le prestaban a un paisano que trabajaba en la Seat, una tarde que fue a visitarlos y les contó los incidentes sucedidos durante una huelga, que le costó la vida a un trabajador, Antonio Ruiz Villalba. El 18

de octubre de 1971 entró la policía a caballo en los talleres de la cadena de montaje de la fábrica de Zona Franca, mientras los trabajadores echaban aceite y caían los animales y sus jinetes con sus largos vergajos. Les tiraban tornillos, herramientas, trozos de material que hubieran servido para montar un 850.

Era extraño ver a ese hombre contando aquellos sucesos, vestido con su traje de domingo con un pañuelo blanco sobresaliendo del bolsillo de la chaqueta, sus zapatos negros de punta, su bigotito bien recortado, su tupé esmerado y su mujer al lado, prima de mi madre, que asentía, con su bolso asido. Ocho disparos, decía ella, un soldador, de treinta y tres años, sección 33, taller 4, natural de Jérez del Marquesado, Granada. Y luego salieron parentescos comunes con vecinos y compañeros de trabajo. Les contó, para demostrarles que las cosas no le iban mal, que con un soplete asaban al instante sardinas, que ponían sobre una plancha, puede que esas que luego servirían para fabricar quién sabe si aquellos siniestros 1500 que utilizaba la Policía Armada.

La prima de mi madre y su marido se construyeron una torre, una aspiración muy compartida en Cataluña, también entre los trabajadores de la Seat, en Collbató, a los pies de Montserrat. Allí llevaron un domingo a mis padres con el chalecito a medio hacer, ya dignamente enladrillado, a comer una paella o algo a la brasa, y cayó un tormenta terrible, que mi madre siempre recuerda, porque los muros de la montaña sagrada servían para amplificar hasta el infinito el sonido de los truenos y su resplandor. Mi madre siempre recuerda las tormentas: de niño, cuando rompían desgarradoras, su remedio para protegernos de ese bombardeo divino era acostarnos con ella (le recordaba la guerra).

MI MADRE GUARDA en el bolso una pastilla de jabón envuelta en un pañuelo. Un día la acompañé al cementerio de La Almudena (sabe Dios que lo hago por tu padre, me dijo) a poner unas flores en la

tumba de su suegra. Luego la acompañé al cementerio civil y paseamos bajo las sombras de los árboles y el silencio de los muertos (es mejor que la muerte no hable). Al acabar, nos lavamos las manos en un agua fresca de la que me impidió beber. No bebas de esa agua, me dijo. Del agua de los cementerios nunca bebas.

2

Pasado perfecto

> Muy pocas horas de la vida están ocupadas por los objetos adecuados para la mente del hombre, y tenemos la necesidad de procurarnos placer o una ocupación adecuada con tanta frecuencia, que estamos forzados a recurrir a cada momento al pasado y al futuro para encontrar satisfacciones suplementarias, aliviando así las vacuidades de nuestro ser con el recuerdo de antiguos momentos, o la anticipación de acontecimientos por venir.

SAMUEL JOHNSON, «Los usos de la memoria»,
artículo en *The Rambler,* 1750

De repente, me vi arrojado a la M-30 persiguiendo un Renault 12 ranchera que transportaba en el maletero del techo un cuadro sujetado por unas gomas. Era un cuadro de Antonio López, un inacabado —aunque al final lo daba por terminado—, una vista de Santa Eugenia desde el cerro Almodóvar, en las afueras de Madrid. Perseguía ese coche por la M-30 dirección sur, luego tomó la A-3, una mañana luminosa con poco tráfico, a finales de julio, año 1995. Conducía aquella niña que su padre dibujó en 1974, como una muñeca de porcelana —sería más exacto decir que era de ceniza por ser un dibujo, pero es triste—, de grandes ojos inmóviles, con un abrigo abotonado hasta el cuello, una doble fila de tres, con el ojal del de arriba algo abierto por el uso. Severa estampa, adusta, diría de no ser tan niña. Unos pequeños pendientes era el único detalle ornamental, sin contar las hojas de membrillo que aparecen por el margen derecho a la altura de su cara. Puede que fuese un detalle para simbolizar la vida y la naturaleza, un principio inalterable, como el propio dibujo. Así es porque, por lo menos él, no lo pudo realizar de otra manera.

Su padre iba ahora junto a ella en aquel Renault 12. Desde mi coche apenas llegaba a ver una cabeza pequeña y redonda que hablaba con el conductor, con su hija María. Íbamos más despacio de lo habitual en la M-30. Desde un principio me llamó la atención el trato de Antonio a su hija. Había algo en ella de aquellas mujeres de pueblo que manejaban con habilidad y soltura los asuntos domésticos, de mujer de confianza que era capaz de colocar ella sola el cuadro sobre el techo del coche, como así hizo, sin tener en cuenta mi ayuda, o conducir, o prepararle, llegado el caso, algo para comer.

Tomamos la carretera de Valencia hasta el desvío de Santa

Eugenia, un barrio de la periferia, limpio y ordenado, que había conseguido una cierta calidad de vida, tranquilidad campestre, árboles frondosos, piscina pública y la lejanía de la ciudad. Desde allí, entramos cruzando por un túnel la carretera de Valencia en un camino de tierra que fue ascendiendo una montaña hasta una cima plana desde la que podía verse el perfil de Madrid, por un lado, y el campo reseco y polvoriento, por otro. Antonio instaló el cuadro en un caballete que aseguró al suelo —un pedregal lunar— tensando unos cordeles. A cada golpe de aire, el cuadro temblaba como una vela en mitad del océano. Se caló una gorra blanca muy gastada, se situó delante de la tabla y se concentró en delimitar una línea de sombra que se proyectaba en los primeros edificios de Santa Eugenia. Eran las once de la mañana. Cada día tenía que pintar a la misma hora, si es que el tiempo acompañaba, para encontrar la misma línea oscura de luz trazada a la misma altura del edificio y allí detenerse un rato. Había que aprovechar el tiempo y que las nubes no empañasen aquella mañana cristalina. Como el verso de Keats, «la sombra se torna lentamente en sombra».

En esa línea se detuvo y en la arista vertical de un edificio fronterizo con ese erial de derrumbe que es la periferia de Madrid hacia el este. Observé el pincel repasando esa línea mientras Antonio se admiraba de cómo delimitaba el campo y la ciudad sin más progresión. Me fijé en sus alpargatas buscando un punto de apoyo sólido. A pesar de que era julio, en la cima del cerro Almodóvar corría un viento frío y seco. María se metió en el coche y yo me senté en una piedra protegido con una parca veraniega, prenda que traje advertido por Antonio. Una y otra vez, repasaba con un fino pincel esa línea de luz. A nuestra altura, los aviones alcanzaban las pistas de aterrizaje de Barajas.

Cuando volvimos a su casa en una tranquila zona de chalets en Chamartín, entramos en el estudio. Lo primero que me llamó la atención fue un profundo olor a frutas maduras, en ese punto cercano a la putrefacción. Antonio había construido un bodegón de frutas sobre un tablero (una superficie que podía alcanzar los veinte metros cuadrados) alzado un metro y veinte centímetros del

suelo (más o menos a la altura de sus hombros). Había una gran calabaza, una coliflor, granadas, manzanas y otros frutos que ya no recuerdo, aunque retengo una imagen que me impresionó: en el suelo, frente al caballete, había una tabla de madera y en ella el dibujo de la planta de los pies, donde debía situarse con exactitud para no perder la perspectiva sesión tras sesión. El bodegón estaba cubierto por una estructura de hilos que desde el punto de fuga creaba la perspectiva, como una geométrica telaraña. Solo en la creación de ese espacio había invertido semanas de trabajo. En el caballete había una lámina y las primeras huellas del dibujo, que parecía brotar de la nada, lentamente, como un fruto.

LEO EL LIBRO sobre Hopper de Mark Strand. Son estampas sobre una serie de cuadros que invitan a una nueva mirada sobre obras conocidas, pero que siguen atrayéndonos por esa quietud de mediodía, a esas horas muertas en las que sucede una vida improductiva, cuando la gente está en el trabajo, los niños en el colegio y otros sin saber adónde van, sin hacer nada, por la calle o asomándose a una ventana. Empiezo a leerlo en un avión camino de Bilbao y luego sigo en el de regreso a Madrid. Me da una clave sobre Antonio López y su obsesiva copia del natural y el tiempo que dedica a un cuadro y la necesidad de dejar desvanecida la obra, siempre sin acabar, flotando pese a su solidez terrenal, dejando ese polvo que levanta el tiempo y cubre toda su obra. «Una de las razones por las que la luz está íntimamente unida con los objetos en los cuadros de Hopper, según él mismo admitió, es porque estos fueron pintados a partir de notas y recuerdos. Y nuestra memoria está preparada para ser más duradera», dice Strand.

Pintar de memoria o pintar del recuerdo y registrar sumarialmente lo pintado. Así lo hizo la mujer de Hopper y también pintora Josephine Nivison Hopper, Jo, en libretas de contabilidad —tres completas y dos en parte—, en las que detalla

tanto el proceso de trabajo de su marido como las características del cuadro, la fecha de ejecución y el precio por el que se ha vendido. Primero hay un dibujo exacto de la misma pintura y debajo un texto en el que se incluye el tipo de lienzo y pintura empleada. De *People in the Sun* [Gente al sol], uno de sus cuadros más conocidos, dice: «Pintado en el estudio de Nueva York en enero de 1960 (empezado el 1 de enero de 1960, terminado el 4 de febrero de 1960). Óleo Winsor & Newton, lienzo imprimado Herga. Blanco de plomo, aceite de linaza, trementina.

»Cielo azul, no cerúleo, no muy intenso. Campo de hierba alta de color amarillo ocre luminoso. Pared blanca a la izquierda. Suelo blanco en primer término. Carretera gris, sombra color pizarra en la zona frontal del suelo. Sombras de las patas de las sillas y las espaldas de las personas. La gente (turistas, no destaca ningún color). Nadie destaca especialmente, pero las personas, las sillas y sus sombras forman un grupo de gran realismo».

Hopper fue el primer pintor en tratar la Gran Depresión, pero no fue solo eso, como tampoco fue el pintor de la otra depresión, la que viven las personas, quizá más las mujeres, en la vida interior de sus cuadros. No fue solo el artista de la Depresión del 29, porque de la misma manera que se negó a ser un pintor nacionalista (la de la América profunda y otros tópicos) y se opuso al chauvinismo del Paisaje Americano, del que dijo ser «una caricatura de América», para desbancar a París; en sus pinturas no había el menor rastro de conflicto social, de obreros en paro, de comerciantes arruinados. Hay desesperanza. El conflicto solo tenía lugar en el interior de las personas.

Sobre esta cuestión dijo el crítico Robert Hughes que las ideas políticas de Hopper no pueden descubrirse a través de sus pinturas. Era un republicano conservador, baptista aunque poco religioso, en cuyas obras no existía lucha de clases, ni conflicto político, ni espíritu colectivo, solo había personas. Personas solas en conflicto consigo mismas. No solo no fue un pintor nacionalista americano, sino que su mayor influencia la adquirió en Francia, según lo

entendió Tomás Llorens. En París se empapa de Manet (del que aprende a dibujar de un solo trazo), de Degas, de manera muy especial (cuadros desde una perspectiva a vista de pájaro), pero también de la poesía simbolista, de Verlaine y Baudelaire, y el papel del artista en el mundo moderno. También de artistas como Vallotton y Sickert (al que la escritora Patricia Cornwell acusó de ser Jack el Destripador por la coincidencia entre sus pinturas y las tétricas fotografías de los cuerpos mutilados de sus víctimas). Ahí está su cuadro *Soir Bleu,* una inquietante velada parisina en la que el propio Hopper aparece vestido de payaso con un pitillo en los labios. Es decir, el arte como artificio teatral. Su última pintura antes de morir era el retrato de él y su esposa Jo (la compleja Jo Nivison, según cuenta la biógrafa Gail Levin) vestidos de Pierrot saliendo a saludar a un escenario. Se acabó todo. Luego empieza el Hopper globalizado, del que no es necesario haber visto un solo cuadro para decir que mi pintor favorito es Hopper.

Murió Hopper sin ser comprendido como él quería (aunque convertido en una estrella en las tiendas de los museos), después de haber sido marginado por el éxito arrollador y mediático de la abstracción de la Escuela de Nueva York y machacado por su gurú Clement Greenberg. Hopper lo llevó mal por ser encorsetado como el pintor de la «América profunda». Antonio López me dijo que en su pintura hay una gran concentración, la fijación en detalles que requieren un trabajo intenso. De hecho, pintó un centenar de obras, dos al año, aunque como buen puritano trabajaba todos los días las mismas horas dando la espalda al ruido del mundo del arte.

BUDAPEST, ENERO DE 2003. Eduardo Arroyo ultimaba muy desde la distancia los preparativos de una retrospectiva en el Museo Ludwig, situado en la orilla oriental del Danubio. Sin embargo, su máxima preocupación esos días era encontrar a un boxeador, de nombre István Kovács, conocido en el cuadrilátero como Koko

Kovács (también como La Cobra), campeón de los pesos medios, en 1996, en Atlanta, ante el cubano Arnaldo Mesa. Dio con él, después de perseguir su sombra por la ciudad —es un decir—, y acabaron comiendo juntos en el restaurante del propio Kovács, que no entendía por qué un artista renombrado, un punto dandi, y que iba a exponer en un importante museo de la ciudad, se interesaba por él, un boxeador retirado después de recibir una gran paliza. Lo había tratado antes en Hamburgo, cuyos círculos pugilísticos Arroyo conocía bien, y seguía impactado por su caída e inteligencia. A partes iguales.

Recordaba cómo el argentino Pablo Chacón lo aniquiló en un combate, momento en el que Kovács colgó los guantes. Arroyo insistía en justificar su obsesión por ese joven púgil: era el heredero directo de László Papp, el único húngaro que había peleado profesionalmente hasta entonces. Papp dejó una huella imborrable: el 6 de diciembre de 1963 peleó ante Luis Folledo en Madrid (lo tumbó en el octavo asalto). Dudo que Arroyo pudiese asistir al combate, a no ser que cruzara la frontera clandestinamente, ya que se había «exiliado» en París, como los grandes.

Podrá entenderse que las pinturas y el libro que dedicó a Panamá Al Brown no sea una anécdota. Detrás de él, de Kovács, de Papp, de Folledo, solo había el interés de saber cómo se vence el fracaso. Me pareció que usar calcetines blancos con trajes a medida, como él hacía, era una manera de prevenir el fracaso. La pregunta era absurda, como puede verse, pero él contestó que con ese supuesto mal gusto (¡ni que fueran de tenis, como los de Michel Jackson!) estaba anunciando su derecho a pintar un mal cuadro. Y malos pintó muchos, porque, además, pintó mucho, en todos los órdenes de la vida político-cultural española. Le gustaba Picabia, De Chirico, Max Ernst, Derain, «fabricantes de cuadros malos, quizá geniales, pero fracasos», según me confesó en una entrevista.

Puede que Arroyo planificase su propio fracaso, porque en realidad lo que quería ser era escritor y no pintor, un mundo, además, que detestaba. En este sentido, su pintura muestra unas carencias técnicas que él mismo evitó corregir a cambio de

construir una estructura narrativa muy personal: Blancanieves —blanca, como mis calcetines, existía—, Byron, Joyce, Blanco White —doblemente blanco, como un par de mis calcetines— y sus queridos suicidas, Alberto Greco y el poeta y boxeador Arthur Cravan. No creía en la evolución de su pintura —qué remedio—, sino en que cada cuadro tuviera vida propia, como aquel misterioso deshollinador que un taxista atropelló en Zúrich, según su testimonio, manchado de hollín y tocado con chistera.

No fue fácil para Arroyo abrirse camino ante el peso de una hegemónica escuela del «informalismo socialdemócrata». No olvidemos que él trabajó durante un tiempo bajo la denominación de origen de «figuración madrileña», y no iría mal recordar ahora que se evitó por todos los medios —sin violencia— que expusiera en una muestra prevista en la Fundación Miró de Barcelona. Arroyo no renunció al cuerpo a cuerpo porque nunca practicó la filosofía zen, porque a él de lo que le gustaba hablar era de dinero. «Claro, Tàpies nunca habla de dinero», dejé caer buscando el titular. «No, él habla de Zen, de zéntimos», respondió. El tiempo ha pasado, incluso para los que él llamó «artistas autonómicos».

No veía mal que los artistas hablasen de dinero, como hacen los toreros, y que olvidasen esa cursilería del «arte por el arte», esos «zéntimos» que se multiplican como gotitas de mercurio. No hay mayor satisfacción para un artista que usaba calcetines blancos que alguien se privase de algún prescindible capricho para comprarle una obra.

LLEGO A LAS páginas de necrológicas de *El País* (19 de agosto de 2011) y mis ojos van directamente hacia una fotografía, como si la estuviese esperando: se trata del profesor Ramón Valls. Qué poco cambiamos, o qué lentamente. O no: no cambiamos. Fui alumno suyo en la Facultad de Filosofía. Me matriculé en dos de sus cursos: Introducción a la lectura de Hegel e Introducción a la lectura de Nietzsche. Fue en el curso 1979-1980, recién llegado del servicio

militar. En esa foto, que ilustra un texto de Jordi Llovet, aparece con gafas; ahora tengo otra delante, la de la contraportada de su libro *La dialéctica,* pero está sin ellas, aunque con la misma mirada retadora, o quizá preguntándonos algo: en eso, las dos imágenes son idénticas. En clase, creo recordar, sí que usaba gafas. Se ponía de pie, en el borde de la tarima (evitemos decir abismo), y nos leía hasta que se detenía inquiriéndonos si habíamos entendido algo. En el curso sobre Hegel, la lectura consistió en el Prólogo y la Introducción de la *Fenomenología del espíritu* (¡qué nos pensábamos, jóvenes soberbios!), además de algún capítulo opcional, y que en mi caso fue —por lo que veo: tengo el libro abierto delante de mí— el que trata de la dialéctica del amo y el esclavo. Me llaman la atención las anotaciones, los subrayados, las huellas de los dedos pasando un día y otro por la mismas páginas, encallados en una palabra, que marcábamos con un círculo, como un pez capturado en una infantil pecera, o las correcciones que el propio profesor Valls hacía a la traducción de Wenceslao Roces desde su exilio mexicano.

De todos los subrayados quiero reproducir el siguiente (se abre con una anotación, seguro que inducida por nuestro profesor: «Revolución francesa»): «... los estremecimientos de este mundo se anuncian solamente por medio de síntomas aislados; la frivolidad y el tedio que se apoderan de lo existente y el vago presentimiento de lo desconocido son los signos premonitorios de que algo otro se avecina». Y uno, ingenuamente, quiere interpretar estas palabras como una llamada del presente, como si estuviesen esperando treinta años escondidas en estas páginas hasta que he vuelto a encontrarlas. Conmovedor, ¿no? Mera ilusión.

En el curso sobre Nietzsche, también por lo que veo, la cosa fue diferente. Digamos que estábamos abducidos por el solitario de Sils Maria y atendíamos sus palabras en silencio, sin apenas subrayados, sin entender nada, o creyendo que en sus aforismos se escondía la verdad de un enigma. Pero veo especialmente emborronado el Prólogo y el capítulo «De la visión y el enigma» de *Así habló Zaratustra* (tercera parte dedicada al Eterno Retorno). Transcribo estas líneas que entonces me llamaron la atención:

«Tienen algo de lo que están orgullosos. ¿Cómo llaman a eso que los llena de orgullo? Cultura lo llaman, es lo que los distingue de los cabreros».

Citaba Llovet en su obituario *La dialéctica,* y me alegro, porque es un libro divulgativo (editado por Montesinos en la Biblioteca de Divulgación Temática, 1981), pequeño, con una voluntad de hacerse entender sin dejar nada en el tintero. Envidiable. No es un caso aislado: ahí está *La Filosofía, hoy* (Salvat), de Emilio Lledó, cuyo nombre ni aparece en la portada, y que incluye una entrevista con Habermas (¡de 1973!), o *Logos,* de José María Valverde, libro de texto de Filosofía de sexto de bachillerato al que ya me he referido. Esa es la obra de los grandes maestros.

No puedo olvidarme de la expresión de Ramón Valls, grave, armígera —hubiera dicho él—, aunque por la presión de sus incisivos dibujase una sonrisa, en el tribunal que juzgaba la tesis doctoral de Eugenio Trías: le recriminó sin alzar la voz, pero severo, que no hubiese presentado el «aparato bibliográfico». Un detalle nada desdeñable en los estudios universitarios, tratándose además de Hegel. El propio Llovet recuerda en su necrológica que el nombre de Valls «se inscribe en la gran tradición de los estudios hegelianos en España y Europa». Era 1980 y aquella tarde el Aula Magna de la Central (en Pedralbes) estaba a rebosar, y allí nos presentamos sus alumnos, pero sobre todo para oír a Trías, que ya entonces era una estrella con luz propia y lejana, alguien al margen de la academia, a la que despreciaba y a la que osaba volver sin cumplir con la tediosa y humilde tarea de citar los libros consultados, como si él mismo fuera la navaja que cortara con la tradición. Mientras que Valls actuaba como un fiscal insidioso dispuesto a aguar la fiesta al *enfant terrible,* al que exigió honestidad y continuidad en el pensamiento, hegeliano en este caso. La tesis de Trías se titulaba «El lenguaje del perdón». Debajo, entre paréntesis, decía: «Hegel o el alma que quiso saber todas las cosas» (la editorial Anagrama lo publicó en 1981 con el título *El lenguaje del perdón. Un ensayo sobre Hegel).* La tesis de Ramón Valls se titulaba «Del yo al nosotros» y circulaba entre sus alumnos

fotocopiada. Algún día la encontraré.

Quizá aquel acto, pasado el tiempo, pudiese ser la puesta de largo del pensamiento posmoderno en España, pero sobre todo en Barcelona, presta a las rupturas aunque suponga un retroceso. No olvidemos que Trías, junto a Rubert de Ventós, Llovet y Toni Vicens, entre otros, habían puesto en marcha, en 1976, el Col·legi de Filosofia, institución afecta al pensamiento estético —y así anunciaba los nuevos tiempos— y que devino en centro de producción de ideas de lo que sería la Barcelona futura que eclosionó en 1992, vanguardia cultural que, como tantas veces, acabó institucionalizada, aunque, en este caso, fuese un funcionariado sin bedeles, complacido de vivir en un mundo feliz, sobre todo las noches, al margen del país gris («Por todo el litoral de Cataluña llueve con verdadera crueldad, con humo y nubes bajas, ennegreciendo muros, goteando fábricas, filtrándose en los talleres mal iluminado»: Gil de Biedma), se diga lo que se diga sobre aquella ciudad libre por poderes.

Así era aquella Barcelona que desmanteló sus señas de identidad más populares e inofensivas sin que siquiera hubiera tiempo para la elegía y el adiós. Por orden: la Barceloneta, donde los que no podían ir a comer pudieran al menos hacerlo alguna vez con alegría; el Barrio Chino, orgullo de ciudad marinera, antes de los trasatlánticos, iniciación a la bohemia y a la absenta para muchos y entregado hoy a una comunidad de estrictos principios religiosos y albergues juveniles; y la Sagrada Familia, que, aunque no fue demolida como hubiesen querido las élites de la ciudad —¡qué *performance!*—, abjuraron de ella en un acto público frente al propio templo al que asistí en misión de servicio, por vulgar, católica y antivanguardista, llegando a desear que el escultor de la fachada de la Pasión, Josep Maria Subirats, que vivía en su interior durante el tiempo que trabajó en ella, acabase bajo las ruedas de un tranvía (dijeron que era en el contexto de una acción artística), como el propio Gaudí. El humor, siempre ese humor inteligente.

Ellos, por el contrario, preferían el refugio de la Escuela de Arquitectura, donde en su mayoría acabaron dando clase, lo que les permitía desarrollar un estilo expositivo más parnasiano en

contra del escolástico. Recuerdo que en los pasillos de la facultad se decía que el Col·legi de Filosofia era una escuela para damas burguesas «en las faldas del Tibidabo» (la escuela de diseño Eina, situada en la zona alta de Sarriá, fue su sede inicial), fábrica que imaginó —o volvió a imaginar— la «Cataluña ciudad». Ya sabemos que decir «burgués» era un código de barras, ahora código «qr», que muy cómodamente clasificaba el conocimiento, abría puertas y solo las cerraba de tacón y en privado, una clase reversible en lo vital y en lo político. Era una estética más que una ética, aunque ellos preferían la ética del proletariado, que no tenía estética propiamente, que no aspiraba a la belleza —se conformada con la felicidad—, y la épica que lo quiso embellecer acabó siendo una salmodia o reguetón.

De todas maneras, para entender ese cambio y no caer en el habitual ajuste de cuentas sobre dónde estabas antes y dónde estás ahora, habría que decir que Trías ya había publicado *La filosofía y su sombra* (1969) y había abierto la puerta a otra manera de filosofar entre la meliflua literatura existencialista, el marxismo húngaro —es decir, Lukács— y el positivismo anglosajón y, sobre todo, había introducido nombres como los de Foucault y Deleuze, ausentes todavía de las aulas españolas. Así que es lógico que esa ruptura con la academia se produjese dando un salto acrobático, de manera que, como siempre, se acabe despreciando a los maestros que seguían dotando a la facultad de un nivel que hasta entonces nunca había tenido, por lo menos cuando yo la conocí: Gomá, Valls, Mosterín, la breve estancia de Lledó, Jacobo Muñoz, Fortuny, pero también Canals, claro que sí. Aquel catedrático de Metafísica (ontología y teodicea) y alma de la olvidada Escuela Tomista de Barcelona, fundada por el padre Ramón Orlandis y animada por Jaume Bofill, de la que también formaban parte los profesores Forment, Petit y Alsina, firmantes de un manifiesto contrario al «nuevo totalitarismo laico» que fue la Constitución de 1978 —¡para que hablen ahora de guerras culturales!—, pero que abarrotaba sus clases aunque fuese para oírle decir algo evidente, revueltos sus escasos cabellos dorados y sosteniéndose las gafas en el límite de la nariz, haciendo equilibrio en el alambre del tiempo:

«La juventud solo piensa en follar». Dicho como colofón de aquellas clases inspiradas en santo Tomás tras explicarnos que el mal no existe, porque si existe Dios, existe el mal, y solo es un paso temporal por el que transitamos todos los hombres, aunque no todos, como pago por un amor enloquecido y carnal, tenía un interés especial.

Quién sabe si esas clases eran también un acontecimiento posmoderno y nada se tomaba ya en serio y solo eran texto y espectáculo y las cinco vías tomistas algo que podría incluirse en *La vida instrucciones de uso,* de Perec, como si Canals fuese un inquilino del número 11 de la calle Simon-Crubellier —distrito 11 de París— que decía ser familiar directo de Tomasso d'Aquino y que disponía de una demostración infalible de la existencia de Dios a partir de registrar en miles de cuadernos todos los objetos y sucesos que habían intervenido en la vida de una persona, pero que su amante, despechada, le había robado... Pero volvamos.

En esas clases a rebosar, con matriculados y oyentes, Canals solía hablar de repente de algo que llamaba el «lenguaje mental», que, en un principio, creíamos que era hablar sin pronunciar palabra alguna, o hablar telepáticamente —era muy de esos tiempos—, cuando a lo que él se estaba refiriendo era al lenguaje dicho en el interior del hombre, el que juzga los hechos antes de hablar y es capaz de discernir lo justo de lo injusto, lo bueno de lo malo. Lo cierto es que no creo que estuviésemos muy predispuestos a entender la bondad cuando estaban abiertos los caminos del mal, siempre más emocionantes y bellos. El mal tenía su prestigio.

Este abandono de la universidad, esa negación de la academia como si fuese un sarcófago donde se guarda un saber inservible para unos tiempos que cambiaban, que prometían ser divertidos, alegres y felices, creyendo que no hay continuidad posible, que, como escribió Rubert de Ventós —en realidad, lo dijo en uno de los cursos del Col·legi—, «ni la filosofía, ni el filósofo como individuo, tienen, ni teórica ni prácticamente, dónde caerse muertos». Qué desánimo para un estudiante como yo, que cuando entré en el Patio de Letras y luego ocupé mi pupitre en aquellas oscuras aulas creí formar parte de una orden dedicada a la lectura de los textos

de los grandes nombres de la historia de la Filosofía: afortunadamente, mis padres no lo leyeron. No hay nada más que preocupe en España, incluso en esta, que no tener un lugar donde ser enterrado.

Es decir, se trataba de impartir una filosofía sin «instrucciones de uso», mientras que el nuevo filósofo utilizaba una liana en la que balancearse en la discoteca del ahora mismo con los conocimientos básicos y la información que ofrecen algunas revistas —*The New York Review of Books* y *Le Nouvel Observateur* de entonces, recién muerto Franco—, incluso decía solemnemente: «Yo os prometo que podría ahora mismo empezar este discurso sin necesidad alguna de pensar, y continuarlo indefinidamente poniendo el piloto automático...».

Había que tener una actitud diletante, ser frívolos y vitalistas, huir de los sistemas de pensamiento duros, pero sobre todo de esos estudiantes que se pasaban las horas y los días en la biblioteca, leyendo y subrayando textos fotocopiados que no debían olvidarse, aunque supiesen que no tendrían un lugar donde caerse muertos, y esperar a esa hora moribunda —así la veía yo en mi pueblo, siendo muy niño, y por eso la temía, todavía hoy— en la que ya no se podían pedir más libros y había que devolver los que se amontonaban en la mesa, mientras alguna luz se iba apagando —como en los bares para echar a la clientela—, y así llegase la hora del paseo nocturno hasta casa, el frío y el refugio del abrigo —un tres cuartos de pana con las solapas algo alzadas, según la moda, que me daba un aire de un estudiante de Jena mientras Napoleón invadía Prusia, más o menos— y la bufanda que no me quitaba nunca, tal y como hacíamos todos, una especie de cuello de lechuguilla que nos igualaba por igual, como si fuera la fortaleza donde poder soñar. Yo soñaba mucho en esos trayectos, también en mis caminatas por la ciudad, que cruzaba de punta a punta, y así ir escribiendo en el suelo y en el vaho de la noche libros que nunca vieron la luz, hasta que esta se hizo.

Habría que haber visto aquel auditorio, 1 de febrero de 1976, en la Escola Eina, pero lo que no sabemos es si cumplió la advertencia de que podía hablar durante horas, es decir, hacer

filosofía sin pensar, aquella misma tarde —sé que las clases o conferencias se daban en un depresivo crepúsculo—, o a lo largo de su peculiar trayectoria académica, de catedrático de Estética —porque, al final, aceptó gustoso las normas de la vieja universidad y heredó la plaza de Valverde; dijo que temió que los tomistas se apropiaran de la plaza— a autor del preámbulo del Estatuto de Cataluña de 2006, y si en ese texto legal también se dejó llevar por la improvisación —algo inusual partiendo de derechos históricos, frontera de la razón y carrusel de todas las fabulaciones—, aunque aprendida por los años, desde la cuna y el privilegio de formar parte de una nobleza desinhibida y elitista, sin blasón pero con propiedades, laica aunque un poco medieval, locuaz e ingeniosa por naturaleza como mandaba saber estar en comidas, cenas, cenáculos y sobremesas en las que la dirección del país dibujó el mapa y el paisaje. En esas grandes comidas se construyó esta Cataluña. ¿Para qué tanta filosofía si luego se pone el piloto automático y solo se sigue el flujo de la sangre?

Pero ¿por qué el paisaje? Rubert de Ventós escribió este párrafo en dicho preámbulo (o a él se le atribuye): «Cataluña ha definido una lengua y una cultura, ha modelado un paisaje». Al final, se eliminó, injustamente, porque definía la esencia del catalanismo y entroncaba con una vieja tradición, la *noucentista*. El paisaje idealizado y eterno, pintado como un ideograma en piedra (Sunyer), inocente y modelado como el alfarero que da forma dulcemente a la tierra a su imagen y semejanza. Sería más agresivo decir que es un paisaje podado, de manera que toda fealdad desaparezca y embellecer el paisanaje a la manera unamuniana. Pero no fue así, por lo que me atrevería a decir que el catalanismo ha fracasado, en el buen sentido de la palabra, o duró lo que tuvo que durar: la vida lo ha derrotado. Lo ha derrotado la fealdad. Ha muerto y ha demostrado su finitud. No es poco fracaso estar sujeto a la historicidad que todo lo hace pasajero. El ideal de la penetración de la ciudad en el campo ha sido la extensión de la segunda residencia. En eso ha quedado. En una Cataluña en los confines de la ciudad, la que no pudo entrar como un arroyo de agua clara y progreso en el campo o este la rechazó por impura; y

en otra que quiere conservar, sea como sea, su propia esencia, imaginada, soñada, modelada. Y católica, pero ¿cómo puede ser católica si no quieren ni la Sagrada Familia de Gaudí?

Tenía razón el nacionalismo pujoliano en los años del desarrollismo y el desarraigo cuando advertía de que esos hombres sin hacer que llegaban del sur para trabajar en las cadenas de montaje, en los andamios y trajinar por los barrios acabarían destruyendo Cataluña. Lo han conseguido —he de decir que yo quería buscar mi lugar entre esas catalanas tan serias, así que no tuve ningún mérito—, aunque involuntariamente: no dejaban de ser hombres inacabados.

Yo tampoco fui consciente de esa gran obra política, ni de nada de lo que ahora escribo, pues escribo de memoria. Una vez subí el puerto de la Panadella para ver a unos paisanos, junto a mi padre y uno de mis hermanos. Hacía viento y caía aguanieve, algo que mi madre anunció como un pronóstico de posguerra, así que paramos en el bar, algo que había que hacer siempre, y admirado mi padre me enseñó aquello como si fuera un friso de lo que es Cataluña: ese calor de la lumbre, el olor a butifarra, los carajillos, la certidumbre de que, aun frente a la tormenta más terrible, allí había un refugio para todos. Mi padre señaló la butifarra como si fuese el plato de un país ideal, y luego un porrón de unas dimensiones imposibles de levantar y un postre consistente en comer almendras y avellanas y tomar vino dulce —le llaman de «pobre», me dijo—, que sentaba muy bien y asentaba la digestión. También me enseñó la crema catalana, qué curiosa, con ese espejo de caramelo que había que romper como el hielo, porque es gente fría, pero cuando rompes esa membrana y dejas que el líquido amniótico se vierta, son como nosotros, personas normales, unos catetos. Si patinas en esa capa helada, siempre acabarás en el suelo.

Entonces lo que estaba en juego no era el futuro de esa Cataluña sagrada y eterna de la Panadella, ni tan siquiera la muerte de Franco, que estaba al caer, sino la supervivencia como seres humanos dignos de tal nombre, sea por la vía del estudio y disponer de una habitación donde recluir los libros, pasar las horas

y recibir amantes circunstanciales, o entregándose al río de la vida y que fuese lo que Dios quisiera. Por primera vez, podíamos decidir qué hacer con nuestras vidas.

VEO UN CONCIERTO de Bill Evans en Roma, de 1979, un año antes de su muerte (lo veo en YouTube). Es el momento de «The Two Lonely People». Es el Bill Evans con barba y pelo largo, o algo más largo que su habitual corte académico o de agente del FBI. Además, no lleva corbata, ni traje, sino una camisa abierta color mostaza (la filmación es en color, pero de un amarillento desvaído de las películas Kodak) y chaqueta de cheviot. Mi madre siempre me compraba las americanas de cheviot. Me quedo impresionado cuando calculo que en ese concierto, un año antes de su muerte, tenía cincuenta años (murió a esa edad y un mes, exactamente), unos cuantos menos que yo. Allí estaba con su pulcritud elegante, algo más emboscado en un mundo oscuro, con sus habituales gafas —estas eran Ray-Ban de aviador de cristales azulados—, ignorando el destino que le esperaba. O no. Esa es mi duda: si a pesar de la cercanía de los últimos días, él lo llegó a saber.

Me paso la tarde leyendo en la cama gracias a una infección de orina, con los libros esparcidos en el edredón. Guillermo Carnero, Eliot, Cavafis. Me he propuesto escribir un poema, aunque paso de los cincuenta, más viejo que Bill Evans.

Me gusta oír el ruido, el sonido, la banda sonora de una película del Oeste mientras escribo, a lo lejos. El relinchar de los caballos, las ruedas de las caravanas por el pedregal de los ríos, los disparos, la música esperanzadora cuando avanzan los caballos y cabalgan los indios libres por la pradera, sus gritos salvajes, y, al fondo, un cielo infinito. Todo esto, mientras mi madre cose a mi lado.

Mi hija Laura me dice que le ayude en un comentario de texto que tiene que presentar en el instituto sobre si la libertad lleva a la soledad. Se entiende que es la libertad absoluta. Le hablo de

Rousseau y encuentro una cita en el *Emilio* que creo que le puede servir. Dice: «El hombre verdaderamente libre quiere lo posible y hace lo que le place».

HASTA LLEGAR A la tumba de Jean Genet en Larache hay que sortear basura y jaurías de perros, cuenta una guía turística poco recomendable. Atento por ese intimidatorio aviso, llegué a la ciudad atlántica del antiguo protectorado español tras los pasos de una historia familiar. No habría que olvidar que nuestra huella colonial en esa parte de Marruecos sigue siendo profunda, tal vez imborrable. Lo normal es que en cualquier café de la plaza de España (las guías insisten en llamarla Place de la Libération, mientras en la calle se denomina a la vieja usanza y lo siga recordando el desconchado hotel España) pueda mantenerse una conversación en español en los cafés Central, Lixus y Cara Bonita.

Desde el paseo marítimo pueden verse, hacia el sur, las irregulares tumbas del cementerio musulmán que caen sobre los acantilados, en este caso, sí, llenos de bolsas enganchadas en los matorrales que podrían confundirse con gaviotas contemplando el horizonte. A su lado está el matadero municipal. A unos centenares de metros se encuentra el viejo cementerio español, blanqueados sus muros y cerrado con una puerta de hierro forjado, muy monacal. Nos la abre un niño, uno de los hijos de los guardas del camposanto, con la solemnidad de un anciano escéptico, algo que da la impresión de que suele hacer por la manera tan precisa de actuar. Que la tumba del autor de *Diario de un ladrón,* nacido de madre desconocida, criado en una inclusa, reformatorios y, cuando creció, en cárceles y tugurios, esté custodiada por un niño, invita a extrañas parábolas.

Primero fuimos a una casa que parecía la de los porteros, como así era. Por la ventana se asomó una chica de una belleza impactante, silenciosa, algo triste. Si te casas con ella, le dije a Rafa, me invitas a los tres días de boda. Frente a la casa había un

barrio de chabolas y el minarete de una mezquita exhibiendo todo su poder en un lugar tan devastado. La chica nos dijo que fuéramos a la puerta principal de la casa, que nos iban a abrir. Allí apareció el niño, de no más de siete años, con las llaves en la mano. Su madre, oculta en las sombras de la casa, llevaba a un niño en brazos y, sin más protocolo, nos preguntó: «¿Jean Genet?». Sabía que éramos de los que solían pasar por el cementerio buscando la tumba de Genet. El niño nos acompañó y al llegar se paró delante de ella, sin decir nada. Estaba frente al mar, sin ninguna protección que la resguardase del viento, el sol y la arena del Atlántico. Es una tumba sencilla frente al mar: un túmulo cubierto de hierba, unas violetas frescas y una lápida de piedra con la fecha de su nacimiento (1910) y muerte (1986). Genet descansa —y qué justa es esta palabra— en el cementerio cristiano, llamado español. Con el final del protectorado, en 1956, se había dejado de enterrar en este cementerio. Las tumbas eran de españoles fallecidos en la primera década del siglo XX, algunos militares y niños en edad prematura, que llamaban la atención por ser la miniatura perfecta de la sepultura de un adulto. Genet fue una excepción.

A Larache lo llevaron sus amigos palestinos, los fedayines a los que se unió en los campos de refugiados de Jordania (quién sabe si buscaba ser adoptado como un niño) y cuya historia quedó recogida en su libro póstumo *Un cautivo enamorado*. Juan Goytisolo recogió en *En los reinos de Taifa* el reencuentro con su patria adoptiva: «El funcionario de aduanas que acogió el féretro preguntó a quienes lo acompañaban si se trataba del cuerpo de un obrero marroquí emigrado. Conmovidos, orgullosos, dijeron que sí». Había, al fin, reencontrado su patria.

Genet siempre en el límite, incluso un paso más allá. No hay mayor testigo que Goytisolo, amigo y alumno, incluso en su amargura vital, que no escondía ni siquiera en un requiebro irónico cuando ejercitaba su supuesto hedonismo vital. Se conocieron en 1955, cuando Goytisolo acudió a una cita en el apartamento de Monique Lange, quien sería su compañera e introductora en el egocéntrico mundo intelectual parisino de la *rive gauche*. Allí estaba Genet, siempre ejerciendo su papel de antipope sartriano,

que le espetó, sea o no cierto: «Y usted, ¿es maricón?». Goytisolo, siguiendo con esa escenificación, contestó que había tenido experiencias homosexuales. «¡Experiencias! ¡Todo el mundo ha tenido experiencias! ¡Habla como los pederastas anglosajones! Yo me refiero a sueños, deseos, fantasmas», dijo Genet.

Goytisolo, a pesar de disputas que ocasionaron algún alejamiento, ha reconocido que Genet fue para él un ejemplo, el modelo de escritor al que aspiraba. «El desarraigo de Genet a toda consideración mundana —en hermoso contraste con la flexibilidad servil de todos los medios literarios que he conocido a lo largo de mi vida— ha sido y es la horma a la que con mayor o menor éxito he procurado ajustar mi conducta hasta el punto de haberla convertido en una especie de naturaleza segunda», escribe en «Genet y los palestinos». La correspondencia que mantuvieron los dos entre los años 1958 y 1974, por lo menos en las siete cartas que selecciona Goytisolo, muestra una camaradería sincera. «Juana la Maricona», escribe Genet. «¿Quiere traducir usted "Los funámbulos", mi querido marica?» (por cierto, se lo pide Cela). O cuando le ruega que vaya a verle a Tánger y de paso le lleve Nembutal, «le presentaría a unos espléndidos mostachos que trabajan en la construcción».

A la tumba de Genet llegamos andando por un paseo desdentado, pura irrealidad de un Larache urbanizado, próspero y pequeño, y todos a los que pregunté —con discreción, dejé que ellos lo dijesen— respondían: «Antes se vivía mejor». Llegamos a Larache persiguiendo dos cosas: los pasos de mi padre en los primeros años cuarenta y una fotografía de su hermano Ramón. De mi padre conservo muchas imágenes vestido de uniforme militar, de color claro y botas de caña y exotismo colonial. Soldados que andan sobre un pedregal cogidos del brazo. Sentados en un café a la puerta del Zoco Chico, entrada del Bab El Kasbah, que dibujo con sus arcos y puestos de venta. Mi madre conserva todas esas fotos. Hace sol, pero a pesar de ello mi padre vestía sahariana y camisa, lo que hace pensar en un clima suavizado por la brisa del mar.

Larache se levanta sobre acantilados y no creo que cuando mi

padre estuvo las bolsas de plástico se enganchasen a los matorrales. En un bazar de la avenida Mohamed V, que cruza la ciudad desde su entrada hasta la plaza de España, o de la Libération, elíptica confluencia de calles, una de las cuales da al mar, preguntamos por el cementerio donde está enterrado Jean Genet. Eran dos hombres ceremoniosamente educados que hablaban correctamente español, «por supuesto», dijeron cuando les pregunté: *«S'il vous plaît: vous parlez espagnol?».* Nos indicaron que el cementerio musulmán y también el que se denominaba español estaban frente al mar, muy cerca el uno del otro, aunque dudaron en qué dirección, lo que permitía pensar que vivían de espaldas a ese vertedero de pasado y suciedad, algo comprensible. Les pregunté, además, dónde estaban los cuarteles militares del protectorado español, si es que seguían en pie (hice bien en introducir esa posibilidad). Se quedaron sorprendidos de la pregunta y, tras un elocuente silencio, les dije que mi padre estuvo en Larache cuatro años, o un tiempo en Larache y otro en Alcazarquivir, en los primeros años cuarenta. No les extrañó, como si esa búsqueda les sonara familiar. Me dijeron que todos los cuarteles habían sido destruidos con el final del protectorado, excepto algún edificio, como la comandancia militar, ahora reconvertido en el conservatorio de música.

Entramos en la casba por una puerta abarrotada de puestos de venta, de gente y de charcos sin reflejo. Era la misma puerta que creí reconocer en las fotografías que mi madre guarda en casa. El Zoco Chico es una plaza rectangular resguardada por un pórtico, bajo el que las tiendas de ropa, joyas e infinidad de objetos de segunda mano se ofrecen sin orden alguno. En el centro de la plaza también hay puestos que pueden ofrecer un grifo usado, unas botas militares o un detector de metales. Fue Rafa quien se acercó a una de las tiendas y preguntó si en el zoco había habido un fotógrafo llamado Diodoro. Ese era el nombre que figuraba en la fotografía que yo tenía. Además, detallaba «Larache-Alcázar». El hombre dijo muy seguro que él no recordaba ese nombre. Estaba sentado a la puerta de su tienda junto a un viejo que permanecía ajeno a la conversación con los ojos casi cerrados, enfundado en una chilaba de la que solo sobresalían dos manos de piel reseca como las de

una momia. Nos dijo que preguntásemos a un fotógrafo llamado Bencrina, en una calle que salía de la plaza de España, entre los cafés Lixus y Cara Bonita. Incluso recordaba otra casa de fotografía que había en los bajos del hotel España, ahora ocupados por una oficina bancaria.

Hubo un momento en el que, al ver que yo sacaba una libreta para tomar unas notas, me preguntó por qué buscábamos a un fotógrafo de Larache llamado Diodoro, cuando probablemente había cerrado la tienda, quién sabe si con el final del protectorado en 1959. Le expliqué que se trataba de un familiar, un tío (qué curioso, nunca me había referido al hermanastro de mi padre como tío), que había estado en la guerra de África en los años veinte, se supone que por Larache, porque conservo una foto firmada por un fotógrafo de la ciudad de nombre Diodoro. Antes de irnos en busca de Bencrina, Mohamed, pues así dijo que se llamaba, nos habló de un comerciante que tiene una tienda delante de la suya que se dedica a conservar fotografías antiguas, pero que ahora estaba cerrada. Así era: una puerta de doble hoja de color azul celeste, como los zócalos del mercado, permanecía cerrada por un sólido candado. Quizá abriese por la tarde, por lo que quedamos en volver.

La de Bencrina era una tienda pequeña, decorada con fotografías familiares de bodas, niños sonrientes, mujeres vestidas con sus mejores atuendos típicos. Un hombre sentado dentro de un mostrador de cristal miraba la pantalla de un ordenador. En la vitrina se exhibían viejas fotografías de Larache. De nuevo la misma pregunta. ¿Conoce una tienda de fotos llamada Diodoro? Se quedó pensativo, aunque tan escéptico como el resto de las personas a las que habíamos hecho la misma pregunta, pero nos dirigió a alguien clave. A dos calles de allí, en la espalda del hotel España, había una tienda, la del señor Piro, como él se refirió a ella. Allí encontramos a los dos hijos de un fotógrafo que conocía a Diodoro y que había trabajado con él durante los mismos años en Larache. Su padre había sido laborante del señor Vázquez, nombre que recibía la tienda, Foto Vázquez. Cuando en los años sesenta cerró el negocio, Vázquez se trasladó a Zaragoza, donde fundó los

laboratorios Eva Color.

Uno de los hijos nos acompañó adonde Diodoro tenía el estudio, en la parte baja de la avenida Mohamed V. Delante de una puerta cerrada y pintada de color marrón dijo, en un español trabado por una dentadura inexistente: «Este es el estudio de Diodoro». Era un edificio de dos pisos y una planta baja en soportal. El estudio propiamente estaba en el primer piso, en el que había una ventana con decorados arabescos y marcos azules. Parecía que no había nadie, a no ser por una toalla que ondeaba secándose en el balcón, o que el edificio entero estaba deshabitado. Rafa dijo entonces, delante de la puerta: «¿Te imaginas a tu tío pasando por esta puerta para hacerse la foto?». Al hijo de Piro le vino de repente a la memoria que dentro del portal había dos vitrinas con fotografías.

Volvimos a su tienda y, junto a su hermano —absolutamente mellado como él—, nos enseñó fotografías antiguas de Larache. Si alguien sabía algo de Diodoro, dijeron, era un hombre llamado Driss Mzouri, que se había quedado todos sus negativos.

Con la sensación algo dulce, aunque muy fugaz, de que nos había sonreído el azar —y aunque tenga la duda de si es una buena o mala señal: así se lo dije hace unos días a una vendedora de productos telefónicos al decirme que mi número había sido elegido al azar—, porque en Larache nada parecía haberse movido, ni en los años veinte, ni en los cuarenta, y el tiempo permanecía deshilachado a merced del viento atlántico, nos sentamos en la terraza del café Central, en la plaza de España. Dos tés con hierbabuena y unas hojitas secas de María Luisa. El mejor té, de momento, de Marruecos, según Rafa. La gente circulaba por la plaza lentamente, hombres con hombres, sobre todo. Mi padre también aparece en fotografías cogido del brazo de algún amigo.

La foto de Ramón está sin fechar, pero calculo que él debía de tener poco más de veinte años, que coincidía con el año 1924, cuando Larache todavía estaba protegido por la llamada Línea Estrella, que impedía los ataques de las unidades rifeñas. Un detalle de la fotografía es que en la guerrera muestra una cruz al mérito militar, es decir, que participó en hechos de guerra y que

por su uniforme, gorro con borla (tarbush) y la media luna con los rifles cruzados, pertenecía a las Fuerzas Regulares Indígenas, muy probablemente a Larache n.º 4. La edad coincide con la del hijo veinteañero de mi abuelo Eusebio y, a su vez, padre de mi tío Ramón.

De nada le sirvieron los hechos de guerra en África, ni siquiera que le faltase un ojo, para luchar después en la Guerra Civil y acabar muriendo en la cárcel de Burgos, absolutamente derrotado: murió de frío. Esa es su historia, pero en realidad solo es una parte: el resto no la sabe nadie.

Unos tres años después de su muerte, fue mi padre el destinado a Larache y a Alcazarquivir, en plena Segunda Guerra Mundial, algo que a mí me producía un impacto solo comparable a haberlo leído antes en un tebeo de Hazañas Bélicas. Tenía una cicatriz en el hombro, y cuando le preguntaba cómo se la había hecho, él respondía que fue la bayoneta de un moro, luchando cuerpo a cuerpo. Luego supe que fue la esquirla de una soldadura, una herida civil e industrial, pero la leyenda se había puesto a rodar, y cuando deja de hacerlo, aún queremos soplarle para que nunca pare, como una reseca rosa de Jericó rodando en el desierto. Eso es imposible, pero hay un día en que no tenemos ni fuerza ni aire en los pulmones, y ya sabemos lo que quiere decir.

RECUERDA MI MADRE en un viaje a Sevilla, en abril de 2014, su estancia en la ciudad acabada la guerra. Niña huérfana que trabaja en una pensión sirviendo, aprendiendo a coser y soñando con un futuro mejor que tardaría en llegar. Por respeto a la vida de los otros, aunque sea la de mi madre, no diré si esta historia acaba bien o mal. Nos instalamos en un hotelito junto a la plaza de Santa Cruz, en la calle Santa Teresa. Largos, pero sobre todo lentos, paseos para reconstruir los pasos perdidos de una niña de doce años hace setenta y cinco. El eco, si se escucha, arrastra voces que parecían perdidas. Pero no lo estaban.

La claridad del recuerdo lejano brilla más que el presente. Hubo un momento en que, dispuesta a encontrar la plaza de San Lorenzo, se aparta de nosotros y, como guiada por un satélite —prefiero no hablar de estrella— con el que ha conectado pasados los años, acelera el paso con decisión, sin que se lo impidan sus dos prótesis de rodilla, rejuveneciendo, viajando hacia atrás, hasta llegar al lugar que tanto ocuparon sus pesadillas.

«Aquí, en este banco, me sentaba con mi madre», dijo. Descubrió la calle donde vivió, una pensión cuyos huéspedes eran militares, maestros de escuela y gente de biografía imprecisa, y la fotografiamos a la puerta de la casa. Estuvo un rato sola delante de la imagen del Jesús del Gran Poder, lloró, pero en silencio y sin aspavientos, y quiero creer que en ese momento se reconcilió con el lado más desgraciado de su vida. Evitaré decir de qué hablaron mi abuela y mi madre en un momento de desesperación en aquel banco en que luego nos fotografiamos. Se sentía la humedad del Guadalquivir.

A medida que escribo y me aproximo a su historia, me niego a detallar la secuencia de unos hechos dramáticos porque el dolor siempre tiene razón, pero rechazo ese principio. No quiero cometer el error de contar algunos detalles de mi familia para así tener una mayor legitimidad moral, no sé para qué o contra quién. No voy a ahondar en que su padre murió durante la Guerra Civil (era maquinista de tren, traía heridos y muertos del frente, y contrajo la fiebre de Malta por comer queso en mal estado comprado en una estación); en que abandonó el pueblo, Peñarroya-Pueblonuevo, porque la línea del frente pasaba por sus calles, y en que fueron acogidos por una familia en Puertollano; en que el hijo pequeño, su hermano, fue entregado en un Hospicio de San Luis porque era la única manera de que pudiera sobrevivir; o en que mi madre, con doce años, servía en una pensión de Sevilla.

Sí, es pudor. Humildad y entereza. Ella no pidió nada a cambio por el reconocimiento de su sufrimiento, que, ahora lo sabemos, es sobre lo que se construyen las naciones y el poder, incluso por un dolor que nadie ha conocido. «Cuanto más sensible es la verdad, más envejece» (anoto en mi cuaderno una cita de

Hegel).

MIS PADRES NUNCA hicieron vacaciones. No desde que dejamos el pueblo, porque Peñarroya-Pueblonuevo era el Edén. Allí íbamos a un lugar llamado Villaharta, a unos treinta kilómetro, a unas casitas blanqueadas y de interior oscuro y fresco, con una alberca de agua verdosa y helada donde nos bañábamos en calzoncillos y luego posábamos con los labios azules de frío frente a una cámara de fotos de la que desconozco el propietario, aunque es probable que mi padre la alquilase, pues es lo que siempre hacía. Aquellas imágenes las conserva mi madre en el álbum familiar.

Hacíamos excursiones hasta una fuente —ahora he descubierto que se llamaba Fuente Agria—, en la que debíamos beber un agua de color del óxido y de sabor metálico, también en vasos de metal, y de cualidades curativas. Era la edad de hierro. Las tardes, por lo que veo en las fotos, transcurrían en la puerta de la casa sentados en mecedoras y tumbonas debajo de los eucaliptos. Mi padre se ponía un sombrero de paja.

En Barcelona acabaron las vacaciones. Poco a poco fuimos descubriendo la ciudad, me temo que muy diferente a la que ahora se puede descubrir: las Ramblas, el puerto, los barcos atracados de la VI Flota norteamericana que mi padre, pese a su antiamericanismo, visitaba y nos llevaba con él y luego volvía admirado por la extremada limpieza de las naves y el orden escrupuloso; la plaza Real, el campo del Barça, las fuentes de Montjuich, las veinticuatro horas de motociclismo, cuyos motores oíamos rugir durante toda la noche, incluso llegaba hasta nuestra casa el olor a gasolina —propio de los motores de dos tiempos—; la Barceloneta, las tiendas de aparatos electrónicos y los capós de los coches levantados ofreciendo mercancía y unos hombres severamente peinados hacia atrás y relamidos con jabón, recién salidos de la cárcel, prisioneros de su propio pasado, que abrían el abrigo del que colgaban relojes. En esas tiendas que todavía tenían

un aire de clandestinidad y contrabando compramos los primeros aparatos de música.

Mi padre trabajaba las vacaciones y como máximo se cogía una semana, que se pasaba prácticamente sin salir de casa, porque fuera todo era gastar, aunque se daba unos largos paseos que acababan con él rendido y dormido antes de comer. Solo se permitía un dispendio: ir a tomar las aguas a un balneario, pues a mi madre le iban muy bien para aliviar el reuma que contrajo cuando siendo jovencita trabajó en el matadero del pueblo en unas condiciones de frío irresistibles que ha dejado huella en sus manos, ahora deformadas. Frío que hubiese bastado para otra revolución, una más de las muchas que tenemos pendientes.

DURANTE EL PRIMER año en Barcelona yo todavía tenía la edad del adolescente que acompañaba a sus padres a determinadas obligaciones familiares y domésticas, como las visitas a conocidos del pueblo y parientes, o acompañar a mi madre al economato de la Renfe —del que nos beneficiábamos por ser familiares directos de la compañía— a comprar litros de aceite, kilos de azúcar y otros productos de los que se hacía acopio como si la guerra fuese a estallar de un momento a otro. Mi padre nos llevaba a Las Golondrinas y a ver sellos, monedas y personas negras —poco frecuentes por entonces en Barcelona— a la plaza Real y, como dije, a visitar los barcos de la VI Flota.

Estas son mis notas sobre un suceso que afectó especialmente a mi padre y conté en mi libro *Bach para pobres*.

El USS *Trenton* era un transporte anfibio con más de mil marines y cuatrocientos tripulantes que atracó fuera del puerto de Barcelona en el mes de enero de 1977, junto al portahelicópteros USS *Guam,* dado que por sus dimensiones no pudieron hacerlo en las dársenas del puerto. Era invierno y los marineros vestían gruesas prendas de lana de color azul oscuro con su corte habitual de pantalones acampanados sin bragueta; los zapatos, negros y

brillantes, deslumbraban en el suelo húmedo de las calles de la parte baja de la ciudad, por donde se los solía ver en grupo, en alegre camaradería, borrachos, también cabizbajos. Se abrigaban con un tres cuartos cruzado, alzando las solapas cuando arreciaba el frío. El gorro, el *dixie cup,* seguía siendo blanco y pequeño.

En el bar Cosmos, al final de las Ramblas, conocí a un marinero llamado Juan Sánchez, de origen puertorriqueño, destinado a las comunicaciones del USS *Trenton*. Era del Bronx, así nos lo dijo a Carlos y a mí, lo que aminoró nuestra animadversión hacia los «imperialistas yankees», y poder hablar con él un buen rato, mientras sus compañeros seguían en la mesa de al lado. Él se había dado la vuelta, de manera que podía estar en la nuestra, aunque intercambiando su posición cuando quisiera con la de sus compañeros. No era habitual que un marino de la VI Flota hablase con un par de jóvenes nativos, ni mucho menos durante tanto tiempo, cuando lo habitual era que fuesen recibidos al grito de *«Yankee go home!».* Encima de la mesa, junto a su paquete de Winston —sobra decir que era Winston americano—, estaba su Zippo plateado con el «USS Trenton» grabado, encendedor muy codiciado por los jóvenes, que incluso conseguían revenderlos a muy buen precio en las calles de la Barceloneta. A mí me parecía que aquel hombre mulato, de pelo rizado —pese a ser tan corto—, bigote que acompañaba la comisura de su labio superior y realzaba una dentadura grande y blanca y una sonrisa casi permanente, representaba la larga aventura que a mí me hubiese gustado emprender.

Pasaban de las once de la noche cuando nos despedimos: nos invitó a un par de whiskies —que no solíamos consumir, como casi nadie en Barcelona— y él tomó varios carajillos de ron, bebida que alabó como un estimulante más barato que otras sustancias. Nos regaló un paquete de Winston.

Al ser domingo, una lancha de desembarco, la LCM Mike Boat, vino a recoger a los marinos al puerto, en dos turnos, a las doce y las dos de la madrugada. El último de ellos, con ciento veinticuatro hombres a bordo, chocó con el mercante *Urlea* que hacía la ruta Barcelona-Palma, provocando que la lancha volcase.

Los primeros periódicos de esa madrugada hablaban —aunque entonces solo se publicaba la *Hoja del Lunes*— de veinticuatro marineros muertos, pero tras varios días de rescate en el fondo sucio y oscuro del puerto, se contabilizaron cuarenta y nueve.

Mi padre me dijo que los uniformes empapados hacían imposible nadar en esas aguas aceitosas. Además, iban borrachos. Habían pasado el día por los bares del Barrio Chino, por el Panams y el Jazz Club Colón ¿Y por eso merecían la muerte? No lo dije, ni lo pensé, ni él tampoco, pero siempre hay que buscar una razón para entender la muerte y evitar que el encadenamiento de casualidades y errores nos coja desprevenidos. Mi padre sintió esa muerte. El sábado siguiente fue al puerto a mirar desde lejos la ceremonia que tuvo lugar desde la cubierta de esos barcos.

LA TIERRA DE acogida presenta al que llega de fuera como un muerto de hambre, siempre con la maleta a cuestas y atado a unas tradiciones primarias. Esos hombres y mujeres destruidos, poco hechos, de descampado. En Barcelona, cuando no había más poder que alcanzar porque todos los palacios habían sido ya asaltados, las fiestas eran interminables y el primer punto del programa decía que *Barcelona era guapa,* corría la coca y había sensación de *absoluto,* a las élites sociales les gustaba ir a la Feria de Abril que se realizaba en un gran descampado en Barberá del Vallés, en Santa Coloma de Gramanet, en Sant Adrià del Besós, descampados que luego fueron asfaltados, supongo que para comprobar que era cierto que ya todos éramos —eran— iguales. Yo nunca estuve allí. Pero se hicieron viejos y se olvidaron del fulgor de aquellos días y los que vinieron luego solo retuvieron el mensaje de que eran los mejores. Ellos eran los más guapos.

Hay una fotografía que detesto por encima de todas: la de Xavier Miserachs retratando a una familia recién llegada a la estación de Francia, con la maleta al hombro, claro. Miserachs murió en 1998 y, por lo tanto, se me ha pasado el momento para

recriminárselo, si es que hubiese podido, pero podemos seguir hablando, pues de ese cansancio muchos han hecho una liturgia.

Obsérvese esa fotografía: son cuatro personas, supuestamente recién llegadas a Barcelona; según la luz, debería de ser por la mañana: los trenes llegaban a primera hora, después de una larga noche. El personaje central carga a hombros una maleta, la tradicional maleta de cartón forrada de tela y cantoneras de metal —hoy es ya un objeto *vintage*—, reforzada por una cuerda y marcada con una cruz de tiza, blanca, lo que indica que ha pasado un control. El peso le hace bajar la cerviz y no puede mirar a la cámara frontalmente, sino con la cabeza algo agachada, sorprendido, un gesto fundamental para el relato; en el brazo izquierdo lleva una chaqueta. Peina hacia atrás una cabellera oscura, obligando a los rizos a mantenerse onduladamente en orden, algo muy de esos años y de aquellos hombres. La imagen está fechada en 1962. A su derecha, aparece una mujer, puede que sea su mujer, sujeta bajo el brazo derecho un canasto; en el izquierdo lleva una prenda de abrigo y cuelga un bulto que no llego a identificar. Frunce el gesto, tal vez una casualidad de la instantánea. Mira con desconfianza. Junto a él hay un muchacho, tal vez el hijo de ambos, o un hermano pequeño: se nota un parentesco cercano, no solo el del destino común. Lleva en la mano derecha una caja de cartón asida por una cuerda y en la izquierda una maleta de madera. Mira a la cámara extrañado. Algo rezagado, en el margen derecho de la fotografía, como si Miserachs lo despreciara, hay un hombre mayor, un viejo, delgado, tocado con una boina, bien puesta, ladeada. Viste una camisa blanca y agarra una bolsa, como si quisieran aliviarle de alguna carga. También mira. Puede que no sean de la misma familia. Y ahí acaba todo: no sabemos de dónde vienen, cuáles son sus nombres, qué hacen en Barcelona, quiénes son. Son emigrantes. Eso es todo.

Hay algo, sobre todo, que me sigue llamando la atención: en nombre de quién, para qué, por qué, Miserachs se puso delante de una familia que acababa de llegar a Barcelona con evidentes signos de cansancio y desconcierto, seguramente después de haber pasado la noche en vela frente a la oscuridad de todas las incógnitas. La

noche de los trenes. Puede que días sin dormir en estaciones, la que fue patria de tantos españoles.

Lo más parecido, pero con el tratamiento hiperbólico que solo Sebastião Salgado sabe dar, son sus fotografías de los mineros de Dhanbad, en el estado de Bihar, India. Ni un nombre. No sabemos nada de ellos. Un día me dijo Alberto García-Alix: desconfío de esos fotógrafos que solo saben ver el sufrimiento de los otros, que niegan que también pueden vivir, incluso ser felices (bien pensado, los personajes de García-Alix nunca me han parecido especialmente felices, incluso los he visto seres póstumos).

Existe un Museo de Historia de la Inmigración de Cataluña, en Sant Adrià del Besòs, en la periferia norte barcelonesa. Hoy en día se abren museos sobre cualquier tema. Muchas personas que se trasladaron a Barcelona a buscar trabajo en los años sesenta y setenta lo hicieron en tren, en un largo convoy al que se llamó «El Sevillano». El viaje era muy largo. Este museo cuenta ahora con uno de esos vagones y leí que la directora del centro dijo con toda su buena intención que lo iban a «musealizar». En el vagón se oirían las historias de aquellos viajeros, voces del más allá, fantasmas. De esto se trata. Es el riesgo de explicar el pasado desde un sentimiento de culpa; de ahí que todavía cincuenta años después, sesenta, incluso más, se siga hablando de «inmigrantes» o «emigrantes». Qué extraño. Pero aquellas personas con maletas de cartón —lo exige el drama museológico— salieron un día del túnel y desarraigo y se «integraron». *The End*.

Lo de «charnego» nunca me ha ofendido. Hay insultos peores, o desprecios peores. Lo realmente ofensivo es que todos quieran ser ahora charnegos y mestizos globalizados, o digan serlo o querer serlo —en una especie de refrito multicultural— y saquen a relucir sus apellidos como quien saca un carné de la cartera. Pero no todo el mundo lo es porque no todos tienen cara de charnego: como los de la fotografía de Miserachs y los mineros de Salgado. Era el empeño de mi madre de que fuera bien peinado y con la raya en el pantalón lo que nos delataba. Es un asunto más sutil, porque lo

verdaderamente ofensivo, que incluso podría dejar huella, es que te lo digan sin decírtelo. Que tú mismo te dieses cuenta sin que te lo dijesen y que ocultases tu procedencia o, lo que resulta cómico, demostrases formas y acentos más remilgados que los originales. La verdad, nunca oí decir a nadie «charnego». Solo he oído silencio.

TUVO QUE SER Gabriel Ferrater, el poeta que vistió aquel «terrible atrezzo» —en palabras de Carlos Barral— para quitarse la vida —o que la vida lo dejase a él—, con la bolsa hermética y la botella de ginebra, quien de manera más clara pronunció la palabra *«xarnego».* Fue precisamente en el año en que nosotros llegábamos a Barcelona, 1970, dicha, además, sin mala conciencia ni ironía, como si definiera una condición sin necesidad de recurrir a conceptos sociológicos, políticos, morales. Es decir, esa palabra existía, estaba ahí, se decía —aunque, insisto, nunca la oí— y definía a unas personas y a un mundo, siempre en privado —como *«métèque»,* pero sin la dignidad que supone no ser más que ciudadano: solo extranjero— o cuando el que merecía el insulto ya se había dado la vuelta, ya de espaldas, y bastaba con mirarle de arriba abajo con lástima o desprecio, que, para el caso, es lo mismo. Nunca en público, sino solo para entendidos, un lenguaje corporal inmóvil, cuando en realidad es preferible —ya lo había dicho— al silencio. Ya no digamos la mentira.

Decir a alguien *«xarnego»* en pleno franquismo no era tampoco una desconsideración cívica al que se quería ofender, porque nadie tenía una dignidad plena, nadie, ni nadie era algo civilmente, ni aquellos que pudiesen imaginar o creían que sus atributos tribales les otorgaban una condición especial —ilusión que algunos han prolongado hasta históricas fechas recientes—, por lo que era un insulto miserable: propio de aquella miseria civil.

Era imposible que para entonces hubiese oído esa palabra cuya existencia desconocía, ni pude oírsela a Ferrater cuando él la

pronunció en su poema «Cançó del gosar poder» (fechado en 1966) al recitarla, tan severo, en el Festival Popular de Poesía Catalana, el 25 de abril de 1970, en el desaparecido Price de la calle Floridablanca. Me gusta tanto el poema como una nota del autor al inicio de la edición de *Les dones i els dies* que dice: «Es un ejercicio sobre los verbos modales catalanes». Todo sea por la gramática.

Esta es la segunda estrofa:

Gosa poder donar feina a xarnegos.
Amb el teu sou, compraran vi prou agre
perquè en tres anys els podreixi les dents.
No et faci por: tu pren l'opi dels rics
(d'opi, te'n ve d'Escòcia i de Roma).
Gosa poder tenir enemics a sou.

[«Atrévete a poder dar trabajo a charnegos. / Con tu sueldo, comprarán vino lo bastante agrio / para que en tres años les pudra los dientes. / No te dé miedo: toma el opio de los ricos / (opio, el que viene de Escocia y de Roma). / Atrévete a poder tener enemigos a sueldo.» Traducción de Pere Gimferrer, José Agustín Goytisolo y José María Valverde.]

Qué más se puede decir, si existe ese último verso —«tener enemigos a sueldo», o meter al ladrón en casa: cuánta razón tenía —, como condición para atreverse a ser burgués, que, dicho desde la alta cultura catalana que representaba Ferrater, es normal que no llamara a nadie la atención aquella noche, que no se quisiera escuchar y prefirieran aplaudir en aquel festival del Price las referencias al «general» (Franco) y al «napalm» (de Vietnam). Que fuese un poeta quien sacara del silencio esa palabra tabú hace honor a la gramática y a la propia poesía como conocimiento y verdadera «vida moral». Como dijo el propio Ferrater a Federico Campbell (en *Infame turba):* «Es un mal negocio que los alemanes tengan que invadir Francia para que Louis Aragon escriba buenos poemas».

Siempre es mejor el *«xarnego»* de Ferrater, sujeto necesario

para tomar opio de la vida burguesa, que no la definición del Gran Diccionari de la Llengua Catalana. Segunda acepción, despectivamente: «Persona de lengua castellana residente en Cataluña y no adaptada lingüísticamente a su nuevo país».

Una pregunta ociosa: ¿qué hubiera sido de Ferrater de haber prolongado su vida? Como es sabido, su muerte estuvo marcada por una misteriosa confesión a su amigo Jaime Salinas: llegado a los cincuenta años se quitaría la vida —tenía entonces treinta y cinco, era 1957—, porque a esa edad tiene que estar hecho todo lo que se tiene que hacer en esta vida. Bebían ginebra Giró en un café de la plaza Prim de Reus. Aunque no se sabe si la sentencia fue o no cierta, sí que la cumplió. Puede que este momento diese sentido a lo que él mismo definió como «la vida moral», motivo de su obra.

Hasta sus propios amigos —también Gil de Biedma— ridiculizaban su erudición y parodiaban su «aventura policíaca», aquella detención —viniendo yo al mundo, año 1957— y posterior interrogatorio a manos del comisario Creix por un supuesto artículo ¡sobre Alberti y su humanismo marxista! —poeta que jamás le interesó—, firmado por un tal Víctor Ferrater en una revista de la órbita comunista estudiantil. Finalmente, Manuel Sacristán (alias «Víctor»), sumo sacerdote del marxismo español, positivista en todos los aspectos de la vida, reconoció que el artículo era suyo, y lo hizo ante el temido Creix, que le dio un trato de camaradería joseantoniana, como era lógico. Incluso Barral llega a vincular el fusilamiento de Julián Grimau, aunque sea por un avatar del recuerdo, con el «desaforamiento, como él diría, del apetito y la sed de Gabriel Ferrater en aquella época en la que comía y bebía como un clérigo medieval». Así, sin venir a cuento.

Así estaban las cosas y nada serio se podía esperar de estos clérigos y de sus traiciones para la causa del antifranquismo, a secas, no digamos la de la justicia. La libertad era otra cosa, en un país poco exigente en lo público y púdico en lo personal. La libertad se podía comprar y Barcelona fue un gran mercado de estraperlo afectivo para los poetas: se simulaba escasez cuando lo que en realidad se pedía era calidad en las noches de la ciudad pobre y húmeda. Todos estos sucesos me producen náuseas, pero

no sartrianas, sino amargas: las propias del vértigo causado por la abismal diferencia de tiempo y espacio en el que una España vivía respecto a otra, que era la de mis padres.

SE PUEDE DESAPARECER, si hay voluntad. No existe un autorretrato de Cartier-Bresson, ni siquiera interpretando ese género como una manera de desaparecer en la obra para hacerla inseparable de su autor. Exagerando ese desprecio por la corporeidad, solo realizó un autorretrato, fechado en 1932, en el que, a las puertas de un pueblo italiano, únicamente se alcanza a verle una pierna. Esa insinuación, ese parpadeo, perdurará durante su larga vida. En 1999, con noventa y un años —murió el 3 de agosto de 2004, a los noventa y seis—, apareció una fotografía de su sombra junto a la de unos árboles de la Provenza. Esa sombra lo era todo.

Jean Clair, defensor acérrimo del canon artístico, dijo que la transmutación de lo temporal a lo espacial está en la base de la fotografía de Cartier-Bresson, de ahí que algunas de sus imágenes más bellas sean «momentos del día que aparecen en el cielo, en India, penumbras vespertinas de Flandes». Apenas insinuadas, como un dibujo que brota del papel. Sin embargo, sí que se retrató a lápiz. Él habló del retrato como «captar el silencio de una víctima», pero dado que es imposible introducir una cámara entre la camisa y la piel del modelo, dijo, quizá nos quede la tentativa del dibujo. «En cuanto al retrato a lápiz, corresponde al dibujante guardar un silencio interior», escribió en 1996.

No buscó monstruos por las calles, ni desgracias, ni al hombre herido, ni la alegría, ni la tristeza, pero todo cuanto miró lo hizo con compasión. No buscó, pero lo encontró. Situó la fotografía en un ámbito sutil, evocativo y verdadero porque toda fotografía es contingente, innecesaria, y al ser, no es más que «lo que nunca más podrá repetirse existencialmente», tal y como lo expresó Roland Barthes. Aunque es autor de miles de fotografías, no fue el fotógrafo voraz que «fusilaba» sin piedad entregado a la «verdad

periodística». En una ocasión un retratado, extrañado de que después de quince minutos de estar con la cámara frente a él no «sintiera» que le hiciese la foto, Cartier-Bresson dijo: «Hace siglos que la he hecho».

En cada una de sus fotografías está todo lo que se puede decir. Muchas fotografías no se hicieron: miraba por el visor y, como si no quisiera interrumpir el suceder de la vida, dejaba que se escapase. Su lenguaje era claro y preciso (él habló de «la rigurosa organización de las formas»), rehuía el drama fácil, la contorsión sentimental y exhibir el sufrimiento ajeno para demostrar la verdad de una imagen. Nunca cortó un negativo (de 24 × 36), que positivaba íntegros él mismo. Como «momento decisivo» definió ese instante que deja helado, que convierte el testimonio no en un dato, sino en una leyenda, porque para «leer» fotografía habrá que seguir la gramática de la literatura. Por eso Walter Benjamin nos advertirá de que una fotografía está a la altura cuando nos está mostrando el lugar de un crimen. «¿No deberá el fotógrafo descubrir la culpa en sus imágenes y señalar al culpable?», se preguntará. Cartier-Bresson admitió que para hacer una buena fotografía hay que sentir compasión por el objeto retratado, acercarse a él con humildad, con gratitud, despacio y con discreción, porque es él quien nos está entregando su imagen. Lo contrario sería un robo. La transparencia de su fotografía tiene una función casi higiénica que todavía perdura, y más en un mundo donde se crean miles, millones, de «iconos» todos los días, aunque para morir nada más nacer.

Una de las leyendas que siempre acompañó a Cartier-Bresson fue que tapaba las partes metálicas de su cámara, una Leica que compró en 1932 y que le acompañaría toda la vida, con cinta aislante negra para que no se notase su presencia. Tal era su intención de pasar desapercibido, que se le llegó a dar por muerto y organizarse una exposición retrospectiva en el MoMA. Cuando las tropas aliadas entraron en París, muchos se preguntaron dónde estaba Cartier-Bresson, evadido de un campo de prisioneros alemán en 1943, después de tres años de cautiverio. Pero él estaba allí, con su Leica, como luego quedó plasmado. Alguien lo definió como un

«budista ateo». Se limitó a cumplir en silencio un equilibrio sensitivo que asegurase una buena fotografía, o por lo menos honesta, a partir de tres órganos que deberían actuar al unísono: ojo, cerebro y corazón.

A PRINCIPIOS DE 1936, poco antes de la Guerra Civil española, George Orwell realizó por encargo del Left Book Club un viaje para describir las duras condiciones de vida de los mineros del norte de Inglaterra, en los condados de Yorkshire y Lancashire. De ahí salió el libro *El camino a Wigan Pier,* aparecido en 1937. Recorría en tren algunos barrios oscuros, lentamente, con precaución, cuando en la parte trasera de una casa ve una mujer, joven, aunque, dice Orwell, con la «cara redonda y pálida, la habitual cara marchita de las chicas de barrio obrero que tiene veinticinco años y aparenta cuarenta». Cruzaron sus miradas. «En aquel momento me di cuenta de que nos equivocábamos al decir “para ellos es diferente de lo que sería para nosotros”, creyendo que la gente que ha nacido en un suburbio no puede imaginar otra cosa que el suburbio. Lo que vi en la cara de la mujer no era el sufrimiento ignorante de un animal. Ella sabía muy bien lo que le pasaba y comprendía tan bien como yo lo horrible que era su vida, lo horrible que era estar allí arrodillada con aquel frío en las sucias losas de un patio trasero metiendo un palo por el desagüe de un fregadero».

No hemos nacido para que cada uno cumpla la función que nos encomendó la cuna. Nadie ha nacido para perder la identidad y aparecer en una fotografía como carne sociológica de la emigración. Orwell supo verlo. Sabía lo que quería decir el silencio. No es extraño que incluso en un momento tan confuso —y, para él, desalentador— como la Guerra Civil española en la que luchó, pero no en las tareas de propaganda en las que destinaban a poetas, escritores e intelectuales en general, sino en el frente, dijese: «No siento especial simpatía por el “obrero” idealizado por los comunistas burgueses». Cómo supo ver que de tanta

devastación y odio no podía surgir una democracia.

HACE POCO OÍ una canción de Angelillo, la busqué en YouTube y la escuché. Su nombre me era familiar, pero solo porque había oído hablar a mi padre de él con cierto misterio y gran respeto, como si fuera alguien de la familia cuyo nombre no debía pronunciarse muy alto, porque a Angelillo, cantante de coplas aflamencadas y otras músicas americanas de las llamadas de ida y vuelta y galán de cine antes de la Guerra Civil, no se le podía oír ni ver porque su lealtad a la República le obligó a exiliarse en Argentina. Había oído su nombre, pero no sabía quién era.

Desconocía cuál era la mitología de mi padre, pero sabía, porque pasados los años lo pude compartir con él —muy poco antes de su muerte—, de su admiración por Cassius Clay, Muhammad Ali, el nuevo nombre del gran boxeador que él pronunciaba con conocimiento de causa y acento afectado porque había estado cuatro años en Marruecos en el ejército colonial, como a mí me gustaba decirle para equipararnos con otros ejércitos europeos. Que no se diga.

LE PEDÍ A mi padre que me despertara para ver por televisión el combate por el título de los pesos pesados entre Cassius Clay y George Foreman. Se celebró el 30 de octubre de 1974 en Kinsasa, capital de Zaire, hoy República Democrática del Congo, en el Estadio Nacional, a las cuatro de la madrugada, por lo que, si se sigue la diferencia horaria en España, serían las cinco. Le pedí a mi padre que me despertase y allí sentados con nuestras batas asistimos mi hermano y yo a la mayor pelea de todos los tiempos, o así fue anunciada, y lo fue. «Siento compasión por los hombres que pierden», dice Norman Mailer en los minutos finales del

Cuando éramos reyes (1996), el documental que relata la pelea entre Ali y Foreman. Podía haberle rematado con su derecha, dice Mailer, cuando el cuerpo de Foreman se desplomaba pasando por delante del torso de Cassius Clay, pero prefirió «la estética del hombre que cae» antes que lanzarle un último golpe que solo hubiera ensuciado el reconocimiento hacia su adversario, un gran boxeador, Foreman, que después de ese combate cayó en una profunda depresión y tardó veinte años en levantarse y volver a reinar. Aquello sucedió diez segundos antes de que sonara la campana del octavo asalto. Quiso ganar con su propio estilo.

Norman Mailer escribió ocho artículos sobre el enfrentamiento entre Clay y Foreman, que aparecieron en *Playboy* a lo largo de 1975. El último, el que relata el final del combate, se tituló «Un largo derrumbamiento de dos segundos» y es el que resume con más emoción el trabajo de este periodista y escritor —o a la inversa, pues no degradaba ni magnificaba el trabajo en función de su longitud— que nos ayudó a ver lo que las imágenes de la televisión no nos podían enseñar. Foreman —escribió—, cuando su cuerpo yacía en el ring, queriéndose levantar como un borracho avergonzado por su caída, «tenía los ojos puestos en Ali y lo miraba desde abajo, sin ira, como si Ali fuera en realidad el mejor hombre que conocía en el mundo y lo estuviera mirando el día de su muerte».

Así fue. Se hicieron amigos y algo más: se respetaban profundamente porque ambos sabían su procedencia, el color negro de su piel, más negros que el alquitrán, y de la fragilidad del triunfo. Cuando Foreman bajó por las escaleras del avión que le llevó a Kinsasa (la antigua Leopoldville), lo hizo arrastrando un pastor alemán, la misma raza que utilizaba la policía belga en el Congo de los tiempos de la esclavitud. Su carta de presentación no pudo ser más provocadora y ofensiva, pero delante tenía a un verdadero histrión que dominaba como nadie el arte de la comedia; aguantó contra las cuerdas el enorme castigo al que Foreman le sometió durante los ocho asaltos —así planteó la pelea— susurrándole al oído: «Pegas como una nena». Hasta que lo desfondó.

El combate tuvo lugar a las cuatro de la madrugada, un miércoles, a una hora extraña para boxear, pero que no impidió que en el Estadio Nacional 20 de Mayo se reunieran 60.000 almas negras al grito de «¡Ali, mátalo!», que hizo aún más oscura la noche, como es fácil ver ahora en las retransmisiones cuando las cámaras van más allá de las primeras filas, periodistas (se reconoce al propio Mailer, Hunter S. Thompson, David Frost, George Plimpton...) y esquinas custodiadas por Angelo Dundee, quien siempre estuvo al lado de Ali, y Dick Sadler, el preparador de Foreman. El horario elegido estuvo al servicio del *prime time* norteamericano. Y se pudo ver, como una escenografía moderna, a Don King, el promotor de la pelea de pelo electrificado, aquel hombre que consiguió que el dictador Mobutu Sese Seko pusiera una bolsa de cinco millones de dólares por púgil, el que leyó a Nietzsche y a Kant en la cárcel —según le confiesa a Mailer en uno de los artículos—, y pudieron verse también las pistolas plateadas de sus agentes cuando alzaron los brazos de un Ali triunfador pero de mirada extraña, ida.

Había pasado la época de las lluvias en Zaire y el combate fue como un huracán que lo barrió todo. Hacía un par de meses que Gerald Ford había sustituido a Nixon tras su dimisión a raíz del escándalo Watergate y medio año después terminaría la guerra de Vietnam. Franco se recuperó de una flebitis. Mailer estuvo en el vestuario antes de la pelea. Escribió que eran tan lúgubres como el metro de Moscú. No había jacuzzi. Se cruzó con Ali, que se ejercitaba entre su gente, lanzando golpes al aire. «No hay nada que temer», quiso tranquilizar el púgil al periodista cuándo este le confesó que tenía miedo. «Solo es un día más en la dramática vida de Muhammad Ali.»

No recuerdo nada de aquella noche, excepto que mi padre se fue a trabajar cuando acabó el combate, ya amaneciendo el día. Luego lo he visto varias veces con él, incluso vimos *Cuando éramos reyes,* días antes de que muriese. Solo fui una vez a ver un combate de boxeo y fue en Alicante. Me llevó mi padre, yo no tendría diez años y solo recuerdo las gotas de sangre en la piel blanca de un escuálido boxeador.

MI PADRE MURIÓ una mañana de abril atropellado por una furgoneta de reparto. Estaba pasando unos días en Madrid y aprovechamos para ver el combate de Kinsasa, aunque no era la primera vez. Siempre me preguntaré si se podía haber evitado o si desde que amaneció aquel día, incluso desde mucho antes, años antes, estaba previsto ese encuentro fatal. Imagino un mapa que a lo largo de la vida va trazando el itinerario de una persona hasta su destino final, como si fuera un juego de guerra con sus soldados de miniatura sorteando batallas, montañas, valles y ríos, ciudades devastadas, granjas con animales calcinados, mientras él sigue su camino, y cuando duda, si es que alguna vez duda, elige, si es que elige algo, seguir adelante, sin saber que por ese mismo sendero angosto viene veloz quien le cortará el paso.

Leí la declaración del conductor que le atropelló —el abogado evitó el encuentro por innecesario—, y a la pregunta de si lo vio cruzar la calle, contestó: «Lo vi desde lejos, me dio la impresión de que si yo seguía, acabaría atropellándole, pero creí que él detendría su paso antes». El juez volvió a preguntar: «Entonces, ¿por qué no frenó?». «Frené, pero él continuó», contestó. «¿Quiere decir que frenó tarde?», insistió el juez. Y esta fue su respuesta: «Él hizo lo imprevisible y cruzó la calle».

CONOCÍ BARCELONA ANDANDO sin rumbo, yendo de un lugar para otro, creando un mapa sin demasiado sentido, pero sobre el que sigo transitando cuando regreso a la ciudad. «Importa poco no saber orientarse en una ciudad. Perderse, en cambio, en una ciudad como quien se pierde en el bosque, requiere aprendizaje» (Walter Benjamin, *Infancia en Berlín hacia 1900)*.

Un ejemplo: paseo por Barcelona sin respirar.

Calle Diputación, a espaldas de la Universidad, antiguos puestos de libros hoy cerrados a principios de los años ochenta. Enric Granados, ahora peatonal. Como en Balmes con Provenza. Plaza Letamendi. Bonsuccés, Xuclà, plaza Galdric (en un balcón, un hombre cambia el agua a los pájaros). Plaza del Canonge Colom, calle del Hospital, de la Santa Creu, calle Junta de Comerç, Sant Pau, Robadors (rumanas y hombres viejos merodeando), Espalter, plaza Pyere de Mandiargues, Sant Oleguer, plaza Pere Coromines llena de viejos, o de jóvenes que han envejecido, sentados en los bancos. Barcelona sigue teniendo la miseria en el centro. En los Jardins de les Voltes d'en Cirés, ya cerca de las Drassanes, veo pancartas en los balcones: VOLEM UN BARRI DIGNE. Arc del Teatre, Montserrat, espalda de la ciudad (bella). Cruzo las Ramblas, Escudellers, Nou de Sant Francesc, plaza Real (oigo una armónica). Los Caracoles, plaza de Georges Orwell (no sé cómo se llamaba antes), Avinyó, Comtessa de Sobradiel, plaza de Regomir, calle de la Palma de Sant Just (uno de los rincones más bellos de Ciutat Vella), Baixada de Viladecols, Sots-tinent (subteniente) Navarro, Correos, Vía Layetana (mi primer recuerdo de Barcelona), Platería, Santa María del Mar, plaza del Rey, Baixada de Santa Clara, Sant Felip Neri, claustro de la Catedral.

Alguien podría dibujar, a través del GPS de mi móvil, este itinerario, incluso encontrar en él una traza cabalística, pero pierde el tiempo y yo también. La ciudad está hecha de espacio y tiempo: los lugares y los acontecimientos que han tenido lugar en ellos a lo largo de los años. Sin ser infinitos, son muchos, puede que incontables, y no basta con enumerarlos por su nombre como yo he hecho en ese «paseo sin respirar». «Pero la ciudad no dice su pasado, lo contiene como las líneas de una mano, escrito en las esquinas de las calles, en las rejas de las ventanas, en los pasamanos de las escaleras, en las antenas de los pararrayos, en las astas de las banderas, cada segmento surcado a la vez por

arañazos, muescas, incisiones, comas», escribe Italo Calvino en *Las ciudades invisibles*. La ciudad no habla, hablan sus muertos. Como habla el cordel que aún sujeta unas guirnaldas: se podría oír hasta la música y los gritos de alegría de las muchachas bailando. Quién sabe si existe Adelma, esa ciudad donde viven los muertos y uno puede ir a buscar a viejos amigos que ha dejado de ver, y si te aseguran que está usted en Adelma, es la confirmación de que estás muerto y que, siguiendo a Calvino, tampoco es un lugar muy feliz.

UN EJEMPLO DE crónica sin respirar. Vuelvo a Barcelona para entrevistar a la arquitecta Benedetta Tagliabue. Su casa, en la calle Mercaders, es un viejo edificio con entrada de carruaje, patio interior con plantas y un estanque —una semiesfera de hierro oxidado y verdoso fondo— con peces de colores, una escalera que asciende a la casa, estancia que rodea toda la vivienda y por la que circula la vida familiar, creo que marcada por Benedetta y una hija, sin centro, como ella misma reconoció en la entrevista, de manera que el centro de gravedad de la casa podía estar hoy en un lugar y cambiar al día siguiente, según la energía natural de no sabe qué —le dije—, de manera que la vida circula por un espacio marcado por la ausencia, pues todo está decorado —extraño porque los objetos parecen haber caído como ángeles— con una inestabilidad que nos recuerda que Enric Miralles, a quien no he conocido, pero que está presente en mis preguntas, sobre todo porque no hay nadie que pueda frenar a esa mujer de habla torrencial, ni un loro que mira por la ventana, ni la biblioteca, y cuando bajo por Pau Claris, ya de noche, buscando un lugar de la *«terra»* —que ya es decir si lo digo yo— para cenar y decido recalar en un sitio seguro, en el Nou Celler de la calle Princesa, porque allí comía muchos días cuando trabajaba en la revista *El Guía,* comprendo que carácter es destino, que aquella casa fragmentada por rincones oblicuos y sin puertas, tamizada por la luz cenital y ceniza que entra por unos altos ventanales era imposible de llenar

si no fuese por unos objetos suspendidos en los techos, a cinco metros de altura, frágiles y sin embargo proyectando unas sombras que todo lo une y da continuidad, sombras femeninas, porque Benedetta, me dijo, cree que si algo definía la arquitectura de una mujer es la circularidad y el hilo tejido que todo lo cose, ata y une, de manera que cuando sonó un golpe cristalino en un lugar de la casa al cerrar el viento una puerta que daba al jardín trasero cubierto por una gran higuera adaptada a los muros de la casa y una palmera, pensé que todo era más débil que lo que aparentaba esta casa, y al darme cuenta de que las fotografías familiares estaban depositadas en grandes platos de cerámica sobre las mesas, en vez de enmarcadas y puestas en los muebles, excepto una serie con los hijos recién nacidos, creciendo y otras que nos enseñan —engaños tiene la vida— que la muerte no existe, quizá cuando abrí un libro, los escritos del pianista Glenn Gould, y descubrí como marcador de página un billete de avión a Ámsterdam a nombre de Enric Miralles, el pudor me hizo cerrar el libro de golpe y coger rápidamente el de al lado, que eran dos tomos de Nadar, abrirlo y encontrarme con la fotografía de Proudhon, que como todos los libros estaban colgados como pájaros en el tendido eléctrico, dos barras blancas que se extendían por toda la casa y así, siguiéndola, llegué a la edición inglesa de *El principio esperanza* de Ernst Bloch, tres tomos, le dije, que es un buen título, pero descuida, no los he leído, ahora lo dijo ella, esos son los libros de Enric, los libros están ahí para hacer compañía, por si en algún momento una necesita un apoyo, coge entonces uno, abre por cualquier página y lee y encuentra la idea que, aunque no la busca, da consuelo porque no hay un punto final, ni pausa alguna, solo las temblorosas baldosas que pisaron antes tantos pies, que eso es lo que importa, que los libros te lean a ti (9 de mayo de 2008).

Tomo aire.

Pasado un tiempo, hojeo *El principio esperanza,* y en las primeras páginas, Bloch escribe que el niño tiene un deseo de ser invisible; busca un rincón y se esconde: «Es una delicia la intimidad: en ella

se puede hacer lo que se quiera». Bloch ya había emigrado a Estados Unidos, después de pasar por Viena y Praga, y renegaba del pueblo uniformado. El niño —seguía— busca un árbol donde refugiarse y, una vez en lo alto, tira la escalera por la que ha ascendido; la niña querría haber vivido toda su vida debajo del armario sin ser vista. Ese era el lugar de los proscritos. «El que sueña no se encuentra nunca atado al pasado», escribió.

ENTRÉ POR PRIMERA vez en el Liceo una tarde que fuimos a ver a un hermano de mi tío Salvador, que todavía seguía embarcado dando vueltas por el mundo tocando la trompeta en la orquesta del trasatlántico *Cabo San Roque*. Era el portero del Liceo, del Gran Teatro del Liceo. Fue una visita de cortesía al poco de llegar a Barcelona. O, como solía decirse, fuimos *de visita,* acordada y anunciada. Vivía en un pisito en la quinta planta, construido sobre el terrado —el archivo del teatro dice que se levantó en 1921—, con una cocina-comedor, un *«water closet»,* un salón inglés —dice el plano— y dos cuartos. Se entraba ascendiendo una escalera desde el cuarto piso.

Desde allí se podía oír la música y las voces de los ensayos y sentir la emoción de las noches de estreno, el crujir de las butacas y hasta el tintineo de las joyas. Lo que más me llamó la atención fue una pequeña ventana, casi secreta, desde la que podía verse el escenario, seguir las óperas y comprobar si todo estaba en orden. Era un ventanuco que, tanto desde el interior de la casa como desde el exterior, pasaba desapercibido, cumpliendo su discreta función. Un cuarterón de madera, como una puerta secreta. La abría como si fuese la jaula de un pájaro, para que nada se escapase y nada entrase. Me imaginaba a aquel hombre y a su mujer cenando los dos mientras llegaban hasta ellos los ecos de «Casta diva», comiendo unas judías verdes y pescadilla, por incidir en esa normalidad de lo realmente extraordinario. Además de velar por el decoro del teatro, entre sus funciones estaría cerrar la puerta

al último cantante rezagado una noche de éxito o esperar a que los espectadores que disfrutaban en el Salón de los Espejos acabasen su copa para seguir en otro lugar.

Recuerdo que pasamos la tarde con ellos en un comedor decorado con la misma humilde solemnidad de una casa de huéspedes, alrededor de una mesa, y donde era imposible que entrase la luz del día, de manera que el único resplandor procedía de una claraboya. Tenía el aire lúgubre de una estancia en la que debía reinar el silencio. Los susurros. Entonces se podía pasar la tarde hablando lentamente de viejos conocidos, familiares y muertos que daban por vivos aunque hacía años que vivían en Adelma. ¿Así que ha muerto fulanito? ¿No me digas que murió el pobre?... Se ofrecía algo de beber con un protocolo muy establecido, y al niño, que era yo en aquella ocasión, gaseosa o algún otro refresco, incluso se le incitaba a fumar y beber una cerveza o una copita de anís, porque ya era un hombre. ¿O todavía no eres un hombre? Luego, nos paseó por los pasillos silenciosos del teatro amortiguados por espesas alfombras. Mi madre no dejó de mostrarse maravillada por lo que estábamos viendo. Éramos seres incógnitos que estábamos cometiendo el pequeño delito de husmear en un lugar privado e inaccesible. Éramos extraños en el paraíso. Qué hermosa rotundidad el teatro en silencio.

No sé cómo ni cuándo, pero sí recuerdo que mi padre nos lo contó en voz baja y respetuosa, creo que estaba emocionado, siendo muy consciente de que era algo importante: aquel hombre serio y silencioso, el portero del Liceo, del Gran Teatro del Liceo, se arrojó a las ruedas de un camión frente al restaurante Siete Puertas. Le habían detectado un cáncer y no encontró otra manera de sobreponerse a esa espera.

Durante un tiempo me dediqué a buscar en el «Libro del Conserje» del Liceo (digitalizado por la Universidad Autónoma de Barcelona). No hay ninguna referencia.

El lunes 31 de enero de 1994 se incendió el Liceo. Entonces trabajaba en el diario *Abc* y pude asistir a su destrucción. Desde las

Ramblas y la calle San Pablo se veían ascender las llamas y revolotear nerviosas en el cielo las pavesas, como si huyeran, restos sutiles entre los que se encontraría algo de la vida de la pequeña vivienda del portero y su ventana indiscreta. Aquel modesto piso más allá del paraíso, también desapareció para siempre.

FUE EL AÑO 1973, cuando después de una manifestación de bachilleres durante una jornada de lucha, de la que no recuerdo el motivo exacto, fui detenido por la Policía. Sí recuerdo la ropa que llevaba, o parte de ella: un tres cuartos cruzado de pana gruesa de color marrón; al cuello, una bufanda de cuadros que solo me quitaba para acostarme (si estaba resfriado incluso dormía con ella). Y unas botas de piel vuelta, como las de George Harrison cruzando Abbey Road. Me resulta fácil acordarme porque siempre iba vestido igual. Era un hábito, como el de los monjes, una manera de ser.

Tres años después de llegar a Barcelona, el adolescente tímido y temeroso de un mundo en el que debía estar en un segundo plano, se encontraba en una manifestación y, por primera vez, sentí que la vida podía ser una aventura. Con la llegada de unos lúgubres Seat 1500 grises de tres filas de asiento de la Policía Armada, salimos corriendo y, sin saber cómo, acabamos en un descampado perseguido por unos policías. En la avenida Miraflores, en el barrio de La Florida, acorralados y sin saber qué hacer, los cuatro que íbamos en aquel grupo decidimos entrar en un portal, subir hasta el último piso e intentar forzar la puerta de la azotea para huir por el terrado. No fue posible.

La bajada llamando puerta a puerta pidiendo que los vecinos nos escondiesen fue enternecedora, fiel reflejo de lo equivocado que estábamos al considerar que cada trabajador —aunque estuviese resguardado en su pisito— era un luchador contra la dictadura. Acabamos en el cuartelillo de la Guardia Civil; pasados los años, solo guardo un recuerdo: el momento en que un

«número», de baja estatura, enjuto y silencioso —con fino bigote, por supuesto—, me trajo un bocadillo de tortilla de patatas que había pedido en el bar de al lado.

Es la procedencia y el origen. Los que nacieron para servir y los que nacieron para ser servidos.

MI PRIMER VIAJE al extranjero lo hice recién licenciado del servicio militar. Fui a París, por supuesto, que es adonde debíamos ir por lo menos la primera vez. Cogí el tren en la estación de Francia, de nuevo. Me compré una mochila en Beristain, una tienda de deporte y montañismo que estaba en la calle Fernando esquina con las Ramblas —desaparecida en 1982 y convertida en una hamburguesería—. Viajo solo y tengo una dirección para quedarme a dormir en casa de un amigo de un amigo, algo que hoy consideraríamos un atrevimiento, una invasión de la privacidad ajena, de la intimidad, o algo peor: alguien que, por las buenas o por amistad con no sé quién, se había colado en casa. Pero entonces era normal: yo le había facilitado alojamiento a Didier en Barcelona en mi casa de la calle Campoamor, en la zona industrial de Hospitalet, y este, como era preceptivo, debía corresponder acogiendo a su vez a otro amigo, que en este caso era yo. Alguien, algún día, a primera hora de la mañana o ya anocheciendo, llamaba al timbre y bastaba con que llevase una nota escrita en un papel para darle alojamiento, a veces más allá del tiempo necesario y soportable.

Llegué a París con las primeras luces, como era normal, después de toda la noche de viaje. La entrada en la estación de Austerlitz fue emocionante, con su enorme estructura de acero y el lento paso de los viajeros en el andén, esa gente con la que había compartido una larga noche en el pasillo —pues era normal no tener asiento reservado, o tenerlo prestado, hasta que en Carcassonne, que fue mi caso, muy entrada la noche y el cansancio, tuve que cedérselo a su titular, un francés de sonrosadas

mejillas—, fumando, mirando por la ventanilla pasar los pueblos y ciudades oscuras, cada uno dentro de sus propios pensamientos, enfrentados al reflejo de los cristales y familiarizándonos, así pasasen las horas, con unas fisonomías que ahora veía alejarse.

Cuando el tren se fue aproximando a París, el vagón se desperezó; parecía que había desaparecido toda la fatiga y lo que en la penumbra de la noche eran rostros indescifrables, ahora empezaron a recuperar una personalidad concreta y vida propia. Pensé que todos tenían un motivo para realizar este viaje. Incluso recuerdo que alguno se encerró en el lavabo a afeitarse, o a pintarse y atusarse los cabellos derrotados de la noche. Cuando empezamos a andar por el andén en silencio —entonces todavía no existían las maletas con ruedas que lo precipitan todo y ponen música de urgencia—, cada uno fue tomando su propio camino.

Una vez en la calle, no dejé de mirar hacia las mansardas de tejados de cinc y nunca un paisaje me había parecido tan exactamente igual a como lo había visto en fotografías o tantas veces imaginado. Por primera vez estaba cumpliendo un sueño, algo que había deseado en sus más pequeños detalles. Creo que ha sido mi único sueño realizado en el tiempo en el que lo soñé.

He buscado la dirección de la casa en la que me instalé, pero no la encuentro. Recuerdo que como referencia tenía la Place d’Italie, no demasiado lejos de Austerlitz, y que para hacer tiempo, porque no era cuestión de presentarse a las nueve de la mañana, desayuné en un bar cercano: un *croissant* y un café con leche. Sentía que estaba en París y desde ese momento empecé a hablar francés con soltura en las cuestiones básicas para moverme por la ciudad. *Un café au lait et un croissant, s’il vous plaît…* Me compré un paquete de Gitanes, y cuando se acabó, otro de Gauloises. Desde ese momento, ya era uno más de los miles de personas que deambulaban sin rumbo por la ciudad, eso debía de ser el *flâneur,* como luego leí —todavía no había llegado a esos libros—, callejear, vagar o, como algunos creen, perder el tiempo, así lo viese Baudelaire, una actividad que no levantase sospechas, esa tarea de merodear como un lobo, incluso detenerse a descansar en un banco o dormitar sin que nadie te moleste, ni tú molestar a

nadie, ni levantar sospechas, o como después lo interpretaría Walter Benjamin: «La más reciente droga del que ha quedado en soledad», «el más reciente asilo del proscrito». El laberinto. Yo, en el laberinto de la ciudad.

Me pasaba el día en el Centro Georges Pompidou, inaugurado un par de años antes, refugiado en la biblioteca viendo documentales en vídeo —cuando el vídeo ni existía en España— y, sobre todo, uno sobre la Larga Marcha de Mao, que compartí con un árabe de mi misma edad y que, como yo, se pasaba el día en Beaubourg, aunque él lo miraba con una atención obsesiva.

Vuelvo a buscar en viejos papeles una posible dirección, pero no la encuentro. Sí recuerdo que al entrar en el portal y buscar en el buzón el nombre que llevaba escrito en una nota apareció el portero hablando en español. Le dije adónde iba y me respondió que no había nadie en la casa. Rápidamente hablamos de España: él me dijo que era gallego y que hacía muchos años que vivía en París; yo, que venía de Barcelona, aunque había nacido, como toda mi familia, en un pueblo de Córdoba. Al momento apareció su mujer y, más tarde, su hija, y seguimos hablando, pero no recuerdo de qué. Me imagino que de España. Me ofrecieron dejar la mochila por si me quería dar un paseo hasta que llegase Didier o quien fuese que me abriese la puerta, eso sí lo recuerdo. Así dio comienzo mi primer *flâneur*.

A la vuelta, me abrió la puerta una mujer que me atendió muy fríamente, pero sin ponerme ningún problema. Puro cartesianismo: nada de lo que sucede es una pasión enloquecida porque responde a una misión racional y debe ejecutarse sin alteración alguna. Precisamente en *Las pasiones del alma,* una especie de código civil sobre la tristeza y la alegría, la felicidad y el dolor, porque todo debe tener un orden, hasta el amor y el deseo, dice Descartes sobre la risa (artículo 124) que «consiste en que la sangre que sale de la cavidad derecha del corazón por la vena arterial, al hinchar súbitamente los pulmones varias veces, hace que el aire que contienen se vea obligado a salir impetuosamente por la tráquea, donde forma un sonido inarticulado y ruidoso…». Eso es la risa, poco más que expeler aire por la boca para no

ahogarse.

Era una mujer muy francesa —es decir, como yo imaginaba a una mujer francesa—: pelo corto, nuca al descubierto con algunas puntas de cabello pegadas a la piel, disciplinada espalda y facciones inalterables. La edad indescifrable de una mujer madura. Me entregó unas llaves y me dejó en medio de un salón con chimenea y moqueta gris, completamente vacío, a excepción de un sofá; dos ventanas daban a la calle. Allí pasé mi primera noche, o allí amanecí, metido en el saco de dormir, mientras entraba la luz difuminada, también gris, de París. O cartesianamente dicho: las nubes tamizaban la luz del sol que, añadido a la aprensión que provocaba en nuestros sentidos saber que estábamos en París, favorecía la predisposición a tan bella tristeza.

Al día siguiente, no sé cómo, ni en qué momento, Didier vino a buscarme a la casa y, por una asociación de ideas que ahora me veo incapaz de recomponer, comprendí que se acababa de separar, que la casa en la que me encontraba estaba siendo desmontada y que la mujer que me abrió la puerta y me dio las llaves era su exmujer. Muy cartesiano todo, ni un grito, ni un mal gesto.

Didier era rubio, con ojos claros, nariz aplastada y respingona y pelo cortado como un caballero medieval; parecía un hugonote, muy estricto, hasta lo cómico, una especie de Monsieur Hulot. Por ejemplo, un día, a la hora de servir los quesos del postre, dio la vuelta a su plato —previamente rebañado— con un ágil y acrobático movimiento de dedos y sobre la base fue depositando diferentes porciones en graduado orden de sabor e intensidad. Como él, lo hicieron todos, incluido yo mismo. Pensé que debía de ser una vieja tradición que él había conservado, demostrando que tenía buen gusto para los quesos, el vino y el cine. Pero, gracias a esa rectitud y método que sería fácilmente parodiable, tuvo tiempo para dedicármelo a mí, algo que le agradecí doblemente: por enseñarme nuevos lugares y hacerlo sin esfuerzo alguno, ni pedir nada a cambio.

Me llevó a ver un ciclo de películas de Jacques Tati (de ahí que haya dicho que él mismo me pareciese su mejor personaje, el tal Monsieur Hulot); a ver la versión en cine de *Parsifal,* de

Wagner, en La Pagode, palacio de estilo japonés, decadente pero sin forzar nada, deliciosamente olvidado, en el que incluso sirvieron té en el entreacto (lo agradecí porque me estaba quedando dormido); recibí lecciones sobre cómo debe uno acercarse por la noche al Bois de Boulogne, si no quiere ser secuestrado por las prostitutas que viven escondidas entre los árboles, me dijo; disfruté de un día campestre en la Forêt de Fontainebleau, con mantel en la hierba, quesos y vino; y visité Chez Gégène. En este lugar me gustaría detenerme un momento.

Creo que fue un domingo por la tarde, con la luz ya mortecina, cuando llegamos a un restaurante con una pista de baile, a orillas del Marne, al este de París. Era un pabellón de madera con grandes cristaleras a lo largo de todo el perímetro, rodeado por un jardín del que se habían borrado las voces, risas y besos del final de fiesta de la noche anterior. Ni una gota de sudor en el suelo. Didier se acercó hasta una de las cristaleras y yo detrás de él (yo siempre hacía lo que él hacía porque me parecía que era una forma de aprendizaje y así se lo quería agradecer): las sillas estaban puestas encima de las mesas, las luces apagadas y, a pesar de la oscuridad, el suelo de madera brillaba. Me dijo que aquí se había rodado la escena de baile de Dominique Sanda en *El conformista,* la película de Bertolucci que había visto en los cines Maldá.

La historia me gustaba por cómo Jean-Louis Trintignant había viajado a París para casarse —con Stefania Sandrelli— y, de paso, asesinar por orden de sus admirados fascistas italianos a su antiguo profesor de Filosofía, aunque al final lo acaban engañando, como puede verse cuando en el baile es arrastrado por una marea humana ebria de felicidad. Terribles mareas humanas. Por conformista. Era un drama muy de la época que Alberto Moravia escribió en 1951: los traumas de la política y el sexo a partes iguales. O la política como una derivación sexual de los conflictos políticos, como así lo vio también Pasolini, pura dominación del otro, reconocimiento, dependencia, el sexo más allá de las ideologías, incluso la reconciliación con el hombre que sabes que te va a matar. O cómo vencedores y vencidos intercambian sus

papeles y no acabas sabiendo la responsabilidad de cada cual o si ambos comparten la misma.

Esto lo digo ahora, porque la tarde que miré el salón de baile de Chez Gégène todo hacía pensar que ese tiempo había muerto. Quiero creer que llegué a tocar ese tiempo, como un mirón ante el cadáver en mitad del levantamiento, como siempre.

No encuentro la foto que me hice en el Pont Neuf junto a Didier y la hija de su nueva pareja, que trabajaba en una librería de Palais-Royal. Él era funcionario en el Ministerio de Finanzas, muy cerca de allí. En los jardines del Palais-Royal pasé muchas horas y descubrí algo que para mí forma parte de la identidad de París: las oficinistas tomando el sol sentadas en aquellas sillas metálicas, subidas las mangas, abierto un botón de la blusa, levantada un dedo la falda, con los ojos cerrados mirando el cielo. Luego, desandaban ese camino de luz y placer y cerraban las ventanas de su cuerpo para volver a sus tareas laborales: una oficina, un comercio. Era la hora del almuerzo, después de comer un escueto sándwich o *pistolet*. Un sol pálido, apenas un parpadeo abierto en el cielo. Sentadas en esas sillas metálicas dispersas sobre la grava en los parques parisinos que preservan la intimidad y resalta la soledad frente al banco colectivo y el sutil gesto de libertinaje de cerrar los ojos como efigies que desprecian el rapto. Las nubes volvían a velar un sol mortecino y, aunque ellas persistiesen en la pose como una manera de sacrificio por si era posible perdurar esa cálida caricia, de esta manera despertaban para volver al trabajo.

El objetivo de mi viaje a París era conocer mundo, salir de casa, de mi ciudad y enfrentarme a lo desconocido siguiendo las pautas de iniciación clásicas: viajar en tren, cargar una mochila con unos escasos enseres, andar por las estaciones mirando horarios, calculando trayectos y transbordos, cambiar moneda y pasar momentos inciertos, sin saber dónde dormir, aunque manteniendo siempre la esperanza de encontrar un lugar adecuado, y al despertar en una habitación que por la noche apenas llegaba a reconocer, descubrir en la luminosa mañana la felicidad y la brevedad de todo un día por delante.

Mi viaje a París tenía además el objetivo de recabar toda la bibliografía posible sobre Georges Bataille para redactar una tesis, algo que nunca llegué a hacer. Leí casi toda su obra, que no era breve y estaba muy dispersa, propia de un escritor que indagó en los espacios más oscuros, despreciables e inútiles del pensamiento: el mal como sima y una espiritualidad mística como cima. Un pensamiento despreciado por su falta de racionalidad o por liberarse del encadenamiento de la razón histórica. «Hay en la esencia del hombre un movimiento violento que quiere la autonomía, la libertad del ser» , escribía en *Sobre Nietzsche*. Ser por encima de las condiciones, ser por encima de todo. Un ser que vislumbra la soledad y huye de la vida colectiva. En ello me entretuve intensamente tres años, sin conseguir nada sistemático, quedándome con la mitad de su aserto: *«Il faut le système et il faut l'excès».* Yo solo cumplí la segunda parte y me dediqué a una vida de excesos clandestinos, eso sí, creyendo que así era fiel al sistema, al orden y a la razón, cuando era puro ocio o vicio. O dicho a la manera del propio Bataille: la parte maldita. Lo que se hace sin recibir nada a cambio. Lo hice con la discreción del propio Bataille, que mientras era director de la biblioteca de Orleans se dedicaba a escribir novelas pornográficas —ahora recuperadas para la alta cultura— con el seudónimo de Pierre Angélique.

Esa contención en la vida, aun viviendo luego en un exceso privado, me fue definiendo como alguien metódico, incluso maniático y aburrido. No elegí como modelo la vida de Bataille: su cara de ángel de ojos claros me resultaba repulsiva; su belleza juvenil, cobarde. A su pesar, esas novelas fueron estudiadas como textos de antropología, nada que ver con la literatura popular escrita para dos manos. Era la literatura del mal.

Repaso los libros, descubro las páginas subrayadas en exceso, oscurecidas por el lápiz y algún comentario tan explícito que resulta absurdo —por ejemplo, «ser»— e intento saber por qué elijo una frase o una palabra. Tengo la memoria que presenté para solicitar una beca, que fue denegada. Aquello me cambió la vida, o lo que yo había soñado, pero me dio otra. Solo voy a citar una frase —y pongo a disposición de a quien le interese el texto

completo— enternecedora: «Liberarse es recuperar la esencia humana que ha sido expropiada».

UNA MAÑANA, COMO no tenía nada que hacer, me fui a pasear a Arco (viernes, febrero de 2018). Solo por estirar las piernas, asistir antes de comer a una injusticia insoportable y el propósito añadido de no encontrarme con la galerista Helga de Alvear y evitar así contemplar a ciudadanos indignados ante una obra censurada. No soporto ver sufrir a la gente. Pero fue imposible. A esta veterana galerista le habían asignado como es preceptivo el mejor puesto del mercado: nada más entrar por el pabellón 7 me di de bruces con ella; quiero decir, con la pared donde estuvo expuesta la obra de Santiago Sierra, ahora usurpada por otro competidor (quítate tú, para ponerme yo). El mundo del arte es muy cruel. Mi primera sensación la voy a exponer rápido para que nadie se lleve a engaño: deberían haber expulsado a Helga de Alvear de la feria, a sus ochenta y dos años, como una vieja desahuciada, por haber aceptado que una pieza suya, de un artista suyo —pues así hablan, tan maternalmente— y del que ha cobrado la comisión preceptiva, fuese retirada. Censurada es la palabra.

Ojalá se la vuelvan a censurar, deseé, por darle una oportunidad. Pero solo fue una sensación. El espíritu de la ilustración es racional, no entiende de sentimientos y dice que la libertad de expresión es sagrada y debe defenderse aunque te cueste la cabeza. Lo sé, lo sé. Ahora la única sangre que corre por las venas del arte es el dinero, el líquido amniótico que permite flotar y conseguir que los ricos sean perdonados. Un ejemplo: el comprador de la obra censurada no ha tenido un descuento, ni por liquidación. Ni por cierre. Ni por defunción. Otra injusticia. Disponía de 96.000 euros, sin pedir hipoteca, y los pagó para hacer un servicio a los presos políticos nacionalistas o sediciosos. Un gran servicio. Por cierto, qué estupidez la de no considerarlos presos políticos, porque cometieron delitos políticos y porque es fácil

suponer que el único condenado que no se arrepiente —sea por robo, asesinato, incluso violación— son los políticos que cometen esos delitos.

Entiendo que nadie protestase a las puertas de la galería mancillada, ni sus compañeros de gremio suscribieran un manifiesto en su apoyo, incluso que ella, la vieja galerista, no pusiese una polaroid en la pared blanca, que es lo que se suele hacer, diciendo que *Presos políticos en la España contemporánea* ha sido censurada. Lo entiendo por lo que ahora voy a contar.

Santiago Sierra fue elegido para representar a España en el pabellón de la Bienal de Venecia de 2003. Le pusieron dos condiciones. La primera, nada de asuntos que tuvieran que ver con terrorismo —ETA todavía no había acabado su trabajo—; la segunda, no sé qué de Marruecos —España tenía un lío con el hermano alauita—. Y lo cumplió, obediente. Quería el Estado que se demostrase que el arte español estaba a la altura del internacional —sin contar a Velázquez, Goya, Picasso, Dalí, Miró y algunos más—. Es decir, que fuese una mierda, pensé para mí. Voy a ser inmodesto: vayan a la hemeroteca antes de que no sirva de nada y lean mi crónica de aquellos días y lo entenderán. Antes que nada: en su historial había un precedente que debió de pesar en su elección para Venecia: en julio de 2001 encerró en las bodegas de una barcaza atracada en el puerto de Barcelona a veinte inmigrantes (probablemente, algunos habrán acabado siendo emigrantes). En esas condiciones debían estar tres horas diarias con un salario de cuatro mil pesetas.

Lo de Venecia consistió en lo siguiente: el elegido tapió la entrada del pabellón español estilo fascista —no «facha», sino arquitectónicamente fascista de verdad, proporcional y sólido—, y solo podía pasar quien acreditase con el documento nacional de identidad la nacionalidad española. Incluso hubo un altercado con el embajador español en Roma, que se negó a identificarse (me sonroja explicar cuál era el mensaje). Nadie cruzó los muros de ladrillo sin esa condición y doy fe porque me pasé un día entero en la puerta junto al guardia jurado, al que volvería a ver en otras circunstancias, para poder escribir mil palabras. De ellas rescato

para no abrumar lo siguiente: «Santiago», dijo la comisaria, «utiliza *ready mades* performativos *(sic),* así que las personas forman parte de la obra, por lo que la reacción del embajador se integra en la *performance:* la obra no es solo ese muro de ladrillo, sino todos los accidentes que pasan en torno a ese muro».

Pues exactamente esto me vino a la cabeza cuando me enteré de que se había retirado o censurado la obra de Sierra en Arco y luego me encontré a unas cuantas personas compungidas: se había puesto en marcha el *«ready made* performativo» en el que todos forman parte de la acción (me excluyo porque yo firmo), los que se indignan, los que maldicen a la galerista por aprovecharse de la publicidad, incluso el propio artista, que ha cogido el dinero y no se ha vuelto a saber nada más de él tras cumplir su misión performativa. Y el comprador, el que con su dinero acaba dando sentido a toda la cadena. ¿Insustancial? ¿Líquido? ¿Espeso?

En aquella Biennale de 2003 tuve una experiencia que siempre he querido contar; creo que ha llegado el momento. En aquellas crónicas de entonces no fue posible decir nada porque no tenía percha. Fue lo siguiente. La tradicional fiesta del certamen se celebró en el aeródromo del Lido, en la punta norte de este melancólico brazo de mar donde es fácil sufrir una bajada de tensión —y, dicho sea de paso, donde es difícil tomarse una copa como Dios manda por los malditos dosificadores—. Cogí el *vaporetto,* una vez enviada mi crónica, ya anocheciendo en Sant'Elena, junto al hotel del mismo nombre, en la calle Canaro, una zona popular y tranquila, donde solía alojarme. Llegué no más de quince minutos más tarde a la orilla del Lido, en la Riviera de Santa Maria Elisabetta, junto al Tempio Votivo della Pace di Venezia y su cúpula esmeralda —qué ganas tenía de contarlo: es lógico que entonces no tuviese espacio para estos detalles, sin percha, además— y me puse a andar, más de lo esperado.

En la oscuridad más absoluta empezó a llegar el sonido de la música, lo que me orientó, hasta que di con el aeródromo Nicelli, la vieja terminal, hoy restaurante, y la pista abandonada cubierta de hierba, donde se celebró la fiesta. Crepuscular y primitivo el olor de las antorchas alumbrando la noche. Aquello era una

absoluta locura. Tocaba un grupo que vestía el tradicional gorro ruso de piel y orejas, el *ushanka,* botas militares mal acordonadas —y aun así con pantalón corto— y daban botes como simios. La música era ensordecedora y la gente se amontonaba en la barra como pobres refugiados que ansiaban cruzar una frontera, regentada por una familia al completo, padre, madre, hijos, primos, cuñados, yernos, abuelos, absolutamente desbordados —las copas eran gratis, claro— y para calmar la impaciencia la gente cogía por su cuenta botellas de una vitrina en lo alto de la barra, bebidas exóticas y otras del rico repertorio de aperitivos y *licori* italianos, sin hacer caso a los ruegos de los dueños que asistían incrédulos a cómo unas hordas amantes del arte arrasaban su patrimonio. Llamé la atención a más de uno, exigiéndoles que dejaran las botellas en su sitio. Ya para entonces bebían a morro, también como simios en proceso de educación por la mismísima Jane Goodall. Fue entonces cuando reconocí al vigilante que se encargaba de velar por la entrada de la gente en el pabellón español de la Biennale, vestido de paisano, que me había contado muchas de las incidencias de sus guardias para mis crónicas. Salimos del aeródromo y desistimos de coger un autobús, también abarrotado de artistas, comisarios, expertos, críticos, diletantes gorrones capaces de pisarle la cabeza a cualquiera con tal de conseguir una plaza. Volví con el vigilante al embarcadero y cogimos de nuevo el *vaporetto* de regreso a Venecia.

Así es el arte, o también es así, por no cargar más las tintas. No hace mejor a nadie, incluso puede embrutecernos aún más: es lo que tiene mantener alguna conexión con la divinidad. No despierta ningún espíritu de justicia, solidaridad y compasión. Puede que al contrario. No me extraña que Helga de Alvear no haya hecho el menor gesto de resistencia, ni ella ni nadie. No hay nada que defender porque todo forma parte de ese gran «*ready made* performativo». No hay censura, simplemente se ha puesto en marcha un *dispositivo* que ha desencadenado una repulsa de ínfima intensidad. Ya no hay público, sino expertos, gente que participa de esa operación publicitaria desencadenada en este caso por el negrero Santiago Sierra: que no se olvide que ninguna de sus

«piezas» está hecha con sus manos. Trabaja a plano y por encargo.

Todo este asunto me ha servido para volver a un libro de Iris Murdoch, *El fuego y el sol.* Son unas conferencias que dictó en Oxford en 1976 sobre por qué Platón aconsejó desterrar a los artistas. Ella misma se preocupa de matizar esa opinión. Lo que dice es que si un poeta visitase el «estado ideal» «se le escoltaría cortésmente hasta la frontera». Es lógico. ¿Para qué sirven los artistas en ese estado idílico habiendo vino y amor? Lo lógico es pensar que el artista debe estar siempre en la frontera y no dentro de la ciudad beneficiándose de sus halagos, del oro y de la posibilidad de maldecir sus beneficios.

Qué delicia leer el *Ion* de Platón ahora. Le pregunta Sócrates a ese experto en asuntos homéricos si sabe algo de medicina, navegación, tejidos o carreras de carros, los temas tratados en su poema. Le costó reconocerlo, pero al final Ion admite que sus conocimientos son «generalidades». Así lo recoge Murdoch: «Tal vez no sepa mucho de cuadrigas pero sí sabe hacer llorar al público, y cuando lo consigue se ríe para sus adentros pensando en el dinero que va a ganar». Y, por supuesto, hacer vomitar.

Cuando asisto a estos actos de salvación colectiva por el método del sacrificio performativo del artista *(sic),* siempre me acuerdo de Alfonso Pérez Sánchez, quien fuera director del Museo del Prado, un sabio. Dimitió de su cargo en 1991 en protesta por la intervención española en la guerra del Golfo Pérsico, la primera. El único representante del mundo del arte —en este caso de la alta cultura española y universal— que haya honrado su saber con un trago de cicuta. Después de todo, el arte es la sublimación de la mentira.

A PESAR DE todo, volví a la Biennale de Venecia. Duermo en Mestre, en el mismo hotel. Es la ciudad continental que mira desde lo lejos a la bella dama durmiente, descubriendo las heridas de su piel cansada. Regreso todas las tardes después de enviar la crónica.

Recorro la isla desde Giardini di Castello hasta el Piazzale Roma y cojo el autobús, como el resto de los venecianos que regresan a casa al salir del trabajo. Desde la ventana del hotel veo el complejo petroquímico de Porto Marghera, que es como decir lo contrario de Venecia. Viajando en el autobús se cruza el Ponte della Libertà, un istmo de tierra que deja a un lado una línea de litoral y unas cuantas edificaciones de recreo, un club de regata y las señalizaciones luminosas del aeropuerto en mitad de la laguna. Al otro lado están las estructuras de acero iluminadas de una ciudad durmiente, un futuro devastado, el complejo petroquímico.

Ahora huyo de Venecia y me encuentro delante de los restos de un olvidado comunismo italiano. Me tomo una cerveza en un bar junto al hotel. Todo el suelo está lleno de cáscaras de cacahuete, que puedes servirte de un gran barril que hay en la entrada. Todos los que quieras según tus necesidades. Eso es el comunismo. Lo frecuentan familias de la zona que van a comer pollo y hamburguesas, visten ropa tejana y deportiva y, como siempre en Italia, se sientan a la mesa —en taburetes en este caso — con seriedad y siguiendo un orden riguroso. Suena rock sureño, y cuando salgo del local, veo de nuevo las estructuras del petroquímico que el silencio de la noche hace aún más fantasmagóricas.

El destino me ha castigado con tener delante de mi ventana aquel centro de contrapoder, como se decía entonces (esa era la teoría, aunque la frase era otra), hoy convertido en un lugar que parece deshabitado, pero que ayuda a descender los sentidos hasta la tierra después de pasar el día en Venecia. Auguro que llegará un día en que la Biennale descubra este lugar y alguien decida que el petroquímico es en sí mismo la exposición que debe verse. Es la *performance* de la muerte de la clase obrera.

Me senté a descansar en el Campiello de la Scuola, que en realidad era la Scuola Grande de San Giovanni Evangelista. Aproveché la sombra que caía sobre el umbral de dos escalones de mármol de una puerta construida, según indicaba su dintel, en el año 1400.

Me senté para comerme un *panino* que compré en un comercio familiar y casi oculto entre arcadas refugio de palomas.

Poco antes había visto en una tienda los zapatos más caros del mundo. Así los definí. Estaban solos y apartados por un hueco dejado por unos compañeros quizá vendidos, seguramente más económicos. Eran marrones, como la pared envejecida del colegio en la que reposaba mi espalda. Por eso me acordé del par de zapatos, y cuando oí el rodar de una maleta arrastrada por un hombre viejo, aunque muy alto y todavía esbelto, reconocí en sus pies unos zapatos idénticos a los que había visto en la tienda. Durante un buen rato, mientras cruzó el *campiello,* que ya se había dividido en dos exactas mitades de sol y sombra, miré sus zapatos. Un detalle me llamó la atención: no hacían ruido al pisar y sus tacones apenas dejaban un sonido similar al de una esponja al frotar un cuerpo. Antes de salir de la plazuela, el viejo giró sobre sí y me miró, y miró a la vez sus zapatos, y me volvió a mirar, afirmando que él, ya tan viejo, llevaba los zapatos más caros del mundo.

La primera vez que viajé a Venecia llegué a la estación Termini y olí el barro de los canales y la seda de los turistas. La lluvia había llevado una fina película de lodo a los puentes y yo esperé apoyado en el cristal de una panadería a que saliese el sol. Luego, dejé Venecia y dormí en Mestre. La ciudad que huía de la laguna desde el Piazzale Roma hasta las adelfas del veterano comunista al que conocí casualmente en el autobús. Línea blanda, porque tenía una hija enferma, me dijo, y solo deseaba su curación, y ni el triunfo de Berlinguer le complacía. El comunismo es el cuerpo, pienso de nuevo. Una hija enferma. Lo volví a encontrar una noche en la plaza de Mestre de camarero: me sirvió una cerveza y no me la cobró. Gracias, camarada.

CONSERVO ENTRE MIS libros, en la parte de poesía, *Curso completo de mecanografía,* de Manuel Ripollés (intendente mercantil), 31.ª

edición, de 1973, siendo la primera de 1948, un método de «escritura al tacto». Me matriculé en la academia Centro Comercial Catalán, en el barrio de La Florida, para aprender a escribir a máquina. Entonces era un conocimiento necesario para quien quisiera ser oficinista en las múltiples variedades administrativas existentes, cuando todavía era un profesión de «cuello blanco» y algo distinguida, aunque para mí supuso conocer la herramienta con la que me habría de ganar la vida pasados los años: el periodismo.

El Centro Comercial Catalán estaba en un entresuelo, de ahí que desde la calle se pudiese oír el intenso percutir de decenas de máquinas, quizá más de cien —Olivetti Lettera 42, Studio 46—, que tecleaban a la vez fraseos obsesivos, un murmullo que parecía salir de un enjambre de laboriosas abejas revoloteando por un futuro mejor. Era el ruido de un lenguaje críptico (zxcvb zxcvb zxcvb) que golpeaba como un martillo una roca de granito y palabras absurdas (lira paso laya leas lito sapo), escritas sin venir a cuento, de aquellas cartas dictadas con prosa administrativa y reverencial («Distinguido Sr.: Acuso recibo de su atenta carta del 9 del actual…» y que acaban con un «siempre dispuesto a favorecerle, me es muy grato aprovechar la presente para saludarle atentamente»), de nombres imaginarios a los que se dirigía la correspondencia, como personajes de novela (Luis Pombo Rodríguez, Miguel Salazar, Manuel Crespillo, Ángel Allende, Leopoldo Garrastazu), de las ciudades adonde debían llegar (Almoradí, Santiago de Cuba, Bilbao, Hernani, Cartagena, Madrid, La Coruña, Zamora), de ejercicios para forzar la habilidad y velocidad (humillación humilladero habilitador habitáculos frustráneo fronterizo galantería gallardear), de modelos de instancias («expone y suplica»), de certificados («… y para que conste a petición del interesado») y oficios («… se le da un plazo de ocho días»). Los dedos dispuestos sobre el teclado para aprender a no dar la nota equivocada. Horas y horas escribiendo una ficción administrativa. Nunca el futuro estaba tan unido a la palabra y a su complejidad irreproducible mecanográficamente hasta que las falanges se adormecían y brotaba eso que queríamos decir y una

vez escrito era verdad. Cuando la verdad y la mentira tenían algún valor.

Se hacía de noche sin darte cuenta y la luz de los fluorescentes iluminaba con esa uniformidad de las academias nocturnas los rostros cansados de una gente, jóvenes y entrados en años, que buscaban prosperar y que después de salir de clase o del trabajo iban disciplinados al Centro Comercial Catalán, algunos recién peinados de nuevo o afeitados; otros, algo derrengados, y las chicas, siempre sin perder las formas, con su carpetas abrazadas al pecho.

Al principio del manual hay unas «Indicaciones útiles para los estudiantes», que deberían figurar en muchos más libros como garantía. En el último párrafo, dice: «La voluntad lo puede todo. Si usted, amigo estudiante, tiene buena voluntad y toma en consideración nuestros consejos, le garantizamos que, al terminar este texto, logrará en todos sus trabajos un mecanografiado perfecto sin necesidad de mirar al teclado de la máquina». Lo cierto es que así fue. Y puedo decir que, después de tantos proyectos iniciados, este fue el único que concluí haciendo realidad lo que se me prometía. Aprendí a escribir a máquina con los ojos cerrados y la prueba es que, cuarenta años después, aquí sigo, como esta misma tarde. Con los ojos cerrados, tocando el piano de las palabras, como si fuera Ray Charles.

Durante una mudanza encontré el *Curso completo de mecanografía,* encuadernado con recias pastas y lomo de tela algo deteriorado. En su interior, las lecciones tenían una fecha puesta por el profesor para demostrar que se había realizado favorablemente. En la primera página hay una firma, en versales: C. FABREGAT. El libro me lo cedió Carlos, Carlos Fabregat, un amigo que había realizado el curso y que murió muy joven. Mi primer muerto. Decidí guardarlo junto a los libros de poesía, porque era una manera de no volver a perderlo y de rendirle un homenaje. Incluso de seguir aquello que había escrito Gabriel Ferrater: «Un poema ha de tener al menos tanto sentido como una carta comercial».

LA EUROPÄISCHE AKADEMIE Berlin (Academia Europea de Berlín) se encuentra en un edificio neoclásico rodeado por un jardín cuidado con escrúpulo —ni una hoja caída, ni una pisada en la grava—, situado en la zona oeste de la ciudad, junto al lago Dianasee, un lugar tranquilo e inquietante, donde parece que de cada villa sale el destello de unos prismáticos para espiarte. Era un domingo del mes de noviembre de 1996. Otoño, por lo tanto. Estamos sentados alrededor de una mesa, rectangular, de madera —diría que de roble—, sólida y brillante. Eran las dos y media de la tarde (y ya habíamos comido).

Nos hemos presentado los diecisiete reunidos. Sin más preámbulo, empieza a hablar Franziska Schwarzbach, una arquitecta que ha dejado su profesión, ha cerrado el despacho y ahora se dedica a la escultura (piezas figurativas con la violencia del expresionismo alemán). Nos cuenta qué hizo con su marido cuando cayó el Muro de Berlín. Imaginaron que el Muro seguía existiendo y servía de protección al parque, al Tiergarten, una barrera protectora. Nos entrega un mapa y dice que los nuevos planos de Berlín no señalaban dónde había estado el Muro. Se ha *camuflado,* es la expresión que utiliza. Como si no hubiese existido. Despliegan planos, dibujan bocetos, señalan figuras imaginarias en el aire para decir que lo que se proponen es que en las escuelas se enseñe esa historia. «Hemos acuñado un término: el Parque del Muro de Berlín», dicen satisfechos, con toda la inocencia de quien ha sufrido esa aberrante grieta. Nos enseña un cartel en el que se los ve lanzando semillas sobre esa inmensa cicatriz. Quieren un parque lleno de flores amarillas que nadie pueda pisar.

De repente, se pone a hablar Helmut Trotnow, que se presenta como director del Museo de los Aliados (además de autor de una biografía de Karl Liebknecht, el dirigente comunista alemán que fundó junto a Rosa Luxemburg la Liga Espartaquista, ambos asesinados en el levantamiento de 1919). Explica que el tema del muro no se entiende «desde fuera» (como todos los dramas sociales

y familiares solo pueden comprenderse desde su interior, viene a decir, lo que no siempre es así, incluso nunca es así). De todas maneras, Trotnow hace una propuesta digamos que muy moderada en la forma: erigir un monumento en recuerdo de los caídos en aquella frontera impenetrable. Por lo tanto, levantar un gran proyecto urbanístico supondría que los berlineses se alejasen del pasado. «¿Por qué?», se pregunta. «Ya hablaremos», responde enigmático. Es un tema, añade, sobre el que los berlineses no han podido discutir. Así que, de entrada: «Recuerdos sobre el Muro, no».

Franziska Schwarzbach dice al hilo de lo anterior que se están sacando del cajón viejos proyectos. Por ejemplo, recuerda que en el norte de la ciudad, una zona muy poblada desde el siglo XIX por trabajadores, gracias a los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial quedaron espacios abiertos en los que se construyeron parques y zonas verdes. Ahora, dice airada, quieren construir en esos lugares más edificios. Anoto en mi libreta que tengo ahora delante: «Gracias a las bombas».

Tengo a mi lado al arquitecto Gunnlaugur Stefan Baldursson. El Muro ha caído, pero se está volviendo a levantar, dice sin preámbulo. Le interrumpe para remachar Jaroslav Sonka: de mármol y cristal. Pero parece que no ha entendido a Baldursson, porque a continuación añade que todo eso es una fábula, que lo que acababa de oír en boca de la buena de Franziska solo era una posibilidad que ya ha muerto. Sonka, de origen checo, es el director de la Academia Europea de Berlín que nos acoge. Hoy se diría que es un politólogo, pero durante aquel misterioso encuentro se trataba de un intelectual especialista en temas europeos. Utiliza una fórmula extremadamente agria para definir la situación: en Berlín Oeste se quiere construir un palacio con los escombros de Berlín Este.

Baldursson dice algo de gran sentido común, tanto, que resulta de una obviedad espiritual propia del que viene de las lejanas y frías tierras de Islandia: tenemos que respirar el aire que la naturaleza nos ofrece. Es decir, hay que construir con los medios de hoy y, por lo tanto, no mirar atrás y, hagamos lo que hagamos,

hay que hacerlo bien. Recuerdo que enseñó unos planos con algunos de sus edificios. Anoté: arquitectura hecha para esperar plácidamente la eutanasia. Ahora compruebo que desde entonces no le ha ido mal, según las obras recogidas en su página web. Creo que no estaba equivocado al definir su arquitectura como fúnebre.

A continuación, la cosa se lía un poco. Jaroslav Sonka toma la palabra y lanza una pregunta inesperada «¿Cómo deben reconstruirse las embajadas?». Él mismo responde, porque la pregunta era meramente retórica y muy histriónica. Hay que mantener la vieja arquitectura incluyendo detalles específicos «nacionales». No sé cómo la conversación dio ese giro, pero alguien se cuestionó si las piedras son fascistas. «¡Las piedras no son fascistas!», grita a continuación con satisfacción.

Esos días conozco a Chema Alvargonzalez. Vive en Berlín desde la caída del Muro y su trabajo ha consistido en mostrar las heridas de la ciudad, en evitar que la cosmética urbanística haga olvidar un pasado construido con escombros. Fui a la embajada española, situada en uno de los márgenes de Tiergarten, en un lugar privilegiado por decisión de Hitler y en agradecimiento a la fidelidad de España al Tercer Reich. Pero la mayor parte de la vida de este edificio de sólida construcción neoclásica la ha pasado en ruinas, tal y como quedó tras los bombardeos de 1943. Así la conocí, pero iluminada en rojo, como un burdel de Fassbinder, bañado en sangre y fuego, o como un laboratorio fotográfico donde la luz exterior solo conseguirá velar el pasado.

Franziska Schwarzbach persiste en su teoría: es fácil construir, pero lo que necesitamos es el vacío. Es otra manera de entender el espacio: desde el interior o desde el exterior.

Sonka le pregunta a Baldursson qué le parece el proyecto de la Potsdamer Platz que ganó Renzo Piano. Por lo menos él se deja inspirar por el lugar donde tiene que construir, que es lo contrario que hace Richard Meier, dice. El arquitecto nos pone una diapositiva de la Potsdamer Platz y explica a continuación que la ciudad la determina quien tiene el dinero. Nos explica el proyecto de la plaza que, dice, con un poco de suerte, no se llegará a realizar. Su presagio no se cumplió.

Hay calles, como la Friedrichstrasse, donde Hans Kollhoff estaba construyendo con un «vocabulario tradicional» la recuperación del Berlín de los años treinta. Baldursson empieza a pasar diapositivas hasta crear un ambiente hipnótico, como si el tiempo —la tarde, sin duda minimalista, empezaba a caer en el exterior— no tuviera orden: la Gran Cúpula que Albert Speer diseñó por orden de Hitler; muestras de arquitectura orgánica; contrapone un guijarro sacado del lecho del Rin con la construcción del Muro; nos habla de su obra y de Islandia. Concluye: ¿toda arquitectura supone una opción política?

Pasé un día entero escuchando a estos alemanes, centroeuropeos y escandinavos de gesto torturado y solo puedo esbozar una primera conclusión: ven el futuro de Berlín con pesimismo porque ni son dueños de las decisiones que harán cambiar la ciudad, ni saben en concreto qué hacer. No sé quién lo dijo porque me pilló desprevenido y el pesimismo cansa, aunque lentamente: no hay arquitectura sin optimismo. De entrada es fácil de entender: hace falta voluntad para levantar piedra sobre piedra. Cuando todos se ponen en pie, Franziska extiende su mano en la mesa y dice que Berlín es eso, su mano —es regordeta, infantil— y sus dedos, las arterias de la ciudad. Entre cada una de ellas están las zonas verdes, por donde circula el aire que respiramos.

Casi veinte años después, compruebo que cada uno de ellos sigue activo en las profesiones con las que se presentaron aquel día en la Academia Europea de Berlín y, por lo que he comprobado, absorbidos por la potente energía de la ciudad, diría que placenteramente.

Al día siguiente, me levanté a las siete y media de la mañana. Desayuné a las ocho. A las nueve estaba frente al Reichstag, en ese estado de obra permanente que siempre hemos visto en fotografías: cuando se incendió en febrero de 1933, entre las bombas en la caída de Berlín en la Segunda Guerra Mundial, dando muestras de su fortaleza indestructible y, ahora, algo extrañado, construyéndole una cúpula de cristal que rememora, bajo mi punto de vista —mi obligación era escribir—, el esqueleto que sobrevivió al fuego, parecida a la cúpula Genbaku de Hiroshima. La reconstrucción del

Reichstag fue diferente: tengo delante la revista *Arquitectura Viva* en la que, como un catálogo de menaje del hogar, se muestran los diferentes modelos de cúpula.

El cristal traslada la sensación de algo perecedero, cuya transparencia solo muestra el vacío, no hay nada que ocultar, ni nada que mostrar, porque ahora estamos en el estadio prístino de las cosas, evanescente y pasajero. Todo pasa, nada queda. Vivimos en la inmaterialidad. Nada pesa y, por lo tanto, tal y como nos dejó escrito Agustín de Hipona, lo que no pesa pierde su lugar en el mundo. Como el amor, que o es pasajero, o deja huella. Una cúpula temporal a la espera de ser destruida de nuevo por un meteorito, quién sabe si en una próxima guerra nuclear. Una cúpula en la que tendrán que trepar los servicios de limpieza, atados como escaladores del vacío, con sus arneses y mosquetones, una tarea perpetua, girando como el sol, si se quiere mantener limpio y brillante los 365 días del año. Cuando has terminado, debes volver a empezar. No hay principio ni fin. Sísifo. Camus dijo que lo trágico de este mito estriba en que su héroe es consciente de su tarea. No tiene esperanza de que su trabajo concluya algún día. No hay esperanza.

Tomo estas notas en un observatorio, un contenedor que tiene algo del estrado construido por El Lissitzky para Lenin: una perspectiva que podíamos definir de levitación, por encima de los vivos y, claro, de los muertos. En Berlín se construye sobre lo destruido. Pero un estrado también frágil, un mero contenedor que tiene los días o los años contados en función del tiempo que se tarde en acabar las obras. Era también un estrado a pie de obra para resaltar que todo estaba en construcción. Pero fue allí donde un guía que trabajaba para el Gobierno alemán, de nombre Atilano —de origen chileno—, me relató en unos minutos la vertiginosa historia política del Reichstag.

Guillermo I pone la primera piedra. Hasta 1920 se consideró que estaba fuera de Berlín, porque la Puerta de Brandeburgo era la entrada de la ciudad (fue una prohibición del emperador). En 1917 se inaugura una placa que dice: AL PUEBLO ALEMÁN (el emperador necesitaba dinero para pagar la guerra). Alemania es derrotada,

humillada, en la guerra. Abdica el káiser, se declara la República de Weimar y se aprueba la Constitución de 1919. La semilla se ha sembrado en unos páramos y pueblecitos que, de tan aburridos, son sádicos. El 30 de enero de 1933, llega al poder el NSDAP, Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán, y Hitler es nombrado canciller en minoría (siempre se empieza desde abajo). El 27 de febrero del mismo año, un incendio destruye el Reichstag, una imagen premonitoria, aunque nunca se aclaró la autoría: pagó con la pena de muerte un comunista holandés. Durante la Segunda Guerra Mundial persistió en su dantesca imagen de la que es probable que nunca se haya recuperado. Permanece cerrado hasta que un discípulo de Walter Gropius lo reconstruye entre 1961 y 1971. La última batalla fue entre arquitectos: Pi de Bruijn, Norman Foster y Santiago Calatrava. La disputa se centró en la cúpula, que nadie quería volver a levantar y que, aunque se rechazó en las bases del concurso —de manera especial el significado imperial de la levantada por Paul Wallot—, se acabó construyendo la de cristal, que siempre intimida menos, puede destruirse sin fuego y esconde su poder aunque sea transparente y cueste más de limpiar.

Desde este estrado leninista, mi vista llegaba hasta las lindes del Tiergarten, la curva del río Spree y, a la izquierda, el gran descampado de la Potsdamer Platz. Es el cuadro *Metrópolis,* de George Grosz, pintado cuando terminaba la Primera Guerra Mundial, pero por más que lo miras es imposible trasladar ese abigarramiento de figuras enloquecidas que se atropellan con una urgencia como si les fuera la vida en ello —que eso debería de ser —, a ese inmenso espacio vacío educado en separar un lado de otro. Todo un arte hecho con rigor. Nada más sutil que la verdad o la hiperverdad. Es un descampado ordenando el Este y el Oeste, marcado por el Muro, las alambradas, las minas, las torres de vigilancia y las miradas que, a uno y otro lado, se observan sin poder tocarse. Todavía hay muchos explosivos por encontrar y se calcula que bajo tierra quedan unas cinco mil toneladas por toda la ciudad, leo más tarde en mi habitación.

Esta tierra fue destruida, como gran parte de la ciudad, y solo así se entiende un espacio de estas dimensiones y su terrible vacío.

Todavía hoy me lo parece. Un vacío fantasmal, porque sabes que bajo esa tierra descansan cadáveres con sus uniformes abrochados hasta el cuello para soportar el frío que vendrá. Aquí coincidían americanos, ingleses y rusos. Estoy en la segunda línea del Muro, el verdadero campo de batalla de la silenciosa guerra fría entre el Este y el Oeste. Es difícil reconocer dónde estás.

Wim Wenders quiso recoger los restos de ese paisaje antes de que desapareciese. Vuelvo a ver *El cielo sobre Berlín,* pero ya no con los ojos de quien buscaba con ansia el lado más oscuro de la vida, sino la claridad, así que la escena en la que Curt Bois deambulaba junto al ángel Otto Sander por un inmenso descampado, ahora me resulta un lugar limpio y puro, sin contaminar como si debajo de esa tierra no estuviese sepultada toda la historia de la infamia. Deshecha la madeja, al final de la vida, solo queda un hilo. Era lo que quedaba de la Potsdamer Platz, dos años antes de la caída del Muro y del nuevo muro de cristal que se alzaría. Pero Bois ya no recuerda nada de lo que había sido, ni el café Josty —hoy reconstruido en el Sony Center—, ni el tranvía, ni siquiera hay una persona a la que preguntarle: ¿Dónde estoy? Entonces todo estaba lleno de vida, de gente, de voces, se lamenta. Esta fue la última película de Bois. Nunca más se volvería a dejar las gafas colgando de una patilla en la oreja, en vez de utilizar un cordón que le haría más viejo —yo también me niego—, o sujetárselas en la frente como Morandi, o como Stravinski, con quien guarda un enorme parecido. Se sienta en un sillón abandonado en la maleza y suspira aliviado. Al final de todo, un descanso, un lugar donde reposar. Es el final. ¿Dónde están mis héroes?, se pregunta, aun sabiendo que no encontrará respuesta porque él no puede ver ni hablar con Otto Sander porque es el ángel que le acompaña. Los ángeles no hablan, no tienen el don de la palabra, pero sí el de haber estado en contacto con lo divino. Sus héroes están bajo tierra.

En la Estación del Zoo tomo el tren de cercanías (S-Bahn) hasta Grunewald, en las afueras, en el sudoeste de Berlín. Es un frondoso bosque de robles, hayas, abetos y raíles hundidos en la hierba, el próspero esplendor que todo lo oculta. Una neblina azucarada empaña la mirada y suaviza los sentidos. No es

soportable tanta belleza, o nada bueno puede anunciar. La estación es una construcción nacional típica, con dos torreones en punta y su reloj infantil, que abandona las formas industriales de la ciudad por una idílica edificación regionalista, fantástica, como toda arquitectura idiosincrática.

Camino durante una hora por un sendero hasta que llego a la cima de Teufelsberg, la montaña del Diablo, objetivo último de la jornada. Un nombre impactante, a la altura de la dramaturgia germánica capaz de hacer convivir muertos y vivos, pero sin dirigirse ambos la palabra, aunque intercambiándose los papeles. Es una colina de escombros levantada tras la Segunda Guerra Mundial con los restos de la ciudad demolida. A sus pies estaba la escuela militar Wehrtechnische Fakultät, o sus cimientos, construida por Albert Speer, el arquitecto de cabecera de Hitler y conductor de su política armamentística. Ese era el círculo perfecto: destruir para construir. Estado permanente de ruina. El proyecto nunca fue concluido porque la guerra que acababa de estallar requería dejarlo todo para desarrollar la producción de armas, de manera que lo levantado, los imponentes muros de una construcción marcial, sirvieron para almacenar los escombros y, en concreto, lo que hubiera sido el patio de armas, que viendo la maqueta es fácil imaginar a miles de jóvenes oficiales impecablemente uniformados sobre sus baldosas heladas. Era tal la solidez de sus cimientos, que salía más a cuenta cubrirlos de tierra antes que destruirlos, lo que demuestra un gran sentido práctico, además de preservar o esconder unas ruinas que algún día serían puestas en pie.

No hay más misterio que el de enterrar lo que ha dejado de ser, pero sepultar a los muertos con escombros, que es tierra que todavía palpita —con sus rastros pudorosos de haber sido en ínfimos detalles— es dar vida eterna al pasado. En el primero de los «Cuatro cuartetos» de T.S. Eliot («Burnt Norton») dice: «El tiempo presente y el tiempo pasado / están quizá presentes los dos en el tiempo futuro / y el tiempo futuro contenido en el tiempo pasado. / Si todo tiempo es eternamente presente / todo tiempo es irredimible». No hay más posibilidad que respirar, vivir y no

esperar perdón porque siempre será tarde. Lo hecho, hecho está.

Así que fui subiendo la montaña sin saber que la tierra que pisaba contenía la vida de millones de personas. Ascendí con la ignorancia del que cree que la naturaleza lo crea todo, que podría ser buena o mala, o bella, incluso las enredaderas que cubren las paredes que sirvieron de paredón o la hierba que crece en el que se llamó Andén 17 de la estación de Grunewald con dirección al crematorio. De otra manera, sería imposible dar un paso.

En el punto más alto, la Agencia de Seguridad Nacional de Estados Unidos, la NSA, construyó, en 1957, cuando empezó a hablarse de Guerra Fría, la estación de escucha más importante en la Europa del Este, base de la red Echelon, hoy también abandonada. Ahora solo se oye el viento y el traicionero azote de las telas que recubren tres esferas geodésicas, desgarradas igual que toldos veraniegos y pintadas, como todo lo que ha sobrevivido en Berlín, con grafitis primitivos. Unos años antes, en 1955, se abrió una estación de esquí con una rampa de saltos creada por el mayor especialista en este tipo de construcción, Heini Klopfer, además de saltador él mismo. Extraña profesión la de facilitar el descenso más vertiginoso hacia el vacío. La estación se cerró porque el funicular provocaba interferencias en los radares y antenas de la NSA.

El director de cine David Lynch, sabiendo del magnetismo de esa montaña literalmente construida con muertos, vidas rotas y basura, quiso participar en el proyecto de la Fundación Maharishi, una universidad de la Meditación Trascendental, iglesia o secta de la que es devoto, y así, con un giro que rompe la columna vertebral de la progresión histórica hegeliana, acabar en un producto de consumo espiritual sin más rango que las especificadas en las técnicas del conocimiento personal.

Permanezco en la cima del Teufelsberg poco más de media hora. Desde allí veo la ciudad y, hacia el oeste, el lago Havel. Hace frío y me resguardo del viento en lo que queda de una torre coronada por una de las esferas geodésicas. Tiene una leve inclinación óptica, efecto de su estructura ascendente, como la torre de Pisa. Una pareja de rusos, las únicas personas que

encontré en la cima, señalan hacia Potsdam. Pronuncian su nombre varias veces. Me acerco sigilosamente hasta verla brumosa a lo lejos.

Bajo a Grunewald, siguiendo los pasos de los dos rusos y cojo de nuevo el S-Bahn, pero esta vez en dirección hacia la llamada Ciudad Prohibida del Ejército Rojo, Potsdam. Como en una taberna regentada por rusos: él parece Lenin y ella, Nadia, aunque en realidad era una fotógrafa de nombre Müller, que se ha dedicado a fotografiar la ciudad. No encuentro rastro de sus fotografías.

HUELE MAL EN el edificio de la Stasi. En el recibidor hay dos bustos: el de Marx y el de Félix Dzerzhinski, fundador de la policía secreta bolchevique, luego denominada Checa, más tarde KGB. Hay una maqueta que se ilumina con una bombilla que se enciende conectando un interruptor como el que acompañaba a los moribundos en la cama. La entrada está a medio camino entre un sanatorio de incurables y una residencia religiosa. Tengo la impresión de que el cuartel general de Markus Wolf, el gran agente de los servicios secretos de la RDA, sigue actuando detrás de la pantalla de un museo triste y nostálgico.

Nos recibe un funcionario de pelo corto, barba y gafas redondas. Viste una indumentaria antigua. Es un represaliado, pero también podía ser un doble agente, o alguien que ha mimetizado la tristeza del verdugo. Creo que no exagero ni falto al respeto si digo que es como si unos exrepresaliados por el franquismo trabajasen de ordenanzas y guías en el Valle de los Caídos.

En primer lugar, el señor Riselman nos presenta la maqueta del cuartel y nos advierte de que nada debería sernos ajeno porque ese lugar siniestro —no lo dijo, pero era fácil interpretarlo por su gesto retorcido, avergonzado él mismo— tiene que ver con España: muchos de los brigadistas que lucharon en nuestra Guerra Civil luego fueron gente importante en la Stasi. En 1986, seis personas se dedican a construir la maqueta para estudiar al detalle

cuestiones de seguridad. Leo en una cartela: 1,5 metros cuadrados de oficinas; de 17 millones de habitantes de la RDA, 132.000 trabajaban para la Stasi; 200 kilómetros de estanterías (todavía existen 100). Se trata de que el Partido lo sepa todo de todos y saber de qué ciudadanos no te puedes fiar. En cuarenta años se encarcelaron a 220.000 personas; 34.000 ciudadanos de la RDA se pasaron a la RFA.

Riselman no paró de hablar, como si tuviese una grabadora pegada al cuerpo. No gesticulaba, no mostraba ningún sentimiento, solo miraba fijamente al frente, sin elegir un punto exacto. Daba la impresión de que actuaba bajo un mandato moral inalterable, ciego. Hay resentimiento, puede que también odio. En mis notas leo que se detuvo a explicar en qué consistía la técnica de la desmoralización, pero no recuerdo, ni consigo imaginarme cómo se produjo ese momento. La clave está en corroer. Primero, desprestigiar; segundo, denunciar sistemáticamente los fracasos personales y públicos para minar la autoestima. Puso un ejemplo. Si un ciudadano de la RFA apoya a uno de la RDA, se podrían distribuir fotografías pornográficas o anunciarle en la sección de contactos sexuales de los periódicos. También se puede optar por la vía alcohólica. Imagínese —prosiguió Riselman— que su mujer recibe una carta de una supuesta y anónima amiga en la que le dice: «He observado y sé que su marido tiene contactos con muchas mujeres y yo no puedo quedarme con los brazos cruzados. Le deseo mucha suerte. Una amiga». ¿Y si es un sacerdote el que ayuda al ciudadano de la RDA? Pues el sacerdote aparecerá bañándose desnudo en un lago. Pero siempre quedará el accidente laboral: el médico, que es un colaborador de la Stasi, decide no darle la baja porque de esta manera tendría más tiempo libre para conspirar... Corroer, siempre corroer.

¿Y Markus Wolf? ¿Dónde estaba? En el edificio 15, tercera planta. En 1986 renunció a su puesto de jefe de la lucha contra la RFA. Había una unidad compuesta por 3.600 «matadores»; esa fue la expresión, tal vez una españolización de asesinos, o criminales, o verdugos, dedicados a cometer atentados, actuar contra objetivos muy precisos, o ayudar al terrorismo internacional. ¿Y dónde están

ahora esos 3.600 asesinos? Un periódico publica un anuncio: «Profesor de Educación Física, diplomado, de 34 años, de fortaleza psicológica, experiencia en la protección y seguimiento de personas y custodia de edificios. Puede hacer cualquier cosa. Busca trabajo de guardaespaldas privado». Muchos encontraron trabajo en la mafia internacional.

Mientras nos conduce al despacho de Erich Mielke, el jefe de la Stasi, Riselman, que poco a poco ha ido rompiendo su gélido semblante, exclama con una sonrisa amarga: «¡Quién iba a pensar que yo tengo hoy las llaves del hombre que me interrogó!». No dejo de pensar que él mismo ha decidido seguir encerrado en esa celda. Es verdad, Riselman tenía las llaves de su propia cárcel.

El despacho de Mielke está cubierto por una moqueta roja en la que parecen saltar los ácaros. Riselman nos recuerda desde el centro de la sala, girando torpemente sobre sí mismo —me trae a la memoria a la bailarina de una caja de música sin cuerda—, que nunca habría imaginado estar en ese despacho. No cree que estén todos los objetos que lo decoraban o que utilizaba en sus tareas de oficina, pero la sencillez, nos recuerda, tenía que ver con que Mielke tenía muy asumido que él era un proletario. Nada más que eso. En el pasillo por el que se accede a la estancia cuelgan fotografías de Dzerzhinski, Lenin y Marx. Frente a su despacho hay una habitación para su chófer, con una nevera, una televisión y una radio.

Encima de su mesa de trabajo hay una máscara de Lenin. Riselman cuenta que Mielke acariciaba la cabeza del gran líder cuando tomaba una decisión importante. No sé si lo dijo irónicamente, pero yo lo anoté en mi cuaderno. En una mesa supletoria, hay un gran panel con clavijas que comunica con determinados números de teléfonos. Su secretaria tenía una máquina de escribir de color gris azulado y laterales blancos, marca Robotron 202 eléctrica. Se fabricaba en Dresde hasta que, tras la caída del Muro, se cerró la factoría y se adaptó a los nuevos tiempos de la informática. Leo estos días que en Rusia vuelve la máquina de escribir en determinadas tareas burocráticas sensibles para evitar, a raíz del «caso WikiLeaks», el espionaje informático.

Sin embargo, lo más llamativo era el cojín que había en su sillón. Un almohadón bordado con encajes, algo amarillento y adaptado al peso de su cuerpo amorfo. Hace juego con las cortinas que cubren las ventanas que van de pared a pared, también con encajes acartonados. Fue inevitable acercarme hasta ellas y abrir un resquicio por el placer de imaginar cómo él mismo despedía a sus propias víctimas echándoles una última y discreta mirada.

Un oficial del Ministerio del Interior vigila los archivos y los perseguidos pueden encontrar sus expedientes, aunque no tienen permiso para acceder al de los demás, ni los esposos pueden ver las actas juntos, lo que me permite intuir que la deslealtad minó a toda la sociedad, el amor y el sexo. Hay treinta mil bolsas con expedientes destruidos. La tarea es reconstruirlos, pero no será fácil: seis personas, durante seis meses, pueden reconstruir una sola bolsa.

La torre de la televisión, el Palacio de la República, algunas zonas residenciales de la antigua plaza Lenin —ahora de las Naciones Unidas— son motivo de discusión. Muchos quieren ver estos edificios destruidos, pese a su gran valor simbólico político-sentimental, pero de nulo interés arquitectónico. Ahí está la avenida de Stalin. Riselman quiere que desaparezca el Palacio de la República.

En una sala se guardan los artilugios de fabricación casera para espionaje. Pero lo más interesante son las fotografías del espía Richard Sorge, de nacionalidad alemana que trabajaba para la NKVD, ejecutado en Japón en 1944, después de que Stalin desoyera su informe sobre la inminente invasión de la Unión Soviética por Alemania.

La RDA quería solucionar el problema de la vivienda hasta 1990 sin necesidad de reconstruir los viejos edificios prefabricados con un tiempo de vida limitado, donde se alojaban miles de personas anónimas y constituían el perfil de la ciudad adentrándose hacia el este, un paisaje absolutamente gris y disciplinado. Estos edificios fueron construidos en los años sesenta por empresas finlandesas.

Solo en Berlín se crearon 270.000 viviendas, que permitieron alojar a 700.000 personas. En estos barrios vive la gente más joven, los más dinámicos, los que aceptarían dejar sus casas.

Después de 1989 se lanzó la propuesta de que se demoliesen estos barrios. Estos barrios se poblaron premiando a los que habían desarrollado mejores carreras y profesiones y tenían un estatus social alto. La gente estaba contenta de vivir allí (agua caliente, calefacción central, jardines, parques para los niños). A diferencia de otros barrios, el metro y el tren llegaron pronto. Otra ventaja: el campo estaba cerca. Por lo tanto, los habitantes de estas zonas no estaban de acuerdo con su destrucción. Qué más da el pasado.

CON LA CAÍDA del Muro de Berlín no solo se proyectó la mayor transformación que iba a sufrir una ciudad europea en las postrimerías del siglo XX (con el resquemor que suponía tal demostración de poder por parte de la recién unificada Alemania), sino de coser literalmente una metrópoli partida en dos, no solo en su arquitectura, sino social y emocionalmente. La arquitectura que se alzaba en el lado Este de Berlín era, curiosamente, la que representaba los símbolos del imperio, la de la República de Weimar, el Reich y la capital vanguardista, la de Alfred Döblin y la amarga de Grosz, la de las elegantes Unter den Linden y Friedrichstrasse..., pero también, ya bajo la máquina de realojar comunista, la de los tristes edificios prefabricados, un fenómeno urbanístico que acoge más de cincuenta millones de viviendas diseminadas por Europa central y oriental.

En Berlín, quizá arrebatados por la espectacularidad de las reformas de la Potsdamer Platz (con edificios de Piano, Ungers, Isozaki, Rogers, Kollhoff, Meier, Moneo...), la Alexanderplatz (Kollhoff, Libeskind, MBM...) y el Reichstag reconstruido (Foster), se llegó a sugerir que el mejor futuro que se podía idear para los prefabricados era demolerlos. Una utopía ilustrada como tantas otras que chocó, primero, con el sentido común y financiero y,

después, con los sentimientos de los que habitaban esas colmenas uniformadas. Después de todo, argumentaban, aunque fuese bajo el odioso régimen de Erich Honecker, ellos habían intentado ser felices en esos apartamentos de no más de cincuenta metros cuadrados, habían tenido hijos, celebraban sus fiestas, habían construido su hogar. El racionalismo extremo crea monstruos.

Uno de los modelos que se aplicó para hacer más habitables y dignos los edificios prefabricados fue el llamado «movimiento Hellersdorf» (barrio de la periferia berlinesa de 100.000 habitantes alojados en 40.000 viviendas prefabricadas), un sistema que ha permitido que los propios inquilinos gestionasen la reforma de los bloques: cambio de color, convertir los patios carcelarios en zonas de ocio ajardinadas, rehabilitación integral de los edificios…, y desarrollar en esa toma de decisiones una mínima práctica democrática. El arquitecto Hans Kollhoff ha dicho a este respecto que las ciudades no se crean por arte de magia y, a pesar de que a nadie le gustan los prefabricados, todavía «no hemos entendido que la ciudad es el resultado de muchas contribuciones anónimas y que precisamente la calidad de estos edificios anónimos determina la que es la calidad de una ciudad».

Tengo una anotación en mi cuaderno con una declaración conmovedora, pero no identifico quién la hizo, aunque conservo en la memoria la persona que la realizó. Era un hombre con barba mustia y una seriedad amarga. Me dijo que estaba en contra de que el Palacio de la República se demoliese. Se trataba de un edificio levantado a principio de los años setenta en la que entonces se llamaba Marx-Engels Platz, con su característico acristalado de color bronce, donde estuvo el Palacio Real antes de que fuera demolido. Nunca la lucha por la hegemonía simbólica fue tan clara. Fue sede de la Cámara del Pueblo, especie de parlamento de la unanimidad y el aplauso acompasado, pero también había restaurantes, una discoteca y se celebraban bailes. Esos bailes, me dijo aquel hombre, eran el motivo por el que no debía ser destruido, y menos para levantar de nuevo, como así se pretende, el Palacio Real, ni aunque estuviese condenado por amianto. Allí bailábamos, dice la nota, así que era más que un vulgar edificio del

poder comunista, por eso debía ser declarado patrimonio histórico, aunque solo hiciese treinta años que estuviese en pie. La historia no era el tiempo, ni el lugar donde se legislaba para que nadie saltase el muro, sino el valor sentimental, lo que significaba en el corazón de cada cual, olvidando —ya que es memoria— su condición objetiva: un palacio de dolor y corrupción.

¿Qué iba a ser de nuestra memoria? ¿Y de aquellos bailes? Eso clamaban en sus manifestaciones, como si sus recuerdos sentimentales y seminales tuviesen más valor que lo que guardan los archivos. Veo las fotografías de aquellas fiestas. No muestran ninguna efusividad o alegría, no en el instante de captar esa imagen. Tal vez un rato más tarde estaban todos dando botes o abrazados, pero en ese instante estaban delante del escenario con una orquesta vestida con monos rojos y ceñidos, de pantalones acampanados (espero que esa característica no ponga en funcionamiento nuestro dispositivo *vintage,* tan sensible). Pero me guío por lo que me dijo mi «fuente sin identificar»: fueron felices y con eso basta.

DE ESOS DÍAS berlineses se me quedó marcada la presencia de las ruinas reconstruidas, pero que no pueden ocultar su devastación interior después de haberse aproximado a la conquista plena del ser en una de las aventuras más delirantes en la que el ser humano se haya empeñado colectivamente, sabiendo que todo quedaría arrasado. Miraba los edificios y buscaba algún vestigio del desastre, las muescas de las explosiones, de una esquirla perdida, sabiendo que todo lo que estaba en pie era nuevo aun haciéndose con la misma tierra. Pese a la solidez de los edificios, orden y cumplimiento de las ordenanzas municipales —siguiendo el *Kollektivplan—,* un halo de provisionalidad cubría las fachadas tan bien proporcionadas, como si las *trümmerfrauen,* las «mujeres de los escombros», encargadas de demoler lo que aún se mantenía en pie siguieran golpeando con sus mazos como una señal de que todo

podría volver a repetirse. No sé quién ideó ese plan, pero algo debería perdurar de la inmaterial voluntad del pueblo que, pese a la desolación, sonreían ante la cámara.

Giorgio Agamben cuenta que le preguntó en una ocasión a Heidegger, estando en el seminario de Thor, en la Provenza francesa, en 1966, si había leído a Kafka. El lugar —el pueblo donde vivía el poeta René Char, jefe de la Resistencia, el «capitán Alexandre»— era tan importante como el motivo: los griegos —para el maestro alemán el único gran problema filósofo residía en una mala traducción del «ser» de los griegos—, pero sobre todo por el encuentro que mantuvieron, formando cada uno parte de lugares irreconciliables.

Heidegger le respondió a Agamben, que no había leído demasiado a Kafka, pero que había quedado atrapado por un relato, «La construcción», lo último que escribió, en su estancia final en Berlín, gravemente enfermo, en compañía de Dora Diamant. Es la historia de un extraño animal, topo u hombre, que construye su guarida, un largo e inexpugnable túnel, que se convierte en su casa protectora y, a la vez, en el mayor peligro, donde le acosan ruidos extraños y seres que vienen a perturbar su paz. Escribe Kafka: «También puede ser que la construcción proteja más de lo que alguna vez pude pensar o de lo que nunca me haya animado a imaginar estando en su interior. A tanto llegó esto que a veces sentí el pueril deseo de no volver en absoluto al interior de la construcción, sino de instalarme en las cercanías de la entrada y pasarme la vida en una contemplación, y tener siempre ante mis ojos la seguridad que podría proporcionarme la construcción en el caso de que pudiese estar dentro. Ahora bien, los sueños infantiles pueden convertirse rápidamente en terror. ¿Qué clase de seguridad es la que yo contemplaba ahí?».

Sabía que dentro, escondido, protegido, no sería consciente de los verdaderos riesgos que le acechaban. Pero estar fuera era una «libertad sin sentido». Fuera de la casa, del hogar, del pueblo, de cada uno de los refugios que cada nación ha construido para ser,

todo son riesgos. Es la casa, pero también es la trampa.

¿Supo Albert Speer desde su encierro en Spandau que las ciudades alemanas eran limpiadas, barridas, reaprovechados los ladrillos y la tierra, por mujeres que formaban cadenas para transportar los escombros, piedra a piedra, como si jugasen, él, que había ingeniado una arquitectura a escala sobrehumana? A un gigantesco hundimiento le corresponde una inmensa reconstrucción humana. Ambivalente, antes y después de ese averno en la tierra, recobra sentido lo que Heidegger escribió en 1933 de esa gran aventura: «Construcción de un nuevo mundo espiritual para el pueblo alemán».

W.G. Sebald cuenta que Hermann Kasack fue el primer autor, o el primero que tuvo cierto éxito, de la llamada «literatura de los escombros» *(Trümmerliteratur)* con la novela *La ciudad detrás del río* (1947). Plasmó esa «vida sin vida» y una desolación silenciosa, con esas personas que andaban por «edificios de viviendas derrumbadas, despojados de finalidad mientras buscaban restos de enseres sepultados recogían allí un trocito de lata o de alambre entre los cascotes, reunían acá algunas astillas en las bolsas que llevaban al hombro y que parecían cajas de herboristería».

¿Cómo es posible que Albert Speer, habiendo sido una de las personas más cercanas a Hitler, incluso más que colaborador, amigo, interlocutor en temas de arquitectura y arte y responsable de la política armamentística del Reich saliera vivo de aquel gran hundimiento? Él, desde luego, tampoco lo supo explicar. «También él quería salvarse, pero jamás supo por qué», escribe Joachim Fest, el historiador del nazismo que mantuvo con Speer largas conversaciones a lo largo de quince años y colaboró en la redacción de sus *Memorias* y en los *Diarios de Spandau.*

Haber reconocido su responsabilidad, con el único objetivo de «desculpabilizar al pueblo alemán», pudo estar en la base de que no fuese condenado a la pena de muerte en Núremberg, a diferencia de otros jerarcas del régimen nazi. Él esperaba morir, le confesó a Fest, sobre todo después de la proyección durante el juicio de la película aportada por el ejército norteamericano sobre los campos de concentración. ¿Por qué se defendió, entonces, con

tanta convicción argumentando sobre el predominio de la técnica frente a la voluntad del hombre? Speer reconoció que lo hizo por «motivos deportivos». Esa frialdad no era desconocida por Fest: cuando lo vio por primera vez en 1967, poco después de cumplir veinte años de condena en Spandau, su retrato era el de una «persona culta y con una carencia total de emociones»: «Desconcierta la frialdad mecánica en todo lo que dice sobre el pasado». Su falta de gratitud por no haber acabado en la horca solo tiene una explicación: «No quería tanto salvar su vida como, simplemente, no perder».

Si Hitler se mostró indulgente y tolerante con alguien fue con el joven arquitecto Albert Speer, al que nombró asistente de Paul Ludwig Troost, el arquitecto predilecto del Führer, encargado de construir la nueva Cancillería, el edificio que debería representar el inmenso poder del nuevo régimen. En sus *Memorias,* relata una de las confidencias de las que Hitler le haría partícipe: «Tengo dos posibilidades: conseguir mis objetivos o fracasar. Si logro salir adelante, me convertiré en uno de los grandes de la Historia; si fracaso, seré condenado, despreciado y maldecido». Y así fue, la muerte repentina de Troost situó a un Speer, con veintiocho años, al frente de la planificación arquitectónica y urbanística de un régimen cuyo estilo no debería ser el más «adecuado para una empresa jabonera» (dicho sin ironía), según Hitler: «Dentro de poco tendré que celebrar reuniones importantísimas, y para eso necesito grandes vestíbulos y salones que me permitan impresionar sobre todo a los pequeños potentados».

Hitler participó activamente en los trabajos de Speer y juntos definieron lo que debería ser la obra magna del Reich, «Germania, capital del mundo», la gran reforma urbanística que haría de Berlín el centro del universo. Proyecto que, como todo lo construido por Speer, acabó en escombros, quizá siguiendo los siniestros designios de Hitler y su admiración, según confesó a Fest, por los «héroes fracasados»: el Holandés Errante y el Siegfried de las óperas de Wagner. Y fascinación por las ruinas. Puede que al final se

cumpliera ese designio, y todo volviese a empezar desde las manos maternales de unas mujeres.

HITLER ERA EL rey del escombro, nombre de una de esas empresas de derribos, que vi grabado en la puerta de un camión, que tienen su base tapiada como un cuartel, incluso con alambradas, en el extrarradio, donde las fábricas lindan con los enjambres de circunvalaciones, con sus excavadoras, grúas, cizallas inspiradas en las mandíbulas de un *Tyrannosaurus rex,* martillos hidráulicos mortales, aunque ahora se anuncian como «gestión de residuos y desamiantados». Trabajan en la tierra enferma para extirpar un mal incurable. Es fácil preguntarse si la salud de la tierra sobre la que se reconstruyeron las ciudades europeas pasaría hoy los controles exigidos. Lo requiere una nueva tierra, antes campo de batalla, ajardinado, para crear granjas donde puedan jugar los niños, casas con flores en el balcón y sus campesinos felices —neoagrarios—, campus de universidades con protegidos jóvenes Erasmus, carriles para bicicletas calvinistas, incluso esos pequeños cementerios junto a las iglesias que dan cuenta de cuán viejo es todo y qué fugaz la vida, con la precisión del día de nacimiento y de la muerte, como si ya estuviese predestinado desde el primer dígito labrado en la piedra.

Pero no se puede borrar del todo la cloropicrina, el benceno, el nitrato de amonio, el de bario y el de aluminio, ni el picrato de amonio, o el tetril, y ahí seguirán abonando la tierra el plomo y el mercurio; y aunque el aire se haya llevado el fosgeno, la lewisita y el gas mostaza, siempre puede volver con una corriente de aire al abrirse puertas que siempre deben estar cerradas.

Si hubiera habido más comprensión hacia el pintor Adolf Hitler, se hubiese conformado con dibujar e imaginar inmensos palacios, como hicieron tantos otros después de que se les dijera que eran buenos artistas; así todo hubiese acabado y Alemania seguiría aburrida. Escribe Sebastian Haffner en *Historia de un*

alemán que «el gran riesgo que siempre corre la vida en Alemania es y será el vacío y el aburrimiento». El *horror vacui* y, para aliviarlo la *salvación*.

Las dudas que podían asaltar a Speer sobre Hitler y su afán de poner el mundo a sus pies quedaban aplacadas cuando le oía hablar de arquitectura y, sobre todo, cuando el propio Führer dibujaba sin parar bocetos de las obras que a continuación entregaba a sus colaboradores técnicos para que le dieran una concreción: bocetos de edificios oficiales, reformas urbanísticas y muchos búnkeres. Una ciudad subterránea habitada por topos, segura y acechada por esa «libertad sin sentido». Speer tampoco comprendía que Hitler fuera tratado como un demonio, cuando con él era una persona afable, tolerante, con el que podía discutir apasionadamente de los proyectos. «Esa imagen la han propagado precisamente aquellas personas que, hablando en plata, se cagaron en los pantalones, con el fin de ocultar su propia cobardía», dice el arquitecto. Y habría que haber visto a aquella encantadora persona tratando con actores, cantantes y estrellas de cine.

La demencia de Hitler es aún mayor cuando, además de querer conquistar el mundo y desarrollar una inmensa industria de la muerte, pretendiera pasar a la historia como un «patrón de las artes antes que como estratega militar». Sus referentes eran la Atenas de Pericles y la Florencia de Lorenzo de Médici, y llegó a comparar las autopistas alemanas con el Partenón. A Hitler le preocupaba no estar a la altura de las discusiones sobre arte, una de las cuestiones que más podían minar su autoestima. Speer se dio cuenta de que Hitler se preparaba los temas, leía y estudiaba para poder estar dispuesto a mantener una conversación de altura. Conocía bien la historia del arte del siglo XIX, pero su diagnóstico sobre la Bauhaus, por ejemplo, no se apartaría en nada del mismo desprecio con el que trató al «arte degenerado»: sus edificios los definió como «gallineros acristalados» en los que la gente nunca querrá vivir. Esa crítica, con otras palabras, es la que hizo muchas veces al grupo de Gropius. Luego se pudo vivir en la periferia de las ciudades en una evolución pobre del racionalismo arquitectónico. La racionalización del descampado.

La grandilocuencia y desproporción de la estética que quiso imponer el Reich quedó plasmada en la Gran Nave diseñada por Speer y que debía alzarse junto a la Puerta de Brandeburgo, una nimiedad casi imperceptible frente a un edificio que debía albergar a 180.000 personas, con una altura de 290 metros y una cúpula de 250 metros de diámetro, una construcción monstruosa que sufría de cefalitis. En la primavera de 1939, Speer realizó un viaje por Italia junto a su mujer (sus cuatro hijos se quedaron con su madre, que fue diariamente agasajada por Hitler, que desplegó con ella todo su «encanto vienés») y fue a visitar San Pedro, en Roma, donde comprobó que no dejaba de ser una arquitectura «íntima» comparada con sus proyectos para Berlín y Núremberg. Tuvo que recurrir a la cineasta del régimen, Leni Riefenstahl, para que esta le explicase que la fotografía agrandaba las distancias.

Los bocetos de Hitler, sin embargo, no ocultaban sus intenciones. Además de la Gran Nave, debía construirse también la Biblioteca Estatal, proyecto que luego se aparcó. Lo dibujado por el propio Hitler, las personas que aparecen a pie de edificio, apenas una mancha borrosa, tienen un tercio de milímetro de altura, lo que supondría, según cálculos de Speer, que debería tener 70 metros de longitud por 460 metros de altura (el Empire State de Nueva York mide 443 metros, incluida la antena). Una de las confesiones más paradójicas de Speer se refiere al impacto que causó en Stalin su edificio que había hecho sombra al pabellón soviético. En 1940, Stalin buscó a un mediador para que consultase a Hitler si permitiría el viaje de Speer a Moscú. La respuesta del Führer fue que Stalin lo metería en un «agujero para ratas» y que no le dejaría salir hasta que no hubiera construido la nueva Moscú. Siempre la guarida subterránea.

VISITO A MARTÍN Prieto en el Hospital Puerta de Hierro. Pese a estar en la UCI, pudimos hablar. El segundo día que fui a verle estaba dormido, la enfermera lo despertó y, al abrir los ojos, saliendo de

un sueño lejano, nada más verme, dice: «Yo tengo amantes en América Latina». Tras tragar saliva, añadió: «Solo he tenido una, Cristina». Se refería a Cristina Scarfiora, a la que llamaba «mi doctora», oncóloga infantil, la mujer que no paraba de llamarme al periódico para que fuese a ver al Martinprieto, como ella también le llamaba, por el apellido, o MP, emepé.

Un domingo lluvioso de finales de agosto, cuando el verano parece estar ya agotado como un viejo, volví a visitarle. El día antes, Cristina me llamó angustiada a la redacción y me dijo que «el martinprieto está grave, por favor, ve a verle». Días antes, el médico me había dicho que estaba estable, que se andaba recuperando de la dolencia. Fui a verle. Seguía en la UCI, pero ya se había incorporado, saliendo de la postración y entubamiento general, aunque este persistía, y miraba al techo sin ningún interés. Nada más verme, empezó a hablar y a agradecerme de nuevo la visita. Justo en ese momento le incorporaron y lo sentaron con mucha dignidad en uno de esos sillones en los que antes los familiares solían pasar la noche. Me contó que puso en antecedentes a los médicos de una infección de paludismo que contrajo en el Mato Grosso, siendo corresponsal de *El País* en América Latina, siguiendo los pasos del coronel Fawcett, Percy Fawcett, quien desapareció en extrañas circunstancias, en 1925, en lo más inhóspito de la selva buscando la misteriosa ciudad Z, creyendo que era El Dorado. Allí estaba Martín Prieto tras sus pasos para escribir un reportaje que, a la postre, creía él, le había llevado, treinta años más tarde, a la cama de un hospital en las afueras de Madrid.

Me fui sin que terminase de contar esa historia porque los médicos tenían que hacerle unas pruebas. Allí lo dejé, como si fuera el mismo coronel Fawcett, sin saber exactamente dónde estaba.

Lo visito el día antes de su muerte en el Hospital de El Escorial. Junto a él está Cristina, sentada en una silla de ruedas. Creo que MP sabe que va a morir porque su extrema racionalidad así se lo dice. Me mira y me reconoce. Le doy la mano. Le agradezco los libros que me ha regalado, empaquetados dentro de

una caja de zapatos. Son los dos volúmenes de *Viajes al estrecho de Magallanes,* de Pedro Sarmiento de Gamboa. Cuando le llamé para agradecérselo, me aconsejó que, sobre todo, no dejara de leer el «Glosario de voces antiguas y marítimas», con el que se cierra el segundo tomo. Así hice en su honor. Antes, en otra convalecencia, me hizo llegar el *Vocabulario rioplatense razonado,* de Daniel Granada.

Es cierto que la libertad de pensamiento es el camino más rápido hacia la soledad. MP, que fue una de las plumas más brillantes del periodismo español, vivió solo sus últimos años y murió solo. Quién sabe si fue una elección. La vida está llena de vanidad, pero la muerte es rigurosamente certera, y marcharte dignamente, como él lo hizo, embellece toda una vida. No se perdonan los pecados de la inteligencia, la soberbia, la escritura brillante, el racionalismo y el escepticismo que le debe acompañar para hacerlo digerible. Todo eso es imperdonable y, a diferencia de otras profesiones, donde el oficio se demuestra en silencio, en el periodismo es una condena de muerte.

VUELVO A BARCELONA. Ha muerto mi tío Rafael, hermano menor de mi madre. Quiere que sus cenizas estén junto a su madre. Así me lo dijo mi madre: junto a su madre. Mi abuela. La primera de la familia que encontró sepultura en Barcelona. En el cementerio de Hospitalet. Termina así el viaje. Ambos eran ferroviarios. Como su padre, como su marido, como mi abuelo. En las palabras de mi madre sobrevolaba aquel hospicio de Sevilla acabada la guerra, el Hospicio de San Luis. Me río de los que dicen haber sufrido en una guerra que ni siquiera vivieron, ni ellos —porque no habían nacido— ni sus familias. Visito la tumba de mi abuela Emilia en Hospitalet algún tiempo después y veo el nombre de su hijo, mi tío Rafael, inscrito en el mármol. Me siento en un banco frente al nicho, donde solíamos reunirnos cada año en el día de Todos los Santos, el día de los Muertos, para luego ir a algún bar de La

Florida y acabar felizmente ebrios, incluidos los jóvenes, que realizábamos así nuestro peculiar manera de no olvidar a nuestros muertos.

En la puerta del cementerio hay ahora varios yonquis, o yonquis rehabilitándose, ofreciendo con mucha amabilidad escaleras o la limpieza de los nichos más altos e inaccesibles para esos familiares que ya no se pueden encaramar y sacarle brillo al cristal, poner unas flores y besar con la punta de los dedos la lápida. Ellos mismos, consumidos, cadavéricos, con una voz nasal y servicial (perdone si le he molestado, se disculpan, porque saben que son unos apestados), el preámbulo de ese jardín putrefacto.

3

Memoria, no hables

> Una vez que una historia o un recuerdo se construye, acompañados por vívidas imágenes sensoriales y fuertes emociones, no puede haber manera interna, psicológica, de distinguir lo verdadero de lo falso de manera externa, incluida la neurológica. [...] Al parecer, no hay ningún mecanismo en la mente o el cerebro capaz de garantizar la verdad, o al menos el carácter verídico, de nuestros recuerdos. No tenemos acceso directo a la verdad histórica, y lo que sentimos o afirmamos que es verdad [...] depende tanto de nuestra imaginación como de nuestros sentidos. [...] Con frecuencia, nuestra única verdad es la verdad narrativa, las historias que nos contamos unos a otros.
>
> OLIVER SACKS, «Habla, memoria», *The New York Review of Books,* 2013

Día 1 de octubre de 2017. Nueve de la mañana. Estoy en Barcelona para escribir sobre el referéndum con el que Cataluña decidirá su independencia de España. Prefiero quedarme en casa de mi madre antes que en un hotel. Ella está intranquila por lo que pueda suceder, y yo también. Sé que estar con mi madre no es lo mejor para mantener una distancia con el «objeto de la información», dicho con objetividad profiláctica. Ni quiero. No tiene ningún sentido mantenerme al margen del derrumbe de un mundo que ha sido el mío. Mi madre ha visto caerse mundos más grandes y ahí está, viva todavía. Unos quieren construir un nuevo mundo perfecto, que coincida plenamente con sus sueños, mientras destruyen otro. Esa es la condición, la palanca sobre la que apoyarse. Destruir para construir. Sobre la nada no se puede levantar nada: son necesarias las ruinas. El mundo de mi madre es viejo y se basa en leyes silenciosas que nunca fueron dichas ni escritas, pero son de una resistencia indestructible. Nunca exhibieron su dolor ni su alegría. Dice Hannah Arendt que le tranquilizan estas palabras de Hegel: «Nada surgirá sino lo que esté ya allí».

Duermo en mi habitación de juventud, y cuando ya estoy metido en la cama, mi madre viene a verme y me pregunta si va a pasar algo. Le digo que no va a pasar nada. En realidad, no sé qué va a pasar. Me dice, evocativa y risueña, por charlar un rato, sentada ya en un lado de la cama: tu padre no lo hubiese resistido. Le digo que no, con la cabeza. No, no lo hubiese resistido. Sería capaz de volverse al pueblo —¿al pueblo?, mamá, si allí no queda nadie—, o se marcharía de aquí, donde fuese. Pero ¿adónde se va a ir a esa edad?, dice ella, hablándole aunque él ya no esté. Pero no le pone edad porque mi padre vive en un lugar sin tiempo y mi

madre no sabe si ponerle la edad de cuando murió o la que le correspondería ahora. Pero ¿adónde vamos a irnos nosotros, Andrés, con la edad que tenemos, si esta es nuestra casa? Así me lo dijo, como si hablase con él.

Esa mañana, cuando me voy a recorrer la ciudad para contar alguna historia, me encuentro a una vecina parada en el portal. Mira la pared, inmóvil —alguien le habrá dicho que no se mueva de ahí hasta que vengan a recogerla—, pero nada más verme, me reconoce, así pasaran los años, y nos saludamos —ella me llamó por el nombre como cuando volvía del instituto, Manolo, incluso se alegró—, yo sabiendo la reciente muerte de su hijo y de qué manera murió. Yo también me alegré porque vi en ella algo inmutable. Tiene una bolsa negra apoyada entre los pies. Me dice que va a echar las cenizas de su hijo al mar, y señala hacia el suelo, a sus zapatos, uno al lado del otro. Podría quedarse ahí toda la vida. Esa mujer también es silencio. En esa bolsa está su hijo. Su hijo se ha suicidado hace unos días y va a esparcir las cenizas «por Mataró o por ahí», me dice sin ganas, porque en algún lugar habrá que aventar sus cenizas. Le gustaba el buceo, qué le vamos a hacer, sin embargo se tiró por el balcón.

Fue mi madre quien, días antes, me contó por teléfono la muerte del hijo de los vecinos de arriba. Llegaron a Barcelona el mismo año que nosotros; ellos, de Granada. El hijo tenía treinta y ocho años, había cuidado de su padre, enfermo de alzhéimer, hasta su muerte. Sobre las siete de la tarde del 19 de septiembre se arrojó desde la terraza, un ático lleno de flores, esos vergeles idílicos que simulan la huerta originaria, con sus apaños rupestres, la autoconstrucción que tanto nos define. Los *manitas* (lo digo porque mi padre siempre me dijo: hijo, tú no eres un *manitas)*. Mi madre repitió varias veces que cogió una escalera y se subió a ella «para estar más alto», está convencida de que para demostrar su decisión inquebrantable, o puede que para arrojarse más certeramente. Cayó en la calle Oriente —el edificio hace esquina con la calle París—, frente a nuestro portal, y ahí descubrió la escena su madre al regresar de un recado —creo que seguía cosiendo para alguien, después de hacerlo durante muchos años

para algunas importantes sastrerías de Barcelona, me dijo mi madre—, cubierto con una manta isotérmica dorada, rodeado de ambulancias, policías y psicólogos.

Mi crónica de aquel día empezó con este relato. ¿Qué podía hacer si la escena de esa mujer plantada en la portería me asaltó con su rotunda verdad y su vida paralela tan callada y quieta tomó la palabra para que todos callásemos y escuchásemos su silencio? Tuve la opción de prescindir de ella y no caer en la exaltación sentimental que apestaba la ciudad esos días —hasta yo mismo anoté: «Cuando el tren se acerca a Barcelona siento una emoción profunda, infantil...»—, sentimentalmente violenta, pero acabé haciéndolo. Pude haberme limitado a hablar, como así hice, de que «Barcelona nunca es lo que parece, incluso cuando lo que parece se aproxima a lo que es, la cursilería inherente al sofisticadísimo nacionalismo catalán lo convierte todo, hasta lo más aberrante, en un juego de niños felices y caprichosos». Pero elegí el principio que aquella mañana gris y lluviosa me ofreció, aun sabiendo que en el principio estaría resumido todo lo que pudiese decir. El final, en el fondo, me daba igual.

Tuve que escribir una crónica sobre los días previos al 1 de octubre de 2017. Lo que en el oficio periodístico se llama una *previa*. A pesar de los años, creo que sigo conociendo bien Barcelona, o una cierta Barcelona, admito que anclada en el pasado —la mía; la otra, vuela hacia el futuro y en el futuro nunca me he sentido cómodo—, la de las piedras inmutables, la de los edificios y las calles que vi por primera vez, la que observa su propio devenir como algo pasajero. Ya lo he dicho: mi primera impresión al llegar a Barcelona fueron los edificios, no las personas. Su dinamismo, marca con la que se abre paso en el mundo, no me interesa; me resulta abrumador, anormal, histeria tautológica que da vueltas sobre sí misma.

De Barcelona retengo su tristeza conservadora, pero hay que saberla encontrar en determinadas horas del día, hay que madrugar e insistir, o tener una cierta predisposición, como es mi caso, cuando la gente va al trabajo con un silencio interior incomunicable —hijas y padres, día tras día, cogidos del brazo en

el metro; esas bolsas de plástico humildes agarradas como tesoros, la indumentaria económica—, cuando la ciudad deja de contemplarse a sí misma, abren los comercios y existe una amabilidad natural, sin demasiadas efusividades, por el imperativo de vivir lo más dignamente posible. Vestirse de abajo arriba, sin adornos, con una tristeza devastadora, aunque cada prenda cubriendo su parte del cuerpo correspondiente solo denote orden, discreción, obediencia, y en esa grisura funcional, mostrar una resistencia infeliz, tenaz, que solo esconde una cobardía inconfesable que ellos mismos aborrecen y aceptan con resignación. De ahí esa admiración a la alegría de la pobreza y el desprecio de esta por el poder y del poder por ella.

Creo que esa ecuación sostiene la clave de bóveda de todo cuanto sucede. Qué bien lo describió Pla —el que más despiadadamente representó ese *ser lento,* el más cruel de todos— hablando de las inundaciones del Vallés, el 25 de septiembre de 1962 (todavía no hay una cifra exacta de muertos, aunque ronda el millar), cuando se «produjo en algunos una somnífera indiferencia y en otros una fascinación por el paternalismo». Pocas emociones. Y añade: «Era como si la naturaleza hubiera roto las reglas del juego de una manera nada correcta». Me refiero a un mundo que ya no existe.

Ahora, ni eso. Ni la devastación terrorista, como si fuera una fuerza de la naturaleza incontrolable por la razón, en los atentados del 17 de agosto de 2017 en Barcelona y Cambrils evitaron que apareciesen esas banderas de feria ondeadas como si la vida se desarrollara en un campo de fútbol, el público sentado en orden cada uno en su grada correspondiente, al son de unas melodías encantadas, miles de veces cantadas, y culpar a España de los muertos. España y la muerte siempre suena bien. Ni duelo ni silencio. Qué extraña secreción produce el nacionalismo, con la repetición insistente de himnos, letanías y lamentos. Saul Bellow definió el «nacionalismo integral» como «el poder de los muertos sobre los vivos». «Vivan nuestros muertos» es el grito.

De esta manera, buscando ideas para la *previa,* me fui a la estación de Francia, que sigue siendo el principio de todo, el

primer lugar de Barcelona que pisé. Me llamaron la atención unas palomas volando en el interior de su vestíbulo principal, lo que resaltaba su solitaria monumentalidad, compuesto por tres naves cuadradas y cúpulas circulares, inspiradas en el Panteón de Roma, un modelo canónico, con idéntico número de casetones en decreciente —aunque sin abrirse al cielo a través de un óculo por el que un día al año entra la luz e ilumina la puerta de entrada— y cerrándose con un lucernario de cristal opaco del que cuelga una esfera plateada. Nunca había observado con tanta tranquilidad el recibidor. Fue entonces cuando me di cuenta de las pilastras, basas, zócalos, del capitel corintio y del frontal, de la forja de las puertas y la marquesina de la entrada principal, más propia de un gran hotel *fin de siècle*. Era una construcción muy historiada con el propósito de impresionar al viajero, si es que tenía lucidez —ni miedo, ni cansancio— suficiente para darse cuenta. No fue nuestro caso. No era una estación para llegar harapientos, sino la entrada a una ciudad próspera y moderna, como así fue concebida por un arquitecto eficaz, Pedro Muguruza, quien diseñaría años más tarde el Valle de los Caídos. Diríamos que era el Albert Speer de Franco.

El edificio mantiene inalterable su solidez, que para eso se hizo —inaugurado en 1929 por Alfonso XIII para la Feria Internacional de Muestras: Barcelona siempre fiel a sí misma—, sin embargo, ahora circula poca gente y nadie espera emocionado la llegada de viajeros, ni tampoco nadie arrastra pesadas valijas con la épica de un destino incierto. Ni maletas de cartón que se deshacen con la lluvia, el otro gran mito de la emigración. Perduran las piedras, las personas pasan.

Paseo por los andenes bajo las dos grandes armaduras en curva e imagino qué pude ver al bajar del tren aquella mañana de primeros de septiembre de 1970, frente al reloj, con nuestras maletas, intentando examinar las grandes ruedas de acero brillantes de la locomotora, resoplando vaho, exhausto animal después del viaje. Pero aquella mañana no me pude fijar, y cuánto me hubiese gustado, porque yo sentía como tantos niños fascinación —y un algo de miedo— por aquellos organismos mecánicos engrasados, sin embargo, ahora, sin prisa y buscando

una razón de verdad para escribir mi *previa,* pude descubrir las toperas, pintadas de negro y un reborde coqueto en rojo, y grabado sobre ellas: «Hydraulic Buffers. Ransomes & Rapier Ltd. Ipswich. England».

Rapier fue, por cierto, la misma firma que construyó el primer ferrocarril de China, de Shanghái a Woosung —ahora es solo un distrito de la ciudad—, aunque al poco tuvo que ser desmantelado, en 1876, por unos problemas administrativos en la adjudicación de las obras —y un trato humillante a las autoridades chinas—, y pese a la penuria del trabajo, según puedo ver en unas fotografías y dibujos de la época (las vías fueron reutilizadas en Taiwán en un yacimientos mineros). Me hubiera gustado contarlo en la *previa,* pero sé que es lo primero que se habría cortado para ajustar el texto.

Me acerqué al tope de la vía y toqué las letras, un gesto algo infantil, lo acepto, como queriendo llevarme la verdad de la huella: puro nominalismo. La huella en la nieve. La huella en el barro. Cuánto, insisto, me hubiese gustado haberlo tocado de niño al llegar a Barcelona. O haber conocido su maravillosa historia, la de sus hazañas en la lejana China, o no digamos haber sabido que durante la Primera Guerra Mundial quien fuera presidente de la compañía, Sir Wilfred Stokes, había fabricado pistolas y torretas para los carros de combate; pero sobre todo inventó el mortero, el que lleva su nombre: el Mortero Stokes. Hasta ahí llegó mi tren una mañana.

Escribí la crónica y salió al día siguiente, pero fue una más de las tantas que se publicaron ese día. Quise hacer un homenaje a los que llegaron algún día a ese Palacio del Pueblo, hayan muerto o asistan ahora a algo que es difícil darnos a ver: contemplar el derrumbe de tu mundo, incluso en el sofá frente al televisor, advertidos de ello días antes.

EN LOS DÍAS en que Cataluña dirimía su futuro (era el 12 de octubre

de 2017) de la manera más desagradable —¿puede decirse violenta aun sin sangre?—, oigo en un café del Raval, Els Àngels se llama, que extrañamente conserva todavía el aire de las viejas granjas para mujeres y dar de merendar a los niños al salir del colegio, una conversación entre dos jóvenes. Leo el periódico y anoto en mi libreta. Visten camisetas independentistas, aunque gastadas hasta llegar a un negro polvoriento con manchas blancas de lejía; a los pies de la mesa han dejado los sillines de sus bicicletas.

Dice uno: estuve en el sur de Moldavia para ir a ver pelícanos, pero cuando llegué ya no había. La superficie de Moldavia, prosigue, es como la de Cataluña, aunque nosotros tenemos más habitantes; la gente lleva a los niños al colegio en carros tirados por caballos (en realidad son mulos).

Antes estuvo en Eslovenia y durmió en una casa de madera ¡con seis camas!, en mitad de un bosque. ¿Sabes cuánto pagamos al día? ¡Diez euros!

En 1992, se autoproclamó la independencia de Transnistria, aunque no fue reconocida por nadie. El país recorre de norte a sur el río Dniéster, tiene bandera, himno, moneda y una conversación puede empezarse en ruso y terminar en moldavo. ¡Como nosotros! Y es baratísimo. Yo, cien euros los gano en un día de trabajo fuerte (debían de ser programadores informáticos), dice uno de ellos, y se los regalaría para que ella, la *meva xicota,* pueda vivir mejor.

Ha conocido a una moldava con la que ha tenido un «choque cultural» —así lo define—. Creo entender que a ella le gusta que sea el hombre, es decir, él, quien trabaje, pero a él no le gusta ese modo de vida en el que las mujeres estén al servicio del hombre. Tampoco a la *seva xicota,* pero no sabe cómo decírselo.

CUANDO ÉRAMOS JÓVENES y confundíamos la miel con el veneno, en Barcelona no existía la palabra «nacionalismo». No la palabra. Yo por lo menos no la oía, o no sabía oírla. Estaría guardada en los corazones, conservada por un instinto de pertenencia del que yo estaba alejado. Cada animal sigue a su manada, la huele y la oye lamentarse en la noche. Quién sabe si hasta a los más fervientes seguidores les daba vergüenza porque en el fondo sabían que era despreciar a los otros, al servicio. No sabía qué era, como sí lo sé

ahora. Lo único que descubrí que me hizo sentirme algo diferente a otros —nada que no se pudiera remediar: la raya del pantalón planchada por mi madre y otros detalles, como la raya del pelo, tan estricta y bien marcada, por si acaso— era no tener un saco de dormir, una tienda de campaña, una mochila, botas de montaña conservadas con grasa de caballo, gorro de lana, mapas con las cotas, canciones.

Yo no tenía canciones, aunque sí las canciones de mis casetes y de la máquina de discos de los billares de Sánchez. Y «El clan de la 1» en la radio. Tenía las canciones de mi madre. Y las de mi padre, más ocultas. Yo no tenía palabras como Taga, Tagamanent, Pedraforca, Les Guilleries, Montserrat, Sant Miquel del Fai, Turó de l'Home, Matagalls, el Cadí, Ribes de Freser, Núria, el cremallera de Núria, *foc de camp* y sus canciones para cantar en grupo en el tren, ya de regreso, quemados los labios por el fuego y los besos de aquellas parejas que luego continuaron juntas y seguían cogiéndose por la cintura igual que cuando iban de excursión. Y el horror que me causaba volver a encontrármelas pasados los años, el veneno y la miel, cogidos de la misma manera, tan compasados, alcanzado el «proyecto de vida», como solía decirse.

Yo nunca tuve ni necesité un saco de dormir, ni una tienda, ni botas de montaña, y cuando subí a una de esas cimas lo hice como un delincuente: mal equipado, con más arrojo y voluntarismo que conocimiento del medio. En el arrojo hay siempre algo de servidumbre, de demostración de sacrificio. Se notaba que yo no tenía pasado alguno —*pasado historiado,* se entiende—, que no había heredado nada. Lo que ellos denominaban *un matao*. Mis canciones eran las de mi madre, las de la radio, las de algunas ediciones matinales en casa de algún amigo que tenía tocadiscos —así oí por primera vez «Smoke on the Water», de Deep Purple— y las que toqueteaba en discos Castelló. Sin embargo, en una ocasión me presté a acompañar a pasar la noche a la intemperie, a hacer vivac, con un amigo, porque se había peleado con su novia, también montañera, y había decidido dejar el calor de la tienda de campaña y dormir bajo las estrellas. Yo le acompañé y me sentí bien. El frío fue el pago, la comunión con la estrellas. El himno

donde no corre la sangre, como así lo imaginó Schiller. Ellos se separaron y a mí me produjo un alivio pensar que mi amigo podía haberse pasado la vida con ella en una excursión eterna, cogidos igual que siempre.

Como dijo un gran excursionista, el más intrépido excursionista de Cataluña, el que subía cada año con sus hijos al Canigó, otra montaña sagrada, a respirar aire puro y a limpiarse las branquias de toda la porquería acumulada en la ciudad contaminada, yo debía de ser un hombre por hacer, o medio hecho.

CIRCULABA EN BARCELONA un léxico político muy elaborado —entre la gente «politizada», como se decía— que hablaba de la «alianza de las fuerzas del trabajo y de la cultura». Una persona normal —no «politizada»— se hubiera partido de risa. Solo oírlo ahora, no antes, es fácil pensar que se había dado con la fórmula de reconciliar a los de abajo con los de arriba. Ya llevaba un tiempo en la ciudad, tres o cuatro años, y había comprendido pese a mi juventud quiénes mandaban realmente, aunque viviese Franco, pues sus herederos naturales hacía tiempo que habían encontrado acomodo en todos los estamentos de su dinámica sociedad civil, de manera que a la muerte del general la reconciliación nacional ya era un hecho. De nuevo, la diferencia.

Lo comprendí visitando la casa de algunos compañeros de las algaradas de bachilleres, en las que pronto encontré un lugar con una abnegación ciega, puede que para ser aceptado entre los escogidos y salir de una vida humilde, o «alienada», como tan inconscientemente decíamos, yo el primero, puede que para vengarme de alguna ofensa. Creo recordar ahora que incluso les llegué a decir a mis padres que estaban alienados, o mejor dicho, que yo no lo estaba. Mis padres se reían entre orgullos y compasivos al ver cómo su hijo sabía más que ellos, que de algo servía pagarle los estudios, y utilizara palabras extrañas cuyo

significado no les decía nada. Ni aunque su sonido lejano recuerde a los *alienígenas,* gente extraña que no es de este mundo, que viven escondidos, gente que no es consciente de su vida, anulada, muertos vivientes. Como aquellas películas que veíamos de niños.

La casa burguesa, además de por detalles decorativos muy cercanos al color de la madera, los sonidos, el olor a sacristía —alejado del habitual aroma de las cocinas de las casas humildes— y un orden en que cada detalle tenía una función simbólica, se distinguía por el papel de la madre y, en un segundo plano, el del padre. La madre deambulaba por la casa sin delantal, rejuvenecida, vestida con pantalones, entretenida en tareas decorativas, podando plantas o sentada leyendo, hablando con una amiga o haciendo una buena labor parroquial. Incluso con las manos en los bolsillos de su pantalón de tiro alto, cuando todas las madres normales o alienadas vestían falda. La cocina no era el centro de la casa. El padre tenía su propio despacho y hablaba de restaurantes que conocía en todos los rincones de Cataluña, incluso más allá, y maneras de cocinar la *vedella amb bolets* o el *arròs amb espardenyes.* Viajaban a Francia y hablaba de los *fruits de mer* de Sète como otros hablaban de la plaza de los Pajaritos o de las patatas fritas de la plaza Real.

El poder era una manera de estar, de comportarse, de andar con la cabeza erguida —no alta—, aunque los hombros se resbalaban con pereza, desabrochado por no estar obligado a guardar las formas (ni que la vida fuera estar siempre buscando trabajo todo el día), porque bastaba con unos saberes mundanos, cómo coger setas y dónde comer los mejores guisantes, la tranquilidad heredada de que, pasase lo que pasase, tu vida nunca cambiaría, ni se vendría abajo estrepitosamente. El paro, los cartones. Ruidos, no, nunca. Silencio silente. Entre ellos, nunca se pidieron cuentas, ni reclamaron la reparación de injusticias, sin embargo, pasado el tiempo, cuando la neblina cubrió la memoria y se alcanzaron los objetivos, se achacó la ingratitud de los *«nouvinguts»,* de los «otros catalanes», de los emigrantes, de los charnegos —como el blanco para los esquimales, los grados de ciudadanía en Cataluña son infinitos—, forasteros, en definitiva,

hacia la tierra de acogida por su incomprensión del futuro que habían preparado, mientras ellos habían venido enrolados como fuerzas invasoras sin ni siquiera saberlo. Pobres —*pobres!,* dicho en vernáculo— ignorantes.

Durante muchos años, se soñó despierto con esa alianza entre las fuerzas de la cultura y el trabajo, hasta que los de arriba procesionaron en masa, lentamente y sin hacer ruido, hacia la administración histórica —la Generalitat medieval—, se hicieron con las riendas del poder político engarzando la bisutería con oro desenterrado y dejaron a las fuerzas del trabajo cumplir su propia misión biológica: trabajar y morir. Así es la vida. Unos perduraron gracias a su linaje y los otros simplemente cumplieron las leyes de la historia y se les otorgó el olvido en las cadenas de montaje, las fábricas, los andamios, los trabajos humildes, las academias nocturnas, los barrios de la periferia y algunas coplas para aliviar el corazón del amo, no el de ellos, sino precisamente el del amo. Puro materialismo histórico, porque, además de discretos burgueses, ¡eran marxistas!, aunque su clase perduró y el sacrificio —la superación— la pusieron otros.

Algunos la llaman *«trash»,* basura social. No prometieron nada, es cierto, pero bastó que alardearan de su discreción, de su saber estar —y de paso la conjugación de saber ser—, de que estaban apuntalados a la tierra por sólidos pilares, para que el resto comprendiese que seguían a la intemperie, hecho que daba derechos.

Hemos asistido al hundimiento de esa la alianza y al engaño —llamarlo traición es haber esperado algo— de las fuerzas de la cultura, capaces de llevar a todos al desastre por cumplir las leyes de su Historia con tal refinamiento que es fácil que broten escenas del mejor *kitsch.* Siendo fiel a ese estilo, permite que amplias capas de la sociedad den rienda suelta a sus sentimientos con suntuosa pretenciosidad hasta convertirlos en un almíbar contraindicado por la razón, aunque muy eficaz para adulterar la verdad, que es más peligroso que la simple mentira, como ya advirtió Joseph Roth, testigo de la alianza entre cursilería y totalitarismo. Milan Kundera lo expresó por conocimiento personal en *El arte de la novela:* el

«hombre *kitsch»* tiene la «necesidad de mirarse en el espejo del engaño embellecedor y reconocerse en él con emocionada satisfacción».

De todas esas variaciones que en Cataluña se le da a la ciudadanía de segundo orden hay una que tiene las características de ese *kitsch* de aparentar más de lo que su distanciamiento sociológico exhibe, por puro desconocimiento de lo que va esta vida. Lo leí en un periódico de Barcelona, el 1 de septiembre de 2012. Septiembre es un mes muy cruel en esas tierras. En ese periódico escribía alguien, al que no conozco, con una tranquilidad pasmosa —qué distancia da no jugarse nada, nunca, nada— del *«white trash»,* nuestra basura blanca. Nuestra basura blanca son los hijos de los «inmigrantes de los sesenta» que se quedaron aislados, sin prosperar, perdidos. Los poligoneros. Los de la periferia. Esa gente que buscaba trabajo en el mismo periódico fielmente cada lunes, como yo mismo hice tan feliz, con mi café, como un señor de Barcelona, y mi Ducados, pues ya fumaba, y me las daba de algo por la ciudad, como si fuera mía, aun no teniendo nada. *White trash,* qué cursi, llamar así a la basura inmigrante. La sal de la tierra.

Es extraño y solo conduce al resentimiento, base del nacionalismo —provocar el resentimiento del otro, la inadaptación, la culpa, la inacción y la nostalgia y su mal sabor de boca por no tener una buena digestión—, que aquella Barcelona que conocí nada tenga que ver con la basura blanca, y que ellos mismos, los que teorizan sobre la *white trash,* fueran los más aplicados monaguillos del régimen en sus liturgias colectivas protegidas por la aristocracia clerical. La *black trash.* Es inquietante ese interés sobre ese extraño ser, el inmigrante, esa obsesión hacia un ciudadano al que desconocen y tratan como mercancía sociológica.

No debo continuar por ese camino de resentimiento, y ahí lo dejo, pues expele una escritura agria, demasiado veloz para mi gusto, un punto resabiada, pendenciera. No es el objetivo de este descampado, que nació en un lugar edénico, libre, inocente, demasiado humano. A medida que me he adentrado en él, la basura es más inmunda y aflora el rencor.

NUNCA CONTARÉ TODO lo que he visto, ni lo que he vivido, ni lo que he visto en mis padres. Por pudor. Porque es imposible y por no aceptar, nunca, la sumisión del que confiesa, del que habla y explica sus derrotas con lágrimas en los ojos. Pero ¿qué derrotas? Solo hablaré del silencio (el mío, como puede leerse, no cuenta). Que hable el silencio.

Hay que esperar cuarenta años, o más, para entender algunas cosas. Ahora entiendo por qué a Hospitalet se le puso una ele con apóstrofe delante tras una campaña publicitaria ejemplar y moderna, como el «I love New York» de Milton Glaser, marcando las distancias. Era mejor emprender la revolución lingüística de cambiar las palabras que no la de asfaltar los descampados. Aunque mejor así, polvorientos antes que urbanizados, y llenarlos de viejos tomando el sol en los bancos, como pájaros en el tendido eléctrico. España es un país de bancos, en las plazas, en las calles, en los jardines; hay bancos en lugares absurdos que, de sentarse alguien, estaría contemplando un páramo de grúas, farolas y tomas de luz de una futura promoción urbanística. Donde hay un banco, hay algo que mirar. Los viejos se sientan en los bancos y pasan el día, y los jóvenes también se sientan en bancos: unos en el respaldo y otros en el asiento propiamente, y así también pasan las tardes, dejando luego ese sedimento de pipas, por no hablar de la banda sonora del crujir del fruto hispánico del aburrimiento. Ni se dan cuenta de que faltan más bancos, que los viejos se pelean por los bancos, porque hace frío o porque hace calor.

Antes de ese urbanismo de costurón, de zurcidora, según humilde expresión del jefe de las costureras, sentado él en su butaca *Barcelona,* era mejor cambiar las palabras. Las palabras nunca se quejan, aunque tengan vida, ni cuando se pisotean como cucarachas o se las viste como perritos de circo, para gustar. Había que cambiar la silla de eneas por la silla *Barcelona,* aun siendo más ecológica y sostenible —horas y horas sentados esperando la noche

— y humana, pues se adaptaba al cuerpo de las personas y moría abriéndosele las tripas, y nosotros ayudándola a morir tirando de sus tallos secos por costumbre, o dándoles una nueva vida al volver a tejerla, o haciéndola desaparecer en la chimenea, que, después de todo, era el último servicio que nos hacía. Sin hablar. En silencio. Solo su crujir. Las sillas y las palabras nunca se quejan, aun soportando el peso de todas las injurias. Se adaptan a quien las dice, al cuerpo y a la palabra.

Pero frente a ese desaliño urbano, siempre siguiendo el orden natural de las rieras, las vaguadas, los bancales, las acequias secas, las demoliciones inacabadas de fábricas, que son los accidentes que dibujan el extrarradio, está la ciudad que mantiene el orden cuadriculado de sus calles, ese comunitarismo medido para desarrollar unas normas de educación precisas —buenos días, buenas noches, pase usted primero—, cívicas, la «basura pétrea», definida por T.S. Eliot, habitada por personas hechas, con pasado y futuro, mientras en los descampados el sol era cuartelario, con un horario natural estricto dependiente de las inclemencias del tiempo. Caía la noche como una losa sepulcral.

La conservación del pasado y la memoria no es reciente, y habrá que buscarlo en los orígenes de nuestra civilización. Así lo atestigua la célebre frase de la tumba de las Termópilas, ya desaparecida:

> VE, DI A LOS ESPARTANOS, TÚ QUE PASAS POR AQUÍ,
> QUE AQUÍ YACEMOS OBEDIENTES A SUS LEYES.

Son los trescientos hombres que impidieron el paso a los persas y con ello la defensa de lo que hoy somos, exagerando mucho, para bien o para mal. No había más objetivo en esta inscripción que recordarlo, como así sería el significado de cualquier monumento. Es la memoria y con ella algo de la eternidad que se concede a los antepasados que lo merecen. Pero el problema es que hoy se lo merecen todos, cualquiera se lo merece. A este respecto, en Roma estipularon la *damnatio memoriae,* atributo que tenía el Senado para condenar al olvido a quien se

considerase impropio del recuerdo. Esa «condena a la memoria», a desaparecer, a no ser nunca jamás recordado, es, ahora, una pena insoportable. Ya no basta con ocupar el lugar discreto que el sedimento de la vida te dé a la espera de ser desenterrado pasados los años, sino que debes ya ser pasado, presente y futuro, ahora. Todo, ahora.

EMPECÉ A TIRAR cosas a este descampado antes de que se pudriera todo. No tuve la menor intención de hablar de una entidad tan hiperhistórica, hiperpolítica e hipersentimental como Cataluña, entre otras razones porque yo nunca he vivido en Cataluña, sino en Hospitalet y en Barcelona. Nunca he vivido dentro de un libro de Historia. Un libro desplegable, con sus dibujos movibles, que, una vez abierto, siempre cuesta cerrarlos, so riesgo de que acaben mal plegados, deformes, rotos, más allá de la encuadernación.

Tiraba a este descampado los objetos de mi memoria para que ellos mismos no me pidiesen luego tener un valor *epistemológico*. ¿Un desecho pidiendo tener sentido y valor? Para que, pongamos por caso, el olor de una butifarra de perol no sea motivo bélico, ni siquiera el fétido aroma de los purines de cerdo al caer la tarde ampurdanesa. Utilizo una expresión desagradable, pedante, ridícula, pero que procede de la gramática filosófica de la Teoría del Conocimiento —según la asignatura estudiada en la facultad— para yo mismo protegerme y aparentar también ser alguien distante, incluso desagradable, que rehúye ante todo de la épica del meteco que llega a Barcelona y se hace un lugar a base de arrojo y laboriosidad, o dicho como en realidad se decía: haciendo horas extras (nuestro paisano que trabajaba en la Seat lo expresaba muy felizmente: haciendo turnos). Pero no solo se trataba de trabajar, aunque a eso vinimos (¿se dan cuenta de lo fácil que es caer?: fueron mis padres los que trabajaron, aunque nunca fue un drama, al contrario), sino de vivir.

Si luego se dio color al paisaje, fue involuntario, leyes de la

historia, aunque buena falta le hacía. Injertarse suponía muchas veces cantar canciones rencorosas y religiosas. Una vecina nos tiraba desde su balcón al nuestro ramas de sus macetas para injertarlas, sin decirnos nada (cuando Joaquina y yo nos fuimos al Ensanche, que eso sí era prosperar): ese me ha parecido un modo de integración muy natural. No bastaba con ser ciudadano, aunque fuese de segunda, tercera, incluso de ínfima extracción social, un desclasado, sino que había que formar parte de un pueblo a costa de perder el sentido de la individualidad, siempre más elegante, y la disidencia.

Empecé a tirar a este descampado cosas que me sobraban y describir así un basurero moral. Lo que nunca imaginé es que el producto se estuviese pudriendo en el escaparate. Olía mal, reverdecía la carne con el color de una estilográfica de ala de mosca, aunque literariamente indescriptible. Olía mal, pero no como el contenedor de basura que había delante de casa de mis padres, calle Oriente, número 45, y mi padre consiguió que lo trasladasen de lugar después de pedirlo en las oficinas municipales —ya estaba jubilado—, pero sin que se lo colocasen a otros vecinos, sino en algún lugar donde nada más abrir el portal no te llegase el terrible olor de la inmundicia. Esa fue su victoria, y allí siguen los contenedores, ahora con compañeros de material reciclable. Huele igual en todos los lugares del mundo que conozco, y eso me reconforta, porque la basura nos hace a todos iguales, no hay identidad diferenciada, ni derecho que se adquiera por su acumulación, aunque sí por la capacidad de esconderla o perfumarla. No debería olvidarse que en la Francia revolucionaria fueron las protestas tumultuosas de la población las que consiguieron que el hedor de las fosas comunes fuera paliado no con sepulturas, sino poniendo en su lugar un mercado de víveres. *Cuisine du marché*.

Pero el olor de Barcelona de esos días no era como la estela que dejan los camiones de la basura cuando cruzaban a toda velocidad la ciudad camino del estercolero, antes, y a la planta de reciclaje, pasado el tiempo. Can Pi era el basurero de Hospitalet y según hacia dónde soplara el viento llegaba su fúnebre olor de

flores muertas. Llegaba a mi casa, llegaba a todo el barrio, anunciando la noche. Los basureros de Can Pi tenían derecho a rebuscar en los desperdicios antes de quemarlos y llevarse los pecios aprovechables. Era un privilegio de un oficio de ínfima condición.

Barcelona empezaba a oler a sudor y perfume —como los lavabos de los aeropuertos huelen a una mezcla de mierda y Chanel n.º 5—, es decir, los infinitos aromas personales que cada cual emanaba o exhalaba con gritos y canciones salvíficas. Era pura corporeidad, carne, sudor, lágrimas. Faltaba la sangre, pero eso es otra cosa, y por más que la buscaron, no consiguieron ni rozaduras en las sandalias de los niños. No era el sudor del esfuerzo físico, del que suelda una plancha de acero o está metido en las tripas de un coche, sino el de las masas, el de la multitud que ha dejado de ser persona para ser nada amébica. Un magma volcánico convierte a los pueblos —a algunos pueblos, a los mejores— en una lengua monstruosa que se arrastra lentamente hasta el mar. Diez kilómetros, doce, tal vez más —¡hemos llenado toda la Diagonal gracias a vosotros!, decían emocionados desde la megafonía—, y llegarían hasta Montserrat de rodillas si se lo propusiesen, o rodear el perímetro de su tierra, incluidos los territorios anexionados, marcando la frontera cogidos de la mano. Así lo hicieron.

Ahí estaba como prueba ese río devastador que se lo lleva todo por delante, compuesto por ínfimas porciones para ser contempladas desde los balcones, helicópteros y drones, de niños, jóvenes, mujeres, hombres, ricos, medio ricos y administrativos públicos, viejos, viejas con el pelo tintado de blanco a lo *garçon* —pero no la raíz, huella oscura del sentido práctico-salvaje del verano eterno— y, por último, viejos y viejas izquierdistas que habían encontrado, al fin, su camino. Mirados desde arriba, tal y como los observa el director de coreografía, son puros datos para el recuento por el sistema de contabilización de masas —cuatro personas por metro cuadrado—, democracia plena y tiranía, como advirtió Platón muchos siglos antes, sin aire para que vuelen las palomas, añadía.

Cómo no recordar los atributos de la muchedumbre descritos por Elias Canetti en *Masa y poder* y que tan fielmente creí ver esos días. Primero: la masa siempre crece («su crecimiento no tiene impuesto límite alguno por naturaleza» y quien quiera ponerlos provocará su estallido). Segundo: en el interior de la masa reina la igualdad («una cabeza es una cabeza, un brazo es un brazo, las diferencias de ellos carecen de importancia», así se define la igualdad absoluta y «posee una importancia tan fundamental que casi se podría definir el estado de la masa como un estado de absoluta igualdad»). Tercero: la masa ama la densidad («nada ha de interponerse, nada ha de dividirla; todo, en lo posible, ha de ser ella misma» y llegará el día en que esa densidad pueda ser medida con más precisión, pues esta es la esencia misma de masa, su razón de ser). Cuarto y último: la masa necesita una dirección («una meta situada fuera de cada uno de ellos, y que es la misma para todos, anula las metas privadas, desiguales, que supondrían la muerte de la masa», una meta inalcanzable para asegurar la pervivencia de la masa).

Introduce Canetti dos conceptos, el de masa *lenta* y la masa *rápida,* cuyas características me parece que quedan alteradas en lo que he visto en Barcelona en esos años. Si la masa *rápida* es la que corresponde a las muchedumbres políticas, deportivas y bélicas, que son las más extendidas (tal vez podamos hablar de una masa *pulverizada,* pero el libro lo terminó de escribir en 1960, aunque tiene su origen en una terrible visión de 1925), las masas que he visto cubrir como un magma indivisible la Diagonal y otras arterias de la ciudad corresponden más a la masa *lenta,* que es la que corresponde a las masas religiosas. «La masa lenta», escribe Canetti, «se reúne con lentitud y se ve a sí misma como algo permanente en una lejanía remota.» Puede que inalcanzable, pero hay comunión.

HAY UN AIRE, un temblor. El 11 de septiembre de 2014, a las 17.14

horas (efectivamente, por el año 1714) yo estaba a la altura de la plaza Francesc Macià de Barcelona. Llevaba todo el día recorriendo la V de once kilómetros —y 1.800.000 millones de personas, según el recuento oficial— que acabaría culminada gráficamente recorriendo Gran Vía y Diagonal con vértice en las Glorias —prótesis que lleva años sin encajar, desde que desaparecieron los viejos Encantes, el humilde mercado de las cosas viejas— a esa hora sagrada. Tenía crónica, como suele decirse, demasiada crónica, pero yo mismo me encontraba embriagado de tantos cánticos y gritos, y eso no es bueno, y ópticamente empecé a sentir un cierto daltonismo selectivo provocado por una mancha amarilla y roja que lo inundaba todo. Mirase donde mirase, solo podía ver gente sudando —también yo—, en un estado que rozaba la enajenación mística —¿cómo soportar tantas horas en esa especie de *concentración de Arafat* en La Meca?—, sin más horizonte que banderas y estandartes, demostrando disposición al sacrificio, pero con una mansedumbre bíblica que puede destrozar los nervios de la persona más templada. Esa es su arma secreta. La mansedumbre. En ese instante, las 17.14 horas, como si el rugir hubiera iniciado exactamente trescientos años atrás y ahora llegase a nosotros, sentí un temblor: la gente saltaba eufórica, niños, viejos, hombres, mujeres, sin diferencia de condición social, catalanes todos, produciendo un movimiento telúrico real. El suelo temblaba. Luego se produjo un momento de vacío. Era la *masa retenida* de Canetti, en la que cualquier movimiento realmente libre sería imposible, «su estado tiene algo pasivo, la masa *espera*».

La revolución nacionalista catalana es la obra de arte total. Ha hecho brotar lo que estaba oculto, lo que no veíamos o no sabíamos ver. De ahora en adelante, nada permanecerá en la oscuridad del silencio.

Me pregunté entonces —y así lo puse en la crónica que escribí— ¿dónde está la gente que no está? Retórica absurda, pregunta que en ella misma se escondía la respuesta: la gente que no está allí, sencillamente no está, no existe. Ser y estar. Ha sido expulsada, arrojada de la ciudad, está refugiada en sus casas, en la playa, o en la caravana de un peaje de la autopista, con sus pesares

y alegrías, en los infinitos menesteres de una vida normal y corriente. La normalidad con ese punto de inteligencia que denota el conformismo, la adaptación al medio, la supervivencia. Los que no están han huido o se han escondido.

Es aceptado por los gramáticos que a *ser* se le atribuyen cualidades estables y a *estar* atributos transitorios y accidentales. Hay excepciones. Por ejemplo, *ser simpático* es una cualidad que puede ser transitoria. O *ser tolerante*. Lo eres un día, un rato, un momento en una circunstancia determinada, porque puedes digerirla sin esfuerzo, porque puedes tolerarla, como una comida, o el alcohol. Asimismo, *estar* puede ser momentáneo, transitorio. Estoy aquí, pero dentro de cinco minutos estoy en otro lugar. *Estoy contento,* pero solo porque en este momento el mundo me parece amable, habitable. Algunos gramáticos acordaron que a *estar* se le atribuyen cualidades que tienen que ver con los sentimientos, mucho más volátiles.

Me alertan, sin embargo, de que la gramática cognoscitiva atribuye a *ser* y *estar* funciones diferentes para el observador. Mantener una distancia visual sobre el objeto nos abre un campo con mayor información, mientras que la proximidad —por ejemplo, estar dentro de una manifestación que a su vez emula a todo un pueblo— nos da innumerables detalles, pero nos priva del contexto y, puestos a entrar de lleno en el tema, de situar a Cataluña en una de las corrientes reaccionarias que circulan por Europa. *Ser,* por lo tanto, es mantener una posición distante, lejana, mientras *estar* nos obliga a *estar* dentro de la escena, y eso es engañoso, incluso venenoso, porque parece gente normal, y probablemente lo sean en su mayoría, pero, en cuanto que pueblo —si bien es cierto que un pueblo casi perfecto—, acoge a sus violadores, defraudadores y depredadores políticos. Por lo tanto, a través de esa cercanía se adquiere una visión emocional poco recomendable cuando lo importante es *ser* por encima de *estar*. Es decir, *ser* —lo que *es*— por encima de *estar,* en este caso en uno de los movimientos más insalubres que recorren el continente.

En el caso de aquellas jornadas en Barcelona, ser era estar y estar era ser. Era existir. No había opción a la transitoriedad, a la

elección, al gusto y la opinión. La negación de los que no estaban era evidente, ofensiva, dolorosa. El nacionalismo siempre habla arrogándose la voz de todos y negando por lo tanto la palabra libre e individualmente vocalizada. Las calles estaban vacías, a pesar de esa masa de gente que ordenadamente recorría las arterias principales de la ciudad. Sin embargo, cometí el error de aproximarme en vez de alejarme. Me senté en el bordillo de un parterre mientras a mi lado comían los manifestantes a la espera de acudir a la cita concertada. ¿Cómo no sentir una cercanía humana con una especie que se alimenta con bocadillos envueltos en papel de plata y luego recoge los restos y los deposita en la papelera, como haría yo? Nada había que recriminarles. Pero yo no había acudido a Barcelona a ver cómo se alimentaban unos ciudadanos para coger fuerzas y aguantar unas horas en una concentración de masas, ni a comprobar su comportamiento cívico. No tenía ningún interés. De ahí que —ahora lo entiendo— es aconsejable mantener las distancias y tomarlos como partículas que componen una masa. «Nada teme el hombre más que ser tocado por lo desconocido», nos advierte Canetti.

En mi crónica me permití recordar que la plaza de Francesc Macià se llamó antes Calvo Sotelo, pero no por ser un dirigente conservador y católico asesinado, percutor de la Guerra Civil y símbolo del franquismo y la capacidad de los barceloneses de resistencia, sino como un guiño que yo mismo me hice sobre la Barcelona que viví, por si alguien lo cogía (es el típico comentario que el editor siempre corta si necesita cuadrar el texto, pero no lo hizo). Allí abrió el bar más pijo de toda Barcelona, teniendo en cuenta que es una denominación de desclasamiento donde conviven ricos y buscavidas, La Oca, en dialéctica —como decían los izquierdistas que también se refugiaban en él— de la pugna callejera entre *«gent de casa bona»* y mataos de la periferia —o pijos de poca monta que allí se disfrazaban o robaban a punta de navaja el atuendo o lo compraban tarado—, porque su puerta era un lugar de citas y encuentros: Bultacos lobito con bidón amarillo, gafas Ray-Ban de aviador, Levi’s de pana fina, Lacoste, Fred Perry —sin tara, tarados—, mocasines Sebago, jerséis de angora cortísimos,

tabaco rubio, abrigos de piel vuelta, tanto ellos como ellas, agarradas siempre a la montura, mimetizados y unidos sus cabellos al viento.

La Oca ocupa, además, un lugar especial en la memoria de la resistencia democrática barcelonesa: allí fue donde se le comunicó a la dirección de la revista de humor *Por Favor* que Franco había dado el enterado y que a Salvador Puig Antich le quedaban horas de vida, por si se les quitaban las ganas de celebrar la cena de presentación. Pero había que resistir y Franco no iba a ser el impedimento para suspender la fiesta. Todo eso me vino a la memoria, pero no tenía espacio ni tiempo para contarlo —ante todo no quiero aparentar ser un resentido, aunque lo sea—, así que me limité a decir que antes de llamarse Francesc Macià se llamaba Calvo Sotelo, para que nadie lo olvide.

Antes de llegar a la plaza Francesc Macià callejeé por las manzanas de los alrededores para evitar la masa cada vez más densa. Fue así como me encontré con la escena más perturbadora de mi largo paseo, y no hubo pocas. Al cruzar Aribau seguí por la calle Londres y, al llegar a Muntaner, me encontré frente al bar Velódromo, un clásico café con su altillo con billares, barra de madera, veladores con sofás y su aire intemporal *fin de siècle* aunque algo toqueteado —no recordaba la puerta y los ventanales de color verde manzana, más propio de una perfumería—. Lo perturbador, lo monstruoso, es que en su interior había gente adulta tranquilamente sentada tomando el café de sobremesa —ni siquiera el carajillo— vistiendo una estelada por capa. Banderas en un café. Entré y a punto estuve de preguntarle a un camarero de la barra —el absurdo periodístico de tener un entrecomillado— si permitían que se pudiera entrar con banderas en un lugar para el reposo y la contemplación, exponente máximo de la civilización urbana. Así no se lo hubiera preguntado nunca, claro está, pero bastó con verme reflejado en el cristal del botellero y al camarero ajetreado de un lado para otro de la barra y hasta a un perro a mis pies al que le habían puesto un cacito de agua —ahora me he enterado de que el establecimiento aceptaba mascotas—, para sentirme ridículo. Un hombre ridículo. Me fui y dije algo en el

artículo recordando a George Steiner y su idea de que Europa es un café lleno de gente, voces, palabras, lecturas, un lugar civilizado. Sin banderas.

Ahora tengo el texto delante. «Si trazamos el mapa de los cafés, tendremos uno de los indicadores esenciales de la "idea de Europa"». Recorre el café favorito de Pessoa en Lisboa, el de los gánsteres de Isaak Bábel en Odesa, el de Kierkegaard en Copenhague, los de Palermo, los *«poste restante»* o apartados de correo, único domicilio donde recibir una carta, los del Milán de Stendhal, la Venecia de Casanova, el París de Baudelaire y los de Viena, donde hubiese sido posible encontrar a Freud, Musil, Kraus. Y cuantos más lugares cita Steiner, más grande se hace el peligro de ese nacionalismo cuyo pacifismo es tanto más agresivo cuanto más grandes son sus cualidades beatíficas. ¿Acaso creerán que es tan virtuoso que si algún día llegara su victoria final no se alzarían fronteras, las fronteras de siempre? Desgraciadamente, en este campo está todo inventado. Una enfermedad no puede mutar en un campo de rosas.

Esos días, en Barcelona se cruzaban dos corrientes humanas: el turismo y el nacionalismo. Dos ismos agotados y agotadores —no paran desde la mañana hasta que se recogen—, que se conocen, se desprecian y se necesitan; son familiares lejanos, de la familia de *los de aquí* y de *los de allá*. Los de casa de toda la vida y los de fuera por unos días, los que reafirman el origen y los que sueñan con no ser de lugar alguno por unos días.

Vi el choque de esas dos corrientes una mañana del 11 de septiembre, en la calle Montcada, en lo que antes se llamaba la *zona húmeda* y ahora la *zona cero del nacionalismo* (por los muertos encontrados de 1714). Unos, los lugareños, querían llegar al paseo del Borne, a la espalda de Santa María del Mar, cruzando esa callejuela noble y medieval desde la calle Princesa, donde una compañía de miqueletes iba a disparar sus arcabuces y mosquetes y soltar el consecuente olor de la pólvora que tanto gusta en los días de fiesta cuando se mezcla con el azúcar quemado. Y el de las bostas de caballo que montaba un oficial retador que hacía aletear algo chulesco las manos del animal. No era una broma, ni teatro,

porque la exhibición iba en serio —la tropa y los oficiales tenían caras de otro siglo, puede que sus cerebros también— y es probable que esos soldados disfrazados de época matasen al mismísimo conde-duque de Olivares de aparecerse por allí como cualquier turista, no digamos a Felipe V, y puede que a toda la dinastía borbónica y a quien se lo impidiera. Es decir, se cumplía con mimo lo que definía a esos días en Barcelona: comedia, pero sin el menor sentido del humor. Comedia con una mueca trágica, patética.

En dirección contraria, queriendo huir de las explosiones y petardos verbeneros de tan pintoresca gleba, una riada de foráneos intentaba abrirse paso siguiendo a sus guías, que enarbolaban objetos absurdos para hacerse ver en mitad de la multitud. Muy probablemente acudirían a la visita concertada en el Museo Picasso y debían ser puntuales. Por lo menos Picasso era un punto de referencia por el que guiarse, pero ¿qué eran aquellos hombres malencarados vestidos con atuendos de feria, babeantes, sudorosos, viejos aun siendo muchos de ellos jóvenes, como si llevasen andando tres siglos seguidos? ¿Los extras de esta película que siempre acaba mal y que llamamos España? En mitad de la calle, un paquistaní vendía banderitas independentistas —de mala calidad, para agitar—, que a esas alturas del negocio ya ni podían contentar a un niño de pecho porque sus padres y hermanitos las vestían de capa. Todo el mundo llevaba un símbolo nacional enganchado al cuerpo. Menos mal que son ellos los que están marcados con sus símbolos y no los otros.

Si pudieran mezclarse ambas corrientes y batirse como un cóctel de aperitivo, saldría una bebida repugnante, intragable, muy colorista, con bengalas y un paraguas japonés, una delicada *wagasa* de papel, pero vomitiva. Era realmente difícil ser solo una persona en Barcelona. Un hombre solo. No reconozco a la que durante años fue mi ciudad, que se distinguía por aportar un punto de distinción y burguesa individualidad. Aquellas sillas en Canaletas en las que se respetaba la soledad del observador que miraba a la gente pasar, leía el periódico o dejaba volar las horas por unas cuantas pesetas que cobraba un uniformado con gorra de plano, en su mayoría

excombatientes mutilados. Eran otros tiempos.

Esa expresión, *eran otros tiempos,* es la que me ha librado de la quema de viejos amigos. Es el cortafuego que desciende por la montaña e impide que las llamas pasen de un lado a otro dejando un espacio vacío, devastado. En Barcelona existe en estos momentos mucha *nada*. Muchos espacios vacíos para evitar que se propague el fuego.

VIAJO A BARCELONA con ansiedad, miedo, tristeza. He querido elegir con cuidado esa palabra que tan comúnmente utilizamos, «tristeza», porque basta oírla para sentir su roce sin ni siquiera inmutarnos. No era el caso: yo sentía la tristeza de una pérdida. De una vida. La ciudad ya no me habla, yo tampoco le pregunto. Es un friso continuo de edificios y personas. Luego, días después, regreso a Madrid sin nada que contar. Lo que he visto, lo he escrito, pero son palabras muertas, incapaces de sugerir una imagen, una idea, el diagnóstico de una enfermedad incurable. Es como cuando se dice «te veo mejor» y sabes que le quedan horas de vida. Solo es la descripción de ese telón teatral de calles y manifestantes con un sentido comunitario parroquial. Hay una saturación sentimental, la palabra ha muerto porque se ha impuesto un doble lenguaje en clave, y solo se abre paso el corazón, ni siquiera la casquería, que requiere valor, emoción. «Allí donde habla el corazón es de mala educación que la razón lo contradiga. En el reino del *kitsch* impera la dictadura del corazón», escribió Kundera.

Sucedía algo realmente extraño en esa confrontación civil con aire de fiesta mayor. Por las calles se gritaba «¡democracia!», incluso «¡más democracia!», aunque no les fuera la vida en ello y luego regresaran a sus casas sin que nadie los obligase a identificarse. Ni un puesto de control bajo la niebla. Sin embargo, en su acuciante petición había una imposición rotunda que convertía al resto de la población en una nada civil. O eso o nada. La toma de la calle era absoluta: eso era la democracia ejercida

bajo el principio que automáticamente situaba a la mitad de la población como agentes fascistas. Ese era el reparto de papeles y quien no lo aceptase estaba fuera de la función. Esa expulsión de la ciudad podía entenderse como una liberación.

A mí, eso del fascismo me interesa mucho, porque ni ofende. Me interesa porque nunca fue una imposición (tal vez España fuese una excepción, como siempre), sino una colaboración en feliz embriaguez de amplios sectores de la población, libidinal. Hay una implicación de las masas, pobrecitas, que no fueron engañadas y desearon el nazismo. Simplemente se les fue de las manos. Eso que ahora se denomina con profiláctica gramática «transversalidad». Como lo de ETA: solo un poco, pero sin pasarse.

He leído la crónica que Josep Pla escribió de la marcha musoliniana sobre Roma —que a él le pilló en Florencia y luego se acopló con un grupo de periodistas a la caravana hasta la capital italiana—, en octubre de 1922, donde describe esa multitud enfervorecida que veía desde la ventana de su pensión de la Piazza Mentana que no paraba de cantar canciones —«cuando acababan una, empezaban otra, sin parar, horas y horas...»—, donde no había distinción de clases sociales, aunque había dos modalidades: el fascista bien vestido, «reaccionario de conversación convencional, disciplinado», y el fascista popular y «echado a perder», dice, «hablando de cualquier manera, con facciones ligeramente desencajadas». Todo estaba envuelto por una alegría exultante, entre mística y salvaje, entre la histeria y el arrobo. «La gente confraternizaba, cantaba, se abrazaba, se besaba, se traslucía en su cara la temperatura de los sentimientos patrióticos.» Así lo escribió Pla, no en 2017.

Todo indica que cuando se alcanza ese sentimiento patriótico pleno, de alta temperatura, de comunión colectiva, de constitución de un solo pueblo indivisible, sea este universal e idéntico en todo el mundo, como una reacción biológica que, sin distinguir cultura, religión, sexo, es única y la misma. Pero para Pla, por encima incluso del «empalago patriótico» de lo que estaba viendo desde la ventana de su habitación, había algo que, aun pasando desapercibido, era más determinante. El hecho de que la marcha

sobre Roma para que a un partido todavía minoritario —35 diputados de 535— se le entregase todo el poder no hubiera encontrado obstáculo alguno; no, desde luego, el de las masas impidiéndolo, «indicio de que el fenómeno, si no avalado, cuanto menos había sido aceptado». La normalidad, ese plebiscito para cobardes o gente de *«seny»*.

Era el 11 de septiembre de 2018. Tenía que cruzar la Diagonal para llegar a la redacción del periódico, que estaba en la acera de montaña, mientras yo me encontraba en la de mar —según se expresa en Barcelona— y no tenía más remedio que traspasar la manifestación de dos millones de personas (el cálculo oficial era infalible: si la Diagonal tiene diez kilómetros por cincuenta metros de calzada y cuatro personas caben en un metro cuadrado, había dos millones de seres). Era una masa inmóvil y paciente, a la espera de una señal; una materia constituyente de carne y vísceras con la misión, pura naturaleza, de mostrar la unidad indestructible de un órgano sin cabeza, acéfalo, un ser con vida propia más allá de las leyes de la historia, la razón y la ciencia; que exhibe su abnegación, su resistencia, su disciplina y su obediencia. Pensé que podía intrincarme en su interior y atravesar esa argamasa de plastilina adaptable, capaz de penetrar en cualquier resquicio, de cincuenta metros de grosor. No fue fácil. Hacía calor —era poco antes de la cinco de la tarde, todavía verano, y las playas estaban llenas de fascistas, vagos, quillos sin futuro, basura blanca— y dentro hacía aún más porque el aire también había sido apropiado por la masa, lo que provocaba un efecto burbuja. Estar dentro o estar fuera. Creí que podía serpentear entre los cuerpos sin entrar en contacto, pero resultaba imposible. Empecé a notar las primeras miradas extrañadas, inexpresivas de tan educadas, y entendí el mensaje: ¿cómo me atrevía a esa singladura, yo, un ser extraño metido dentro del cuerpo que en sí era la masa madre para el pan del futuro? Vi personas sudorosas, cansadas, de mirada mustia; todo tenía un febril tono amarillento y, paradójicamente, infeliz. Ahí estaban. Esperando que alguien les diera la señal para hacer la ola un minuto antes de las cinco y cuarto, menos un minuto. Para

entonces yo había cruzado y observé cómo vino un tsunami —democrático le llamaban— realmente monstruoso. La ola pasó dejando su espalda envejecida, y cuánto me hubiera gustado verme arriba surfeándola. Luego bajaron los brazos, mientras un realizador elegiría las mejores tomas. No lo dudo, Cataluña es una nación, una nación metafísica.

«El todo de un pueblo es un hombre grande», escribió el Heidegger de los años treinta, cuando desaparece del hombre la soledad de su «ser ahí», arrojado a la vida sin más, en la unidad del pueblo aparece su salvación capaz de dar sentido donde no hay nada. Un pueblo metafísico. Y ya sabemos qué pasa con los pueblos que han sabido llenar el vacío de la existencia.

Pero ni unos ni otros representan exactamente lo que son: democracia y fascismo. Esa perversión del lenguaje se destacó mucho esos días. A mí me recordaba al escritor vienés Karl Kraus, un lobo solitario del periodismo que predicó la limpieza de la palabra para operar en una sociedad hiperbólicamente hipócrita —es decir, obsesionada por el arte, la decoración y el buen gusto, protectora de los derechos más absurdos— y pedía diferenciar los valores de los hechos. Lo que dices querer de lo que haces. Esa democracia por la que clamaban en las calles, ese comportamiento cívico capaz de que dos millones de personas no dejasen ni un solo papel en el suelo —¡ya no era humanidad mediterránea, sino escandinava!—, frente a esa multitud sin misión alguna en la historia, sin alma, a la que se le atribuyó pertenecer al bando fascista, y que hubiera dejado el suelo con más papelinas de churros que el real de la Feria de Abril. Pero lo que cuenta son los hechos. Es el problema de mezclar la imaginación y la realidad. El arte y la vida. Los ilimitados mundos de la creación llevan a confusiones perniciosas. Escribió Kraus que el problema reside en no diferenciar una urna de un orinal, la función de la ornamentación decorativa, de ahí que quienes no logren hacer esa distinción se dividen en «aquellos que usan la urna como orinal y aquellos que usan el orinal como urna».

RECORRO LAS CALLES, siempre los mismos lugares, y solo veo fantasmas. Mis propios fantasmas. La ciudad que yo conocí, mis viejos amigos, muchos muertos, otros perdidos. Yo también perdido para ellos. He vuelto a Barcelona muchas veces, me he pasado el día en la calle y nunca me he encontrado con alguien que me diga: «¿Eres tú?». Y yo responder: «Sí, soy yo». La probabilidad de encontrarse con alguien en una gran ciudad es escasa, puede que nunca se produzca. Hay una idea que lo puede explicar todo —como siempre, una idea puede dar una explicación, pero no resolver el problema—, la de sincronicidad expresada por Carl Jung, que es una coincidencia sin causa alguna.

Explica que una paciente le confiesa en el transcurso de una psicoterapia que soñaba con un escarabajo dorado, una y otra vez, cada noche. Llegado un momento de ofuscación, sin saber cómo ayudarla a salir de esa obsesión, un insecto golpeó el cristal de la ventana de su despacho en mitad de la sesión. Jung abrió la ventana y entró atolondrado algo parecido a un escarabajo, puede que dorado —detalle que en ese punto ya era insustancial—, lo que resolvió el problema de la mujer, pero también el de Jung, que no sabía cómo ayudar a su paciente. La vida está llena de encuentros casuales y, sobre todo, de desencuentros, apenas por un segundo, un metro, un parpadeo que impide reconocer a la persona que tenemos al lado, en el semáforo que vamos a cruzar. Nuestra vida ha podido cambiar muchas veces apenas por el tiempo que se tarda en girar la cara, un segundo, dos, y no alcanzar ese encuentro devastador.

Lo único que se me ocurrió anotar en mi cuaderno de regreso de Barcelona a Madrid, apoyada la cabeza en el sillón, dejando pasar por la ventana un paisaje yermo, como si estuviera en el cine, el 12 de septiembre de 2018, fueron las dos maneras posibles de interpretar la muerte de una persona que duerme al lado de su mujer. La primera es que murió sin molestar a nadie: ella no se dio cuenta. La segunda, es que su mujer durmió con su marido muerto.

He viajado a Barcelona muchas veces para escribir sobre el

proceso de independencia porque no quería perderme tan sublime momento y renunciar a ser testigo del instante en el que el Espíritu de un pueblo se despliega plenamente, como antes lo hicieron Grecia, Roma y, según Hegel, Prusia, estando él presente y escribiendo la *Fenomenología del espíritu,* y tronando a lo lejos los cañones de Napoleón.

Cataluña esperaba la señal del guardagujas para entrar en la estación de la autoconciencia, pero quién sabe si ese hombre —cansado de desviar los trenes de la Historia para que tomen la vía equivocada— se ha quedado dormido en su garita o estaba borracho haciendo equilibrios por los raíles de plata iluminados por la luna. Ese final de la Historia es lo más parecido a esperar en un andén abarrotado la llegada del metro y, pasados largos minutos, veinte, treinta, cuando nadie sabe lo que está pasando ni el futuro inmediato que les espera, oír por la megafonía que el servicio está paralizado hasta nuevo aviso. La gente empieza a disolverse sin saber qué dirección tomar, pero todos coinciden en que la menos recomendable es la de tirarse a las vías, salvo alguna excepción. Ese es el límite.

Visto así, yo he vivido muchas veces el final de la Historia, precisamente en Barcelona, cuando el metro se averiaba y alguien nos anunciaba que no volvería a pasar hasta nuevo aviso. Siempre se oía decir, puede que por aquellos que tenían un sentido más realista de la Historia: alguien se ha tirado a las vías. Si hubiese sido cierto y así lo hubiese hecho, además, en la estación de Camp de l’Arpa, hubiera colmado mi estupidez, siendo yo lector habitual de la revista que con el mismo nombre me dio a conocer la gran literatura, y así, por esa devoción, guardo una colección, aunque mermada. Siempre iba leyendo en el metro, entre otras cosas, *Camp de l’Arpa.* Pero no, el motivo fue puramente mecánico. Obedecíamos, y a ese asentimiento solo le faltaban las cristalinas notas de Schubert en un largo plano secuencia para convertirnos en héroes —sin saberlo— de una tragedia grotesca repetida desde que al hombre le dio por contar los días y los hechos.

Asfixiados, sudorosos, cansados, acabábamos saliendo a la superficie y enfilábamos en silencio cada uno su camino y con él

algo de libertad. La libertad era salir a la superficie, respirar, ensanchar el campo de batalla. Ir al rompeolas para poder tocar el horizonte, beber con un amigo una botella de ginebra robada en el Drugstore del Liceo, aunque la excusa fue un libro de Blas de Otero que aún conservo. Ir al Tibidabo, un domingo por la tarde, y ver la ciudad tiritando y tú señalando las calles y las luces mortecinas de la periferia. A los confines del extrarradio, donde la ciudad oculta edenes industriales. Estar solo, que era el principio de la libertad, la soledad de una habitación, esperar a que llegara la noche y volver a casa de mis padres, andando o en el 57. La libertad era la soledad, no la vida colectiva, que bastante había que compartir entre tantos: pisos pequeños, habitaciones con litera, talleres, andenes de metro, oficinas, autobuses.

Oía a la gente y a mis propios padres contar la odisea de los autobuses, el 57, el 56; de las líneas de metro, la 1 y la 5; luego, yo hice mías la 3 y la 4, que no eran comparables a la 1 y a la 5, que eran las nuestras —me conformaría con describir con una palabra aquel aroma dulzón a café torrefacto de la estación de Plaza España, catedral del suburbano, a algarrobas, a achicoria de posguerra, oí decir un vez—, aun con sus terribles transbordos, a las que vimos crecer y penetrar en la periferia. Recién llegado a Barcelona, cogía el metro en Santa Eulalia, el límite sur de la línea 1, y viajaba en el primer vagón mirando por la ventanilla que entonces daba a las vías, como la del maquinista, hasta Torras i Bages, que era la estación norte (ahora ha avanzado cuatro paradas). Ahí moría y más allá era tierra ignota para mí. A continuación, regresaba a Santa Eulalia, que también era el fin del mundo (ahora ha avanzado siete estaciones), a partir de cuyo puente de hierro de arco parabólico, construcción del año 1935, bajo el que cruzaban las vías del tren, y lo siguen haciendo, como un brillante río de acero, se marcaba una frontera.

El puente perdura con una solidez en la que la función embellece la forma, con su pasarela peatonal ahora moteada de chicles pegados al suelo. Un puente de arco *bowstring* sólidamente fijado en una ladera de La Torrassa, que ofrece descarnada su costilla de sedimentos como un quebradizo hojaldre de tierra. Al

otro lado, en la parte de La Bordeta —hoy Santa Eulalia—, existía una torre con tres ventanales de ladrillo de vidrio muy estilizados, con alguna reminiscencia —solo para mí— a De Chirico, que subían del suelo a la cúpula para iluminar una escalera serpenteante que permitía conectar desde el andén del metro hasta el puente sin tener que saltar las vías. Un alarde arquitectónico de buen gusto, de gran generosidad constructiva, y puede que por ser innecesario fue destruido. Allí moría la línea 1. En la parte superior de la torre, a la altura de la pasarela del puente, recuerdo el puesto de un limpiabotas, con un sillón sólidamente instalado como una silla eléctrica, poco más. Un día se tiró la torre —lo que indica que la fiebre de la memoria todavía no se había contagiado— y con el tiempo se pusieron unas escaleras mecánicas para cumplir con las normas del único ascensor social existente.

OÍ A MI padre decir desde la cocina: acabaré recogiendo cartones. En esos días había muchos hombres recogiendo cartones por toda Barcelona, gente madura que se había quedado sin trabajo que buscaba en la basura, en la puerta de las tiendas, bares, talleres, almacenes, en las zonas industriales, en los mercados. Todavía no había grandes superficies ni supermercados. Buscaban cartones. Iban de un lado para otro arrastrando fardos de cartones, o metidos en un carrito de la compra o empujados por una carretilla o en cualquier otro ingenio rodante. Entonces no se reciclaba, ni existía esa palabra porque el ciclo de la basura empezaba con el nacimiento del hombre y acababa con él, muerto. Para reciclar estaban los parados que buscaban cartones para venderlos y otra gente —gente solidaria: tampoco existía esa palabra, o no tan vacía como ahora— que se los guardaba para dárselos y sacarse un magro jornal, tal vez una forma de desaparecer de casa y soportar o disimular la humillación de no tener trabajo. Eso era solidaridad, sin ideología, por caridad, por compasión, o ¿existe un sentimiento más puro y humano que el hecho de que alguien hubiese elegido a

su recogedor de cartones, e incluso protegiera y guardara su mercancía cuando llovía y evitara que el cartón acabase como una galleta mojada en café?

Luego iban al trapero a vender lo recogido, unos almacenes pequeños y oscuros, con una gran báscula en la entrada para pesar el cargamento, regentado por alguien huraño, sucio, con las manos negras y duras como suelas de zapatos; pero alguien con trabajo, tal vez muy consciente de que el material con el que trataba era una despreciable excrecencia y no valía nada. Pero había montones de hombres buscándola por la ciudad, y eso era suficiente. El mercado siempre demanda basura. Parecían librerías de viejo pero con libros que no se habían escrito, ni nadie escribiría nunca. No recuerdo a cuánto se vendía el kilo de cartón, pero si los vendían y los compraban era porque tenía un precio, y con eso se podría comer. O desaparecer de casa y pasar todo el día en la calle, de aquí para allá, y tener algo de dinero en el bolsillo. Ese era el estado del bienestar entonces. Vender cartones a peso. Ahora entiendo que cuando éramos niños nos asustaran con que iba a venir el trapero y nos iba a llevar a su tienda de libros no escritos, donde se guardaba la basura que llevaban unos hombres humillados y silenciosos.

Creo que mi padre dijo que acabaría recogiendo cartones para que le escuchásemos, una llamada de auxilio, una manera de expresar su miedo a acabar recogiendo cartones porque conocería a alguien que hacía cola en el trapero, aunque nunca nos lo dijo, para vender su mercancía. Eso lo creo ahora —nunca se lo pregunté—, pero aquel día no quise entender su llamada, ni entendí lo que decía. Antes de esta crisis, la de la burbuja inmobiliaria, la de los hipotecados en urbanizaciones con piscina, había habido otras. Yo creía que todo se resolvía sabiendo cómo se había producido la crisis del petróleo de 1973, que luego se prolongó hasta una fecha indeterminada, la del capitalismo insaciable y todo eso, pero yo desaparecí en el servicio militar, en mis estudios de Filosofía y en una diletancia que siempre me llevó muy cómodamente a los márgenes de todo. Cuando oigo decir que la crisis inmobiliaria ha sido la peor de las crisis, la de la

generación mejor preparada, la de los que vivirán en un mundo peor que el de sus padres, me río. Ja. La de mi padre, aterrorizado por acabar recogiendo cartones como tanta gente había en Barcelona, fue una crisis sin coartada cultural, cruda y solitaria, mientras sus hijos, yo mismo, hablábamos de capitalismo y ellos tenían pesadillas de que acabarían recogiendo cartones.

EL ORDEN DE las ruinas. En las afueras de Mostar están los restos del viejo puente sobre el río Neretva. Es una explanada al lado de la carretera, junto a un almacén de materiales de construcción —anoté el nombre: Kes—, por lo que no desentonaba en el paisaje, incluso alguien podría pensar que es mampostería arcaica, tan codiciada por los que solo aman lo antiguo. Algunos de los bloques de piedra conservan la forma original tallada, un perfecto paralelepípedo sin muesca alguna del daño sufrido, están marcados con un número y tienen la blancura seca de estar expuestos al sol, al frío, al viento, la nieve y la lluvia. Hay un impenetrable silencio: nadie podrá sacar de ellas una confesión, una queja. Las piedras no hablan, en contra de los que quieren torturarlas. Después de todo, así llevaban desde que en 1557 empezó a construirse el puente.

Budo, que nos llevó desde Trogir, una ciudad junto a Split más pequeña y tranquila, a Sarajevo, me indica al pasar por Mostar que ese descampado de vestigios ordenados es lo que queda del puente de entonces, una de las grandes obras otomanas de ingeniería, hasta que un día se hundió estrepitosamente en las aguas después de un intenso bombardeo. Lo hacía único tener un solo arco que *salva una luz* de 27,7 metros, según la referencia técnica, también llamada *vano*. Expresiones etéreas que, sin embargo, soportan el peso de la verdad de la materia.

Mostar es la ciudad de Budo y allí pasó la guerra. No le pregunté si era de origen croata o musulmán —hubiese bastado con decir bosnio—, aunque él, imaginándose por dónde quería ir yo al preguntarle si sus antepasados eran de Mostar, simplemente

contestó que sí, padres y abuelos, incluso parientes más lejanos. Me pareció un acto de voluntad racional que aquellas piedras sumergidas en el río desde la mañana del 9 de noviembre de 1993 hubiesen sido rescatadas. Podrían haber servido para levantar el nuevo puente, pero tal vez haberlo hecho con esos mismos sillares hubiera sido un fracaso. Nada puede volver a ser lo mismo, exactamente igual, a riesgo de ser inservible. Un vano intento por volver al pasado sin salvar la luz de entonces, ya apagada. Todo seguirá siendo lo mismo si todo cambia. Si hay una persona que vuelva a cruzar el Stari Most. Y aquella mañana lo cruzamos, hacia un lado y otro, miles de personas.

Es el 19 de julio de 2018, hacía calor y un hombre se preparaba para lanzarse desde arriba del puente, ya reconstruido. La gente está expectante para ver el lanzamiento a las aguas de azul profundo del Neretva. Lo hacen desde que se levantó el puente. Budo me vuelve a mirar con desconfianza, apareciendo sus ojos por encima de sus Ray-Ban, aceptando con escepticismo las leyendas. El clavadista se hace esperar y esa espera es inquietante, teatral: sus pies rozan el filo de la barandilla, dice cosas que no entiendo, balbucea o tirita como un niño y esa desnudez vale más que el perdón. Un colega va recaudando dinero con un calcetín y será él quien dé la orden para tirarse sin señal alguna que detectemos los espectadores, si nota el peso adecuado en su mando.

El saltador está mojado, señal de que esta no es la única ronda, y lleva una media elástica en una pierna a la altura de la rodilla; tiene la edad imprecisa y gastada de quien ha pasado una guerra siendo niño. Cuando llega el momento —lo supe por la exclamación general—, solo oigo el ruido —como una succión— al chocar sus pies con el agua y algunos aplausos al ver brotar, segundos más tarde, su cabeza de la brevedad de una espuma muy poco efusiva. El agua devolvió compasivo al clavadista. Hay un momento, un instante —cuando el reloj de arena se tiende horizontal a dormir—, en el que siempre cabe la esperanza de que no se lance, y él mismo debe de sentirlo como todos lo sentimos. Desconozco de qué está hecho ese impulso. Puede que más que de

voluntad sea un ansia innata de levedad, de dejarse caer. Lo único imposible es quedarse suspendido en el espacio, evitar lo irremediable. Escribe Lowry en *Bajo el volcán:* «El caballo a mitad del salto por encima del obstáculo, el clavadista, la guillotina y el ahorcado en su caída, la bala del asesino y el jadeo del cañón en España o en China se encogerán en los aires...».

Recuerdo la película *Accattone,* de Pasolini, el salto desde el puente de Sant'Angelo, a los pies del castillo, con aquellos terraplenes de una Roma humilde, y él lanzándose como un ángel para demostrar a sus vecinos que tenía el poder de volar, aun siendo pobre. Accattone, el proxeneta, se santigua y se arroja perfecto como una cruz al Tíber.

VEO CÓMO SE destruyó el puente de Mostar. Hay una inquina concienzuda hacia un símbolo. Hace tiempo que ya no es el camino empleado por los comerciantes, pero debe ser destruido por lo que ha sido, por lo que significa. Es un urbicidio, según denominación reciente. Es un viejo puente que ni las aguas más turbulentas han conseguido dañar, ni la invasión del ejército de Hitler. Ese día de otoño, el Stari Most valía lo mismo que una palabra. Una palabra tarda mucho tiempo en construirse y también en destruirse: salvar la luz, por ejemplo, no solo necesita poesía, sino geometría. La artillería croata, apostada en el monte Hum que cerca la ciudad, elige el punto débil de una estructura machacada —la gente lo protegía con neumáticos colgados de su barandilla— y disparan hasta que se hunde a las 10.28 horas de la mañana. Está contabilizado: hicieron falta sesenta proyectiles para destruirlo. Es una mañana clara de otoño.

Con esa exactitud lo registra un informe posterior del proyecto arquitectónico (General Engineering-Firenze). Acabada la guerra en 1995, la población de Mostar se dedicó a rescatar los sillares del río con la intención de que se volviera a reconstruir, piedra a piedra. Fueron sacadas del lecho —con la ayuda de

especialistas húngaros llegados en la misión de paz de la ONU, según el mismo informe—, pero pronto se comprendió que la tarea era imposible: solo se había rescatado un 10 por ciento de lo destruido. Era el hermoso propósito de poner en pie un viejo puente para demostrar que la guerra, la expresión máxima del poder, no puede destruirlo todo.

Puede reconstruirse un ánfora o una estatua por la técnica de la *anastilosis,* consiguiendo que cada pieza vuelva a su lugar, que encaje con otra, que cada fragmento se una a otro, inseparable hermano, buscando la caprichosa y violenta rotura de la parte de la que se ha fracturado, siendo el igual simétrico de la herida, hasta componer el todo y dejando, si faltase, el hueco de una pieza. Un vacío que, sin embargo, es. Aun así, los brazos de la Venus de Milo no fueron restaurados porque nadie sabía su posición exacta —y eso que su periplo no fue menor— y no cabían suposiciones, pues como el ánfora, el cuerpo también debía expresar su verdad; por contra, el dedo gordo del pie sí fue restituido. Pero un puente corre el riesgo de no poder cumplir su función y hundirse. Puede el dibujo sostenerse si se rompe en mil pedazos la lámina, pero no el modelo original. Al final, se optó por reconstruir el puente, pero con nuevas piedras, labrando los sillares con la misma caliza local y algún plano fiable, como si el mundo volviese más de cuatrocientos años atrás.

Todos los habitantes de Mostar tenían el puente en su memoria, existían fotografías familiares y postales, en casamientos y celebraciones, habían quedado registradas las crecidas del Neretva, que a punto estuvieron de sobrepasarlo, estaban detallados trabajos de conservación anteriores. Muchos habían sido testigos directos de cuando el ejército alemán en su retirada de Yugoslavia, en 1945, quiso volarlo; llegaron a perforarlo para meter las cargas a la altura de los hombros y dejaron esas cavidades, hasta que, en 1955, fue restaurado, y sobre esos planos realizada la reconstrucción final.

Veo en la televisión al general Slobodan Praljak ingiriendo un veneno tras oír la sentencia del Tribunal Penal Internacional para la antigua Yugoslavia que le condenaba a veinte años de cárcel. Él

fue quien ordenó destruir el puente de Mostar. «El general Praljak no es un criminal de guerra y rechazo con desprecio ese veredicto», dijo, y a continuación tomó el cianuro, apurando hasta la última gota, con ansia. Abre los ojos y bebe con temblor en la mano, pues sabe su final. Como otros líderes de la guerra de la antigua Yugoslavia, es autor de teatro y director de cine.

LA CARRETERA A Sarajevo recorre el cauce del Neretva por gargantas profundas, presas y el plácido lago Jablanica por los que parece imposible que por ahí hubiera pasado la guerra: a lo lejos se ve algún embarcadero, una zona de recreo, un balneario acristalado chispeante en la mañana soleada. En una guerra civil no mandan los militares, sino los civiles vestidos con extravagantes uniformes militares, recitando poesías o párrafos enteros de Shakespeare. Budo me indicaba de vez en cuando con el dedo las huellas de la muerte abandonada, sin decir nada más: casas ruinosas en ese estado selvático en el que la naturaleza oculta con enredaderas un delito, pero no consigue espantar a los fantasmas, incluso puede que les dé ese refugio bucólico con el que se escribe la historia.

Me recuerda a España, a mi pueblo, los yermos paisajes inmóviles con esas casas abandonadas, caído el techo, a cielo abierto, al raso, que no se han vuelto a habitar, ni por pastores, bandidos, maquis o prófugos. Están abandonadas con rencor: nunca más pondré los pies en esta casa, he oído decir cuando era niño. Si le preguntaba a Budo algo —¿está todo olvidado?—, él simplemente me miraba por encima de sus Ray-Ban de sol de aviador y hacía una mueca, media sonrisa expulsada por la nariz con desprecio que, como un muñeco de goma, le hacía mover la cabeza, como inquiriéndome: ¿olvidar? Solo hizo una confesión: su hijo tenía dieciséis años cuando lo mandó a Suiza para que al menos él pudiera salvarse. Se salvó, como se salvó él, como se salvó su madre, y ahora tiene dos nietos a los que suele visitar.

VIAJAMOS A BOSNIA desde Hungría. Cada banco de cada plaza de Budapest está ocupado por un hombre o una mujer destruidos por el alcohol. Destruidos como el fuego consume una vela hasta dejarla en un charco blanco de inocencia. Ellos y ellas comparten el mismo banco en una hermandad desesperada, el destilado de unos elegidos para compartir los últimos días. Más allá de lo soportable. Los he visto desde la mañana hasta la noche, en un tiempo circular donde no importa estar despierto o dormido. Vivos o muertos. Me los he encontrado tirados en el suelo como muñecos de barro esperando ser pisados, con los ojos cerrados, apenas dos incisiones violentas.

Los parques de Budapest están llenos de hombres y mujeres esperando morirse. Siento compasión por ellos. Intento ponerme en su lugar. Es absurdo. Están demasiado lejos de este mundo. Viven en otra dimensión, como estrellas muertas que consumen su último resplandor. Más insoportable me resulta imaginármelos cuando eran niños y le decían adiós a su madre. Es la única manera que conozco para medir el sentido de una vida. Decir adiós a tu madre y el tiempo empieza a contar. Duermen en la puerta de un edificio de construcción imperial. Puerta con columnas y gárgolas. Primera planta con detalles dóricos. Segunda con capitel jónico. El último con arcos de media punta. Cierra una cornisa tiznada por el tiempo. Caen cables y tuberías, mechones de cabellos que ya nadie peina. Duermen el sueño inalcanzable, a los pies de la escalera de la virtud que se les negó, esperando que alguien se apiade y los recoja como nieve en las aceras.

Hace años escribí un poema en Budapest que titulé «Los recogedores de nieve».

Con el desprecio de un sepulturero,
amontonan la nieve bajo las cornisas,
en un rincón en el que humano alguno pisó,
y allí, depositada hasta deshacerse en agua

mansa, la luz doblega a la afilada
navaja que corta la carne pulcra.

Negra, pisada, rogando caer al vacío,
soporta la huella del que huye, la espera
del amante que clava la mirada
en su brillo moribundo, maldiciendo
el deseo incumplido — la mayor condena—,
o la saliva que perfora como miel
derramada el vientre de los parques.

Budapest en marzo.
Se cumple la ley que anuncia la primavera
para que ellos canten luego,
los recogedores de nieve,
mesando los cabellos
envejecidos en licor de ínfima calidad.
Que el deshielo no arranque de cuajo
la vida que con tanta voluntad fuimos.

Budapest no es una estampa de colores. Las heridas ya no son las del pasado, ni los zapatos de acero de los judíos arrojados al Danubio, ni los disparos de 1956 en los parques públicos. El presente se sostiene en grupos de jóvenes sentados en las terrazas de la avenida Károly, en el olor del kebab, o cuando de noche regresamos al hotel por la bulliciosa Erzébet. El presente son los jóvenes empleados fumando en la puerta trasera de los restaurantes, haciendo un descanso, mirando pensativos el suelo, iluminadas las caras por el móvil, como la luz de una vela.

Ni aunque busque las huellas del gueto del barrio judío encuentro la voz de 1944. Bares derruidos, los conocidos como *«ruin pubs»,* cuya estética es la marca de Centroeuropa: saber convivir con las ruinas. Borrachos durmiendo en los bancos de pequeños parques a la espera de que algunos vecinos los socorran con bolsas de alimentos. Por radical sentido de la supervivencia.

Me paro en la calle comercial Vaci esperando a que Joaquina

compre tabaco. Un hombre carga una mochila, tiene la marca de vivir en la calle. Se para delante de una tienda de souvenirs que exhibe productos nacionales clasificados por tamaño, función y precio. Coge un muñequito, puede ser un caballo o un ciervo. Sin llegar a tener los rasgos de Walt Disney, sí que podría ser un regalo para un niño. Lo coge y se asoma a la tienda. Nadie le atiende. Nadie lo ve. Sigue su camino con ese pequeño regalo que no ha pagado, que puede que le acompañe mucho tiempo, para siempre. El tiempo que dure en la noche de Budapest hasta que lleguen los recogedores de nieve.

Algunos borrachos sentados en sus bancos me miran a los ojos, pero soy incapaz de aguantarles la mirada. No puedo hacerlo porque sencillamente tengo miedo de encontrarme con un ser vivo. Un hombre vivo. Paso delante de ellos como si no existiesen. Sé que es imposible porque estoy en Budapest, pero me da miedo descubrir a alguien conocido, algún amigo de la juventud al que puedo reconocer sus facciones y su mirada —esa luz cuesta olvidarla si ha entrado dentro de ti—, a gente a la que quise de verdad, pocos, algunos, dos. Todavía no ha llegado la hora de hablar de ellos. Será al final. El último cuaderno será para ellos. Me aterroriza descubrir a un niño en ese hombre acabado y junto a él a su madre, que está esperando, sentados en el mismo banco, en el mismo parque, a que termine de merendar, balanceando feliz sus pies, deseando que un día lleguen a tocar el suelo para no parar de andar.

He conocido a gente que sabía que ya estaba en el otro lado. En la Barcelona de principios de los ochenta conocí a mucha gente que me miraba desde el lado de la muerte.

ADIÓS A LA vieja Budapest que se resiste sin ganas a remozar sus distinguidos edificios imperiales para convertirlos en apartamentos turísticos. Cogemos un autobús con destino a Zagreb. En la estación hay poco movimiento. Me pregunto adónde irán, qué

llevan en sus maletas. Estos días he leído *Yo, otro,* de Imre Kertész. Dice recordando su paso por Buchenwald: «La libertad que huele a cadáver». La libertad y sin embargo la tristeza.

Exhaustivo control de pasaportes en la frontera entre Hungría y Croacia, a unos metros del río Mura. Pasada la aduana húngara, vamos andando hasta la croata, ese corto trayecto permite estirar las piernas o fumar un cigarrillo. Entregamos el documento a un agente, que nos pide subir al autobús. Una chica se ofrece a leer la identidad de cada uno ya montados y en marcha y entregarnos el pasaporte. Suenan nuestros nombres en la frontera y levantamos la mano como escolares. Empieza a llover.

Zagreb es una ciudad pequeña. Su ruido más estridente es el de los tranvías que la cruzan. La ventana de nuestro hotel da a una parada y oigo desde la cama el rodar de sus carcasas herrumbrosas. Veo también a la gente sentada mirando por los cristales rayados por la lluvia seca. El primer tranvía pasa a las seis de la mañana y con él me despierto. Fuman la mayoría de las mujeres que esperan en la parada.

Miro todo el rato por la ventana y me hago la misma pregunta. ¿Cómo es posible que en un país que hace veinte años estaba en guerra civil con sus hermanos, serbios y bosnios, ahora sus habitantes cojan el tranvía y fumen mientras esperan a que llegue? Los cafés están llenos, la gente ríe y habla. No hay motivo aparente para matar. Utilizo un cálculo elemental para entender cómo es posible que el tiempo lo borre todo. Cuando yo nací, en 1957, hacía veinte años que España estaba en guerra y todavía entonces no se sabía quién la iba a ganar. El gran logro es convencerse o simular que no ha existido. El olvido es connatural a la especie humana.

Vamos de Zagreb a Trogir, un pueblo de la costa dálmata al norte de Split. Se ve a lo lejos su blancura pétrea y los tejados intensamente rojos de las casas. Le pregunto al conductor que nos llevó de dónde era el coche que tan lentamente bajaba de las montañas delante de nosotros. «Es de Bosnia», dijo, «todos llevan un Volkswagen porque, antes de la guerra, en Sarajevo había una factoría». *«Before the war»* es la expresión que se repetirá. Lo dijo

sin rastro de amargura, como si conducir un Volkswagen fuese un capricho de los bosnios, igual como a los vieneses les gusta la tarta Sacher.

Puede resultar extraño decirlo, pero desde la ventana del hotel, a orillas del río Miljacka, a unos metros de la biblioteca un día incendiada, se ve una de las vistas más hermosas que pueden encontrarse en Sarajevo. Había llovido, el cielo parecía abrirse y, a media tarde, cuando apuntaba a una noche tormentosa, empezó a salir el sol, que lo cubrió todo de una luz dorada. Allí, frente a mí, estaba la cima del siniestro monte Trebević, lugar privilegiado desde donde las baterías serbobosnias bombardeaban Sarajevo durante el cerco de treinta y seis meses. Que sea precisamente el lugar donde tuvo lugar la última gran matanza de Europa (cuando lo escribí, todavía no había estallado la guerra de Ucrania) es un ejemplo de nuestra atávica atracción por el mal. Ahora dudo si no será atracción por el dolor, que después de todo es empíricamente demostrable. Por encima de él, de todo lo sucedido, del dolor causado, de la desolación que todavía se percibe en esta ciudad marcada por impactos de proyectiles con sus caprichosos pétalos abiertos, está la belleza de un atardecer después de la tormenta.

Me desperté de madrugada. Me suelo despertar a media noche y busco algo para conciliar el sueño. Qué difícil es volver a dormirse cuando ya no hay sueños, cuando todo es una realidad imposible de alterar. Normalmente, elijo algo sobre lo que estoy escribiendo. Por ejemplo, estas notas. Pero esta vez estaba más intranquilo de lo habitual. La cortina de la habitación dejaba una rendija, lo suficiente para ver la cima del monte Trebević. Es una noche iluminada por la luna. Me vuelvo a despertar al paso del primer tranvía, el mismo que nunca dejó de circular por esta calle y fue un objetivo de diversión para los francotiradores. Me levanto y miro a la otra orilla del Miljacka. Veo un claro de verde intenso y limpio moteado de lápidas blancas como palomas inmóviles.

A la mañana siguiente visitamos el cementerio Alifakovac. La mayoría de las tumbas son de jóvenes que apenas pasan de los treinta años y tienen una misma fecha, 1997, que es cuando se les dio sepultura definitiva. Donde hay un trozo de tierra, allí hay una

tumba. Al otro lado del río está el Memorial Kovači, otro cementerio de tumbas trasplantadas al terminar la guerra, algunas en lo que un día fue un jardín. Mires donde mires, a lo lejos, en la pendiente de las montañas que rodean Sarajevo, junto a un parque infantil, hay un cementerio, el del León, el Sveti Marko, el de Mezarje, junto al estadio olímpico, el viejo cementerio judío, un lugar perfecto para situar las piezas de artillería. Durante el asedio, era preferible que los entierros se celebraran de noche para no ser un objetivo fácil, pura tautología: morir en el cementerio.

En la calle Marsala Tita se abre el parque Veliki, donde está el memorial a los niños asesinados en el cerco. Son cuatro cilindros con sus nombres grabados. Al hacerlos girar, suena un sonajero. Duele oírlo. Duele la idea. Al lado, hay una estatua de un padre desesperado que llama a su hijo en Srebrenica. Hay gente sentada en el parque, sin hacer nada, sin esperar a nadie, así me lo parece, y ellos mismos forman parte de ese recuerdo incesante. En Sarajevo hay muchas miradas perdidas. Hay muchas miradas dentro de cada persona: lo que fue visto y no se olvidará; lo que no se quiere contar porque con solo decirlo, lo vivido quedaría en nada. No todo se puede compartir.

El poeta Izet Sarajlić escribió *El libro de los adioses* durante el asedio, donde se fue despidiendo de sus amigos, los que dejaron Sarajevo y los que fueron cayendo —él mismo perdió a dos hermanas; él, se lamentaba, que quería seguir siendo hermano—, de las calles, de los tranvías, de lugares por los que no volvería a pasar. O nunca igual que antes. Ha sido el poeta de Sarajevo, que rehuyó dejarla mientras era bombardeada y sus amigos morían. Su poesía se ha reunido en *Después de mil balas* y, en su prólogo, escribe su amigo Erri De Luca para resaltar el significado civil de su obra: «Los poetas cubrían el turno de noche en Sarajevo para impedir el secuestro del corazón del mundo».

Ya he muerto. Sigo viviendo esto
solo por Vladimir.
No puedo irme
hasta que esté seguro

de que,
dondequiera que esté,
al menos él es feliz.

Pero no hay versos más heridos, tan manchados en la ignominia, tan crueles, como el que se refiere a la orden municipal que pide que, dado el número de perros vagabundos por la zona de Kosevo 2, junto al parque Veliki, que se denuncien. Y Sarajlic se pregunta si «debo denunciarme a mí mismo».

Sarajevo, te pregunto, no sé si las huellas de la guerra se pueden borrar. La mayor parte de la ciudad ha tapado los agujeros de los proyectiles, algunos los siguen manteniendo y muchos edificios, bares y negocios no han vuelto a recuperar la alegría. El hotel Holiday vuelven a tener el mismo color amarillo, las torres que un día se incendiaron recuperaron el cristal. La gente cruza la que se llamó avenida de los Francotiradores y llegan vivos al otro lado, dejando el pasado con desprecio. Pero yo no puedo dejar de mirarlos silbándoles al oído los disparos. Incluso cuando en el centro comercial BBI Joaquina me quiso comprar unos tejanos. Todo es *before the war*.

En la calle Ferhadija, junto al hotel Europa, un hombre vende unas pinturas. Diría, sin más, que son paisajes realistas si buscase una definición grotesca. Se acerca una pareja de militares vestidos con uniformes de campaña y saludan efusivamente al pintor: se estrechan la mano con fuerza y se abrazan fraternalmente. Durante un buen rato los militares miran con detenimiento las pinturas, mientras el artista les da alguna explicación. ¿Cómo es posible que aquel miliciano de la Armija que con tanto valor había defendido la ciudad acabase pintando esos cuadros? Son vistas de Sarajevo con el Miljacka y sus puentes, las colinas, edificios nobles de la época austrohúngara, iglesias y mezquitas, niños jugando con las palomas en la plaza Bascarsija y su fuente de madera, viejo corazón comercial de la ciudad. No es una pintura muy elaborada, aunque está hecha con esmero, puede que con inocencia infantil, como un acto de resurrección.

A los militares les gusta y me parece que conectan

plenamente con lo que su amigo pintor ha plasmado: algo que existió y fue destruido. Algo que guardan en su corazón. Aquel mundo de ayer. El arte, aunque tan básicamente representado, puede expresar tanto como la más sublime de las creaciones, sobre todo cuando autor y espectador han compartido el lado más terrible de la vida. Cuando los tres se despiden pensé que habían vivido los años de la guerra y que el pintor al abandonar la milicia tenía la necesidad de expresar un cielo azul, un río de agua cristalina, niños y palomas jugando. Pintar los pájaros que, como escribió del cerco la joven Zlata Filipović, un día dejaron de volar.

HUBO UN TIEMPO en Barcelona en que en los bares y cafeterías las cucharillas estaban agujereadas, perfectamente taladradas, para que en los lavabos no se pudiera preparar una dosis de heroína. Esa fue la única medida que se aplicó para impedir la muerte de tantos jóvenes, algunos amigos míos. Un agujero, puro vacío, nada. Eso es lo que se ofreció a los que andaban buscando un lavabo para suministrarse una dosis. Una cucharilla agujereada. Caer por el hueco del ascensor. Me gustaría saber a quién se le ocurrió esa idea y por qué. Siempre hay alguien que tiene una idea y cree que en ella está la solución, pero esta era realmente cruel. Había un castigo añadido al castigo original: como si estuvieran enseñando el final de camino. Una nada absoluta.

Entraba gente en los lavabos del bar, después de pedir un café, y al salir dejaban la consumición sin tomar. La persona salía sin poder aguantarse de pie, flotando, arropada por un fantasma, un verdadero amigo que, cuando abría los ojos, ya había escapado por la ventana, poco menos que humo.

Aparecían dormidos en los parques, junto a los columpios, gimiendo sus goznes, reloj eterno, ladeada la cabeza, ángel caído, ave calcinada, relámpago de hielo. Luego, cuando ni el griterío de los niños los despertaba, alguien se acercaba y descubría sus venas azules, verdadera alma. El falso dilema del cuerpo y la mente. Todo estaba ahí, en ese camino hacia la felicidad, lucha contra el tiempo. Fuera no había nada. Mente y alma calcinadas, cogidas de la mano hacia un final que resplandecía a lo lejos.

A aquellos que murieron no quiero llamarlos víctimas,

inocentes, seres atrapados involuntariamente en un laberinto sin salida. Ángeles caídos, sin ni siquiera mirar hacia atrás para ver el surco de la historia. Nunca me gustó la literatura sobre la vida de los yonquis obsesionados por conseguir la dosis diaria, pero sí la tentativa de expresar ese estar ya fuera del mundo cuando se sabe que no hay regreso posible. Tengo delante un poema de Carlos Caballé, músico y poeta al que traté —y edité sus dos libros— cuando él ya había caído en ese vacío. He pasado con él las tardes más tristes que recuerdo, sentados en un bar, con un dolor real en el alma, y no sé cómo lo pude soportar. Dice en unos versos: «Cuando dejan de respirar / los animales, / no redoblan las campanas».

Era 1984 y la vida a mi alrededor se construía con los destrozos de una inadaptación provocada, noctámbula y maldita, una demolición controlada de la que pude salir por mi propio pie. Años después, en otro libro, *Un corazón macerado al Calvados,* de 1990, habla de un personaje, Quebec Latró, del que da pocas pistas, pero que sabe que es la cobaya con la que la vida experimenta. Ahí lo deja en el mundo, solo, y así, solos, transportando un cuerpo al que deben cuidar, alimentar, complacer y consumir, deambulan, como fantasmas.

Carlos Caballé murió poco tiempo después. La última vez que lo vi, acompañado de una mujer dulce que cuidaba de él con mimo, me pareció que había sellado un pacto con la vida, la poca que le quedaba. No más dolor.

Y LUEGO ESTÁN los supervivientes. apunto en mi libreta: foto del padre de García-Alix con cuadro inclinado. Aunque solo es un efecto óptico. Es una pintura de Enrique Navarro, leo forzando los ojos, un paisajista que ha decorado los salones de personas que cambiaron las láminas barnizadas por pinturas «de verdad» (ay, la verdad); casinos y clubes privados. Esta foto debe de estar tirada en uno de ellos: hay maderas que crujen y tapicerías mullidas. La

titula «Mi padre», escueta y orgullosamente. Está fechada en 1983, siete años antes de su muerte. En la cronología de Alberto García-Alix dice que es hijo de Carlos García-Alix, «oftalmólogo, formado en Nueva York con el doctor Castroviejo». Ramón Castroviejo fue el primero en realizar trasplantes de córnea empleando los ojos de recién fallecidos. Los muertos siguen viendo.

El hijo del oftalmólogo García-Alix es un cíclope. «Tras la cámara me siento un cíclope. Un único ojo anhelante», dice en su largo poema «De donde no se vuelve», un poema filmado. Padre e hijo guardan un gran parecido: el cuerpo nervudo, la forma de los labios, los pómulos, los ojos, la mirada, sobre todo. El padre está acompañado de dos mujeres elegantemente vestidas, sentado con una pierna cruzada en la que apoya una mano, y entre los dedos de la mano, un pitillo. Una ríe; la otra, no. El padre, sin embargo, mira al cíclope algo escéptico, incluso amenazante: quizá crea fielmente lo que su hijo ya ha marcado en la piel de por vida: *«Don't follow me. I'm lost»* («No me sigas. Estoy perdido»).

Me aburre hablar, de nuevo, de la generación de García-Alix (nació en el 56), que vivió a tope, que eran rebeldes, que muchos murieron *«on the road»,* que fueron pasto de la droga (¿y por qué no al revés?), que mientras aplicados militantes luchaban por la democracia, la libertad y otras cuestiones de menor interés, ellos la habían conquistado con una pose pendenciera, por la cara. Y que García-Alix estuvo allí para contarlo («cosas más estúpidas han dicho»).

No siento admiración por esa generación, que es la mía. No son mártires de nada, ni cumplieron con mayor sacrificio que saciar un hedonista mandamiento copiado muchas veces de revistas extranjeras, ni hicieron nada superior a lo que hicieron sus padres, nada. Aprovecharon gozosos la libertad que encontraron, que fue más que la que indican sus arrugas circunspectas, y la vivieron con ansia y caprichos. Punto. La palabra es «liberticidio». Puede sentirse afortunado.

Un texto de Jenaro Talens saca a García-Alix del malditismo sentimental en el que se le suele situar. Cita Talens a Freud y su texto sobre la melancolía y el duelo: la inconsciencia de la

melancolía y la conciencia del duelo. Y en esas estamos: en enterrar a los muertos, «un inmenso cementerio que también persigo con mis ojos», dice en el poema-vídeo, y enumera a los caídos, que son muchos, o todos son muertos, porque, al fin y al cabo, ¿qué otra cosa ha hecho que fotografiar muertos? Solo en eso es un vanguardista. Por lo demás, sigue un orden clásico del que no se ha movido, incluso cuando fotografía las cornisas de los rascacielos de Pekín. Yo también lo hice.

García-Alix lo dice, no sé si desde la melancolía o el duelo: «Fotografío lo vivo como ya muerto, con la intencionalidad de un forense». Es cierto, están todos muertos y no hay alegría. Como dijo Rimbaud, con veinte añitos, en *Una temporada en el infierno:* «Conseguí que se desvaneciera de mi espíritu toda esperanza humana. Me lancé sobre toda la alegría, para estrangularla, con el salto sordo de la fiera».

Los vivos que ya están muertos. Los que habían perdido toda esperanza. Esos son los únicos que me despiertan piedad. Los supervivientes estaban dotados de un instinto natural y fortaleza, pero no para superar la adicción, sino para seguir vivos. La costumbre de vivir. Algo de suerte también. Quien la ha perdido, quien ha dejado que se escape como el agua entre las manos, quien ha dejado que sus ojos se secaran, solo espera encallar, ni siquiera morir. Ser olvido.

Pero yo no sé nada. Los he visto morir. Y a alguno he acompañado hasta el final, un testigo que ha tenido que esperar treinta años para confesar que solo estaba allí, incrédulo ante un desenlace que en algunos casos les había concedido la brillantez que la vida les fue oscureciendo. Oscuridad, ¿no buscabas oscuridad cuando aguantabas hasta el amanecer en antros terminales?

4
Expulsados del paraíso

El hombre ha envidiado al animal por ser pura naturaleza, sin la perturbadora presencia de la conciencia; a Dios por ser puro espíritu exento de la molesta naturaleza, y, por último, a ese animal divino que es el niño. Ha envidiado por tanto su propia infancia, su espontaneidad e inmediatez perdidas. Nuestros recuerdos nos hacen creer que en un tiempo remoto, del mismo modo que nuestra infancia llega a su fin, fuimos expulsados del paraíso.

RÜDIGER SAFRANSKI,
¿Cuánta verdad necesita el hombre?

MIRO POR LA ventanilla como un niño. Estoy, de nuevo, en el tren camino de Barcelona (anoto: 30 de agosto de 2021). Llueve, pero casi no se percibe porque todo está envuelto en una adormecida bruma. Parece que todos en el vagón van dormidos; yo también voy dormido y, como escribió J.V. Foix: cuando duermo veo claro *(«És quan dormo que hi veig clar»)*. El paisaje está limpio y los escasos pueblos aragoneses que vamos dejando atrás me parece que solo existen en esa lejanía. Es domingo por la tarde.

Barcelona, más lejos que nunca, anoto en mi cuaderno. Puedo quedarme mirando por la ventanilla esperando a que llegue la periferia protegida por una tristeza impenetrable: entra, si te atreves, nos dice. Veo el mar de color cinc a lo lejos. El cielo es azul oscuro, como el abrigo de un niño.

Hace unos días, escuché «Res no és mesquí», poema de Joan Salvat-Papasseit cantado por Serrat. Yo también podría recitarlo. Cataluña no tendría que haber salido de la poesía, mantenerse en un espacio imaginario, soñado, deseado. Hacer realidad unos versos en un proyecto político es una monstruosidad. Ahora lo sabemos.

Cuando el tren se acerca a Barcelona siento una emoción profunda. Me deja paralizado y mis ojos se pierden entre bosques y campanarios, torres de electricidad y estructuras industriales. Puede ser un viaje final.

Miro los objetos de casa de mi madre; muchos ocupan desde hace cincuenta años el mismo lugar, en la misma estantería, en el mismo armario donde un día fueron guardados, en el cajón que, como un sarcófago, guarda un cofre con unos dientes de leche de sus hijos. Hay algún regalo comprado en un viaje, un lámina, un cenicero, al que mi madre le ha dado más valor que el que nosotros

supimos ver. El tiempo se lo ha dado y, si se han conservado sin romperse o amarilleando es porque ese grabado de Venecia o ese barquito de madera de Grecia debía cuidarse como un tesoro, con el silencio y la oscuridad de tantas tardes, que todo lo conserva. Tal vez todo resida en guardar esos pequeños objetos y no volver a verlos, o en momentos muy especiales, y solo saber que están ahí, protegidos, también en el recuerdo.

Después de comer, se queda dormida en su sillón; está cansada después de una mañana de pruebas médicas. Ya la casa en penumbra, la despierto y se asusta, pero no por desvelarse de repente, sino por haberla sacado de una pesadilla. Me cuenta que estaba soñando que trabajaba en un circo y que le daban mucho miedo los animales y los payasos.

En el barrio han abierto varias tiendas de segunda mano. Son almacenes donde se venden objetos usados, decorativos y electrodomésticos, viejos, gastados, sucios, con las huellas de los años y de sus antiguos propietarios. También hay planchas, máquinas de coser, jarrones, vajillas de Duralex, cuadros de paisajes montañosos e idílicos, con sus ciervos saltando un arroyo manso, lámparas de pie, sillones. Todo el mobiliario de las casas de antes, vaciadas ahora por los nuevos inquilinos, dominicanos y paquistaníes, que arrastran sus propios objetos, grandes televisiones, patinetes eléctricos con los que circulan por las calles, y que un día acabarán en esos mismos almacenes. Nadie los querrá.

Mi madre pasó por una de esas tiendas, se paró a mirar y le dio mucha pena —me lo dijo casi llorando— al comprobar que todas esas cosas que habitaban las casas son de esas viejecitas —así lo dijo— que han vivido tantos años en el barrio, como ella, pero que nadie repara en su valor. Tal vez no lo tengan. Apenas por un par de euros alguien se llevará un trozo de vida. Sabe que esa es la ley no escrita de la vida, pero le duele que se muestre tan descarnadamente, anunciando el final del tiempo de ayer.

CARLOS MURIÓ EN 1986. Tenía treinta años, uno más que yo. Una tarde, me llamó por teléfono la chica con la que salía o tenía un amor furtivo. Me dijo que Carlos había muerto. Me llamó a primera hora de la tarde, o no más allá de las seis. De eso estoy seguro, por lo que luego sucedió, lo que nunca olvidaré, lo que marcó el tiempo de este suceso y lo que me empuja a escribir. Hasta ese momento, jamás había recibido una noticia así. Yo no sabía ni qué era un tanatorio, aunque luego me he perdido muchas veces para llegar hasta ellos, siempre en las afueras de la ciudad, con su fría arquitectura de hoteles minimalistas.

Carlos era psicólogo y trabajaba en un colegio en el Guinardó. Para entonces, habíamos pasado algunas temporadas sin vernos, justo cuando decidíamos —si es que realmente estaba en nuestras manos— a qué nos íbamos a dedicar en la vida, pero el reencuentro, a pesar de los meses, era sencillamente volver a una conversación dejada el día anterior. Puedo reemprender una relación como si no hubiera pasado el tiempo, hablar de los mismos temas y comportarme con las estupideces propias de la juventud sin darme cuenta de que algunas cosas —no muchas— han cambiado. En el caso de Carlos, era todavía más exagerado. Nos conocíamos desde muy jóvenes y era difícil que nos engañásemos o actuásemos con alguna impostura. Éramos vecinos: yo vivía en la calle Oriente 45 y él en el 47. Yo conocía a sus padres y él conocía a los míos. Su padre era carpintero y olía a madera, el mío era metalúrgico y olía a óxido.

Se cayó de cabeza, en mitad de una reunión. Murió en el acto. Fue un derrame cerebral. Esa fue la explicación. Así me lo contó. Al día siguiente, estábamos todos sus amigos en el cementerio, junto a sus padres y hermano, que lloraban amargamente, con un dolor tan hondo que era imposible el consuelo. Cualquier cosa que dijeras, era una verbalización insignificante. Tal vez al ver a sus amigos, que todavía no sabíamos a qué sonaba el desgarro del llanto de los adultos, notaron el vacío dejado por el hijo. En mi caso era la perplejidad al recibir un duro golpe y no aceptar la realidad de los hechos. Sus amigos nos pusimos detrás de los familiares, a una cierta distancia, como si ese fuese el corto

recorrido que Carlos había hecho en su vida, y nos limitamos a guardar silencio. En esas circunstancias, los amigos éramos lo que él había encontrado en el camino. Aún estaba en ese estadio de la vida en el que todo lo malo era clasificado como un mal sueño. Una pesadilla. Ahora se le denomina «distopía». La vida empezó a ir en serio.

Ella —no recuerdo su nombre— me confesó que hacía unos días que habían decidido dejarlo, incluso que había una fecha exacta para la separación. No sé si lo cumplieron hasta el último minuto. Ya lo sabía, incluso el motivo. No había más razón, pero también motivo más absurdo: se tenía que casar. A pesar del cariño que parecía despertarle Carlos —un grado de amor insuficiente para poner en juego la estabilidad de su vida—, nada debía impedir que se cumpliera su destino. Y, por supuesto, tampoco él. Ahora, escribiendo estas líneas, treinta y cuatro años después, me doy cuenta de que es imposible que decidieran juntos algo que él no quería hacer.

Al decirme que se iba a casar no mostró ninguna ilusión, incluso lo comprendo. La recuerdo andando resignada al cadalso representando un drama con el que cerraba el círculo de pasión, dolor y peligro. Una historia, un amor pasajero, que no olvidará. No soy partidario de analizar los actos en función de la mala conciencia que produce en los actores. Es el síntoma de que algo se ha hecho mal, pero es que hacerlo mal, en muchas ocasiones, es lo mejor, o la única opción, la única salida. Deberíamos comprender que la solución que nos propone el otro no es la que nos conviene. Hace falta algo que Stendhal había estudiado en su tratado *Del amor:* la «cristalización» del amor. Cuenta que se lanzaba al fondo de una mina de sal de Salzburgo una rama desposeída de sus hojas y que tiempo después esta aparecía cubierta de diminutas escamas brillantes, diamantes «trémulos y deslumbradores» en los que ya es irreconocible el objeto original. El amor lo transforma todo hasta límites insospechados. No había vuelta atrás. Carlos, me hubiese gustado decirte, acodados en nuestro bar preferido —lo que le hubiera quitado dramatismo—, que el amor no había cristalizado. Y luego brindar.

No sabría determinar el grado exacto de amor, pero era su amante y ella se iba a casar, aunque no mostrase ninguna ilusión. Era profesora en el mismo colegio y, según me dijo, lo quería. Él también la quería. No había salida, debían separarse y eso suponía dolor. Carlos me lo había contado, estaba resignado y lo aceptaba porque no había más remedio. Solíamos ir a un pub detrás del cuartel de la Guardia Civil de la avenida de Madrid a beber litúrgicamente, apoyados en la barra frente al botellero acristalado, y allí hablábamos, cigarrillo tras cigarrillo, echándonos el humo a la cara. Nos gustaba ese sitio, oscuro, aislado de la calle, embriagado de ambientador, sonorización de terciopelo y música de Barry White. Allí complacíamos los sentidos, fumábamos con estilo y pasión, tragándonos el humo profundamente y lo soltábamos para apoyar retóricamente nuestras palabras; nos dejábamos llevar por esa vaporosa luz y dábamos forma al sueño de llevar una vida sin remordimiento. Todavía creíamos que lo menor estaba por llegar.

Le había dejado las llaves de mi casa y ellos iban allí cuando yo no estaba, siempre por la tarde, aprovechando que estaba en el trabajo. Luego me encontraba la cama bien hecha, incluso alguna vez con sábanas limpias —el olor a tabaco no se notaba porque entonces fumábamos todos—, tarea, estoy convencido, que hacía ella por decoro. Solo les pillé una vez, cuando estaban a punto de irse. Habían alargado más de lo normal su cita, puede que porque alguno de los dos llegase tarde al encuentro o porque lo prolongaran más allá de lo habitual. O porque se hubiesen quedado dormidos. Siempre he pensado que ese sueño posterior es una manera de retardar la caída. Así que la conocí, aunque el encuentro duró unos minutos. Nos separaba la barrera del pudor que ella marcaba. Era morena, no muy alta, pero guapa. Me alegró que Carlos tuviese una novia atractiva.

El día de su entierro, después de comer con el resto de los amigos, nos fuimos los dos a mi casa y hablamos de Carlos un buen rato. Hubo un momento en que sacó de su bolso unas hojas de papel con dibujos que él había hecho en la servilleta de algún bar, consumiendo la hora más crepuscular del amor. Eran dibujos

eróticos, explícitos, casi didácticos, y recuerdo uno que definía a Carlos, su trágica manera de ser: era la cabeza de una mujer haciendo una felación (con la técnica de «con un seis y un cuatro, aquí tienes tu retrato»). Nunca más he vuelto a verla.

Carlos tenía un peculiar sentido del humor, muy serio aunque cálido. Los gruesos cristales de miope en una montura de Ray-Ban de aviador alejaban unos ojos escépticos que se abrían o encogían ante la admiración, la perplejidad o la duda. Siempre esa mirada que parecía no verte. Era consciente de la brevedad de su vida, o que en cualquier momento podía detenerse sin avisar, creo que más como principio, aunque no despreció el viento que le venía de espalda. Carlos tenía un soplo en el corazón y era normal que hablando se quedase sin aire e hiciera un gesto muy característico: un silencio, apenas unos segundos, hasta que volvían a salirle temblorosas las palabras, a borbotones. Nos contábamos nuestras desgracias, siempre amorosas, y nos reíamos sin parar, de manera que no había desventura que saliera indemne de nuestras ocurrencias. Tenía una Vespa y con ella íbamos de un lado para otro, yo siempre de paquete. Regresábamos por la noche encogidos, dando la cara al frío húmedo de Barcelona, dejando caer lágrimas sobre la piel brillante de la ciudad, todavía adoquinada, silenciosos para que hablara el viento y la carcasa de aquella máquina fiel.

Tras recibir la noticia de su muerte, solo pensé en Ana, la que había sido su novia durante muchos años. Nada más recibir la noticia, fui a verla, como si sin saberlo ella no diera por cierta su muerte. O solo cuando viera su expresión inmutable yo mismo comprendería la catástrofe que suponía la pérdida de Carlos. No recuerdo si la llamé por teléfono; es probable que no tuviese teléfono porque vivía recluida —aunque ahora descubro en mi agenda un número junto a su nombre, y esa tentación de llamar para invocar a los muertos—, pero sí que me presenté en su casa. Eso fue lo primero que hice. Vivía sola en una casa de una planta que había sido de su abuela, en el centro de Hospitalet, un lugar que seguía conservando el aire de un tranquilo pueblo, con alguna masía y casa *pairal* acosadas por el desorden urbanístico que

trajimos los de fuera, y sus pequeños propietarios atados a sus tradiciones, que no era su caso.

Llamé a la puerta, me abrió y nada más verme creo que supo lo que había sucedido. Yo era el escarabajo que entraba por la ventana. Probablemente ella asentiría con la cabeza, como si se hubiese cumplido un presentimiento. No recuerdo con exactitud cuáles fueron los siguientes pasos, pero creo que no llegamos a cruzar más palabra o no nos imagino hablando, buscando razones o evocando a Carlos. Ella no lloró; yo, tampoco. Es posible que para entonces ella hubiese alcanzado la dosis de dolor que una persona puede soportar. Para ella, la vida se había detenido hacía tiempo. El tiempo estaba dentro de ella, sin referencia exterior, como un artefacto programado. Tiempo absoluto.

Ella tenía recursos para el olvido. Hacía tiempo que no reía, a pesar de un físico feliz, alegre, como una campesina que celebra el sol de cada día, la lluvia, la parva aventada y, lo que para mí es peor, con una sonrisa de niña, inocente. La vida iba cumpliendo todos los planes sin avisar, de la manera más cruel. La acompañé en un duelo silencioso hasta que se hizo de noche. Habían pasado unas cuantas horas y parecía que era una eternidad. Su habitación se quedó a oscuras, entraba la luz de la calle por la ventana, donde tenía una mesa de trabajo. Libros, libretas, cenicero, una caja de latón, los utensilios para el viaje. Conservo un poema de ella. Dicen unos versos:

El día que las palomas
se suicidaron desde los tejados.
Y los niños chapoteaban
en los charcos de sangre.
Antes y después del diluvio.

Todo lo que ella decía escondía una verdad vivida, una experiencia más allá de lo soportable o una predestinación infalible. No había lugar para la mentira porque la muerte no engaña. Es como si lo hubiese conocido y volviese de ese largo viaje para contarlo. Sabía el final y sentía su sombra. Había puesto

los pies en los lugares más oscuros y siniestros que una persona podría haber pisado, y luego sabía contarlo con lucidez, sin necesidad de dar detalles que afectasen a su dignidad, con unas cuantas palabras. Las historias más terribles, las que me hicieron temblar de verdad, me las contó ella. Las que podían llevar a una persona a la absoluta degradación, más allá de lo humano, lo moralmente aceptable, del pudor, asco, dolor. Si el objetivo era peregrinar por el infierno, bastaba decir que ayer había estado en el infierno, donde no hay esperanza alguna. Lo decía, la miraba y ya no encontrabas luz en sus ojos de niña. Yo no quería oírla, tenía miedo, y ella endulzaba ese dolor con una sonrisa.

Fue profesora en una escuela de adultos, unos centros que se habían creado en los barrios obreros a mediados de los años setenta. Una de las últimas cosas decentes que se hicieron inspirándose en la igualdad y la justicia. Todo lo demás se convirtió en un burocrático oficio de queja y protesta. Daba clases por las tardes de Historia en un altillo de Bellvitge. Fluorescentes, tabaco negro y gente cansada, trabajadores que querían sacarse el bachillerato o prepararse para entrar en la universidad. La nebulosa del anonimato y el humo de los cigarrillos. Entonces el cansancio no era una excusa, era la razón. Ana era capaz de combinar ese mundo humilde con lecturas sofisticadas en las antípodas de cualquier salvación colectiva. Una ciencia ficción que latía en nosotros mismos, convertidos en muertos vivientes que habíamos regresado a nuestras vidas anteriores sabiendo cuál iba a ser el final. Había leído *Ciudades de la noche roja,* de William Burroughs, y me había hablado de él como una revelación y como si ella misma fuese una habitante de esa galaxia. Allí lo encontré, en su mesa, dándole la luz helada de la tarde en que murió Carlos.

Carlos quería ser feliz por otra vía, por el camino de la luz, no quería trascender, no quería buscar más allá, quería lo que la vida le iba ofreciendo desde un conservadurismo radical: no decía no a nada mientras estuviese cómodamente sentado delante de una copa, fumando un cigarrillo y hablando distraídamente, aprovechando lo mejor de cada instante, sin querer saber cómo funciona el mecanismo que controla nuestras vidas. Los hilos que

entretejen la realidad. Ana, siempre estaba en ese otro lado.

Ese mecanismo trituró a los que quisieron pasearse entre sus dientes o cortar uno de los hilos de lo que se consideraba una gran comedia. Otros, aprendimos a sobrevivir.

Ana y Carlos eran novios desde hacía mucho tiempo. Siempre iban cogidos, andando acompasados, los dos cogiéndose por la cintura, o él por el hombro y ella con la mano metida en el bolsillo trasero de los tejanos de él. También podía ser al revés, porque Ana tenía un instinto maternal y protector hacia Carlos, que siempre exageraba cómicamente su desvalimiento. Se querían. Un día, en la casa de un amigo donde íbamos a pasar el sábado por la tarde, entré en una habitación que se reservaba a las parejas; una equivocación. Estaban en la cama, vestidos, aunque en ese punto *«déshabillé»* en el que la desnudez ya no es necesaria. Ana estaba sentada apoyándose en la pared y Carlos estaba abrazado a ella como un niño. Como si le amamantase. Al abrir la puerta, me miraron, sin inmutarse ni avergonzarse —no había motivo y estaba acostumbrado a verlos besarse hasta la asfixia—, risueños y conscientes de la escena; ella con su sonrisa de niña feliz y él con la necesidad del comediante que reclama amor, más amor. Se había quitado las gafas. Una piedad o un nacimiento.

Pero Ana decidió romper, no recuerdo el momento exacto, el porqué, ni sus expresiones de tristeza, tensión, consternación. También alivio. Se separaron de una manera natural porque hacía tiempo que ya no iban cogidos por la calle, una atadura juvenil de aquellos años, y había llegado el momento y lo que fue un amor de juventud se fue enredando en los hilos invisibles que teje la vida. Compromisos o, según se decía entonces, un «proyecto de vida en común». Ana mantuvo una relación con una amiga, de la que pronto también se cogió de su cintura, pero aquel amor solo era el principio de una fatalidad. Luego lo dejaron, la perdí de vista durante un tiempo y cuando volví a verla ya era una mujer que había elegido un camino del que sabía que no podía regresar. Ni quería. Creo que la vida no le interesaba, es decir, la prolongación del tiempo hasta que se consume tras pasar por todos los estadios programados. Ana solo quería poseer los cuerpos de amantes

ocasionales. Consumir el tiempo en una espera sin dolor y dichosa. La eterna luz de una estrella que ha muerto hace millones de años.

Aquella casa a la que fui una tarde para decirle a Ana que Carlos había muerto es la única que sigue sin restaurar en un barrio que se conserva como una miniatura encantada. Al final de la calle, hay una vivienda abandonada que nadie parece querer habitar. Se mantiene en pie aun después de tanta destrucción. Una de las ventanas, la de la habitación de Ana, está entreabierta, ahora tan oscura, vacía, entornados los ojos, y me pregunto si guarda todavía algo de aquella vida. Si todo, pasado y futuro, están en este presente quieto, nada puede cambiarse. Todo fue irremediablemente como fue.

Ana murió diez años después de Carlos. Recibí una llamada de un amigo de hacía muchos años y, al oír su voz, supe el motivo y esperé a que me lo dijera: Ana ha muerto. Con esa claridad, con esa lógica que describe una vida entera, con dolor y placer. Estaba todo: sujeto, verbo, predicado.

HE LLEGADO AL final. Un momento que he prolongado más de lo deseable, buscando un punto en el que nada más pudiese decir. Que a mí mismo me provocase un rechazo, incluso vergüenza, seguir escribiendo, una reacción física hacia la palabra. He querido mantener la blancura de un texto libre en el que, sobre todo, he hablado desde mi infancia. Desde mi infancia prolongada, hasta que he podido. Vieja tierra no contaminada, pura, sin que la memoria me obligue a imaginar nada, ni soñar, ni desear. Sin superponer lo que fue y lo que me hubiese gustado que fuese, como el papel cebolla permitía calcar y dejaba solo los contornos, tan débiles pero tan precisos. La historia y la poesía.

¿Cómo sé que es el final? Porque me falta voluntad, porque he comprendido que no hay meta, sino un horizonte que se aleja por siempre jamás.

He llegado al final y he querido hacerlo recordando a dos

amigos a los que quise y marcaron lo que soy, precisamente por estar ambos unidos y por ser tan contrapuestos, por la rotunda verdad de la ausencia. Nunca dudé de que la vida iba en serio. Murieron jóvenes y su desaparición fue como no haber vivido nunca, haberse evitado el peso del recuerdo, la maldita memoria.

En el principio de este descampado escribí: «Mi primer recuerdo de Barcelona fue». Me he dado cuenta, pasados los años, después de leerlo una y otra vez, que lo escribí en pasado. Mi recuerdo se produjo en un determinado momento y así ha perdurado. No puedo decir que mi primer recuerdo haya ido cambiando con el paso de los años, como tantas otras cosas que dejamos que evolucionen en un tiempo histórico. Fue aquella visión la que ha perdurado. Desde entonces, Barcelona se ha detenido. Podría poner en duda que aquel primer recuerdo fuese de mi familia y yo montados en un taxi en la Vía Layetana. Lo di por bueno porque así lo escribí, y de no haber sido así, no podría haber continuado. Recuerdo la oscuridad de la Vía Layetana, una calle en la que no entraba la luz. Eso recuerdo. Yo venía de la luz, de las paredes encaladas, de la ropa tendida, del viento, del sol, y llegué a la oscuridad del progreso, a las sombras geométricas de edificios en los que nadie se asomaba a la ventana.

He vuelto muchas veces a la estación de Francia, regreso a ese lugar sólido e inalterable de las piedras, el principio de todo, el palacio del pueblo antes de que fuera una ciudad distante que muestra con vergüenza su decrepitud, olvidando que en esos restos está su alma, el oro lavado del atardecer. Voy al andén, miro su estructura curvada e imagino que desciendo de un tren, junto a mi madre y mis hermanos, de un vagón que cruzó la noche, antiguo como las cosas que se hacen de verdad, que han dejado en los cristales las marcas de aliento en las que dibujar, que lo saben todo de un paisaje pobre y hosco y del insomnio de sus viajeros, y que mi padre está allí esperándonos.

Solo lo imagino, pero no consigo retener ninguna imagen certera, ni cuando miro el reloj, allí arriba, en lo más alto de la estación, el mismo que aquella mañana marcaba la hora: las nueve. Yo era un niño que solo miraba a su madre, así que era imposible

que prestase atención a una arquitectura imponente que, pasados los años, contemplo e intento retener alguna voz perdida de aquella mañana, como si todavía no hubiera llegado el momento de que el ángel pusiese los pies en la tierra. No, no caigas todavía. Pero las cosas son tal y como sucedieron entonces, las recuerde o no.

Descampados
Manuel Calderón

Fotografía de la portada: © Archivo Paco Gómez / Fundación Foto Colectania

Av. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona (España)
www.tusquetseditores.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2023

ISBN: 978-84-1107-273-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!



